
Padres e Hijos

Iván Turguéniev

textos.info

Biblioteca digital abierta

Texto núm. 2229

Título: Padres e Hijos

Autor: Iván Turguéniev

Etiquetas: Novela

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 18 de febrero de 2017

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info/>

1

— ¿Y qué, Piotr? ¿No ves nada todavía? —preguntaba, el 20 de mayo del año 1859, saliendo sin sombrero a la escalinata de la Casa de Postas, en la calzada, un caballero cincuentón, que vestía un paletó corto y polvoriento y pantalones a cuadros, a su criado, un mocetón mofletudo, con rubio vello en la sotabarba y unos ojillos pequeñines y turbios.

El criado, que en todos sus detalles —el mechoncito de pelo sobre la oreja, los cabellos de vario color y dados de pomada y los finos modales; en todo, en una palabra— delataba a un joven de la novísima generación perfeccionada, miró, condescendiente, a lo largo del camino, y respondió:

— No se ve a nadie.

— ¿Que no se ve? —repitió el caballero.

— No se ve —por segunda vez respondióle el criado.

Suspiró el señor y se sentó en un taburete. Se lo presentaremos al lector, en tanto permanece sentado, moviendo los pies y mirando pensativo en torno suyo.

Llamábase Nikolai Petrovich Kirnasov. Poseía, a quince verstas de la Casa de Postas, una buena propiedad, con doscientas almas, o, según él decía, desde que hizo el reparto con los campesinos y fundó su granja, con dos mil desiatinas de tierra. Su padre, general el año 1812, un ruso poco instruido, rudo, pero no malo, aguantó toda su vida la cincha; mandó, primero, una brigada; luego, una división, y vivió siempre en provincias, donde, en virtud de su empleo, desempeñaba un papel bastante principal. Nikolai Petrovich era nacido en la Rusia meridional, lo mismo que su hermano mayor Pavel, del cual hablaremos después, y hasta los diecisiete años crióse en la casa paterna, rodeado de ayas baratas, desenfadadas, pero serviles con los ayudantes y demás personalidades distinguidas, militares y civiles. Su madre, de apellido Koliasin, *Agathe* de soltera, y de casada, Agazokleya Kusminischna Kirnasova, pertenecía al número de las

"madrecitas—comandantas", gastaba unas tocas pomposas y crujientes trajes de seda; en la iglesia era la primera en acercarse a la cruz; hablaba alto y mucho; por las mañanas daba a besar a sus hijos la mano; y por la noche los bendecía: en una palabra, vivía enteramente a su gusto.

A fuer de hijo de general, Nikolai Petrovich, aunque no sólo no se distinguía por su bravura, sino que hasta merecía el remoquete de cobardón, estaba obligado, igual que su hermano Pavel, a ingresar en el servicio militar, pero se estropeó adrede un pie el mismo día que se recibió la noticia de su nombramiento, y después de pasarse dos meses en cama, quedó cojo para toda su vida. Su padre no insistió con él y lo relegó al servicio civil. Llevólo a Petersburgo cuando sólo contaba dieciocho años y lo hizo ingresar en la Universidad. En el entretanto, su hermano era ya oficial en el regimiento de la Guardia. Ambos jóvenes vivían juntos en un mismo cuarto, bajo la lejana vigilancia de un tío suyo por parte de madre, Ilya Koliasin, un funcionario importante. El padre quedóse en su división con su esposa, y apenas si, de cuando en cuando, enviaba a sus hijos grandes fajos de papeles grises, garrapateados con una letra ancha de amanuense. Al pie de esos papeles, gallardeaban, cuidadosamente rodeadas de trazos, estas palabras: "Piotr Kirnasov, general—mayor". En 1835, Nikolai Petrovich salió de la Universidad como candidato, y aquel mismo año, el general Kirnasov, obligado a pedir el retiro, después de una desdichada inspección, fuese a vivir a Petersburgo con su esposa. Alquiló una casa junto al jardín Tavricheskii, y se inscribió en el Club Inglés; pero inopinadamente murió de apoplejía. Agazoldeya Kusminischna siguióle poco después: no podía acostumbrarse a la opaca vida en la capital; consumíala la pena de aquella su retraída existencia. A todo esto, Nikolai Petrovich hubo de enamorarse, todavía en vida de sus padres y con no poca contrariedad por parte de ellos, de la hija del funcionario Prepolovenskii —el antiguo patrón de su cuarto—, una linda muchacha, y lo que se dice culta: leía los artículos serios de los periódicos en la sección Ciencias. Casóse con ella, no bien se cumplió el plazo del luto, y dejando el Ministerio de Rentas, donde, por influencias de su padre, estaba empleado, vivió feliz con su Mascha , primero en un hotelito cerca del Instituto Forestal, luego en la ciudad, en un cuartito pequeño, pero muy mono, con una pulcra escalera y un frío comedor, y por último..., en la aldea, donde se asentó definitivamente y donde al poco tiempo le nació su hijo Arkadii. Ambos esposos llevában una vida muy gustosa y plácida; no se separaban casi nunca, leían juntos, tocaban el piano a cuatro manos, cantaban dúos; ella cuidaba flores y atendía al cuarto de los pájaros; él, de

cuando en cuando, salía de caza, y entendía en los asuntos de la propiedad, y Arkadii iba creciendo y creciendo... también feliz y plácidamente. Diez años se les pasaron como un sueño. El 47, la mujer de Kirnasov se extinguió. Milagro fue que resistiera él ese golpe; encaneció en unas semanas; marchó al extranjero, para distraerse allí un poco..., y allí seguía el año 48. De mala gana volvióse luego a la aldea y, tras largo período de inacción, ocupóse en reformar su hacienda; el año 55, hizo ingresar a su hijo en la Universidad; pasó con él tres inviernos en Petersburgo, sin ir casi a ninguna parte y procurando hacer amistad con los jóvenes compañeros de Arkadii. Pero el último invierno no lo pudo aguantar, y ahora lo vemos, en mayo de 1859, ya con todo el pelo blanco, gordo y cargado de espaldas; esperaba a su hijo, que acababa de salir, como él antaño, candidato.

El criado, por un sentimiento de decoro, y acaso no queriendo quedarse ante su señor, salióse a la puerta y atizó la estufa. Nikolai Petrovich bajó la cabeza y se puso a mirar los gastados peldaños de la escalinata; poco a poco fuésele acercando un pollito cebón de abigarrado plumaje, a embestirle con sus amarillos espolones; un sucio morrongo quedósele mirando con ojos hostiles y empezó a subir con muchas precauciones las gradas. El sol quemaba; del vestíbulo en penumbra de la Casa de Postas salía un vaho de pan caliente. Nuestro Nikolai Petrovich soñaba: "Mi hijo..., candidato... ¡Mi Arkascha!" . Esas palabras dábanle vueltas sin cesar en la mente; probaba a pensar en cualquier otra cosa, y recaía en las mismas ideas. Se acordaba de su difunta esposa... "¡No aguardó!", murmuraba con tristeza... Una gordezuela paloma azul oscuro revoloteaba por el camino y se dirigía, presurosa, a beber en un charco junto al pozo. Nikolai Petrovich púsose a contemplarla; pero sus oídos percibieron ya el rumor del coche que se aproximaba...

— ¡Ya llegan! —informóle el criado, apartándose de la puerta.

Nikolai Petrovich se estremeció y tendió la vista a lo largo del camino. Divisó un *tarantas*, tirado por una *troika* de caballos de relevo; en el *tarantas* dejáronse ver, en el borde de un uniforme de estudiante, las conocidas facciones del hijo querido...

— ¡Arkascha, Arkascha! —gritó Kirnasov, y echó a correr y agitó las manos... Unos segundos después sus labios se apretaban contra la imberbe, polvorienta y encendida mejilla del joven candidato.

2

— Pero aparta, *papascha* —clamó la voz, algo bronca por el viaje, pero de timbre juvenil, de Arkadii, respondiendo alegremente a las paternas caricias—: te voy a llenar todo de polvo.

— ¡Nada, nada! —respondió sonriendo beatíficamente, Nikolai Petrovich; y descargó dos palmaditas en la capa de cuello vuelto del hijo y en su propio paletó—. Ven acá, ven acá —añadió luego, apartándose, y con paso presuroso dirigióse a la Casa de Postas, murmurando—: ¡Aquí, aquí caballos en seguida!

Nikolai Petrovich parecía mucho más emocionado que su hijo; se aturdía literalmente, se aturrullaba. Arkadii lo contuvo.

— *Papascha* —dijo—, permíteme que te presente a mi buen amigo Basarov, del que tanto te hablaba en mis cartas. Es tan amable, que ha aceptado pasar unos días con nosotros.

Volvióse prontamente Nikolai Petrovich, y llegándose a un joven de alta estatura, con una larga blusa con correas, que acababa de aparecerse del *tarantas*, estrechóle con fuerza la huesuda y roja mano que aquél tardó en tenderle.

— Celebro cordialmente —empezó Nikolai Petrovich—, y le agradezco su amable intención de pasar unos días con nosotros; espero... tenga la bondad de decirme su gracia y de dónde es...

— Yevguenii Vasiliev... —respondió Basarov con voz indolente, pero varonil, y apartando el cuello de su blusa, mostróle a Nikolai Petrovich todo el rostro. Largo y seco, con una ancha frente, una nariz por arriba chata y por abajo aguda, grandes ojos verdes y lacias patillas de color de arena, se animaba con una plácida sonrisa y denotaba aplomo y talento.

— Espero, querido Yevguenii Vasilievich, que no se aburrirá con nosotros —siguió diciendo Nikolai Petrovich. I

Moviéronse los finos labios de Basarov; pero no respondió palabra y se limitó a quitarse la gorra. Sus cabellos, de un rubio oscuro, largos y espesos, encubríanle la marcada protuberancia de su amplio cráneo.

— ¡Inmediatamente, inmediatamente, Arkadii —siguió diciendo Nikolai Petrovich, dirigiéndose a su hijo—: ahora mismo prepararemos los caballos!... Digo, si no queréis descansar un rato...

— En casa descansaremos, *papascha*; manda prepararlos.

— Ahora mismo, ahora mismo —repitió su padre—. ¡Eh, Piotr! ¿no me has oído?... Date más prisa, hermano.

Piotr que, a fuer de servidor perfecto, no se acercaba demasiado a su señor, y sólo a distancia se inclinaba ante él, volvió a desaparecer por la puerta.

— Yo tengo aquí un coche; pero para tu *tarantas* dispongo de una *troika* —explicó atropelladamente Nikolai Petrovich, en tanto Arkadii bebía un poco de agua en la escudilla de hierro traída por la patrona de la Casa de Postas, y Basarov fumaba su pipa, atizaba la estufa y se llegaba al cochero ocupado con los caballos—. Sólo un cochecillo de dos asientos, y no sé cómo tu amigo...

— Él irá en el *tarantas* —atajóle, alzando la voz, Arkadii—. No tienes que andar con él con cumplidos... Es un chico extraordinario, tan sencillo... ¡Ya lo verás!

El cochero de Nikolai Petrovich salió con los caballos.

— Bueno, ¡vuélvete, pues, barbazas! —dijo Basarov al cochero.

— ¿Escuchas, Mitiuja? —exclamó el otro cochero, que estaba allí con las manos metidas en las aberturas traseras del pellico—. ¿Cómo te llama el señor? ¡Pues, barbazas!

Mitiuja limitóse a sacudir el gorro y tirar de las riendas al sudoroso caballo.

— ¡Más vivo, más vivo! —exclamó Nikolai Petrvich—. Daos prisa, que habrá vodka.

En un santiamén quedaron uncidos los caballos; padre e hijo montaron en el coche; Piotr se encaramó en el pescante; Basarov saltó al *tarantas* y reclinó la cabeza en la almohadilla de cuero... y ambos vehículos arrancaron.

3

— ¡Ea, por fin eres ya licenciado y te encuentras de vuelta en casa! —dijo Nikolai Petrovich, dándole a su hijo cariñosas palmaditas, ya en el hombro, ya en las rodillas—. ¡Por fin!

— ¿Y el tío? ¿Está bien de salud? —preguntó Arkadii, que, pese a la alegría ingenua, casi infantil, que lo embargaba, quería encauzar cuanto antes el diálogo por los cauces de lo habitual.

— Bien. Quería venir conmigo a recibirte; pero luego, no sé por qué, cambió de opinión.

— ¿Tuviste que aguardarme mucho rato? —preguntó Arkadii.

— Pues cerca de cinco horitas.

— ¡Oh, qué bueno eres, *papascha*!

Volvióse Arkadii bruscamente hacia su padre y estampó un ruidoso beso en su mejilla. Nikolai Petrovich rio beatífico.

— ¡Ya verás qué caballito tan lindo te tengo reservado! —empezá—. Y te he empapelado también tu cuarto.

— Y para Basarov, ¿habrá también habitación?

— Ya encontraremos alguna para él.

— Mira, *papascha*; te ruego que lo trates con mimo. No podría ponderarte bien hasta qué punto estimo su amistad.

— ¿No hace mucho que lo conoces?

— No.

— Lo decía, porque el invierno pasado no lo vi. ¿A qué se dedica?

— El objeto principal de sus estudios son... las ciencias naturales. Pero él lo sabe todo; piensa doctorarse el año que viene.

— ¡Ah! Sí; en la Facultad de Medicina —observó Nikolai Petrovich, y quedóse callado. Luego, tendiendo la mano, añadió—: Piotr, ¿son nuestros campesinos esos que pasan?

Miró Piotr al punto que su señor le indicaba. Unas cuantas *teliegas*, tiradas por caballos sin arreos, corrían, ligeras, por el angosto camino vecinal. En cada *teliega* iban uno o dos campesinos, con los pellicos desabrochados.

— Sí; ellos son —confirmó Piotr.

— ¿A dónde irán? ¿A la ciudad acaso?

— Es de suponer. A la taberna —añadió despectivamente, y se inclinó un poco hacia el auriga, como buscando su aprobación. Pero el cochero no se inmutó siquiera; era un hombre chapado a la antigua, y que no compartía las nuevas ideas.

— Este año me han dado mucho que hacer esos campesinos —continuó Nikolai Petrovich, dirigiéndose a su hijo—. No pagan la renta. Pero tú, ¿qué piensas hacer?

— ¿Estás contento con tus jornaleros? —preguntó Arkadii.

— Sí —murmuró entre dientes Nikolai Petrovich—. Ahora, que los azuzan; eso es lo malo, y no ponen nada de su parte. Estropean todos los planes. Hacen que hacen..., tienen el pan seguro. Pero dime: ¿es que ahora te interesa la hacienda?

— A nuestra casa no le da la sombra, y es una lástima —observó Arkadii, evitando contestar a la pregunta de su padre.

— En la parte del Norte hice poner sobre el balcón una gran marquesina —explicó Nikolai Petrovich—. Ahora se puede comer allí al aire libre.

. —Se parecerá mucho a una quinta... Pero, al fin y al cabo, todo eso son futesas. ¡Qué aires estos! ¡Qué bien huele! ¡De veras, me parece que en ninguna parte del mundo huele como en estas tierras!... Y no digamos

nada de este cielo...

Detúvose Arkadii de pronto, lanzó una furtiva mirada atrás y se calló.

— Sin duda —asintió Nikolai Petrovich—; aquí naciste tú, y es lógico que todo aquí te parezca especial...

— ¡Bah!, *papascha*, el lugar en que el hombre haya nacido no tiene importancia.

— Sin embargo...

— No; es un detalle absolutamente insignificante.

Nikolai Petrovich miró de soslayo a su hijo, y ya llevaría andada el cochecillo media versta, cuando se reanudó el diálogo entre padre e hijo.

— No recuerdo si te escribí —empezó Nikolai Petrovich— que tu antigua ama, Yegorovna, murió.

— ¿Sí? ¡Pobre viejucá! ¿Y Prokofich, vive?

— Vive y no ha cambiado lo más mínimo. Hace la misma vida de siempre. En general, no advertirás grandes cambios en Marino.

— ¿Sigues teniendo el mismo *prikaschik*?

— No; lo cambié en cierto modo. Decidí no tener conmigo más viejos criados manumitidos o, por lo menos, no confiarles nunca cargos de responsabilidad —Arkadii indicó con la mirada a Piotr—. *Il est libre, en effet* —observó en voz alta Nikolai Petrovich—; pero, mira, es mi ayuda de cámara. Ahora tengo un administrador de la clase media, un chico entendido, según parece. Le he señalado doscientos cincuenta rublos de sueldo al mes. Por lo demás —añadió Nikolai Petrovich, restregándose la frente y las cejas con la mano, lo que en él era siempre indicio de íntima emoción—, hace un momento te dije no encontrarías cambios en Marino... Pero eso no es del todo verdad. Considero mi deber prevenirte, aunque...

Detúvose un momento y luego continuó en francés.

— Un moralista severo encontraría extemporánea mi franqueza; pero, en primer lugar, esto no puede ocultarse, y además tú sabes de sobra que yo

siempre he tenido ideas personales tocante a las relaciones entre padre e hijo. De otra parte tú, sin duda, sabrás hacerme justicia al juzgarme... A mis años..., en una palabra, esa chica de la que, probablemente, habrás oído hablar...

— ¿Zenichka? —preguntó Arkadii con indiferencia.

Nikolai Petrovich se puso colorado.

— Por favor, no la llames de ese modo... Bueno... pues ahora vive conmigo... La he instalado en casa... había allí dos grandes habitaciones. Por lo demás, puede que todo esto cambie...

— Pero, ¿por qué, *papascha*?

— Hay que alojar pasablemente a tu amigo...

— ¡Oh! En cuanto a Basarov, no te preocupes. Él está por encima de todo eso.

— Bueno; tú, por último... —añadió Nikolai Petrovic—, dispondrás de tu departamentito... No es gran cosa..., eso es lo malo...

— Mira, *papascha* —exclamó Arkadii—, cualquiera diría que tratas de disculparte; como si no tuvieras conciencia.

— Sin duda que debo de tener conciencia —respondió Nikolai Petrovich cada vez más encarnado.

— Bueno, basta, *papascha*; ten la bondad... —sonrió Arkadii, zalamero. "De qué disculparse", pensó luego, y un sentimiento de benévolas ternura para con el bueno y blando padre, mezclado con la sensación de una secreta superioridad, llenó el alma—. Por favor, no sigas —repitió una vez más, complaciéndose involuntariamente en el reconocimiento de su cultura y libertad de espíritu.

Nikolai Petrovich miró por debajo de los dedos de su mano, con la que seguía restregándose la frente, y algo le oprimió el corazón... Pero se culpó a sí mismo.

— Ya se dejan ver nuestras tierras —dijo tras un largo silencio.

— ¡Ah! Ese que asoma ahí por delante, ¿es nuestro bosque? —preguntó Arkadii.

— Sí, el nuestro. Acabo de venderlo. Este año lo talarán.

— ¿Y por qué lo vendiste?

— Necesitaba dinero, y además, esta tierra se reparte a los campesinos.

— ¿Que no te pagan las rentas?

— Eso es cuenta suya; pero, por lo demás..., ya pagarán alguna vez.

El vasto lugar por el cual pasaban a la sazón no podía calificarse de pintoresco. Campos y más campos extendíanse sin cesar hasta el mismo confín del horizonte, ya elevándose ligeramente, ya volviendo a descender; acá y allá aparecían bosquecillos salpicados de raros y rastleros arbustos. Veíanse vergeles que, por su especial estructura, recordaban los antiguos planos de los tiempos de Catalina; veíanse también riachuelos de abruptas orillas, y diminutos estanques, en medio de secos campos y aldehuelas con isbas bajas a la sombra, de techos oscuros y muchas veces medio desmanteladas y alabeadas, ruinosos cobertizos con muros de ramaje entretejido y puertecillas bostezantes, junto a pajares desiertos e iglesiucas, ya de adobe con el estuco a trechos caído, ya de madera con derrengadas cruces, y derruidos camposantos. A Arkadii encogiósele un poco el corazón. Como adrede, encontráronse con campesinos, todos miserablemente vestidos, cual mendigos harapientos; alzábanse a orillas del camino unos cítisos de rugosas cortezas y ramillas rotas; dos vacas enflaquecidas, de hirsuta pelambre, literalmente dobladas, pastaban con avidez la hierba de las cunetas. Parecía como si acabasen de escapar de unas garras terribles, mortíferas..., y, provocado por la visión tremenda de aquellos dos espiritados animales, en medio de aquel hermoso día de primavera, surgía el blanco fantasma de un implacable, infinito invierno, con sus brumas, escarchas y nieves... "No, —pensaba Arkadii—, no tiene nada de rica esta tierra; no inspira satisfacción ni amor al trabajo. No es posible, no es posible seguir así; se impone una transformación..., pero ¿cómo llevarla a cabo? ¿Cómo triunfar?" Tal pensaba Arkadii..., y, mientras así pensaba, la primavera vindicaba sus fueros. Todo en derredor verdegueaba con áurea pulcritud, todo revivía profunda y dulcemente, y brillaba bajo el plácido alentar del tibio aircilla; todo..., aldeas, arbustos y hierba. Por doquier, con infinitos y

sonoros trinos revoloteaban las alondras; chillaban las avefrías abatiendo el vuelo hacia los rastrelos prados y luego, en silencio, perseguían a los gatos; poniendo lindos manchones de negror en el tierno verde de las aún bajas espigas, paseaban grajos y se metían por los trigales que ya albeaban, y a trechos alzaban sus cabezas por entre sus encrespadas ondas. Miraba Arkadii y, un poco enervado, dejó de pensar... Quitóse la capa y miró a su padre con ojos tan alegres, tan muchachiles, que aquél volvió a abrazarlo.

— Ya no estamos lejos —observó Nikolai Petrovich—; sólo nos queda que subir esa cuestecilla, y veremos la casa. Viviremos contigo la mar de bien; tú me ayudarás en los asuntos de la hacienda; digo, siempre que no te aburran. Nosotros necesitarnos ahora estar muy unidos, conocernos a fondo, ¿no es verdad?

— Claro que sí —murmuró Arkadii—. Pero ¡qué día tan maravilloso el de hoy!

— Es por tu llegada, alma mía. Sí; la primavera en todo su esplendor. Aunque yo estoy de acuerdo con Puschkin... ¿Te acuerdas de Yevguenii Onieguin?

*iOh, y cómo me entristece tu llegada,
primavera, primavera! Tiempo de las amores...
que...*

— ¡Arkadii! —vibró desde el *tarantas* la voz de Basarov—, mándame una cerilla para encender la pipa.

Callóse Nikolai Petrovich, y Arkadii, que ya se había puesto a escucharlo no sin cierto asombro, y también no sin cierta emoción, apresuróse a sacarse del bolsillo una cerillera de plata, que envióle con Piotr a su amigo.

— ¿Quieres un cigarro? —gritóle de nuevo Basarov.

— Sí; dámelo —respondió Arkadii.

Volvió Piotr al cochecillo y entrególe, juntamente con la cerillera, un grueso y negro puro, que inmediatamente púsose a fumar Arkadii, esparciendo en torno suyo un tufo tan fuerte y penetrante a tabaco malo, que Nikolai

Petrovich, que desde mozo no fumaba, con gesto involuntario, aunque imperceptible por no herir a su hijo, apartó la nariz.

Un cuarto de hora después, detuvieronse ambos vehículos ante la escalinata de la nueva casa de madera pintada de rojo oscuro y cubierta por una techumbre de hierro, también rojo. Aquel era Marino, la Nueva Slobodka, o, según los campesinos lo nombraban, Bivilii—Jutor.

4

Ninguna caterva de libertos acudió a la escalinata a recibir al señor; sólo apareció por allí una muchacha de unos veinte años; pero a su zaga salió también de la casa un mocetón muy parecido a Piotrs, que vestía que vestía un frac de librea gris con botones blancos tornasolados. Era el criado de Pavel Petrovich Kirnasov. Sin hablar palabra, abrió la portezuela del coche, y extendió el estribo del *tarantas*. Nikolai Petrovich, su hijo y Basarov dirigiéronse, atravesando una sala lóbrega y casi vacía, a la cual asomó el rostro de una joven, al comedor, amueblado a la última moda.

— ¡Ya estamos en casa! —exclamó Nikolai Petrovich, quitándose la gorra y alisándose el pelo—. Lo principal ahora es comer y descansar.

— Eso de comer no está mal —observó Basarov, y dejóse caer en un diván.

— Sí, sí, dadnos de comer, y en seguida —Nikolai Petrovich, sin ningún motivo visible, dio unas pataditas en el suelo—. ¡Vaya!, aquí está ya Prokofich.

Entró un hombre de unos sesenta años, con el pelo blanco, seco y cetrino, que vestía un frac color canela con botones de metal y llevaba al cuello un pañuelo rosa. Hizo una reverencia, diole la mano a Arkadii, inclinándose ante el huésped, plantóse junto a la puerta y cruzó las manos a su espalda.

— Ahí lo tienes, Prokofich —empezó Nikolai Petrovich—; por fin vino a nosotros... ¿Y qué? ¿Cómo lo encuentras?

— Inmejorable de aspecto —dijo el viejo, y volvió a inclinarse; pero inmediatamente contrajo sus espesas cejas—. ¿Servimos ya la mesa? —preguntó, insinuante.

— Sí, sí, claro. Pero ¿no pasa usted primero a su habitación, Yevguenii Vasilich?

— No, gracias; ¿para qué? Dé usted orden solamente de que me lleven

allí mi baúl y también esta prendecilla —añadió, quitándose la capa.

— Muy bien; Prokofich, cógele su capa —Prokofich, como con cierto recelo, cogió con ambas manos la "prendecilla" de Basarov, y levantándola en vilo por encima de su cabeza, alejóse de puntillas—. Pero tú, Arkadii, ¿no vas un momento a tu cuarto?

— Sí; tengo que asearme un poco —respondió Arkadii, y se dirigió a la puerta; pero en aquel momento entró en la sala un hombre de mediana estatura, que vestía un traje inglés oscuro, lucía una corbata baja a la moda y calzaba zapatos de charol: Pavel Petrovich Kirnasov. Representaba unos cincuenta años; sus cabellos grises, cortados al rape, lanzaban un brillo oscuro, como el de la plata nueva; su cara, amarillenta, pero sin arrugas, de una regularidad y limpieza extraordinarias, literalmente una escultura de rasgos agudos y ligeros, mostraba vestigios de notable belleza; y particularmente bellos eran sus ojos, brillantes, negros, rasgados. Todo el aspecto del tío de Arkadii, exquisito y de buena casta, conservaba el vigor juvenil y acusaba esa tendencia a erguirse lejos de la tierra que, por lo general, desaparece al transponer la cincuentena.

Pavel Petrovich sacó del bolsillo del pantalón su hermosa mano, de largas y rosadas uñas, una mano que parecía aún más bella por la nívea blancura de la manga, abrochada por un solo botón, fuerte, de ópalo, y se la alargó al sobrino. Consumado el previo *shake hands* europeo, besáronse ambos tres veces al estilo ruso: es decir, que por tres veces rozó él con sus perfumados bigotes la mejilla de Arkadii, y luego dijo:

— Bienvenido seas.

Nikolai Petrovich presentóle a Basarov. Pavel Petrovich inclinó levemente su flexible talle y levemente sonrió; pero lejos de darle la mano, volvió a guardársela en el bolsillo.

— Ya me hacía yo la cuenta de que vendríais hoy —dijo con voz afable, inclinándose cariñosamente, moviendo los hombros y dejando ver unos dientes blanquísimos, bellísimos—. ¿Os pasó algo quizás en el camino?

— No; nada ocurrió —respondióle Arkadii—, sino que nos retrasamos un poco. Por eso ahora estarnos famélicos. Métele prisa a Prokofich, *papascha*, que yo en seguida vuelvo.

— Espera, que voy contigo —exclamó Basarov, saltando inopinadamente del diván.

Ambos jóvenes salieron.

— ¿Quién es ese? —preguntó Pavel Petrovich.

— Un amigo de Arkascha, un chico, según él dice, de mucho talento.

— ¿Va a pasar unos días con nosotros?

— Sí.

— ¿Ese melenudo?

— Sí, hombre.

Pavel Petrovich púsose a repicar con las uñas en la mesa.

— Encuentro que Arkadii s'est *degourdi* —observó—. Me alegra mucho su regreso.

Durante la comida hablaron poco. Sobre todo Basarov apenas si habló, pero comió a dos carrillos. Nikolai Petrovich contó varios episodios de su vida de granjero, según dijo; habló de las disposiciones oficiales vigentes, de los comités, de los diputados, de la necesidad imprescindible de comprar máquinas, etcétera. Pavel Petrovich iba y venía lentamente en torno a la mesa —nunca cenaba—, y de cuando en cuando libaba un sorbo del vaso colmado de vino tinto, y aún más rara vez profería alguna observación o más bien exclamación, como "¡Ah! ¡Oh! ¡Hum!" Arkadii púsolos al corriente de algunas novedades petersburguesas, pero mostraba cierta cortedad, ese aturdimiento que suele acometer a los jóvenes cuando han dejado ya de ser niños y vuelven al sitio donde todo el mundo se acostumbró a verlos y tenerlos por niños. Prodigaba sin motivo su locuacidad, rehuía la palabra de *papascha*, y hasta en una ocasión cambióla por la de "padre", pronunciada, a decir verdad, entre dientes; con innecesario desenfado, echábase en la copa mucho más vino del que quería y se lo bebía todo. Prokofich no le quitaba el ojo y se limitaba a mover los labios. Después de la cena, separáronse inmediatamente todos.

— Me llena de asombro tu tío —dijo Basarov a Arkadii, sentándose en bata a su cabecera y chupando su pipa corta—. Un elegante en la aldea,

¿qué te parece? Aunque retirado, enseña las uñas.

— Pero tú no sabes —respondióle Arkadii—; en su tiempo fue un león. Alguna vez te contaré su historia. Ha sido un conquistador que volvía locas a las mujeres.

— ¡Sí, desde luego! Los viejos viven de recuerdos. ¡Lástima que aquí no tenga a quién conquistar! Lo he observado todo: ¡qué asombrosa tirilla como de piedra, qué barbita tan cuidadosamente recortada! Arkadii Nikolai, todo esto es ridículo.

— Por favor..., es verdaderamente un hombre buenísimo.

— Una aparición arcaica. Pero también tu padre es un famoso chico. Cita versos sin venir a cuento, y dudo mucho que se preocupe de la hacienda; pero es un huen hombre.

Arkadii asintió con la cabeza, como si él no fuera también un apocado.

— Es cosa sorprendente —continuó diciendo Basarov—. ¡Estos románticos trasnochados! Nos atacan el sistema nervioso hasta la exasperación..., sí, y nos trastornan el equilibrio. ¡Buenas noches! En mi cuarto tengo un lavabo inglés; pero las puertas no cierran. Sea como sea, hay que admirar eso... ¡Un lavabo inglés; he ahí el progreso!

Retiróse Basarov, y experimentó Arkadii un sentimiento de alegría. Un placer echarse a dormir en la casa paterna, en el lecho conocido, bajo unas ropas en que manos queridas trabajaron, quizá las manos de la nodriza, aquellas acariciantes, buenas e incansables manos. Arkadii recordó a Yegorovna, y suspiró y le deseó el reino de los cielos... Por él mismo no rezó.

Tanto él como Basarov durmiéronse en seguida; pero había en la casa otras personas que tardaron mucho en dormirse. La vuelta del hijo había conmovido a Nikolai Petrovich. Tendióse en el lecho, pero no apagó la vela, y la cabeza apoyada en la mano, abismóse en largos pensamientos. Su hermano permaneció sentado hasta mucho después de medianoche en su gabinete, hundido en su muelle butacón, ante la chimenea, en la que

débilmente chisporroteaba un fuego de carbón de piedra. Pavel Petrovich no se desnudó, limitándose a cambiar sus zapatos de charol por sus rojas pantuflas chinas. En sus manos tenía el último número de *Galignani*, pero no leía; miraba fijamente a la chimenea, donde, ya mortecina, ya reanimada, destellaba la llama azulada... ¡Dios sabe por dónde vagarían sus pensamientos! Pero no sólo en el pasado vagaban; la expresión de su rostro delataba ensimismamiento y mal humor, cosa que no sucede cuando el hombre se entrega sólo a sus recuerdos. y en el cuartito trasero, encima de un arcón, estaba sentada, con una manteleta azul sobre los hombros y una toquilla blanca sobre los oscuros cabellos, la joven Zenichka, y ora escuchaba, ora se estremecía, ora atisbaba por la entornada puerta, que dejaba ver una cuna y oír la acompasada respiración de un niño dormido.

5

A la mañana siguiente, despertóse Basarov antes que todos, y salió de la casa.

"¡Oh! —pensó, girando la vista en torno suyo—. No está mal este rinconcillo". Cuando Nikolai Petrovich concertóse con sus campesinos, ocurriósele dejar bajo la nueva mansión señorial cuatro *desiatinas* de tierra perfectamente lisa y pelada. Levantó la casa, los servicios y la granja; trazó el jardín, cavó un estanque y los pozos; pero los tiernos arbolillos medraban poco, en el estanque cogíase poquísimas aguas y la de los pozos tenía un gusto salobre. Sólo una glorieta de lilas y acacias se desarrolló regularmente; y allí solían tomar el té y comer. Basarov, en unos minutos, recorrió todos los senderuelos del jardín, asomóse al establo, llegóse a dos libertos jóvenes, con los cuales trabó en seguida amistad, y dirigióse con ellos al pantano, no muy grande, que distaba una versta de la casa señorial, en busca de ranas.

— Pero, ¿para qué quieres ranas, *barin*? —preguntóle uno de los muchachos.

— Pues para lo que os voy a decir —respondióle Basarov, que tenía por norma inspirar confianza a la gente baja, aunque jamás la halagaba y siempre la trataba con desdén—. Yo abro a la rana en canal y luego observo lo que allá dentro pasa; nosotros somos lo mismo que las ranas, salvo que andamos en pie, y yo también quería saber qué es lo que aquí dentro nos pasa.

— Pero ¿para qué?

— Pues, para no errar si caes enfermo y me toca curarte.

— ¿Eres, entonces, doctor?

— Sí.

— Oye, Vaska: el *barin* dice que nosotros somos lo mismo que las ranas.

¡Qué notable!

— Yo a las ranas les tengo miedo —observó Vaska, un chico de ocho años, con una cara blanca como el lino, que vestía una casaquilla gris con cuello tieso y un cinturón.

— ¿Por qué las temes? ¿Muerden acaso?

— Bueno..., zambullíos en el agua, filósofos —dijo Basarov.

A todo esto, Nikolai Petrovich despertóse también y dirigióse en busca de Arkadii, al que encontró ya vestido. Padre e hijo salieron a la terraza, bajo el toldo de la marquesina; junto a la rampa, en la mesa, entre grandes ramos de lilas, ya hervía el samovar. Presentóse una mocita, la misma que el día antes saliera a recibir a los viajeros a la escalinata y con fina voz dijo:

— Zedosia Nikolayevna no se encuentra hoy muy bien y no puede venir; me mandó a preguntarle a usted si se sirve usted mismo el té o quiere que le envíe a Duniascha.

— No, yo mismo me lo serviré —apresuróse a contestar Nikolai Petrovich—. Tú, Arkadii, ¿con qué tomas el té, con crema o con limón?

— Con crema —respondióle Arkadii, y tras breve silencio añadió—, *papascha*.

Nikolai Petrovich miró con atención a su hijo.

— ¿Qué? —preguntóle.

Arkadii apartó la mirada.

— Perdona, *papascha*, si mi pregunta te parece impertinente —empezó—. Pero tú mismo, con tu franqueza de ayer, me animas también a ser franco... ¿No te enfadarás?

— Habla.

— Tú me das valor para preguntarte... ¿Es que Zen... no viene a servirte el té porque estoy aquí yo?

Nikolai Petrovich volvióse ligeramente a otro lado.

— Es posible —dijo finalmente—; ella supone... le da vergüenza...

Arkadii fijó rápidamente los ojos en su padre.

— Pues no tiene por qué darle vergüenza. En primer lugar, ya conoces tú mi modo de pensar —a Arkadii diole mucho gusto en pronunciar tales palabras—, y, en segundo, ¿querría yo, aunque sólo fuera en un cabello, alterar tu vida, tus costumbres? Además, yo sé muy bien que eres incapaz de hacer una mala elección. Si tú le permites vivir contigo bajo el mismo techo, es señal de que ella lo merece. En todo caso, no toca al hijo juzgar a su padre, y menos a mí, tratándose de un padre como tú, que nunca ni en nada pretendió cohibir mi libertad.

Temblábale a Arkadii al principio la voz; sentíase magnánimo, aunque al mismo tiempo comprendía que es taba como leyéndole la cartilla a su padre; pero el timbre de sus propias palabras influye fuertemente en el hombre, y Arkadii profirió las últimas en tono firme y hasta con énfasis.

— Gracias, Arkascha —exclamó secamente Nikolai Petrovich, y de nuevo llevóse la mano a las cejas y la frente—. Tus suposiciones son, efectivamente, acertadas. Desde luego que si esa chica no fuera digna... No se trata de ningún aturdido capricho. No me resulta nada fácil hablar contigo de esto; pero ya comprenderás que tenía que costarle trabajo venir aquí, en tu presencia, sobre todo el primer día de tu llegada...

— En ese caso, yo mismo iré a verla —exclamó Arkadii, en un nuevo arranque de magnánimos sentimientos, y saltó de la silla—. Le explicaré cómo no tiene que darle vergüenza de mí.

Nikolai Petrovich también se levantó.

— Arkadii —empezó—, detente un poca... Es posible..., allí... No te he advertido...

Pero Arkadii no lo escuchaba ya, y a la carrera salía de la terraza. Nikolai Petrovich siguióle con la vista y, contrariado, dejóse caer en el asiento. El corazón le palpitaba... ¿Presentía ya en este momento el cambio inevitable en las futuras relaciones entre él y su hijo? ¿Reconocía que no habría sido mayor el respeto que Arkadii le demostraba si no hubiera tacado ese punto? ¿Se recriminaba a sí mismo por su flaqueza?... Difícil

decirlo; todos estos sentimientos dábanse en él, pero en forma de emociones... confusas, y de su rostro no desaparecía el rubor, y el corazón le seguía palpitando.

Dejáronse oír pasos precipitados, y Arkadii apareció de nuevo en la terraza.

— ¡Ya nos hemos hecho amigos, padre! —exclamó, con una expresión de cariño y noble orgullo en el rostro—. Zedosia Nicolayevna no se encuentra hoy, efectivamente, bien del todo, y vendrá más tarde. Pero ¿cómo no me dijiste que tengo un hermanito? Yo anoche mismo le habría dado besos como lo he hecho hoy.

Nikolai Petrovich quiso decir algo, quiso levantarse y abrazar a su hijo... Arkadii se le echó al cuello.

— Pero ¿qué es esto? ¿Otra vez abrazándoos? —vibró a sus espaldas la voz de Pavel Petrovich.

Padre e hijo alegráronse unánimemente de su aparición en aquel momento; hay situaciones patéticas, de las que se desea, a pesar de todo, salir cuanto antes.

— ¿Por qué te asombras? —exclamó jovialmente Nikolai Petrovich—. Un siglo me pareció que estuve esperando a Arkascha..., y desde anoche no había vuelto a verlo.

— No me asombro en modo alguno —observó Pavel Petrovich—. Tampoco yo ando lejos de abrazarlo.

Fuese Arkadii hacia su tío, y de nuevo volvió a sentir en sus mejillas el roce de sus perfumados mostachos. Pavel Petrovich sentóse a la mesa. Vestía un exquisito traje de mañana, según la moda inglesa; en su cabeza pavoneábase una gorrita, la cual, así como también su corbata anudada al desgaire, aludían a la libertad de la vida pueblerina; pero el tieso cuello de la camiseta —no blanco, en verdad, sino de colorines, como cumple a un traje de mañana—, cerrábase con su habitual inflexibilidad por debajo de su rasurada barbilla.

— ¿Dónde anda tu nuevo amigo? —preguntó a Arkadii.

— No está en casa; acostumbra madrugar e irse a cualquier sitio. Lo principal es que no hay que fijar en él la atención; no gusta de cumplidos.

— Sí; salta a la vista —y Pavel Petrovich púsose con mucha flema y sin precipitarse a untar manteca en el pan—. ¿ Hace mucho que vino?

— No; acaba de llegar. Está aquí de paso para ir a reunirse con su padre.

— Y su padre, ¿dónde vive?

— Pues en este mismo gobierno, a dieciocho *verstas* de aquí. Tiene allí una tierrecilla. Fue en su tiempo médico militar.

— ¡Ta..., ta..., ta!... Ya me preguntaba yo..., ¿dónde he oido antes de ahora ese apellido Basarov?... Nikolai, ¿te acuerdas que en la División de papá había un médico llamado Basarov?...

— Sí; creo recordar.

— Exacto, exacto. Pues ese médico era su padre.

— ¡Hum! —Pavel Petrovich se atusó los bigotes—. Pero bueno; y ese señor Basarov, personalmente ¿qué es?

— ¿Que qué es Basarov? —sonrió Arkadii—. ¿Es que quiere usted, tío, que yo le diga lo que es?

— Hazme el favor, sobrino.

— Pues es nihilista.

— ¿Cómo? —preguntó Nikolai Petrovich; pero Pavel Petrovich levantó en el aire el cuchillo, untado de manteca en su afilada punta, y quedóse inmóvil.

— Es nihilista —repitió Arkadii.

— Nihilista —recalcó Nikolai Petrovich—. Eso viene del latín *nihil* (nada), según creo recordar; probablemente, esa palabra designa... que no cree en nada.

— Di más bien que nada respeta —encareció Pavel Petrovich; y volvió a emprenderla con su mantequilla.

— Que a todo aplica su punto de vista crítico —observó Arkadii.

— ¿Y no viene a ser todo uno? —preguntó Pavel Petrovich.

— No; no es todo lo mismo. El nihilista es un hombre que no acata ninguna autoridad, que no tiene fe en ningún principio ni les guarda respeto de ninguna clase, ni se deja influir por ellos.

— ¿Y eso está bien? —preguntó Pavel Petrovich.

— Segundo se mire, tío. A unos les parece bien; a otros muy mal.

— ¡Ya, ya! Por lo que veo, eso no es para nosotros.

Nosotros, gente de la vieja generación, suponemos que sin principios —Pavel Petrovich pronunció esta palabra suavemente, a la manera de los franceses. Por el contrario, Arkadii la pronunciaba recalcando la primera sílaba—. Sin principios profesados con fe, como tú dices, es imposible dar un paso ni descansar. *Vous avez changé tout cela...* . Pues que Dios os dé salud y grado de general; pero nosotros nos limitamos a admirarlos, señores... ¿Cómo dijiste?

— Nihilistas —puntualizó Arkadii.

— Sí. Antes eran hegelianos, pero ahora son nihilistas. Ya veremos cómo podéis vivir en el vacío, en el espacio sin aire. Ahora haz el favor de llamar, Nikolai Petrovich, que ya es hora de que tome yo mi cacao.

Nikolai Petrovich tocó el timbre y llamó: "¡Duniascha!" Pero, en vez de Duniascha, acudió la propia Zenichka. Era esta una muchacha de veintitrés años, toda blancuzca y blandengue, con el pelo oscuro como los ojos, unos labios rojos, infantilmente gordezuelos, y unas manecitas tiernas. Vestía un pulcro traje de india; de sus redondos hombros colgaba una toquilla nueva, azul celeste. Traía una gran fuente de cacao, y dejó la delante de Pavel Petrovich, dando muestras de avergonzarse toda; su sangre ardiente corríasele en viva oleada bajo el fino cutis de su agraciado rostro. Apartó la vista y quedóse en pie, junto a la mesa, levemente apoyada en las puntitas de sus dedos. Parecía como si le recordase la conciencia por haber ido allí, y, al mismo tiempo, como si se sintiera asistida del derecho a hacerlo.

Pavel Petrovich frunció severamente el ceño; pero Nikolai Petrovich dio muestras de confusión.

— Buenos días, Zenichka —dijo entre dientes.

— Buenos días tenga usted —respondió ella con una voz nada bronca, sino sonora, y mirando de soslayo a Arkadii, que amistosamente le sonreía, se retiró. Andaba con cierto desgarbo; pero hasta eso la agraciaba.

En la terraza, durante unos minutos, reinó el silencio. Pavel Petrovich degustaba su cacao, y de pronto levantó la cabeza.

— He aquí al señor nihilista, que viene a desayunarse con nosotros —dijo a media voz.

En efecto, por el jardín, atravesando los planteles, venía Basarov. Su paletó de tela basta y sus pantalones aparecían manchados de barro; briznas de hierba circundaban el casquete de su redondo sombrero; en su diestra mano traía un paquetito, dentro del cual rebullíase algo vivo. Rápidamente alcanzó la terraza, y moviendo la cabeza, dijo:

— Buenos días señores; perdonen que venga retrasado al té. En seguida vuelvo, pues tengo que poner antes a estos prisioneros en su sitio.

— ¿Qué lleva usted ahí, sanguijuelas?

— No; ranas.

— ¿Las come usted... o las diseca?

— Son para experimentos —dijo con indiferencia Basarov, y se retiró.

— Por lo visto, las diseca —observó Pavel Petrovich—. En los principios no cree, pero cree en las ranas.

Arkadii miró con disgusto a su tío; Nikolai Petrovich, a hurtadillas, diole con el hombro. El propio Pavel Petrovich comprendió que su epígrama no había tenido éxito, y desvió la conversación hacia el tema de la hacienda y del nuevo administrador, que la víspera había ido a quejársele de que Zoma, el bracero, era Un hombre del que no podía hacerse carrera.

— Es un Esopo —dijo, entre otras cosas—; confiesa ser un mal hombre, y así, sale del paso.

6

Volvió Basarov, sentóse a la mesa y empezó a ingerir el té aprisa. Ambos hermanos mirábanlo en silencio, y Arkadii miraba a hurtadillas, ya a su padre, ya a su tío.

— ¿Viene usted de lejos? —preguntó finalmente Nikolai Petrovich.

— Ahí tienen ustedes un pantano, junto al bosque de álamos. He visto por allí un bando de cinco chochas; puedes tirar sobre ellas, Arkadii.

— Pero, ¿usted no es cazador?

— No.

— ¿Se ocupa usted especialmente en física? —inquirió, a su vez, Pavel Petrovich.

— En física, no; en todas las ciencias naturales en general.

— Dicen que los germanos últimamente han progresado mucho en eso...

— Sí; los alemanes son en este punto nuestros maestros —respondió, con indolencia, Basarov.

Pavel Petrovich empleaba la palabra germanos en vez de alemanes por ironía, que sus interlocutores en esta ocasión no percibieron.

— ¿Tan alta opinión tiene usted de los alemanes? —preguntó con afectada cortesía Pavel Petrovich. Empezaba a sentir cierta irritación. A su aristocrático temperamento mortificábale la absoluta indiferencia de Basarov. Éste, hijo de un mediquillo, no sólo no se cortaba ante él, sino que le contestaba a retazos y como de mala gana, y en el tono de su voz vibraba algo de impertinencia y hasta de descaro.

— Allí los profesores son gente práctica.

— Sí, sí... Pero, probablemente, no tendrá usted tan alta idea de los profesores rusos...

— Desde luego, así es..

— Esa es una laudable negación de sí mismo —dijo Pavel Petrovich, apartando el vaso y echando hacia atrás la cabeza—. Pero ¿es cierto, como hace un momento nos decía Arkadii, que usted no reconoce ninguna autoridad? ¿No cree usted en ellas?

— No. ¿Y por qué había de reconocerlas, y en qué había de creer tampoco? Yo me atengo a los hechos; eso es todo.

— ¿Y los alemanes sólo se atienen a los hechos? —preguntó Pavel Petrovich, y su rostro asumió tal expresión de imparcialidad y lejanía como si literalmente cayera de una altura más allá de las nubes.

— No todos —respondió con un leve bostezo Basarov, que no ocultaba su deseo de cortar el debate.

Pavel Petrovich miró a Arkadii como si quisiera decirle: "¡Qué cortés es tu amigo!".

— Por lo que a mí se refiere —siguió diciendo, no sin hacer algo de fuerza—, yo, pobre pecador de mí, no censuro a los alemanes. De los alemanes de Rusia no hablo; notorio es qué clase de pájaros son. Pero ante los alemanes de Alemania no bajo la cabeza. Todavía antes tenía un Schiller..., ¿eh? y un Goethe, ¿verdad?... Tú, hermano, les profesas una devoción especial... Pero ahora se han vuelto todos químicos y materialistas...

— Un buen químico es veinte veces más útil que todos los poetas —atajóle Basarov.

— ¡Bravo! —exclamó Pavel Petrovich, ya colmado y frunciendo el ceño.

— ¿Usted, por lo visto, niega el arte?

— ¡El arte de hacer dinero o no más hemorroides! —exclamó Basarov, con una sonrisilla despectiva.

— Muy bien, muy bien. Usted se permite hacer chistes. ¿Es que lo

rechaza usted todo? Vamos a ver. ¿Cree usted sólo en la ciencia?

— Ya le dije a usted antes que yo no creo absolutamente en nada; ¿y qué es eso de la ciencia..., la ciencia en general? Hay ciencias como hay oficios, profesiones; pero ciencia, así, en abstracto, no existe.

— ¡Magnífico! Pero, respecto a otros principios establecidos en la vida social, ¿sostiene usted el mismo criterio negativo?

— ¿Se trata de un interrogatorio? —preguntó Basarov.

Pavel Petrovich palideció levemente... Nikolai Petrovich creyó oportuno terciar en la conversación.

— En otra ocasión discutiremos con usted más al pormenor este tema, querido Yevguenii Vasilievich; ya conocemos su opinión y le daremos a conocer la nuestra. Yo, por mi parte, celebro mucho que usted se ocupe en las ciencias naturales. He oído decir que Liebig ha hecho descubrimientos sorprendentes respecto a abonos para mejorar los campos; usted podría prestarme ayuda en mis trabajos agronómicos; podría darme algún consejo útil.

— Estoy a sus órdenes, Nikolai Petrovich; pero ¿a qué hablar de Liebig? Primero hay que aprender el alfabeto y luego ya se puede pasar al libro; pero nosotros todavía no hemos salido de la a.

"¡Vaya! ya veo que eres un verdadero nihilista!", díjose para sus adentros Nikolai Petrovich.

— De todos modos, permítame usted recurrir a su ayuda, llegado el caso —añadió en voz alta—. y ahora, hermano, creo que es hora de que vayamos a hablar con el administrador.

Pavel Petrovich levantóse de la mesa.

— Sí —dijo, sin mirar a nadie—; es lástima haberse pasado estos cinco años en este villorrio, lejos de los grandes talentos. Como adrede, te embruteces. Te afanas por no olvidar lo que te enseñaron, y luego... ipaf!..., te demuestran que todo aquello era absurdo, y te dicen que las personas sensatas no se ocupan ya en tales sandeces, y que eres un viejo gorro de dormir. ¿Qué le hemos de hacer? Está visto; no hay duda de que los jóvenes de hoy son más sabios que nosotros.

Pavel Petrovich dio lentamente media vuelta sobre sus talones y, finalmente, salió; siguióle Nikolai Petrovich.

— ¿Y qué? ¿Siempre está así con vosotros? —preguntóle fríamente Basarov a Arkadii, no bien se hubo cerrado la puerta tras ambos hermanos.

— Perdona, Yevguenii; pero has estado demasiado duro con él —observó Arkadii—. Lo has ofendido.

— Sí; ¡como que voy yo a bailarles el agua a esos aristócratas reaccionarios! Todo eso es amor propio, costumbres leoninas, fatuidad. Bueno; que hubiera seguido su carrera en Petersburgo si tenía tantas pretensiones... Pero dejémoslo en paz. He encontrado un ejemplar bastante raro del escarabajo acuático, *Dytiscus marginatus*, ¿lo conoces? Ya te lo enseñaré.

— Te había prometido contarte su historia —empezó Arkadii.

— ¿La historia del escarabajo?

— Bueno..., basta, Yevguenii. La historia de mi tío. Verás cómo no es ese hombre que tú te figuras. Más bien es digno de compasión que de burla.

— No lo discuto; pero ¿por qué te preocupas tanto?

— Hay que ser justos, Yevguenii.

— ¿A qué viene eso?

— No; mira, escucha...

Y Arkadii procedió a contarle la historia de su tío. El lector la hallará en el capítulo siguiente.

7

Pavel Petrovich Kirnasov crióse primero en su casa, lo mismo que su hermano menor Nikolai, y de allí pasó al Cuerpo de pajes. Desde niño distinguióse por su notable belleza; era, además, vanidoso, algo burlón y algo libre en sus bromas, por lo que no podía menos de hacerse simpático. Empezó por presentarse en todas partes apenas tuvo el grado de oficial. Lo llevaban en palmitas y él se entregaba a toda clase de calaveradas caprichosas; pero hasta eso lo favorecía. Las mujeres se volvían locas por él; los hombres lo tildaban de fatuo, pero en secreto lo envidiaban. Vivía, según ya dijimos, en un mismo cuarto con su hermano, al que profesaba un afecto sincero, aunque en nada se le parecía. Nikolai Petrovich cojeaba un poco; tenía facciones infantiles, simpáticas, pero algo tristonas; ojillos negros y el pelo fofo y claro. Le gustaba haraganear, pero también le gustaba leer, y la buena sociedad le inspiraba horror. Pavel Petrovich no se quedaba en casa ni una sola noche; alardeaba de audacia y fuerza —había hecho gimnasia, siguiendo la moda de los jóvenes elegantes— y había leído por junio cinco o seis libros franceses. A los veintiocho años ya era capitán; aguardábale un porvenir brillante. Pero, de pronto, cambió todo.

Por aquellos tiempos dejábase ver de cuando en cuando, en la buena sociedad petersburguesa, una mujer que aún recuerdan todos: la princesa R***. Estaba casada con un hombre bien educado y distinguido, pero tonto, y el matrimonio no había tenido hijos. La princesa tan pronto marchaba de improviso al extranjero como inopinadamente también regresaba a Rusia, y, en general, llevaba una vida estrañafalaria. Tenía fama de frívola coqueta, entregábase con arrebato a toda suerte de diversiones, bailaba hasta caer redonda, reía y bromeaba con los jóvenes, a los que recibía, antes de la comida, en el comedor en penumbra: pero por las noches lloraba y rezaba; no hallaba paz en ningún sitio, y con frecuencia se pasaba hasta el amanecer dando vueltas en su cuarto ensoñando, retorciéndose con angustia las manos o sentada, toda lívida y fría, con el libro de los salmos en su falda. Llegaba luego el día, y en el acto volvía a ser la gran dama de mundo y volvía a sus andanzas, y reía, y charlaba, y

se lanzaba literalmente al encuentro de cuanto pudiera brindarle el más leve placer. Tenía un cuerpo maravilloso: sus trenzas, color de oro y como el oro pesadas, llegaban hasta más abajo de la rodilla; no obstante, nadie la hubiera llamado bella: en todo su rostro sólo tenía buenos ojos, y ni aun éstos, que eran chicos y grises, sino su mirar agudo y hondo, indiferente hasta la lejanía, y pensativo hasta el arrobo, un mirar enigmático. Algo desusado resplandecía en aquella mirada, hasta cuando su lengua profería las más frívolas palabras. Vestía con exquisitez. Pavel Petrovich hubo de conocerla en un baile; bailó con ella una mazurca, durante la cual no pronunció ella ni una sola frase trivial, y se enamoró de ella con locura. Acostumbrado a triunfar siempre, también aquella vez logró rápidamente sus fines; pero la felicidad del triunfo no enfrió su entusiasmo. Lejos de eso, ligóse de un modo aún más atormentado y fuerte a aquella mujer, en la que, hasta cuando se entregaba irrevocablemente, parecía haber siempre algo de arcano e inasequible, donde nadie podía penetrar. ¿Qué era lo que anidaba en el fondo de aquella alma? ¡Dios lo sabría! Habríase dicho que se encontraba bajo el poder de fuerzas secretas, para ella misma misteriosas, y que jugaban con ella a su antojo. Toda su conducta venía a ser una serie de absurdos: las únicas cartas que habrían podido despertar las justificadas sospechas del esposo escribíáselas a un hombre casi del todo extraño a ella; pero su amor dejaba un regusto a tristeza; no osaba ya reír ni bromear con aquel que elegía, y le oía y lo miraba con aire perplejo. A veces, por lo general de improviso, esa perplejidad llegaba a los límites del terror frío; asumía su rostro una expresión mortal y huraña; encerrábese en su alcoba, y su doncella podía oír, pegando el oído a la cerradura, sus sordos sollozos. Más de una vez, al volver a casa después de una tierna entrevista, sentía Kirnasov en el corazón esa pena desgarradora y amarga que deja en él un no definitivo. "¿Por qué sigo queriéndola?", se preguntaba, y todo su corazón se le oprimía. Una vez regalóle una sortija, en la que había mandado engarzar una piedra con la figura de una esfinge.

— ¿Qué es esto? —preguntále ella—. ¿Una esfinge?

— Sí —contestó él—, y esta esfinge... eres tú.

— ¿Yo? —exclamó ella, y lentamente posó en él su mirada enigmática—. ¿Sabes que eso resulta muy halagador? —añadió con leve sonrisita; pero sus ojos siguieron mirándolo del mismo extraño modo.

Penoso se le hizo a Pavel Petrovich hasta el amor de la princesa R***;

pero cuando esta lo dejó de lado, lo que sucedió harto pronto, estuvo a punto de perder el juicio. Se atormentaba, sentía celos, no la dejaba en paz, seguía a todas partes, hasta que al fin la dama, no pudiendo resistir más aquella pegajosa persecución, optó por marcharse al extranjero. Él pidió el retiro, pese a los ruegos de sus amigos y a las exhortaciones de sus jefes, y marchó también al extranjero, siguiendo sus huellas. Cuatro años dejó pasar en tierras exóticas, unas veces por seguirla, otras por huir de ella; sentía vergüenza de sí mismo, enojábase contra su poco ánimo..., pero de nada le servía... Su imagen aquella, incomprensible, casi absurda, pero fascinadora imagen, habíase radicado demasiado profundamente en su alma. En Baden volvió en cierto modo a sus antiguas relaciones con ella; habríase dicho que jamás habíalo amado con tanta pasión; pero al cabo de un mes ya todo había terminado; chisporroteó el fuego por última vez, y luego se apagó para siempre. Presintiendo la separación inminente, quiso él, por lo menos continuar siendo su amigo, como si con una mujer como aquella pudiera haber amistad. Marchóse ella sigilosamente de Baden, y, a partir de entonces, rehuyó ya siempre encontrarse con Kirnasov. Este regresó a Rusia, probó a reanudar su antigua vida; pero no pudo ya seguir marchando por los antiguos carriles. Como un alma en pena, vagaba de acá para allá; cultivaba aún la sociedad, conservaba todas sus costumbres de hombre de mundo, pudo ufanarse de dos o tres conquistas nuevas, pero ya no esperaba nada de sí mismo ni de los demás, y nada se prometía. Se hizo viejo, encaneció; pasaba las noches en el club; aburirse mortalmente, discutir sin calor con solterones, llegó a ser para él una necesidad..., lo que es notoriamente un mal síntoma. En el matrimonio, ni que decir tiene, no pensaba. Diez años se le fueron de esta guisa, oscura, estéril y rápidamente, con asombrosa ligereza. En parte alguna pasa el tiempo tan aprisa como en Rusia, aunque en el presidio, según dicen, corre todavía más. Una vez, de sobremesa en el club, diéronle a Pavel Petrovich la noticia de la muerte de la princesa R***. Había muerto en París, en un estado rayano en la locura. Levantóse él de la mesa y largo rato anduvo por todas las salas del club, deteniéndose como pasmado junto a los jugadores de naipes; pero no regresó a su casa antes de la hora de costumbre. Pasado algún tiempo recibió un paquete, dirigido a sus señas; dentro de él venía aquella sortija que en tiempos regalara a la princesa. Ésta había mandado poner encima de la esfinge un diablo en forma de cruz y encargado le dijeran que la cruz era el enigma.

Sucedía esto a principios del año 1848, por aquella misma época en que Nikolai Petrovich, recién viudo, se trasladaba a Petersburgo. Pavel

Petrovich casi no había visto a su hermano desde que éste se asentara en el pueblo; su boda había coincidido con los primeros días del conocimiento de Pavel Petrovich con la princesa. Al volver del extranjero, dirigióse a él con intención de pasarse a su lado un par de meses y encariñarse con su suerte; pero no pudo estarse allí más de una semana. Resultaba ahora demasiado grande la diferencia de posición entre ambos hermanos. El año 1848 aminoróse esta diferencia: Nikolai Petrovich perdió a su esposa y Pavel Petrovich perdió su recuerdo. Muerta ya su princesa, esforzábbase por no pensar en ella. Pero Nikolai conservaba el sentimiento de su vida regular, ordenada; crecía su hijo ante sus ojos. Pavel, por el contrario, solterón recalcitrante, hundíase en un tiempo triste, crepuscular; en ese tiempo de nostalgias parecidas a esperanzas y de esperanzas parecidas a nostalgias, en que la juventud ya se fue y aún la vejez no vino.

Esta época de la vida hacíase más dura a Pavel Petrovich que a otro alguno; al perder su pasado, todo lo había perdido.

— No te invito a Marino —dijo una vez Nikolai Petrovich (pusiérale ese nombre a su aldea en honor a su mujer)—, porque aquí te aburrías en la inacción y ahora me figuro que tampoco te agradaría.

— Yo era aún estúpido e inquieto entonces —respondióle Pavel Petrovich—: pero ahora ya me he vuelto, si no más razonable, por lo menos, más sensato. Y si me lo permites, estoy dispuesto a irme a vivir allí contigo para siempre.

En vez de responderle, Nikolai Petrovich lo abrazó; pero año y medio transcurrió después de ese diálogo, hasta que Pavel Petrovich se decidió a poner a la obra su propósito. Luego de establecido en la aldea, ya no se movió de allí Pavel Petrovich, ni siquiera durante aquellos tres inviernos que Nikolai Petrovich hubo de pasar en Petersburgo con su hijo. Leía con avidez, sobre todo libros ingleses; en general, ordenaba su vida enteramente, según el patrón británico; rara vez se veía con sus vecinos, y sólo salía de casa para asistir a las juntas, donde no abría la boca, como no fuera alguna que otra vez para irritar y asustar a los terratenientes de la vieja escuela con exabruptos liberales y sin acercarse jamás a los representantes de la nueva generación. Unos y otros teníanle por orgulloso y unos y otros lo respetaban por sus modales distinguidos y aristocráticos, por la fama de sus conquistas, por lo elegantemente que vestía y porque siempre se alojaba en el cuarto mejor de los mejores hoteles; porque siempre comía bien, y una vez hasta se sentara a la mesa

con Wellington y Luis Felipe; porque a todas partes iba con su neceser de plata auténtica y su baño ambulante; porque exhalaba de su persona un perfume extraordinario, asombrosamente *noble*; porque jugaba magistralmente al *whist* y siempre perdía, y, finalmente, respetábanlo por su irreprochable honorabilidad. Las señoras lo encontraban seductoramente melancólico; pero él rehuía el trato de las señoras.

— ¿Ves ahora, Yevguenii —dijo Arkadii, luego de terminar su relato—, qué injustamente juzgabas a mi tío? Paso por alto que más de una vez sacó a mi padre de apuros y le dio todo su dinero... no sé si sabrás que no partieron las tierras; pero siempre está dispuesto a ayudar a quien sea, y entre otras cosas, siempre toma el partido de los campesinos; aunque, bien es verdad, que al hablar con ellos hace visajes y huele a agua de Colonia...

— Cosa archisabida; los nervios —atajóle Basarov.

— Puede que así sea; pero tiene un corazón bonísimo y no tiene pelo de tonto. ¡Cuántos provechosos consejos no me ha dado..., sobre todo..., sobre todo, tocante a las relaciones con las mujeres!

— ¡Ah! Para mí, la leche pura; para los demás, la aguada . Ya lo sabemos.

— Bueno; en una palabra —prosiguió Arkadii—, que es profundamente desdichado, créeme; mirarlo con desprecio es... un crimen.

— Pero, ¿quién lo mira con desprecio? —exclamó Basarov—. Te diré, sin embargo, que el hombre que se pasó la vida jugando a una carta el amor de las mujeres, y cuando le arrebataron esa carta se desconcertó y perdió el tino, hasta el punto de no ser ya capaz de nada, un hombre así... no es un hombre, sino un macho. Dices tú que es desdichado; mejor lo conoces que yo; pero aún guarda sus ribetes de locura. Convencido estoy de que se tiene muy en serio por un hombre práctico, porque lee a Galiniascko, y, una vez al mes, libra a un campesino del tormento.

— Pero ten presente su educación, la época en que le tocó vivir... —observó Arkadii.

— ¿Su educación? —recalcó Basarov—. Todo hombre tiene el deber de educarse a sí mismo... Bueno..., aunque sea como yo, por ejemplo... Y en cuanto a eso de la época, ¿es que voy yo a depender de la época? Más

bien debería ella depender de mí... No, hermano; todo eso son futesas, vaciedades. ¿Y qué me dices de las relaciones secretas entre hombre y mujer? Nosotros, los fisiólogos, sabemos qué clase de relaciones son esas. Tú fantaseas sobre la anatomía de los ojos. ¿Qué mirada enigmática puede haber ahí? Todo eso es romanticismo, absurdo, podredumbre, literatura. Mejor será que vayamos a ver el escarabajo.

Y ambos amigos pasaron al cuarto de Basarov, que ya acertara a impregnarse de cierto tufillo médico—quirúrgico, mezclado con el del tabaco barato.

8

Pavel Petrovich no permaneció mucho rato presente a la entrevista de su hermano con el administrador, un hombre alto y seco, con una voz feble de tísico y unos ojos de pícaro, y que a todas las observaciones de Nikolai Petrovich respondía: "Desde luego..., claro...", y se esforzaba en pintar a los campesinos como unos borrachos y unos ladrones. Recién adaptada al nuevo orden de cosas, la hacienda rechinaba como rueda sin engrasar, crujía como un mueble hecho en casa, de seca madera. Nikolai Petrovich no se desalentaba; pero a veces suspiraba y se quedaba caviloso: pensaba que sin dinero, no marchan bien las cosas, y a él se le había acabado casi todo el dinero. Arkadii había dicho la verdad: Pavel Petrovich había ayudado más de una vez a su hermano; en más de una ocasión, al verle cómo se atormentaba y devanaba los sesos para discurrir un medio de salir adelante. Pavel Petrovich se acercó a la ventana, y metiéndose las manos en los bolsillos murmuró entre dientes: "*Mais je puis te donner de l'argent*", y, en efecto, se lo daba. Pero aquel día tampoco él tenía dinero, por lo que prefirió retirarse. Aquellas cominerías de la hacienda lo apenaban, y, además, siempre parecía como si Nikolai Petrovich, a pesar de todo su celo y actividad, no llevaba la cosa como habría debido, aunque no habría podido señalar concretamente en qué se equivocaba su hermano. "No es lo bastante práctico —decíase a sí mismo—; lo engañan." Nikolai Petrovich, por el contrario, tenía un alto concepto del sentido práctico de Pavel Petrovich, y siempre requería su consejo. "Yo soy un hombre blando, débil, y tengo muchos años —le decía—; tú, en cambio, no en balde has tratado con mucha gente y conoces a los hombres; tienes vista de águila." Como réplica a tales palabras, Pavel Petrovich daba media vuelta; pero no trataba de desengañar a su hermano.

Dejando a Nikolai Petrovich en el gabinete, salióse al corredor, que dividía de la trasera la parte delantera de la casa, y llegándose a la puertecilla baja quedóse pensativo, atusóse los bigotes y llamó.

— ¿Quién es? ¡Adelante! —sonó la voz de Zenichka.

— Soy yo —dijo Pavel Petrovich, y abrió la puerta.

Zenichka saltó de la silla en que estaba sentada con su nene, y confiándole éste a una muchacha, que inmediatamente salió con él del cuarto, apresuróse a alisarse el cabello.

— Perdone si la molesto —empezó Pavel Petrovich, sin mirarla—; sólo quería pedirle un favor... Hoy según parece, va el recadero a la ciudad... ¿Querría usted encargarle que me comprara té verde?

— Con mucho gusto —respondió Zenichka—. ¿Cuánto quiere usted que le compre?

— Con media libra habrá bastante, supongo. Pero, según veo, ha introducido usted aquí innovaciones —repuso, lanzando en torno suyo una mirada rápida, que también fue a posarse en el rostro de Zenichka—. Hasta las cortinas —añadió, al ver que ella no lo comprendía.

— ¡Ah, sí! Cortinas... Son regalo de Nikolai Petrovich; pero ya llevan mucho ahí puestas.

— Es verdad. Hace mucho tiempo que no venía por aquí. Ahora está todo muy bien.

— Gracias a Nikolai Petrovich —murmuró Zeniohka.

— ...¿Se encuentra usted aquí más a gusto que en su anterior departamento? —preguntó Pavel Petrovich como de pasada, pero no sin una leve sonrisita.

— Sin duda que sí.

— ¿Quién ocupa ahora sus antiguas habitaciones?

— Pues la planchadora.

— ¡Ah!

Pavel Petrovich guardó silencio. "Ahora se irá", pensó Zenichka; pero no se fue, y ella siguió ante él en pie, cual clavada en el suelo, dándole vueltas a sus dedos.

— ¿Por qué mandó usted que se llevaran de aquí al niño? —dijo,

finalmente, Pavel Petrovich—. A mí me gustan los niños; diga usted que lo traigan.

Púsose Zenkhka toda encarnada de emoción y alegría. Teníale miedo a Pavel Petrovich, el cual casi nunca le dirigía la palabra.

— Duniascha —llamó—; traiga usted a Mitia —Zenichka les hablaba de usted a todos los de la casa—. Pero no, espere usted; hay que vestirlo.

Zenichka dirigióse a la puerta.

— Es lo mismo —observó Pavel Petrovich.

— En seguida vuelvo —respondió Zeniohka, y salió ligera.

Pavel Petrovich quedóse solo, y aquella vez, con una intención especial, pasó revista al aposento. Aquel cuartito pequeño, bajo de techo, en que se hallaba, respiraba limpieza y comodidad. Olía a los suelos recién fregados, a tila y melisa. A lo largo de las paredes alineábanse sillas con respaldos en forma de lira; compráralas el difunto general en Polonia cuando la guerra; en un rincón alzábase una camita, bajo cortinillas de muselina, en fila con un arcón, de tapa redonda. En el rincón frontero ardía una lámpara ante una grande y oscura imagen de Nikolai el Taumaturgo; un diminuto huevecillo de china, colgado de una cinta roja, pendía del pecho del santo, apuntando al nimbo. En las ventanas, tarros con dulces del año anterior, cuidadosamente sujetos, destacaban su verde color; en sus tapaderas de papel, la propia Zenichka había escrito con enérgicos trazos: "Arrope." A Nikolai Petrovich gustábanle mucho esos dulces. Del cielo raso, prendida en un cordoncillo, colgaba una jaula con un canario de corta cola, el cual no paraba de revolotear y saltar, con lo que la jaula no paraba tampoco de oscilar y columpiarse; granos de cañamón, con un leve ruidillo, caían al suelo. En la pared divisoria colgaban, encima de una comodita, unos retratos en fotografía mala de Nikolai Petrovich en distintas posturas, obras de artistas volanderos, y también campeaba allí la fotografía de la propia Zenichka, perfectamente malograda: una carita sin ojos sonreía de mala gana en el fondo borroso; no era posible hacerlo peor; pero por encima de Zenichka, en un pequeño buró, Yermolov miraba amenazante a las lejanas cumbres del Cáucaso, por debajo del cordoncillo para el clavo que le caía sobre la misma frente.

Transcurrieron cinco minutos; en el cuarto contiguo oíanse revuelos y

murmullos. Pavel Petrovich tomó de encima de la cómoda un grasiendo librito, un tomo suelto de los *Tiradores de Masalsk*; pasó algunas hojas. La puerta se abrió y entró Zenichka con Mitia en los brazos. Habíale puesto una camisita encarnada con galón en el cuello, alisándole el pelito y lavándole la cara. Alentaba el niño con pesadez, rebullía el cuerpo y levantaba sus manecitas, como hacen todos los niños sanos; pero aquella blusita de pana lo encantaba visiblemente, y una expresión de contento extendíase por toda su inflada figurilla. También Zenichka habíase ordenado sus cabellos y arreglado sus trenzas, que le caían mejor; pero podía haber prescindido de eso y quedádose como estaba. Porque ¿hay, efectivamente, en el mundo, algo más cautivante que una madre joven y linda con un niño saludable en los brazos?

— ¡Qué gordito está! —dijo con benevolencia Pavel Petrovich, y acarició la doble papada de Mitia con la punta de su larga uña del dedo índice.

El niño se fijó en el canario y sonrió.

— Este es el tío —dijo Zenichka, inclinando sobre él su rostro y zarandeándolo levemente, en tanto Duniascha, sin hacer ruido, colocaba en la ventana una velita encendida, humeante, poniendo debajo un *groc*.

— ¿Cuántos meses tiene? —preguntó Pavel Petrovich.

— Seis; pero va a cumplir siete.

— ¿No ha cumplido ya ocho, Zedosia Nikolayevna? —precisó, con cierta timidez, Duniascha.

— No. ¡Ocho! ¿Cómo es posible? —el niño volvió a sonreír, posó la mirada en el arcón y, de pronto, cogióle a su madre con sus cinco deditos la nariz y los labios—. ¡Rico! —exclamó Zenichka, sin apartar la cara de sus dedos.

— Se parece a su hermano —observó Pavel Petrovich.

"¿Adónde irá a parar?", pensó Zenichka.

— Sí —continuó Pavel Petrovich, como hablando consigo mismo—; la semejanza es innegable.

Con atención, casi con tristeza, mirólo Zenichka.

— Es el tío —repitió, ya en voz queda.

— ¡Ah, Pavel! ¡Mira dónde estabas! —sonó de pronto la voz de Nikolai Petrovich.

Volvióse rápidamente Pavel Petrovich y frunció el ceño; pero su hermano lo miró con tal alegría y gratitud, que no pudo menos de responderle con una sonrisa.

— Tienes un hermoso nene —dijo, y miró el reloj—; pero yo vine aquí por el té...

Y adoptando una expresión indiferente, Pavel Petrovich salióse acto seguido de la habitación.

— ¿Vino espontáneamente? —preguntó Nikolai Petrovich a Zenichka.
—Sí; llamó y entró.

— Bien. Y Arkascha, ¿no ha vuelto por aquí?

— No. ¿No debería yo ir a visitarlo, Nikolai Petrevich?

— ¿Por qué?

— Yo pienso si no sería mejor al principio.

— No... —dijo, balbuciendo, Nikolai Petrovich, y se restregó la frente—. Antes sería preciso... Pero buenos días, muñeco —exclamó con súbito entusiasmo, y acercándose al rorro, besólo en el cuello; después de lo cual agachóse un poco y posó sus labios en la mano de Zenichka, que albeaba como leche sobre el fondo rojo de la blusita de Mitia.

— Nikolai Petrovich, ¿qué tienes? —balbució ella, y bajó los ojos, y luego, suavemente, volvió a alzarlos... Seductora era la expresión de sus ojos cuando miraba como de soslayo y sonreía, zalamera y un poco boba.

Nikolai Petrovich había conocido a Zenichka en la siguiente forma. Una vez, tres años atrás, hubo de pernoctar en la Casa de Postas en el curso de un viaje a la ciudad lejana. Sorprendiéronle agradablemente la pulcritud del cuarto que le habilitaran y la suavidad de la ropa de cama. "¿Sería alemana la patrona?", pensó. Pero no; resultó que era rusa: una mujer

cincuentona, pulcramente vestida, con una cara agraciada e inteligente y un modo de hablar serio. Charló con ella después del té, y la encontró muy de su agrado. Nikolai Petrovich acababa por aquel entonces de establecerse en su nueva residencia, y no queriendo tener consigo siervos, buscaba jornaleros; la mujer, por su parte, vivía de los contados viajeros que pasaban por allí, rumbo a la ciudad, en aquellos malos tiempos. Propúsole él instalarse en su casa, en calidad de ama de llaves; ella aceptó. Su marido hacía tiempo muriera, dejándole sólo una hija, Zenichka. Dos semanas después, Arina Savischna (que así se llamaba la nueva ama de llaves) trasladóse con su hija a Marino y se instaló en el ala pequeña de la casa. La elección de Nikolai Petrovich acreditóse de acertada. Arina puso orden en la casa. De Zenichka, que por entonces andaba en los diecisiete, nadie hablaba, y rara vez se la veía. Hacía una vida callada y modesta, y únicamente los domingos distinguía Nikolai Petrovich en la iglesia, en algún rinconcito, el agudo perfil de su pálido rostro. Así pasaron más años.

Una mañana, Arina se le presentó en su gabinete, y después de hacerle la humilde reverencia de costumbre rogóle acudiese en ayuda de su hija, a la que acababa de saltarle a los ojos una chispa de la lumbre. Nikolai Petrovich, como todos los pueblerinos, entendía algo de medicina, y hasta tenía en su casa un botiquín homeopático. En seguida mandóle a Arina que le llevara la muchacha. Al saber que el *barin* la llamaba, resistióse mucho Zenichka; pero al cabo fue ella con su madre. Nikolai Petrovich llevóla junto a la ventana y cogióle con ambas manos la cabeza. Al mirar de cerca sus ojos enrojecidos e inflamados, recetóle un colirio, que él mismo confeccionó en el acto, y rasgando una tira de su moquero, enseñóle cómo tenía que aplicárselo. Escuchólo Zenichka e hizo ademán de retirarse.

— Pero bésale la mano al *barin*, tontuela —dijo Arina.

No le ofreció su mano Nikolai Petrovich, sino que, todo azorado, besó a la muchacha en su inclinada frente, en la raya del pelo. No tardaron en curar los ojos de Zenichka; pero la impresión por ella producida en Nikolai Petrovich no se borró tan pronto. Habíalo trastornado por completo aquella carita limpia, tierna, tímidamente erguida; sentía en las palmas de sus manos el roce de aquel pelo suave; seguía viendo aquellos labios inocentes, levemente entreabiertos, por entre los cuales brillaban, húmedos al sol, unos dientes perlino. Dio en mirarla con mucha atención

en la iglesia; procuró por todos los medios hablarle. Ella, a lo primero, se mostraba arisca, y una vez, a la caída de la tarde, como se encontrara con él en el angosto sendero trazado por los peatones a través de los trigos, metióse por entre las espesas matas de ajenjos y acianos, con el solo fin de no encontrarse cara a cara con él. Pero él divisó su cabecita por entre la aurea red de las espigas, desde donde ella lo atisbaba cual una fierecilla, y cariñosamente gritóle:

— Buenas tardes, Zenichka. Yo no muerdo.

No tardó, sin embargo, la chica en acostumbrarse a él; pero aún seguía azorándose en su presencia cuando, inopinadamente, vino a morir su madre, Arina, del cólera.

¿Qué iba a ser de Zenichka? Heredara esta de su madre el amor al orden, la discreción y el buen juicio; ¡pero era tan jovencita, se encontraba tan sola! ¡Y Nikolai Petrovich era también tan bueno y comedido!... Lo demás no hay que contarlos...

— ¿De modo que mi hermano pasó a verte? —preguntóle Nikolai Petrovich—. ¿Llamó y entró?

— Así fue.

— ¡Vaya! Eso está bien. Dame acá a Mitia, que lo mezca un poco.

Y Nikolai Petrovich púsose a zarandear, levantándolo casi hasta el mismo techo, al niñito, con gran satisfacción de éste y no poca inquietud de la madre, que a cada uno de sus movimientos tendía las manos a sus descalzos piececitos.

Ahora bien: Pavel Petrovich habíase vuelto a su elegante gabinete, con las paredes tapizadas de rojo vivo, armas colgadas de un abigarrado tapiz persa, muebles de nogal, revestidos de terciopelo verde oscuro, una librería Renaissance de vieja y negra madera de encina, estatuillas de bronce sobre la magnífica mesa escritorio, su chimenea... Dejóse caer en un diván, echóse los brazos por detrás del cuello y quedóse inmóvil, mirando casi con desesperación al techo. ¿Pretendía, acaso, ocultar

incluso a los mismos muros lo que en su alma pasaba, u obedecería a otra razón? Lo cierto es que se levantó, corrió las pesadas cortinas de las ventanas y volvió a tenderse en el diván.

9

Aquel mismo día hizo también Basarov amistad con Zenichka. Había salido con Arkadii al jardín, y empezó a explicarle por qué ciertos árboles, especialmente las encinas tiernas, no convenían allí.

— Hay que plantar aquí álamos plateados y pinabete y tilos, bien cubiertos de mantillo... El cenador va muy bien —añadió—, porque las acacias y las lilas... son buenas chicas, no exigen cuidados. ¡Bah! Pero ahí dentro hay alguien.

En el cenador estaba sentada Zenichka en compañía de Duniascha y Mitia. Detúvose Basarov, y Arkadii saludó a Zenichka con la cabeza, como a antigua amiga.

— ¿Quién es? —preguntó Basarov, al pasar ante ella—. ¡Es bonita!

— ¿De quién habláis?

— ¿De quién voy a hablar? Ella es la única bonita.

Arkadii, no sin cierto azoramiento, explicále en pocas palabras quién era Zenichka.

— ¡Ah! —exclamó Basarov—. Por lo visto, tu padre no tiene mal gusto. ¡Bien por tu padre! Es joven. Pero tenemos que conocerla —agregó y retrocedió hacia el cenador.

— ¡Yevguenii! —gritóle, asustado, de lejos, Arkadii—, ten prudencia, por amor de Dios.

— No te alarmes —dijo Basarov—; nosotros somos gente educada, hemos vivido en las ciudades.

Acercándose a Zenichka, quitóse la gorra.

— Permítame usted que me presente —empezó con una leve

reverencia—. Soy amigo de Arkadii Nikolayevich y moro de paz.

Zenichka levantóse de su banquito y miróla en silencio.

— ¡Qué niño tan maravilloso! —continuó Basarov—. No se asuste, que yo todavía no le he hecho a nadie mal de ojo. ¡Qué colores tan vivos en sus mejillas! ¿Ha echado ya los dientes?

— Sí, señor —respondió Zenichka—; cuatro dientecillos le salieron ya; pero ahora vuelven a hinchársele las encías.

— ¿A ver? No tenga cuidado... Soy médico.

Basarov tomó en brazos al niño, que, con gran asombro de Zenichka y Duniascha, no hizo la menor resistencia ni se asustó.

— Ya veo, ya veo... No hay nada; todo va bien; va a tener una dentadura magnífica. Si algo ocurriera, avíseme. Y usted, ¿se encuentra bien?

— Sí, gracias a Dios.

— Gracias a Dios... es lo mejor de todo. ¿Y usted? —añadió Basarov, encarándose con Duniascha.

Duniascha, una muchacha muy seria en casa y muy reidora fuera de ella, limitóse a hacerle una seña afirmativa.

— Bueno. ¡Ea! Aquí tiene usted su tesoro.

Zenichka volvió a hacerse cargo del niño, tomándolo en sus brazos.

— ¡Qué quietecito se estaba con usted! —murmuró a media voz.

— Conmigo siempre se están quietecitos los niños —respondióle Basarov—. ¡Conozco tantos!...

— Los niños saben quién los quiere —observó Duniascha.

— Así es —confirmó Zenichka—. Mi Mitia no se deja tomar en brazos de cualquiera.

— ¿Y de mí? —inquirió Arkadii, que hasta allí se mantuviera a distancia, acercándose al cenador.

Atrajo a sí a Mitia; pero el niño echó atrás la cabeza y empezó a lloriquear, lo que mortificó no poco a Zenichka.

— Otra vez..., cuando se acostumbre, tendrá éxito —dijo, resignado, Arkadii, y ambos amigos se alejaron.

— ¿Cómo se llama? —indagó Basarov,

— Zenichka... Zedosia —respondió Arkadii.

— ¿Y par parte de padre? Hay que saberlo también.

— Nikolayevna.

— Bene. Me encanta en ella que no se azora demasiado. Otros se lo censurarían... ¡Qué absurdo! ¿Para qué azorarse? Es madre... y buena.

— Sí; es buena —observó Arkadii—. Pero ahí viene mi padre...

— Que también es bueno —atajó Basarov.

— Bien; yo no lo crea así.

— Por lo visto, los muchos herederos na nos agradan.

— ¡Cómo no te avergüenzas de atribuirme tales pensamientos! —exclamó, con calor, Arkadii~. Yo no juzgo injusto a mi padre desde ese punto de vista; pienso que debería casarse con ella.

— ¡Bah, bah! —dijo con toda flema Basarov—. ¡Qué grandeza de alma tenemos! Tú le das todavía importancia al matrimonio; no me lo esperaba de ti.

Ambos amigos siguieron andando unos pasos, pero en silencio.

— He visto ya todas las instalaciones de tu padre —empezó de nuevo Basarov—. Ganado flojo y caballos agotados. Las obras también van mal, y los obreros tienen facha de impenitentes haraganes; en cuanto al administrador, parece un tonto o un cuco; yo, hasta ahora, no sé a qué atenerme.

— Muy severo estás hoy, Yevguenii Vasilievich.

— Tu padre necesita imprescindibllemente de buenos braceros. Ya conoces el refrán: el campesino ruso, a Dios arruina.

— Empiezo a darle la razón al tío —observó Arkadii—. No hay duda de que tienes una opinión detestable de los rusos.

— ¡Vaya una cosa! Precisamente lo que en el ruso hay de bueno es la mala idea que de sí mismo tiene. Lo importante es que dos y dos son cuatro, y todo lo demás son bobadas.

— ¿Y también la Naturaleza? —exclamó Arkadii, mirando, pensativo, a los abigarrados campos, bella y dulcemente iluminados por el sol, todavía bajo.

— Sí; también la Naturaleza es una sandez, según tú la entiendes. La Naturaleza no es un templo, sino un taller, y el hombre, su obrero.

Los lentos sones de un violonchelo volaron hasta ellos, desde el interior de la casa, en aquel instante. Alguien tocaba con sentimiento, aunque con mano torpe, la *Expectation*, de Schubert, y, dulcemente, difundíase en el aire la deliciosa melodía.

— ¿Quién será? —exclamó, asombrado, Basarov.

— Es mi padre.

— Pero, ¿toca tu padre el violonchelo?

— Sí.

— ¿Cuántos años tiene tu padre?

— Cincuenta y cuatro años.

Basarov soltó de pronto la carcajada.

— ¿Por qué te ríes?

— Perdona. Un hombre de cincuenta y cuatro años, *pater familias...*, retirado en un poblacho..., ¡tocar el violonchelo!

Siguió Basarov riendo a carcajadas; pero Arkadii, por más respeto que a su maestro le tuviese, aquella vez no sonrió.

10

Pasaron unas dos semanas. La vida en Marino corría por su cauce-acostumbrado; Arkadii se entregaba al sibaritismo; Basarov, al trabajo. Todos en la casa habíanse acostumbrado a él, a sus desenfadados modales, a sus discursos algo incoherentes y sofísticos. Zenichka, especialmente, se había familiarizado tanto con él, que hasta una noche mandó que lo despertasen, porque a Mitia le habían dado convulsiones; y él fue allá, como de costumbre, bromeando, bostezando, y allí se estuvo dos horas, asistiendo al niño. En cambio, Pavel Petrovich, con todas las fuerzas de su alma, odiaba a Basarov; juzgábale orgulloso, insolente, cínico, plebeyo; sospechaba que Basarov no le tenía respeto, y que era muy posible que lo despreciase..., ¡a él..., a Pavel Petrovich! Nikolai Petrovich temía al joven nihilista, y dudada de que su ascendiente sobre Arkadii le fuera a éste beneficioso; pero lo escuchaba con gusto, y con gusto presenciaba sus experimentos de física y química. Basarov llevaba consigo un microscopio y se pasaba las horas muertas mirando por él. También los criados le tomaban apego, pese al desdén con que los trataba: sentían que en el fondo era su hermano, no un *barin*. Duniascha se reía mucho con él, y a hurtadillas lo miraba con mucha atención cuando pasaba por delante de ella. Piotr, un chico sumamente presumido y tonto, siempre con unas tensas arruguillas en la frente, y cuyos méritos se reducían a que tenía un mirar cortés, leía de corrido y estaba siempre pasándose el cepillo por su levita..., hasta ése se animaba y ponía hueco en cuanto Basarov fijaba su atención en él. Los chicos libertos corrían tras el *doctor* como perrillos. El viejo Prokofich era el único que no lo quería, y con cara de vinagre le servía a la mesa, llamábale el *Desollador* y estaba convencido de que sus patillas representaban un verdadero atentado al buen gusto. Prokofich, a su modo, era un aristócrata, no menos severo que Pavel Petrovich.

Vinieron los mejores días del año, los primeros de junio; el tiempo se puso hermosísimo. Cierto que, allá lejos, amenazaba otra vez el cólera; pero los vecinos del gobierno de*** habían logrado acostumbrarse ya a las visitas. Basarov madrugaba mucho y se andaba dos o tres verstas, no por pasear

—pues odiaba las paseatas sin objeto—, sino por herborizar y cazar insectos. A veces, llevábase consigo a Arkadii. A la vuelta solían surgir entre ellos discusiones, en las que Arkadii resultaba vencido, pese a hablar mucho mejor que su contrincante. Una vez, tardaron demasiado en volver. Nikolai Petrovich salió a su encuentro en el jardín, y, desde el cenador donde se apostara, oyó los ligeros pasos y las voces de ambos jóvenes. Pasaban estos por el lado del cenador, y no pudieron verlo.

— No conoces a mi padre —decía Arkadii.

Nikolai Petrovich se escondió.

— Tu padre es un buen chico —declaró Basarov—, pero es un hombre anticuado, que canta romanzas...

Nikolai Petrovich aguzó el oído... Arkadii no contestó nada.

El *hombre anticuado* permaneció inmóvil unos dos minutos, y luego, despacito, volvióse a la casa.

— Hace unos días lo sorprendí leyendo a Puschkin —continuó diciendo Basarov—. Haz el favor de decirle que eso ya en ninguna parte se estila. Él no es un muchacho; tiempo es de que deje esos absurdos. ¡Vaya un gusto ser romántico en estos tiempos! Dale a leer algo práctico.

— ¿Qué voy a darle? —preguntó Arkadii.

— Pues dale, por ejemplo, *Kraft und Stoff*, de Buchner, para empezar.

— Sí —aprobó Arkadii—, *Kraft und Stoff* está escrito en un estilo muy cuidado...

— Mira, nosotros —dijole aquel mismo día, después de la comida, Nikolai Petrovich a su hermano, en el gabinete donde ambos se hallaban— somos gente anticuada. ¿Qué tal? Puede que Basarov esté en lo cierto; pero a mí, lo confieso, sólo una cosa me duele: habíame hecho la ilusión de vivir ahora precisamente en términos de estrecha amistad con Arkadii y me encuentro con que me quedé rezagado y él siguió adelante, y no podemos entendernos uno al otro.

— Pero ¿por qué siguió adelante? ¿Y en qué se diferencia tanto de nosotros? —exclamó con impaciencia Pavel Petrovich—. Todo eso se lo

ha metido a él en la cabeza ese señorito, ese nihilista. No puedo ver a ese medicucho; para mí es, sencillamente, un charlatán; estoy seguro de que, con todas sus ranas, no está muy allá en física.

— No, hermano, no digas eso; Basarov tiene talento, lo reconozco.

— Y también una vanidad agresiva —atajóle de nuevo Pavel Petrovich.

— Si —observó Nikolai Petrovich—. Es orgulloso; pero sin eso, por lo visto, no se consigue nada, y por eso evito hablарle. Yo creo que hago todo lo posible por no salirme de mi tiempo; instalé a los campesinos, arreglé la granja en una forma que en todo el gobierno me ha merecido elogios; leo, estudio, me esfuerzo en todo por estar al nivel de las exigencias del tiempo... Pero ellos dicen que mi canción suena a vieja. Y el caso es, hermano, que también yo empiezo a pensar que es así.

— Pero ¿por qué?

— Te lo voy a decir. Hoy estaba yo leyendo a Puschkin..., *Gitanos*, ¿recuerdas?... Pues hete aquí que de pronto entra Arkadii, y sin decir nada, con una expresión de cariñosa lástima en los ojos, se me acerca despacito, como si yo fuera un niño, me quita el libro de la mano y me presenta otro, alemán..., se sonríe y se va, pero llevándose a Puschkin.

— ¡Cómo! ¿y qué libro fue el que te dio?

— Pues éste.

Pavel Petrovich diole vueltas entre sus manos.

— ¡Hum! —murmuró— Arkadii Nikolayev se preocupa de tu educación. ¿Y qué? ¿Probaste tú a leerlo?

— Probé.

— Bueno, ¿y qué tal?

— O yo soy un estúpido, o todo esto es... absurdo... Por fuerza seré yo el estúpido.

— Pero ¿no se te ha olvidado el alemán?

— No; lo entiendo.

Pavel Petrovich tornó a darle vueltas entre sus manos el libro y miró de reojo a su hermano. Ambos callaban.

— Y a propósito —empezó Nikolai Petrovich, deseando visiblemente cambiar de conversación—, he tenido carta de Koliásin.

— ¿De Matviei Ilich?

— Sí, del mismo. Viene a inspeccionar el distrito y me escribe que para Navidad desearía vernos, y nos invita a los tres a la ciudad.

— ¿Irás? —preguntó Pavel Petrovich.

— Yo, no; ¿y tú?

— Yo, tampoco. No vale la pena recorrer cincuenta verstas para comer *kisiel*. Lo que quiere Matviei es mostrársenos en todo el esplendor de su gloria. ¡Que el diablo se lo lleve! Ya le bastarán sus honores oficiales, sin necesidad de los nuestros. ¡Ahí es nada su importancia! ¡Consejero secreto! Si yo hubiera continuado en el servicio aguantando esa estúpida cincha, ahora sería ya general ayudante. Y además, que nosotros, tú y yo, somos gentes anticuadas.

— Sí, hermano. Por lo visto, nos negó la hora de que nos caven la sepultura, y nos pongan las manos con la cruz sobre el pecho —observó con un suspiro Nikolai Petrovich.

— ¡Bah! Pues lo que es yo, no me rindo tan pronto —refunfuñó su hermano—. Todavía hemos de tener una agarrada con ese medicucho; me lo da el corazón.

La agarrada se produjo aquel mismo día en el té de la noche. Pavel Petrovich entró en el comedor ya apercibido a la lucha, nervioso y decidido. Sólo aguardó un pretexto para arremeter contra el enemigo; pero el pretexto tardó mucho en presentarse. Basarov, por lo general, hablaba poco en presencia de los "viejos Kirnasov", que así solía llamar a los dos hermanos; pero aquella noche, además, no se sentía de humor, y en silencio se bebía taza tras taza de té. Pavel Petrovich ardía todo de impaciencia; pero al cabo se salió con la suya.

Vino a recaer la conversación en uno de los terratenientes vecinos, "un puerco, un aristocratillo", observó con indiferencia Basarov, que había tenido ocasión de conocerlo en Petersburgo.

— Permítame usted que le pregunte —empezó Pavel Petrovich, y los labios le temblaban—. ¿Qué sentido le da usted a la palabra "puerco" y también a la de "aristócrata"?

— He dicho "aristocratillo" —rectificó Basarov, sorbiendo con indolencia un poco de té.

— Bueno, conforme; pero yo supongo que usted tiene la misma opinión de los aristócratas que de los aristocratillos. Considero deber mío explicarle a usted que no comprendo esa opinión. Me atrevo a decilo; a mí todos me conocen como hombre liberal y amante del progreso, pero precisamente porque respeto a las aristócratas auténticos. Recuerde usted, querido señor —al oír esas palabras alzó Basarov los ojos hacia Pavel Petrovich—, recuerde usted, querido señor, —repitió éste con ensañamiento—, a los aristócratas ingleses. No se propasan una tilde más allá de sus derechos, y por ende, respetan los derechos ajenos; exigen el cumplimiento de los deberes para con ellos, y ellos a su vez cumplen todos sus deberes. La aristocracia ha dado la libertad a Inglaterra y la sostiene.

— Me duelen ya los oídos de oír esa copla —exclamó Basarov—. Pero ¿qué pretende usted demostrar con eso?

— Pretendo demostrar con "efto", querido señor... —Pavel Petrovich, cuando se enfadaba, decía con toda intención "efto", aunque estaba harto de saber que no era correcto. Era un resabio que le había quedado de los tiempos alejandrinos—. Los señoritos de entonces, en algunas ocasiones, cuando hablaban en su lengua nativa, pronunciaban unos "efto" y otros "ejto", y para que vean ustedes que somos rusos castizos y all mismo tiempo señorones, a los que les está permitido hacer caso omiso de las reglas del colegio... Yo, con "efto" quiero demostrar que, sin el sentimiento de la dignidad personal, sin el respeto a sí mismo, y diz que el aristócrata tiene muy desarrollados estos sentimientos, no puede cimentarse ningún bien público..., *bien public...*, ninguna estructura social. La distinción, querido señor..., he oído lo esencial; la distinción humana debe ser fuerte como una muralla, pues sobre ella se construye todo. De sobra sé, por ejemplo, que usted se permite encontrar ridículas mis costumbres, mi

indumentaria, mi pulcritud, en fin; pero todo eso deriva del sentimiento de mi propio respeto, del sentimiento del deber..., sí, sí, del deber. Vivo en un lugarejo, en un hoyo; pero no me dejo caer, sino que en mí respeto al hombre..

— Perdone usted, Pavel Petrovich —exclamó Basarov—: usted se respeta a sí mismo, y se está quietecito y cruzado de brazos. ¿Qué utilidad se deriva de ahí para el *bien public*? No se respetara usted a sí mismo y haría igual.

Pavel Petrovich palideció.

— Esa es una cuestión enteramente distinta. No entra en mis cálculos explicarle a usted ahora por qué yo me estoy quietecito y cruzado de brazos, como usted se ha permitido decir. Sólo he de manifestarle que la aristocracia... es un principio, y sin principios sólo pueden vivir en nuestro tiempo los individuos inmorales o vacuos. Ya le decía yo esto mismo a Arkadii al día siguiente de su llegada, y ahora se lo repito a usted. ¿Qué dices tú, Nikolai?

Nikolai Petrovich movió la cabeza.

— Aristocratismo, liberalismo, progreso, principios —dijo, entre tanto, Basarov—. ¡Cuántas palabras extranjerizas... e inútiles! Al ruso no le hacen maldita la falta.

— ¿Pues qué es lo que le hace falta, a juicio suyo? ¿Oírle a usted proclamar que estamos al margen de la humanidad y al margen de las leyes? Pero perdón usted..., la lógica de la historia exige...

— ¿Qué falta nos hace esa lógica?, nos apañamos muy bien sin ella.

— ¿Sí? ¿Cómo?

— Pues así. Usted, tal espero, no ha menester de lógica para llevarse un trozo de pan a la boca, cuando tiene hambre. ¿Adónde quiere llevarnos con esas digresiones?

Pavel Petrovich levantó las manos.

— Después de eso, ya no le entiendo a usted. Insulta al pueblo ruso. No comprendo cómo se puede no reconocer principios, reglas. ¿En virtud de

qué obra usted?

— Ya te dije, tito, que nosotros no reconocemos autoridades —indicó Arkadii, terciando en la conversación.

— Nosotros actuamos en virtud de aquello que reconocemos útil —declaró Basarov—. En los tiempos actuales, lo más útil de todo es negar... y nosotros negamos.

— ¿Todo?

— Todo.

— ¿Cómo? No sólo el arte, la poesía..., sino también. ¡Oh! Es doloroso decirlo...

— Todo —repitió Basarov con imperturbable serenidad.

Pavel Petrovich quedóse confuso. No se esperaba aquello; pero Arkadii hasta se puso encarnado de puro placer.

— Sin embargo..., permita usted... —balbució Nikolai Petrovich—. Ustedes lo niegan todo, o dicho con más exactitud, lo destruyen todo... Pero luego es menester construir.

— Eso ya no es cosa nuestra... Lo primero de todo es descombrar...

— La situación actual del pueblo lo exige —añadió con gravedad Arkadii—; nosotros estamos obligados a satisfacer esa exigencia: no tenemos derecho a darnos el gusto del egoísmo personal.

Esta última frase no fue, por lo visto, del agrado de Basarov; sonaba a filosofía, es decir, a romanticismo. Porque Basarov también a la filosofía la llamaba romanticismo; pero no estimó prudente contradecir a su joven discípulo.

— ¡No, no! —exclamó con súbito arranque Pavel Petrovich—. No paso a creer que ustedes, señores, conozcan a fondo al pueblo ruso, que sean representantes de sus exigencias, de sus aspiraciones. No; el pueblo ruso no es como ustedes lo pintan. Venera cual cosa santa la tradición..., es patriarcal, no puede vivir sin creencias.

— No se lo discuto a usted —atajóle Basarov—. Hasta me inclino a darle la razón en eso.

— Aunque así fuere, eso no prueba nada.

— No prueba nada en absoluto —repitió Arkadii con el aplomo de un ducho ajedrecista que prevé los movimientos del contrario y por ello no se desconcierta un ápice.

— ¿Cómo que no prueba nada? —refunfuñó, estupefacto, Pavel Petrovich—. ¿Irá usted contra su pueblo?

— Pero aunque así fuere —exclamó Basarov—. El pueblo se cree que cuando hay truenos es que el profeta Ilia va de un lado para otro por el cielo con unas ruedas. ¿Qué tal? ¿Podría yo estar de acuerdo con él? Y además... si él es ruso, ¿acaso no lo soy yo también?

— No; no es usted ruso, después de todo lo que acaba de decir. No puedo tenerle a usted por ruso.

— Mi misión es labrar la tierra —respondió con insolente altanería Basarov—. Pregúntele usted al más querido de sus braceros a cuál de nosotros dos, usted o yo, tiene por más patriota. Pero usted ni hablar con él se atreve.

— Usted, en cambio, habla con él y lo desprecia al mismo tiempo.

— ¿Por qué no, cuando se hace digno de desprecio? Critica usted mi actitud; pero ¿quién le ha dicho que ella sea efecto del acaso, que no esté ligada a esa misma alma del pueblo que usted tanto cacarea?

— ¡Cómo! ¿Que los nihilistas son necesarios?

— Necesarios o no..., no hemos de decirlo nosotros. Tampoco usted se tiene por inútil.

— ¡Señores, señores, por favor, nada de personalizar! —exclamó Nikolai Petrovich, y se levantó.

Pavel Petrovich sonrió, y poniendo su mano en el hombro del hermano, obligólo a sentarse de nuevo.

— No te inquietes —dijo—. Yo no me acalora, precisamente por efecto de ese sentimiento de dignidad de que con tanta crueldad se burla el señor..., el señor doctor. Permítame —añadió dirigiéndose de nuevo a Basarov—: ¡se figura usted acaso que sus doctrinas son una novedad? Pues si es así, se equivoca. Ese materialismo que usted predica, ha pretendido ya más de una vez abrirse paso, y siempre ha resultado insolvente...

— ¡Y dale con las pallabras de extranjis! —atajóle Basarov. Empezaba éste a enrabiетarse, y su cara tomaba un colorcillo de un rojoplomizo—. En primer lugar, nosotros no predicamos nada; no está en nuestras costumbres.

— Entonces, ¿qué hacen?

— Pues verá usted lo que hacemos. Al principio, en una época aún reciente, decíamos que nuestros burócratas cometían exacciones, que no tenemos caminos ni comercios, ni tribunales regulares...

— ¡Bah..., bah!, ustedes acusaban... ¿no es ese el término exacto? Yo estoy de acuerdo con muchas de sus acusaciones; pero...

— Pero luego comprendimos que hablar y sólo hablar de nuestros males no merecía la pena, que eso sólo conducía a la ruindad y el doctrinarismo: pudimos cerciorarnos de que nuestros inteligentes, los llamados avanzados, y los acusadores no iban a ninguna parte, y de que nos debatíamos en un absurdo. Hablamos de cierto arte, de una vaga creación, de parlamentarismo, de abogacía, y el diablo sabrá de qué; mas cuando de lo que se trata es del plan cotidiano, cuando la más burda superstición nos ahoga, cuando todas nuestras sociedades por acciones quiebran únicamente para que se demuestre la incapacidad de las personas honradas, cuando la propia libertad, por la que tantos calores se toma el Gobierno, apenas si nos sirve de nada, pues a nuestro *muchik* no le duele que le roben, con tal que lo dejen emborracharse en la taberna...

— Ciento —atajóle Pavel Petrovich—, cierto. Ustedes se convencieron de todo eso, y decidieron no tomar ya en serio nada.

— Y decidimos no ocuparnos en nada —repitió de mal humor Basarov.

De pronto sintió disgusto de sí mismo, por haberse explicado así delante de aquel *barin*.

— ¿Sólo injuriar?

— Sólo injuriar.

— ¿Y eso se llama nihilismo?

— Y eso se llama nihilismo —volvió a repetir Basarov, pero aquella vez con una impertinencia especial.

Pavel Petrovich guiñó levemente un ojo.

— ¡Ea, ya lo sabemos! —dijo en un tono extrañamente ecuánime—. El nihilismo está obligado a prestar ayuda a todo dolor, y ustedes son nuestros libertadores y héroes. Pero ¿por qué respetan también a los otros, aunque sean acusadores? ¿No se acreditan así de locuaces, como todos?

— Por ahí no pecamos —murmuró entre dientes Basarov.

— ¡Cómo! ¿Es que ustedes actúan? ¿Han decidido actuar?

No respondió Basarov. Pavel Petrovich se estremeció; pero en seguida recobró el dominio de sí mismo.

— ¡Hum! Actuar, destruir... —prosiguió—. Pero ¿cómo destruir sin saber siquiera por qué?

— Destruimos porque tenemos fuerza —interrumpió Arkadii.

Pavel Petrovich miró a su sobrino y sonrióse.

— Sí, fuerza, y ésta no tiene que dar cuentas a nadie —sentenció Arkadii.

— ¡Desdichado! —exclamó Pavel Petrovich—. Decididamente, no está en situación de fortificarse más... ¿Es que tú te figuras poder sostenerse en Rusia con lema tan ruin? No; esto es capaz de hacerle perder la paciencia a un ángel. ¡La fuerza! También la tienen el calmuco y el mongol, que son unos salvajes. Pero ¿de qué nos sirve a nosotros? Lo que nos hace falta es la querida civilización, señor mío, sus queridos frutos y no me salga usted diciendo que estos frutos son insignificantes; el último obrerillo, un *barboullieur* que cobra cinco *kopeikas* por la noche, es más útil para todos;

un *tapeur*, porque representa la civilización y no la fuerza bruta mongola. Ustedes se tienen por avanzados; pero en realidad van subidos en una *kibita* mongola. ¡La fuerza! Y recuerden, por último, señores fuertes, que son ustedes cuatro o seis individuos por junto, y que hay millones de otros seres que no se avendrán nunca a echarles a sus pies sus más sagradas creencias, que los aplastarán.

— Si nos aplastan, también ese será un camino —dijo Basarov—. No somos tan pocos como usted supone.

— ¡Cómo! ¿Piensa usted en serio deshacerse, deshacerse así de toda una nación?

— Por una bujía de una *kopeika* ardió Moskva, como usted sabe —respondió Basarov.

— Sí, desde luego. Primero, una soberbia satánica, y después, el sarcasmo. ¡He ahí con lo que seducen a la juventud, he ahí con lo que subyugan los corazones de los mocitos inexpertos! Ahí tiene usted a uno de estos, sentado junto a usted, que casi le reza: "¡Quiéreme!" —Arkadii volvió la cara y frunció el ceño—. Y este incendio se ha corrido ya bastante lejos. Me han asegurado que nuestros pintores en Roma no ponen el pie en el Vaticano. A Rafael lo tienen poco menos que por un imbécil porque ha llegado a convertirse en una autoridad. Pero ellos son de una impotencia y una esterilidad rayanas en vileza; su fantasía no vuela más allá de *La mocita y la fuente*. ¡Y la tal mocita es horrible! Segundo usted, ellos son jóvenes; ¿no es cierto?

— Para mí —declaró con tono despectivo Basarov—, Rafael no vale ni una sola *kopeika*; pero los otros no valen mucho más.

— ¡Bravo, bravo! ¡Escucha bien, Arkadii: he ahí cómo deben expresarse los jóvenes de hoy! ¿Cómo no habría de seguirlos? Antes, los jóvenes se aplicaban al estudio, no querían sumirse en la ignorancia, por lo que, aunque contra su voluntad, trabajaban. Pero ahora no tienen más que decir: "¡Todo en el mundo es absurdo!", y asunto concluido. Los jóvenes están en sus glorias. Y efectivamente, antes no pasaban de bobos; pero ahora de pronto se han vuelto nihilistas.

— Me parece que está usted faltando a su ponderado sentimiento de la dignidad personal —observó flemáticamente Basarov, mientras Arkadii se

encandecía todo y echaba chispas por los ojos—. Nuestra discusión ha ido demasiado lejos... Parece lo mejor darla por terminada. Pero yo no tendrá inconveniente en estar de acuerdo con usted —añadió levantándose—, siempre que usted me presente aunque sólo sea una institución en nuestra vida privada o pública que no provoque una crítica absoluta e inexorable.

— Millones de ellas le presentaré a usted —exclamó Pavel Petrovich—: ¡Millones! Pero ahí tiene el Concejo como muestra.

Una fría sonrisilla entreabrió los labios de Basarov.

— ¡Bah! Tocante al Concejo —dijo—, le recomiendo que hable con su hermano. Según tengo entendido, anda en asuntos con no sé qué concejo: solidaridad, sobriedad y otras monsergas por el estilo.

— La familia, la familia, en resumidas cuentas, existe para nuestros labriegos —exclamó Pavel Petrovich.

— Pero yo pienso que les conviene más a ustedes no entrar en pormenores. ¿Han oído hablar de las nuevas? Escúcheme, Pavel Petrovich: tómese dos diítas de plazo, pues de una vez apenas sacaría algo en limpio. Recorra todas nuestras clases sociales y estúdielas bien, una por una, en tanto yo y Arkadii...

— ¡La cosa es hacer befa de todo! —recalcó Pavel Petrovich.

— No. Disecar ranas. Vamos allá, Arkadii. ¡Hasta la vista, señores!

Salieron ambos amigos. Los dos hermanas se quedaron solos, y a lo primero no hicieron más que mirarse el uno al otro.

— ¡He ahí —notó finalmente Pavel Petrovich—, he ahí la juventud de hoy! ¡Ahí tienes a... nuestros sucesores!

— ¡Sucesores! —repitió con un hondo suspiro Nikolai Petrovich. En el curso de toda aquella discusión había estado como sobre ascuas, y sólo lanzara a hurtadillas a Arkadii miradas llenas de amor—. ¿Sabes de lo que me acordaba ahora, hermano? Pues verás: una vez tuve una discusión con nuestra pobre madre; ella alzaba el grito..., no quería oírme... Hasta que yo acabé por decirle: "Eso es que usted no puede comprenderme; pertenecemos a generaciones distintas." Ella se sintió tremadamente ofendida, y yo pensaba: "¡Qué hacer!" Amarga es la píldora; pero no hay

más remedio que tragárla. Pues bien: ahora nos toca la vez a nosotros, y nuestros sucesores pueden decirnos también: "Ustedes no son de nuestra generación; tráguese la píldora."

— Tú eres excesivamente bondadoso y modesto —profirió Pavel Petrovich—. Pero yo, en cambio, estoy persuadido de que tanto tú como yo tenemos mucha más razón que esos señoritos, aunque es posible que nos expresemos en un lenguaje anticuado, *vieilli*, y no tengamos ese insolente aplomo de ellos... ¡y qué finchada esta juventud de hoy!... Pregúntale a alguno: "¿Cómo le gusta el vino: tinto o blanco?" "Yo acostumbro preferir el tinto", te contestará con voz de bajo y con cara tan seria cual si el mundo entero lo estuviese mirando en aquel instante...

— ¿No quieren más té? —preguntó Zenichka, asomando su cabecita por la puerta; no se atrevió a entrar en el comedor en tanto sonaron allí las voces de los que discutían.

— No; puedes mandar que retiren el samovar —respondió Nikolai Petrovich, y levantándose, dirigióse a su encuentro.

Pavel Petrovich, bruscamente, le dijo:

— Bonsoir —y se retiró a su gabinete.

11

Media hora después, Nikolai Petrovich salióse al jardín, a su querido cenador. Allí le asaltaron tristes pensamientos. En primer lugar, reconoció claramente su discrepancia con su hijo; presentía que, de día en día, había de acentuarse más y más. En vano había pasado él los inviernos en Petersburgo y consagrado días enteros a la lectura de los últimos libros publicados; en vano había asistido a las conversaciones de los jóvenes; en vano alegrárase cuando lograba meter baza en sus ardorosas discusiones. "Mi hermano dice que tenemos razón —pensaba—, y dejando de lado todo amor propio, a mí me parece también que ellos están más lejos de la verdad que nosotros; pero al mismo tiempo siento que detrás de ellos hay algo que nosotros no tenemos, alguna excelencia sobre nosotros... ¿La juventud? No; no se trata sólo de la juventud. ¿No consistirá esa preeminencia en que ellos conservan menos huellas de aristocratismo que nosotros?"...

Nikolai Petrovich bajó la cabeza y se llevó la mano a la cara.

"Pero ¿rechazar la poesía —pensó de nuevo—, no sentir el arte, la Naturaleza...?" y miraba en torno suyo, cual pugnando por comprender cómo era posible no sentir la Naturaleza. Ya atardecía; el sol se ocultaba por detrás de un regular plantel de álamos, a media versta del jardín, y desde allí extendíase su sombra sin término a través de los campos inmóviles. Un *muchik* pasó, jinete en un caballito blanco, destacándose en el oscuro, angosto sendero que bordeaba el plantel de álamos. Resaltaba todo él claramente visible, todo, hasta los remiendos en el hombro; inútil era que caminase en la sombra: brillaban con toda daridad los cascós del caballo. Los rayos solares, por su parte, concentrábanse en el plantel, y filtrándose a través de su espesor, iluminaban los troncos de los álamos con una tibia luz tal, que semejaban troncos de pinos, y sus hojas casi azuleaban, mientras por encima de sus copas extendíase el cielo de un pálido azul. Las golondrinas volaban alto; serenábbase del todo el aire; abejas rezagadas bordoneaban, perezosas y soñolientas, por entre las lilas en flor; chocaban abejorros en bandadas por encima de una ramita

aislada, que se alargaba a lo lejos. "¡Qué hermoso, Dios mío!", pensaba Nikolai Petrovich, y unos versos dilectos acudieron a sus labios; acordóse del *Kraft und Stoff* de Arkadii... y se calló; pero siguió sentado, siguió entregado al amargo y dulce juego de las almas solitarias. Gustaba de ensayar; la vida en la aldea desarrollara en él esa afición. ¿No había soñado así también, poco hacía, cuando aguardaba a su hijo en la Casa de Postas? Pues, de entonces acá se había ya operado el cambio, se habían definido las entonces aún vagas relaciones, ¡y cómo! Volvió a evocar la imagen de su difunta esposa, pero no como él habíala conocido en el decurso de muchos años, no cual mujer de su casa, hacendosa y buena, sino como una jovencita soltera, de fino talle, de mirar inocente y curioso, con las prietas trenzas cayéndole sobre el cuello de niña. Recordó la primera vez que la viera. Era él, entonces, todavía estudiante. Encontróse con ella en la escalera de la pensión en que él vivía, y como tropezase con ella sin querer, volvióse y quiso disculparse; pero sólo pudo balbucir: *Pardon, monsieur*, a lo que ella contestó bajando la cabeza y echándose a reír, pero de pronto dar muestras de susto y huir escaleras arriba aunque ya en ell rellano lanzóle una rápida mirada, tomó un aire serio y se ruborizó. Siguieron a eso las primeras tímidas entrevistas, las medias palabras y las medias sonrisas, y las dudas, y la tristeza, y los arrebatos, y finalmente, esa sofocante alegría... ¿Adónde fue a parar todo eso? Era ella su mujer, sentíase feliz cual pocos hombres en la tierra... Pero, pensaba, ¿por qué no vivirían en él esos primeros deliciosos instantes con una vida eterna, inmortal?

No se tomó el trabajo de precisarse a sí mismo su pensamiento; pero sentía que deseaba apoyar aquel bendito tiempo en algo más firme que el recuerdo, que anhelaba palpar, de nuevo la proximidad de su Marya, sentir su calor y su aliento, y hasta le parecía que así era...

— Nikolai Petrovich —sonó junto a él la voz de Zenichka—, ¿dónde anda usted?

Dio un resingo. No sentía dolor ni remordimientos de conciencia... Ni siquiera admitía la posibilidad de un parangón entre su difunta y Zenichka; pero lamentaba que a ella se le hubiera ocurrido ir allí a buscarlo. De un golpe recordó su voz, sus canas, su vejez, su presente...

El mágico mundo presente en que ya penetraba, que ya surgía de entre las brumosas ondas del pasado, oscilaba... y se desvanecía.

— Estoy aquí —respondió—, ya voy; retírate.

"He ahí otros resabios de aristocratismo", murmuró para sus adentros. Zenichka, en silencio, miró hacia él en el cenador y se ocultó; y él notó, asombrado, que en tanto estuviera allí ensöñando se había hecho de noche. Todo estaba oscuro y silencioso en torno suyo, y el rostro de Zenichka resaltaba ante él, ¡tan pálido y pequeñín! Levantóse y quiso volverse a la casa; pero su enervado corazón no acababa de serenarse en su pecho, y se puso a pasear despacito por el jardín, ya mirándose, pensativo, los pies, ya alzando los ojos al Cielo, donde parpadeaban enjambres de estrellas. Anduvo mucho, hasta cansarse; pero su inquietud, una inquietud vaga, indefinida, triste, no cedía. ¡Oh, y cómo se habría reído de él Basarov, si hubiera llegado a saber lo que le pasaba! Arkadii mismo lo habría criticado. ¡Él, hombre ya de cincuenta y cuatro, agrónomo y hacendado, vertiendo lágrimas y lágrimas sin motivo! Eso era cien veces más grave que lo del violonchelo.

Nikolai Petrovich siguió andando, sin acabar de resolverse a entrar en la casa, en aquel plácido y cómodo nido que tan invitatoriamente lo miraba por todas sus iluminadas ventanas; no se sentía con fuerza para salirse de la sombra del jardín, con la sensación del aire fresco en la cara y aquella pena, aquella inquietud...

En un recodo del senderuelo encontróse con Pavel Petrovich.

— ¿Qué te pasa? —preguntóle éste a Nikolai Petrovich—. Estás pálido como un fantasma. ¿Te sientes mal? ¿Por qué no te acuestas?

Nikolai Petrovich explicóle en breves palabras su estado de espíritu y alejóse. Pavel Petrovich siguió andando hasta el extremo del jardín, y también meditaba y también alzaba los ojos al cielo. Pero en sus bellísimos ojos oscuros no se reflejaba otra cosa que el fulgor de los astros. No era romántico por naturaleza, y su alma de petimetre, árida y apasionada a estilo francés, su alma de misántropo no sabía soñar...

— ¿Sabes una cosa? —dijole Basarov a Arkadii aquella misma noche—. Pues se me ha ocurrido una idea magnífica. Tu padre dijo hoy que había recibido una invitación de ese ilustre pariente vuestro. Tu padre no piensa aceptarla. ¿Por qué no vamos nosotros dos a ***, ya que ese caballero te invita a ti también? Ya ves cómo se ha puesto aquí el tiempo. Pero, nosotros nos daremos una vuelta por ahí, veremos la ciudad. Pasaremos

cinco o seis días distraídos, y basta .

— Pero ¿luego volverás aquí?

— No; tengo que ver a mi padre. Ya sabes que está a treinta verstas de ***. Hace ya mucho que no lo veo, ni tampoco a mi madre; hay que animar a los viejos. Conmigo han sido muy buenos, sobre todo mi padre; es hombre muy divertido. Y yo soy hijo único.

— ¿Y tendrás que quedarte con ellos?

— No lo creo. ¡Bah! Eso sería aburrido.

— Y en el viaje de regreso, ¿pasarás por aquí?

— No sé...; veremos. Pero dime: ¿qué te parece mi idea? ¿Vamos allá?

— Desde luego —asintió, con indolencia, Arkadii.

Alegrábase mucho en el fondo del alma de la proposición de su amigo; pero creíase obligado a disimular su sentimiento. No en balde era nihilista.

Al día siguiente partía con Basarov en dirección a ***. La gente moza de Marino lamentó su marcha; Duniascha hasta lloró...; pero los viejos respiraron con más libertad.

12

La ciudad de ***, adonde se dirigían nuestros amigos, se hallaba bajo la jurisdicción de un gobernador de los jóvenes, progresista y despótico al mismo tiempo, paradoja harto frecuente en Rusia. En el transcurso de su primer año de mando logró enemistarse no sólo con su superior jerárquico, un capitán de caballería de la Guardia, retirado, dueño de unas cuadras y hombre hospitalario, sino también con sus propios empleados. Los conflictos a que esa conducta suya dio lugar llegaron a adquirir finalmente tales proporciones, que el Ministerio de Peterburg estimó imprescindible enviar allá una persona de toda confianza con el encargo de poner las cosas nuevamente en orden. La designación recayó en Matviei Ilich Koliasin, hijo de aquell Koliasin bajo cuya tutela habían estado en otro tiempo los hermanos Kirnasov. Era también de los jóvenes; es decir, que hacía poco cumpliera los cincuenta; pero ya descollaba entre todos los personajes oficiales y lucía condecoraciones en todos los lados del pecho. Sólo una cosa tenía rara, y no buena, en verdad. Semejante en esto al gobernador que había venido a residenciar, teníase por progresista, y con ser un señorito, no se parecía a la mayor parte de ellos. Tenía de sí mismo la más alta opinión, y su vanidad no reconocía límites; pero se conducía con sencillez, miraba alentador, oía benévolamente y se sonreía tan campechanamente, que en los primeros tiempos hasta podía pasar por un chico raro. En todas las ocasiones graves sabía, sin embargo, sacudirse el polvo, como la gente dice. "La energía es imprescindible —decía entonces—; *l'énergie est la première qualité d'un homme d'etat*". Pero, por lo general, no acreditaba listeza, y cualquiera de sus expertos funcionarios podía montársele encima. Matviei Ilich hablaba con mucha respeto de Guizot, y esforzábase por inculcarles a todos la idea de que él no pertenecía al número de los burócratas rutinarios, rezagados, y que no se le pasaba por alto a su atención ningún fenómeno importante de la vida social... Sabíase de memoria todas esas frasescillas; hasta seguía, cierto que con indolente grandeza, la evolución de la literatura contemporánea. Era un hombre maduro que, al encontrarse en la calle con una partida de muchachos, solía incorporarse a ellas. En realidad, Matviei Ilich no andaba muy lejos de aquellos gobernantes de tiempos de Alejandro que, cuando

por la noche iban a asistir a la velada de la señora Sviechinaya, que entonces vivía en Petersburgo, leíanse por la mañana una página de Condillac; sólo que sus modales eran otros, más contemporáneos. Era cuco por naturaleza, sumamente zorro; pero nada más; en los asuntos no tenía criterio, ni talento tampoco; pero sabía llevar muy bien sus propios asuntos: ahí nadie podía montársele encima, y eso es lo esencial.

Matwiei Ilich acogió a Arkadii con la campechanía, o, mejor dicho, con la desenvoltura propia de un funcionario culto. Pero asombróse al saber que sus parientes invitados quedábanse en el pueblo. "¡Qué raro fue siempre tu padre! —observó, recogiéndose los puños de su magnífica bata de terciopelo; y dirigiéndose de pronto a un empleado joven, con uniforme de vice, cuidadosamente abotonado, exclamó, con voz ofendida—: ¿Por qué?" El joven que, por efecto de sus largos silencios, tenía ya los labios pegados, se levantó y miró a su jefe con perplejidad. Pero Matwiei Ilich no volvió a fijar la atención en su desconcertado subalterno. Nuestros funcionarios gustan así de aturrullar a sus inferiores, siendo muy diversos los medios de que se valen para lograr su objeto. El siguiente es entre otros, muy usado; *he is quite a favourite*, como dicen los ingleses. El funcionario deja súbitamente de entender las más sencillas palabras y se vuelve sordo. Pregunta, por ejemplo:

— ¿Qué día es hoy?

Con el más extremado respeto le contestan:

— Hoy es viernes, exce...lencia.

— ¡Cómo! ¿Qué dice usted? —insiste, haciendo un esfuerzo, el funcionario.

— Pues que hoy es viernes, exce...lencia.

— Pero ¡cómo! ¿Qué quiere decir eso de viernes? ¿Qué viernes?

— Pues el viernes, exce...lencia; ese día de la semana.

— ¡Ah, vamos! ¿Quieres enseñarme a mí?

Matwiei Ilich era, al fin y al cabo, un funcionario, aunque se tuviera por liberal.

— Te aconsejo, amigo mío, que vayas a visitar al gobernador —dijo a Arkadii—. Ya comprenderás que te lo aconsejo, no porque yo sustente ideas anticuadas sobre la necesidad inexcusable de doblar el espinazo ante los poderes, sino sencillamente porque el gobernador... es un hombre como es debido, y, además, porque acaso también tú quieras relacionarte con los elementos de nuestra buena sociedad... Pues supongo que no serás ningún hurón, ¿verdad? y mira: pasado mañana da un gran baile.

— ¿Asistirá usted a ese baile? —inquirió Arkadii.

— ¡Si lo da por mí! —declaró Matwiei Ilich casi con sentimiento—. ¿Tú bailas?

— Bailo, aunque mal.

— Es lástima. Aquí se estima una vergüenza en un joven que no sepa bailar. E insisto en ello; no creas que te hablo así a impulsos de ideas anticuadas; en modo alguno supongo que el talento pueda estar en los pies; pero también el byronismo es grotesco: *il a fait son temps*.

— Desde luego, tito, en mí no es por byronismo ni...

— Te presentaré a los señores de la localidad, te pondré bajo mis alas —añadió Matwiei Ilich, y sonrió con ufanía—. Sentirás su tibiaza.

Entró el ordenanza y anunció la llegada del presidente del Palacio de Hacienda, un anciano de dulce mirar y labios cuidados de arrugas, un apasionado de la Naturaleza, especialmente en verano, cuando, según sus palabras, "cada pajarillo y cada florecilla está en su punto". Arkadii despidióse.

Encontró a Basarov en la fonda en que se alojaban, y trató largamente de convencerlo para que lo acompañara al baile del gobernador.

— ¡Qué hacer! —dijo, finalmente, Basarov—. Hay que echarse el dogal al cuello... ¡No me digas que es flojo ir allá para ver burgueses y dejarse ver de ellos!

El gobernador recibió a ambos jóvenes con afabilidad; pero no los invitó a sentarse ni se sentó él tampoco. Siempre andaba atareado y con prisa: desde por la mañana se ponía su uniforme oscuro y su corbata

sumamente tiesa, y no acababa nunca de comer ni de beber, siempre con prisa. En el gobierno lo llamaban *Bourdaloue*, no por alusión al famoso predicador francés, sino a la bebida llamada *burda*. Invitó a Kirnasov y a Basarov a su baile, y al cabo de dos minutos los volvió a invitar, considerándolos ya como hermanos y llamándolos a los dos *Kaisarovi*.

De casa del gobernador dirigíanse ambos amigos a la suya cuando, de uno de los *drochkas* que ante ellos pasaba, apeóse un hombre de mediana estatura, con una *vengerkie* eslavófila y gritando: "¡Yevguenii Vasilich!", quien echóse en brazos de Basarov.

— ¡Ah!, ¿es usted, *herr Sitnikov*! —exclamó Basarov, y siguió caminando por la acera—. ¡Qué suerte!

— Figuraos, ha sido pura casualidad —respondió el otro, y, volviéndose al *drochka*, agitó cinco veces la mano y gritó: ¡Síguenos, síguenos! Mi padre tiene aquí un asunto —continuó, saltando el arroyo—, y me rogó... Hoy tuve noticia de vuestra llegada y ya estuve a veros —efectivamente, al volver a la fonda ambos amigos encontraron allí una tarjeta con las puntas dobladas y el nombre de Sitnikov a un lado, en francés; al otro, en eslavo—. Espero que no vendréis de ver al gobernador.

— Pues no lo esperes, que de allí venimos.

— ¡Ah! En ese caso también ya iré a verlo... Yevguenii Vasilich, presénteme a su... Bueno..., presénteme...

— Sitnikov, Kirnasov —murmuró, sin detenerse, Basarov.

— Tengo mucho gusto —empezó Sitnikov, ladeándose, sonriente y ajustándose aprisa sus elegantísimos guantes—. Ya oí hablar mucho... Yo soy un antiguo amigo de Yevguenii Vasilich, y puedo decir también que... su discípulo. A él le debo mi resurgimiento...

Miró Arkadii atentamente al discípulo de Basarov. Una expresión inquieta y estúpida reflejábbase en las menudas y simpáticas facciones de su relamido rostro: ojos más bien chicos, como aplastados, miraban con atención y desasosiego, y sonreía.

— ¿Querrán ustedes creer —continuó— que la primera vez que Yevguenii Vasilich me dijo que no se debía acatar a las autoridades me entró tal

entusiasmo?... Fue como si se me abrieran los ojos. "¡Vamos —pensé—, por fin encontré a un hombre!" Y a propósito, Yevguenii Vasilich, no tiene usted más remedio que venir a ver a una señora de esta localidad que está perfectamente en condiciones de comprendedo y para la cual su visita constituirá una verdadera fiesta; me imagino que ya habrá oído hablar de ella...

— ¿A quién se refiere?

— A Kukschina, Eudoxie, Evdoksia Kukschina. Es... un temperamento notable, *émancipée*, en el verdadero sentido de la palabra, una mujer avanzada, extraordinaria. ¿Por qué no vamos a verla ahora mismo los tres? Vive a dos pasos de aquí. Allí almorzaremos. Porque supongo que ustedes estarán todavía en ayunas.

— Así es.

— Bueno, pues, magnífico. Como comprenderán ustedes, ella está separada del marido; no depende de nadie.

— ¿Es guapa? —preguntó Basarav.

— No... no; eso no es posible decirlo.

— Entonces, ¿por qué diablos nos quiere llevar a verla?

— ¡Vaya, qué bromista, qué bromista!... No dejará de obsequiarnos con una botella de champaña.

— Eso no está mal. Ya veo que es un hombre práctico. Y a propósito, ¿su padre sigue aún en la granja?

— En la granja —asintió Sitnikov con precipitación y una leve sonrisa.

— Pero ¿qué? ¿Vamos allá?...

— Verdaderamente, no sé...

— Tú, que querías conocer gente, ve —propuso en voz baja Arkadii.

— ¿Y usted qué dice, señor Kirnasov? —inquirió Sitnikov—. Tendrá que venir también, pues sin usted no podemos pasarnos.

- Pero ¿nos vamos a presentar así los tres de un golpe?
- Eso no importa. Kukschina es... una criatura admirable.
- ¿Y habrá una botellita de champaña? —preguntó Basarov.
- ¡Tres! —exclamó Sitnikov—. De eso yo me encargo.
- ¡Cómo!
- Respondo con mi cabeza.
- Mejor sería con los dineros de tu papaíto. Pero, en fin, vamos allá.

13

La noble casa, no muy grande, al estilo moscovita, en que vivía Avdotia Nikitischna radicaba en una de las calles recién incendiadas de la ciudad de ***; sabido es que nuestras ciudades gubernamentales arden cada cinco años. En la puerta, por encima de una tarjeta de visita, fijada de través, asomaba la manecilla del timbre, y en el vestíbulo salía a recibir a los visitantes una mujer indefinida, que no era ni una vulgar criada ni una doncella con cofia..., indicios manifiestos de las ideas progresivas de su señora. Sitnikov preguntó:

— ¿Está en casa A vdotia Nikitischna?

— ¿Es usted, Víctor? —inquirió una voz fina desde un cuarto contiguo— Entre.

La mujer de la cofia desapareció en seguida.

— No vengo solo —dijo Sitnikov, quitándose con torpeza su *vengerka*, por debajo de la cual asomaba algo por el estilo de un paletó—saco, y lanzando una viva mirada a Arkadii y Basarov.

— Es lo mismo —respondió la voz—. *Entrez*.

Los jóvenes entraron. La habitación en que vinieron a encontrarse semejaba antes un gabinete de trabajo que una sala de recibir. Libros, cartas, grandes montones de diarios rusos, en su mayoría sin abrir, amontonábanse sobre mesas cubiertas de polvo; por todas partes albeaban colillas de cigarrillos. En el diván de cuero, estaba medio tendida una señora todavía joven, rubia, un tanto despeinada, y que vestía un traje de seda, no del todo pulcro, con macizas pulseras en las menudas manos y un redondo moño en la cabeza. Levantóse del diván, y echándose con indolencia a los hombros un pellico de terciopelo sobre la ya amarillenta piel de armiño, saludó:

— Buenos días, Víctor —y tendióle la mano a Sitnikov.

— Basarov..., Kirnasov —presentó éste a la ligera, con gran enojo por parte de Basarov.

— Tengan la bondad de sentarse —respondió Kukschina, y fijando en Basarov sus redondos ojos, entre los que rojeaba, huérfana, su naricilla respingona, añadió—: A usted ya lo conocía —y tendióle también su mano.

Basarov frunció el ceño. En la menuda y poco agraciada figurilla de la mujer emancipada nada había de extraordinario; pero la expresión de su cara inspiraba antipatía. Involuntariamente preguntábase uno: "¿Qué eres tú? ¿Una famélica? ¿Una aburrida? ¿O una resentida?" Y, lo mismo que Sitnikov, mostraba una eterna inquietud psíquica. Hablaba y se movía con gran desenvoltura y al par con torpeza; saltaba a la vista que se tenía por una criatura bonachona y sencilla y, sin embargo, hiciera lo que hiciera, siempre parecía como si no quisiera hacerlo; todo en ella resultaba... intencionado, como dicen los chicos; no sencillo, ni espontáneo.

— Sí, sí... Ya lo canocía a usted, Basarov —repitió.

Dejaba traslucir la costumbre, peculiar de muchas damas provincianas y moscovitas, de llamar desde el primer momento al presentado por su patronímico—. ¿Quiere usted un cigarrillo?

— Un cigarrillo —encareció Sitnikov, que a todo esto habíase tumbado en un butacón y echado los pies por alto—. Bueno; pero démos también de almorzar. Tenemos un hambre horrible; y mande, además, que nos traigan una botellita de champaña.

— Sibarita —observó Evdoksia, echándose a reír; cuando reía, su encía superior mostrábase al descubierto por encima de sus dientes—. ¿No es verdad, Basarov, que es un sibarita?

— Me gusta la vida confortable —declaró con gravedad Sitnikov—. Pero eso no me impide ser liberal.

— Sí; eso lo impide, lo impide —exclamó Evdoksia; pero procedió a dar órdenes a su servidora respecto al almuerzo y al champaña—. ¿Qué opina usted de eso? —añadió, encarándose con Basarov—. Segura estoy de que usted comparte mi opinión.

— Pues no es así; un trozo de carne es mejor que un trozo de pan, incluso

desde el punto de vista químico.

— Pero ¿se ocupa usted en química? Es mi pasión. Como que hasta he inventado un mastic.

— ¡Un mastic! ¿Usted?

— Sí, yo. ¿Y sabe usted con qué objeto? Pues para hacer muñecas y palomitas que no se rompan. Por ahí puede usted ver ya que soy una mujer práctica. Ahora, que todavía no lo he terminado. Aún tengo que leer a Liebig. Y, a propósito, ¿ha leído usted el artículo de Kisliakov sobre el trabajo de la mujer en las Noticias Moscovitas? Pues léalo, por favor. Porque supongo que le interesará el problema femenino... Y también las escuelas, ¿no? Y su amigo, ¿en qué se ocupa? ¿Cómo se llama?

La señora Kukschina asentaba sus preguntas a uno después de otro, con femenil frivolidad, sin aguardar respuesta, como hacen los niños mimados con sus niñeras.

— Yo me llamo Arkadii Nikolayevich Kirnasov —dijo Arkadii—, y no me ocupo en nada.

Evdoksia se echó a reír.

— ¿Eso está bien? Pero, ¿no fuman ustedes? ¡Ah! Víctor, ¿sabe que estoy enfadada con usted?

— ¿Y por qué?

— Pues porque usted dice que vuelve a admirar a la George Sand. Una mujer anticuada, y nada más. ¿Cómo es posible compararla con Emerson? No tiene la menor idea sobre educación, ni fisiología, ni nada. Segura estoy de que ni siquiera oyó hablar nunca de embriología..., y en nuestro tiempo..., ¿qué puede hacerse sin ella? Basarov, siéntese aquí junto a mí, en el diván. Puede que no lo sepa usted, pero me inspira un miedo horrible.

— Y eso, ¿por qué? Permítame mi curiosidad.

— Pues porque usted es un señor peligroso; tiene un sentido crítico... tan... ¡Ah, Dios mío! Me da risa, porque me expreso como cualquier burguesa de la estepa... Por lo demás, una burguesa soy. Dirijo una

propiedad y figúrese usted, tengo allí de *starosta* a Yerozei..., un tipo estrafalario, exactamente como Parfainder Kuper; en seguida se le nota. Yo me he asentado aquí definitivamente: una ciudad insoportable, ¿verdad? Pero, ¿qué hacer?

— Todas ¡las ciudades son lo mismo —observó fríamente Basarov.

— En todas ellas, intereses menudos. ¡He ahí lo terrible! Yo pasaba antes los inviernos en Maskva..., pero ahora vive allí mi respetable monsieur Kukschin. Y, además, en Moskva, ahora, no sé, pero tampoco es lo que era. Pienso marchar al extranjero; ya el año pasado lo tuve todo dispuesto.

— ¿A París, claro? —inquirió Basarov.

— A París y a Heidelberg.

— ¿Por qué a Heidelberg?

— Recuerde usted... Allí está Bunsen.

A eso, nada que responder halló Basarov.

— Pierre Sapochnikov... ¿Lo conoce usted? —preguntó Evdoksia.

— No; no lo conozco.

— Pero, hombre... Pierre Sapochnikov... sigue viviendo todavía con Lidia Jostatova.

— Tampoco a esa la conozco.

— Él fue quien me abrió los ojos. Gracias a Dios, soy libre, no tengo hijos... Es lo que yo digo: gloriado sea Dios. Aunque al fin y al cabo, todo da lo mismo.

Evdoksia diole vueltas al cigarrillo entre sus dedos, tostados por el tabaco; pasó por él su lengüecilla, diole una chupada y fumó. Llegó en esto la sirvienta con la bandeja.

— ¡Ea! ¡Aquí está ya el almuerzo! ¿Quieren probarlo? Víctor, descorche la botella; eso le toca a usted.

— A mí, a mí —murmuró Sitnikov, y de nuevo esbozó una leve sonrisa.

— ¿Hay aquí mujeres bonitas? —preguntó Basarov, apurando la tercera copa.

— Las hay —respondióle Evdoksia—. Sólo que son todas tan tontas... Por ejemplo, *mon amie* Odintsova... no tiene nada de fea... ¡Lástima que tenga esa fama! Aunque, después de todo, eso es lo de menos pero ningún atisbo libre, ninguna profundidad, nada de eso. Es preciso cambiar todo el sistema de educación. De esto hace ya tiempo que me preocupo; nuestras mujeres están muy mal educadas.

— No conseguirá nada de ellas —dogmatizó Sitnikov—. Lo que procede es despreciarlas, como yo las desprecio, plenamente y en absoluto. —La posibilidad de despreciar y expresar su desprecio era la sensación más grata para Sitnikov; cebábase especialmente con las mujeres, sin sospechar en absoluto que, de allí a unos meses, había de arrastrarse ante su esposa, por la sola razón de haber nacido princesa Durdoleosova—. No hay una sola que sea capaz de comprender nuestra conversación; ni una siquiera que sea digna de nosotros, hombres serios.

— Pero a ellas no les hace ninguna falta comprender nuestra conversación —declaró Basarov.

— ¿De qué hablaban ustedes? —terció Evdoksia.

— De las mujeres guapas.

— ¡Cómo! ¿Es que no comparten ustedes las ideas de Proudhomme?

Basarov saltó en seguida.

— Yo no comarto las ideas de nadie; tengo las mías propias.

— ¡Abajo la autoridad! —exclamó Sitnikov, celebrando la rara ocasión de manifestarse ante el hombre con el que siempre observaba una actitud servil.

— ¡Pero el mismo Macaulay!... —empezó Kukschina.

— ¡Abajo Macaulay! —tronó Sitnikov—. Pero ¿hace usted caso de esas comadres?

— Nada de comadres, sino verdaderas mujeres, por las que tengo jurado derramar hasta la última gota de mi sangre.

— ¡Abajo!... —pero Sitnikov no pasó de ahí—. Yo no las niego —dijo.

— ¡No; ya veo que es usted eslavianófilo!

— ¡No; yo no soy eslavianófilo, aunque, sin duda...!

— No, no, no! Usted es eslavianófilo. Usted es un secuaz de Domostroya. Usted echa de menos el látigo.

— El látigo requiere una buena causa —observó Basarov—; sólo que nosotros hemos derramado hasta la última gota...

— ¿Por qué? —atajóle Evdoksia.

— De champaña, honorabilísima Avdotia Nikitischna; de champaña, no de su sangre.

— No puedo escuchar con paciencia que ataquen a la mujer —prosiguió Evdoksia—. Es espantoso, espantoso. En vez de atacar a las mujeres, lean ustedes el libro de Michelet *De l'amour*. ¡Qué maravilla! ¡Señores, hablemos del amor! —añadió Evdoksia, hundiendo lánguidamente la mano en el blando almohadón del diván.

Hízose un súbito silencio.

— No; ¿a qué hablar del amor? —refunfuñó Basarov—. Hace un momento mencionó usted a Odintsova... Creo recordar que la llamó así, ¿no? ¿Quién es esa señora?

— ¡Un encanto, un encanto de mujer! —ponderó Sitnikov—. Yo se la presentaré. Inteligente, rica, viuda. ¡Lástima que aún no esté lo bastante evolucionada! Hay que hacer que trate más a fondo a nuestra Evdoksia. A su salud, *Eudoxie*! ¡Choquemos! *Et toc, et toc, et tin—tin—tin. Et toc, et toc, et tin—tin—ton...*

— Víctor, está usted borracho.

El almuerzo prolongóse aún largo rato. A la primera botella de champaña siguió otra segunda, y otra tercera, y hasta otra cuarta... Evdoksia

charlaba sin parar; Sitnikov repetía sus palabras. Hablaron por los codos sobre si el matrimonio era un prejuicio o un crimen, y lo mismo el traer criaturas al mundo..., y en qué consiste propiamente la individualidad. Llegó la cosa al extremo de que Evdoksia, toda colorada por efecto del vino y aporreando con sus romas uñas las teclas del derrengado piano, púsose a cantar con voz recia, primero canciones gitanas; luego, una romanza de Seymour—Schif (*Soñemos con la soleada Granada*), mientras Sitnikov liábase una cinta a la frente y representaba el papel del amante reconciliado, cantando estos versos:

y tu boca con la mía,

fundir en ardientes besos.

A lo último, no pudo Arkadii aguantar más.

— ¡Señores, esto empieza a parecer un manicomio! —observó en voz alta.

Basarov, que sólo muy rara vez terciaba en la conversación con alguna palabrilla de burla —su atención preferente dedicábala al champaña—, lanzó un ruidoso bostezo, se levantó, y sin despedirse de la dueña de la casa largóse de allí en compañía de Arkadii. Sitnikov corrió tras dlos.

— Bueno, ¿qué, qué tal? —preguntaba corriendo servilmente a derecha e izquierda—. Ya lo decía yo; una personalidad notable. ¡Esas son las mujeres que nos hacen falta! Esta, en su clase, representa un fenómeno altamente moral.

— ¿Y ese establecimiento de tu padre es también otro fenómeno moral? —murmuró Basarov, golpeando con los dedos en una taberna, ante la cual pasaban en aquel momento.

Sitnikov volvió a reírse con un chillido. Averganzábase mucho de su progenie, y no habría podido decir si se sentía halagado u ofendido por la excesiva familiaridad de Basarov.

14

Días después celebróse el baile en casa del gobernador. Matviei Ilich fue el verdadero *héroe* de la fiesta; el presidente del gobierno manifestóles a todos que asistía por consideración a él, y el gobernador, haciendo altos en el baile, seguía *dictando disposiciones*. La blandura en el trato de Matviei Ilich sólo podía compararse con su grandeza. A todos los halagaba..., a los unos con un poquito de familiaridad, a los otros con un poquito de respeto; conducíase *comme un vrai chevalier française* con las damas, y a cada paso se estaba riendo con una risa fuerte, ruidosa y única, la sola propia de un funcionario. Diole una palmadita en los hombros a Arkadii y lo nombró su sobrinito. Estuvo muy fino con Basarov, que iba embutido en un raído frac; con aire distraído, pero benévolamente, miró lo de soslayo por entre las mejillas y profirió un vago, aunque amable, mugido, en el que solamente pudo percibirse algo así como que "yo..., muy...". Diole un dedo a Sitnikov y dedicóle una sonrisa, pero volviendo ya la cabeza a otro lado. Incluso a la propia Kukschina, que se presentara en el baile sin crinolina y con los guantes sucios, pero con un ave del Paraíso en los cabellos; incluso a Kukschina le dijo *enchanté*. Rebosaba aquello de gente, y no se notaba tampoco falta de caballeros; los trajes de cada paisano eran los que más oscurecían las paredes; pero los militares bailaban con locura, sobre todo uno de ellos, que había pasado seis semanas en París, donde aprendiera distintas interjecciones pintorescas, por el estilo de *zut!*, *ah fichrrre!*, *pst*, *pst!*, *mon bibi!*, etc. Proferíalas a la perfección, con verdadero *chic parisiense*, y al mismo tiempo, decía *si j'aurais* en lugar de *si j'avais*, y *absolument* en el sentido de sin falta; es decir, que se expresaba en esa jerigonza rusofrancesa que tanto hace reír a los franceses cuando no estiman necesario hacerles creer a nuestros hermanos que hablan su lengua "como los propios ángeles", *comme des anges*.

Bailaba mal Arkadii, según ya sabemos, y Basarov no bailaba en absoluto. Ambos se apostaron en un rinconcillo, y allí fue a unírseles Sitnikov. Con su despectiva sonrisita en el rostro y lanzando venenosas observaciones, miraba con impertinencia en torno suyo y parecía experimentar un sincero

placer. Pero, de pronto, cambió de expresión su semblante, y, volviéndose a Arkadii, murmuró como desconcertado:

— Ha venido Odintsova.

Miró Arkadii y vio a una mujer de alta estatura, vestida de negro, parada en la puerta del salón. Sorprendióle por la dignidad de su aspecto. Sus desnudas manos cruzadas descansaban lindamente a lo largo de su recio cuerpo; bellamente caíanle de sus brillantes cabellos, sobre los inclinados hombros, leves florecillas de fucsia; tranquilos y atentos, tranquilos sobre todo, pero no pensativos, miraban sus ojos claros por debajo de su blanca frente, algo abombada, y sus labios sonreían con una sonrisa apenas perceptible. Irradiaba su rostro cierta energía acariciante y blanda.

— ¿La conoce usted? —preguntóle Arkadii a Sitnikov.

— Superficialmente. ¿Quiere usted que se la presente?

— Sí, gracias... En terminando esta *quadrille*.

También Basarov fijó su atención en Odintsova.

— ¿Qué mujer es esa? —murmuró—. No se parece a ninguna otra de las que hay en el baile.

Llegado el final de la *quadrille*, Sitnikov condujo a Arkadii junto a Odintsova, aunque apenas si la conocía, y se aturrullaba al hablarle, en tanto ella lo miraba con cierto asombro. Pero su cara mostró una expresión de alegría al escuchar el apellido de Arkadii. Preguntóle si no era, por casualidad, hijo de Nikolai Petrovich.

— Su hijo soy, por cierto.

— He visto a su *batiuchka* dos veces nada más; pero he oído hablar mucho de él —siguió diciendo—, y celebro de veras conocerle.

En aquel mismo momento corrió hacia ella un ayudantillo y la invitó a la *quadrille*.

— ¿Baila usted? —preguntóle respetuosamente Arkadii.

— Bailo. Pero ¿por qué se imaginaba usted que no bailaba?... ¿Es que

acaso le parezco demasiado vieja?

— ¡Por favor!... ¿Cómo es posible?... Pues siendo así, permitame que la invite para la mazurca.

Odintsova sonrió, condescendiente.

— Está bien —dijo, y miró a Arkadii, no con altivez, sino como las hermanas casadas suelen mirar a los hermanitos pequeños.

Era Odintsova algo mayor que Arkadii, pues cumpliera ya los veintinueve; pero en su presencia sentíase el joven como un colegial, como un estudiantillo, pues la diferencia de edades se hacía entre ellos muy sensible. Acercóse Matviei Ilich a la dama con su ingente aspecto y sus serviles palabras. Apartóse Arkadii a un lado, pero siguió observándola; no le quitaba ojo ni durante la *quadrille*. Ella también charlaba con toda desenvoltura con su pareja y con el funcionario; plácidamente bajaba frente y ojos, y un par de veces rióse quedo. Tenía la nariz un tanto gordezuela, como casi todos los rusos, y el color de su tez no era puro por completo; de todo lo cual infirió Arkadii que jamás hasta entonces encontrara una mujer tan encantadora. No se apagaba en sus oídos el timbre de su voz; hasta los pliegues del vestido parecían caerle de otro modo que a las demás, de un modo más fuerte y profunda, y sus movimientos resultaban particularmente ligeros y naturales al mismo tiempo.

Sintió Arkadii en su corazón cierta timidez cuando, a los primeros compases de la mazurca colocóse junto a su dama, y disponiéndose a entablar un diálogo, no hizo más que llevarse la mano a la cabeza y no profirió ni una palabra. Pero su timidez y agitación duraron poco; la serenidad de Odintsava se le comunicó, y antes de un cuarto de hora ya estaba hablándole con toda desenvoltura de su padre y su tío, de la vida en Petersburgo y en la aldea. Escuchábale Odintsava con cortés atención, abriendo y cerrando levemente el abanico; dejó él de hablar cuando vinieron a elegirla más caballeros; Sitnikov, entre otros, la invitó dos veces. Volvió ella, sentóse de nuevo, cogió el abanico, y su pecho no alentaba más aprisa. Arkadii entonces reanudó su charla, ponderando la enorme dicha de haber venido a encontrarse cerca de ella y podido hablarle y mirarla a los ojos y admirar su bellísima frente, todo su dulce, grave e inteligente rostro. Ella, por su parte, hablaba poco; pero el sentido de la vida trascendía en sus palabras; por ciertas observaciones suyas,

concluyó Arkadii que aquella mujer tan joven ya tuviera ocasión de sentir y pensar mucho.

— ¿Con quién estaba usted —preguntó ella— cuando el señor Sitnikov lo trajo a mí?

— ¡Ah! Pero ¿lo observó usted? —inquirió a su vez Arkadii—. ¿Verdad que tiene un tipo notable? Es mi amigo Basarov.

Arkadii púsose a hablarle de su amigo.

Rabiaba de él tan detailladamente y con tanto entusiasmo, que Odintsova volvióse y observólo atenta. En el intervalo tocaba ya a su fin la mazurca. Costábale trabajo a Arkadii separarse de su dama. ¡Qué ligera se le pasara a su lado cerca de una hora! A decir verdad, en el transcurso de todo ese tiempo estuvo dominado constantemente por la sensación de que ella era muy amable con él y debía estarle agradecido... Pera los corazones juveniles no se apuran por este sentimiento.

Cesó la música.

— *Merci* —dijo Odintsova, levantándose—. Me ha prometido usted ir a visitarme; venga, pues, y lleve también a su amigo. Tengo mucha curiosidad por conocer al hombre que se atreve a no creer en nada.

El gobernador llegóse a Odintsova, anuncióle que la cena estaba servida, y con cara afable ofreciéole su brazo. Al salir, volvióse ella para sonreírle e inclinarle la cabeza por última vez a Arkadii. Hízole éste una profunda reverenda, fue siguiéndola con la vista (¡qué firme parecióle su talle, ceñido por el brillo gris de la negra seda!), y luego de pensar: "En este momento ya se ha olvidado de que existo", sintió en el alma cierta exquisita serenidad...

— Bueno, y ¿qué? —preguntále Basarov a Arkadii, no bien volvió éste a su lado en el rinconcito—. ¿Estás satisfecho? Me decía hace unos minutos un *barin* que esa señora...; pero ese *barin* es, sin duda, un imbécil. En fin, vamos a ver: ¿a ti qué te parece?

— No comprendo del todo esa definición —contestó Arkadii..

— ¡Hay que ver! ¡Qué inocente!

— En ese caso, no comprendo a tu *barin*. Odintsova es muy simpática..., indiscutible; pero se conduce tan fría y severamente, que...

— En la plácida hondura..., ¡ya sabes! —recalcó Basarov—. Dices que es fría. Eso va en gustos. Porque a ti te gustan los helados.

— Es posible —refunfuñó Arkadii—. Yo no puedo juzgar de esto. Ella quiere conocerte, y me ha pedido que te lleve a su casa.

— Ya me figuro cómo me habrás pintado. Pero, después de todo, has hecho bien. Llévame. Sea ella lo que fuere (sencillamente, una *leona* provinciana o una *émancipée* por el estilo de Kukschina), lo cierto es que tiene unos hombros como hace tiempo no los había visto.

Sintióse ofendido Arkadii por el cinismo de su amigo; pero, como suele ocurrir, reprochóle no precisamente aquello que en él le desagradaba...

— ¿Por qué no quieres admitir la libertad de ideas en las mujeres?

— Pues, hermano, porque, según mis observaciones, la libertad de pensar, en las mujeres, es sencillamente un vicio.

Quedó cortada la conversación sobre este tema. Ambos jóvenes se retiraron inmediatamente después de la cena. Kukschina, con irritación nerviosa, pero no sin timidez, siguiólos con una sonrisa; su amor propio sentíase profundamente herido por el hecho de no haber fijado en ella la atención ninguno de ambos jóvenes. Quedóse la última de todos en el baile, y a las cuatro de la madrugada aún seguía bailando una polca—mazurca con Sitnikov, a estilo de París. Con este instructivo espectáculo, terminó la fiesta del gobernador.

15

— Veamos a qué orden de los mamíferos pertenece ese ejemplar —decíale, al día siguiente, a Arkadii su amigo Basarov, en tanto ambos subían la escalera de la pensión en que se alojaba Odintsova—. Me da en la nariz que aquí hay algo fuera del orden.

— ¡Me dejas asombrado!... —exclamó Arkadii—. ¿Cómo? ¿Tú, Basarov, defendiendo esa estrecha moral, que...?

— Pero ¡qué raro eres! —atajóle con indolencia Basarov—. ¿Acaso ignoras que, en nuestro lenguaje, y para nuestro hermano, eso de *fuerza del orden* significa dentro del orden? Se trata del interés. ¿No decías tú hoy que ella hizo una boda estrastralaria, cuando, según mi opinión, casarse con un viejo rico, lejos de ser estrastralario, es, por el contrario, algo razonable? Yo no creo en los cotilleos de la ciudad; pero me gusta pensar, como dice nuestro educado gobernador, que son ciertos.

No contestó nada Arkadii, y llamó a la puerta del cuarto. Una criadita joven, de librea, introdujo a ambos amigos en una gran habitación mal amueblada, como todas las habitaciones de las fondas rusas, pero adornada con flores. No tardó en presentarse la propia Odintsova, que vestía un sencillo traje de mañana. Parecía aún más joven a la luz del sol primaveral. Arkadii presentóle a Basarov, y con íntimo asombro, observó que su amigo daba muestras de cortedad, en tanto Odintsova se mantenía perfectamente tranquila, lo mismo que la noche antes. El propio Basarov sentía su cortedad, y eso lo desazonaba. "Ahora te tocó a ti...; te asustan las mujeres", pensaba, y, arrellanándose en un sillón, no peor que lo habría hecho Sitnikov, púsose a hablar con exagerada desenvoltura, mientras Odintsova no apartaba de él sus radiantes ojos.

Anna Serguievna Odintsova era hija de Serguie Nikolayevich Loktev, un famoso *dandy* especulador y jugador que, habiendo vivido quince años en Petersburgo entregado a juergas y diversiones, terminó perdiéndolo todo, y vióse obligado a retirarse a un pueblecito, donde no tardó en morir, dejándoles un modesto pasar a sus dos hijas: Anna, de veinte años, y

Katerina, de doce. Su madre, de la decaída familia de los príncipes de J***, murió en Petersburgo cuando aún su marido se encontraba en todo su apogeo. La situación de Anna, a la muerte de su padre, resultaba muy penosa. La brillante educación que recibiera en Petersburgo no la capacitaba para la dirección de los trabajos de la granja y la casa..., para aquella oscura vida aldeana. No conocía a nadie en la vecindad, y no tenía de quién asesorarse. Su padre había procurado siempre rehuir todo trato con vecinos; los despreciaba, y ellos lo despreciaban a él, cada cual a su modo.

No perdió, sin embargo, la joven la cabeza, e inmediatamente escribió, llamándola venir, a una hermana de su madre, la princesa Advotia Stepánovna J***, una vieja mala y presumida que, al instalarse en casa de sus sobrinas, se adjudicó ella misma las mejores habitaciones; se pasaba todo el día, de la mañana a la noche, gruñendo y refunfuñando, e incluso en el jardín salía a pasear, escoltada por su único siervo, un malhumorado lacayo con una raída librea color de guisante con galones azules y tricornio. Anna aguantaba con paciencia todas las extravagancias de su tía, atendía celosamente a la educación de su hermana y parecía haberse ya hecho a la idea de amustiarse en aquel hoyo. Pero el sino tenía dispuesta otra cosa. Sucedió que, por casualidad, hubo de conocer a cierto Odintsov, hombre riquísimo, de unos cincuenta y seis años, estrafalario, hipocondríaco, gordo, pesado y agrio; pero, por lo demás, ni tonto ni malo, el cual se enamoró de ella y pidió su mano. Accedió ella a ser su esposa, y ambos vivieron juntos seis años, pasados los cuales murió el marido dejando a la viuda todos sus bienes. Un año o cosa así después de la muerte de su esposo, permaneció Anna Serguievna en el pueblo; pero luego marchó, en compañía de su hermana, al extranjero, a Alemania, y como se aburriese allí, diose prisa a volver a la residencia de su querido Nikolskoye, sita a cincuenta verstas de la ciudad de ***. Poseía allí una casa magnífica y muy bien amueblada, con un jardín hermosísimo con naranjales, pues el difunto Odintsov no se privaba de nada. Anna Serguievna rara vez aparecía por la ciudad, generalmente para algún asunto y por poco tiempo. No la querían en el gobierno, condenaban terriblemente su casamiento con Odintsov, contaban acerca de ella todas las fábulas imaginables, afirmaban que había ayudado a su padre en todas sus trapisondas, y que hasta su viaje al extranjero no lo hiciera por su gusto, sino porque se lo había impuesto la necesidad inexcusable de ocultar las desdichadas consecuencias..., "ya comprenderá usted de qué", insinuaban, al llegar a ese punto, los indignados narradores. "Ha pasado

por el fuego y el agua", decían de ella; pero un austriaco muy conocido en el gobierno solía añadir: "...y también por tubos de hierro." Todo este chismorreo llegaba a sus oídas; pero ella se los tapaba; tenía un carácter libre y bastante resuelto.

Sentóse Odintsova, reclinándose en el respaldo del sillón, y con una mano encima de la otra escuchaba a Basarov. Hablaba éste, contra su costumbre, por los codos, y saltaba a la vista que trataba de interesar a su interlocutara, detalle que volvió a chocarle a Arkadii. No acertaba a decidir si lograría Basarov su objetivo. En la cara de Anna Serguievna era difícil adivinar las impresiones que experimentaba, pues siempre conservaba la misma expresión afable, sutil; sus bellísimos ojos relucían atentos, pero con una atención tranquila. La confusión de Basarov en los primeros momentos de la visita hizole a ella mala impresión, por el estilo de un mal olor o un ruido estridente; pero en seguida comprendió que lo que él sentía era turbación, y eso incluso halagóla. Sólo la ruindad le repugnaba, y nadie habría podido acusar de ruin a Basarov. Estaba escrito que aquel día no habría de salir Arkadii de su asombro. Esperaba que Basarov hablase con Odintsova, como con una mujer inteligente, de sus ideas y convicciones; ella misma mostrara el deseo de oír al hombre "que tenía el valor de no creer en nada"; pero, en vez de eso, Basarov hablaba de medicina, de homeopatía, de botánica. Resultaba que Odintsova no perdía el tiempo en su soledad: había leído unos cuantos buenos libros y se expresaba en un ruso correcto. Hizo recaer la conversación sobre la música; pero al notar que Basarov no sentía el arte, volvió poco a poco al tema de la botánica, por más que Arkadii tratara de hablar sobre el sentido de las melodías populares. Odintsova seguía tratándolo como a un hermano menor; parecía apreciar en él la bondad e ingenuidad de la juventud... y nada más. Tres horas y pico prolongóse la conversación, pausada, diversa y viva...

Ambos amigos levantáronse finalmente y se despidieron. Anna Serguievna lanzóles una afectuosa mirada, tendió a ambos su sonrosada, blanca mano, y, tras un momento de pensarlo, con resolución y con una amable sonrisa, dijo:

— Señores, si no temen aburrirse, vengan a verme a Nikolskoye.

— Gracias, Anna Serguievna —exclamó Arkadii—. Yo, por mi parte, acepto...

— ¿Y usted, monsieur Basarov?

Basarov limitóse a una inclinación... y, por última vez, hubo todavía de asombrarse Arkadii: había notado que su amigo se ponía encarnado.

— Bueno —dijole, ya en la calle—; convendrás conmigo en que es... encantadora...

— ¡Vaya usted a saber! Ya ves que es glacial —murmuró Basarov; y, tras breve silencio, añadió—: Una duquesa, una personalidad dominadora. Debería llevar manto con cola y corona en la frente.

— Nuestras duquesas no hablan el ruso como ella —observó Arkadii.

— En otra situación, hermano mío, comería nuestro pan.

— Pero ¡qué encantadora es! —ponderó Arkadii.

— ¡Qué cuerpo tan magnífico! —continuó Basarov—. Aunque al fin irá a parar también al anfiteatro anatómico.

— ¡Calla, por amor de Dios, Yevguenii! Ella no se parece a nada.

— Bien; no te enfades, tiernecito. Lo dicho...: es de primera. Tenemos que ir a visitarla.

— ¿Cuándo?

— Pues pasado mañana. ¿Qué tenemos ya que hacer aquí? ¿Beber champaña con Kukschina? ¿Escuchar a tu pariente, el funcionario liberal?... Pasado mañana nos vamos. Y, a propósito...: no cae eso muy lejos de la casita de mi padre... Porque ese Nikolskoye está en el camino de ***.

— Sí.

— *Optime*. Pues no hay que pensarlo; sólo piensan las cosas los tontos... y los listos... En verdad te lo digo: ¡qué cuerpo tan magnífico!

Tres días después, ambos amigos emprendieron el camino a Nikolskoye. Hacía un día claro y no demasiado caluroso, y los caballos corrían jacarandosos, agitando levemente sus trenzadas y retorcidas colas.

Arkadii miraba el camino y sonreía, sin saber él mismo por qué.

— Felicítame —exclamó de pronto Basarov—. Hoy, veintidós de junio, es el día de mi ángel. Veremos cómo cuida de mí. Hoy me aguardaban en casa —añadió, bajando la voz—. Pero que aguarden: ¡la cosa tiene importancia!

18

La casa señorial en que vivía Anna Serguievna alzábbase en una pelada loma, de suave pendiente, a corta distancia de la iglesia de piedra amarillenta con techumbre verde, blancas columnas y pinturas al fresco sobre la entrada principal, que representaban la Resurrección de Cristo, según el gusto italiano. Particularmente notable por sus contornos ochavados resultaba en el primer plano. Por detrás de la iglesia extendíase, en dos filas, la aldea, con sus chimeneas brillando acá y allá sobre las techumbres de paja. La casa señorial era del mismo estilo que la iglesia, de ese estilo que entre nosotros se conoce con el nombre de alejandrino, y estaba pintada de rojo amarillento, con el techo verde; adornábanla columnas blancas y un frontispicio blasonado. El arquitecto del distrito levantó dos edificios a instancias del difunto Odintsov, que no sufría ninguna innecesaria y caprichosa innovación, según decía. A la casa, por ambos costados, rodeábanla los umbrosos árboles del antiguo jardín, y una alameda de podados pinos conducía a la entrada.

A nuestros amigos salieronles al encuentro, en la antesala, dos corpulentos lacayos de librea, uno de los cuales corrió en seguida en busca del mayordomo. El mayordomo, un tío gordo con un frac negro, apareció inmediatamente y condujo a los visitantes por sobre las gastadas alfombras de la escalera a la habitación particular donde ya habían habilitado dos camas con todos los menesteres de aseo. Saltaba a la vista que en aquella casa reinaba el orden: todo estaba limpio, todo olía a cierto perfume distinguido, no menos que en las recepciones ministeriales.

— Anna Serguievna ruega a ustedes bajen a almorzar con ella dentro de media hora —dijo el mayordomo—. ¿No tienen, entre tanto, alguna orden que darme?

— No, ninguna —respondió Basarov—, como no sea que tenga la bondad de traernos un vaso de agua.

— Al momento —dijo el mayordomo, no sin cierta perplejidad, y retiróse, haciendo crujir sus zapatos.

— ¡Qué gran tipo! —observó Basarov—. Según parece, así decís vosotros. Duquesa, y basta.

— ¡Brava duquesa! —burlóse Arkadii—. Por primera vez invita a su casa a aristócratas tan poderosos como tú y yo.

— Sobre todo yo, médico, hijo de médico —añadió Basarov, tras breve silencio, frunciendo los labios—. No obstante, se da buena vida. ¡Digo si se da buena vida esta señora! ¿No tendremos que vestirnos de frac?

Arkadii se encogió de hombros...; pero él también sentía cierta cortedad.

Media hora después Basarov y Arkadii pasaban al salón. Era espacioso, alto de techo, amueblado con bastante lujo pero sin gusto especial. Muebles pesados, caros, alineábanse, con el afectado orden de rigor, a lo largo de las paredes, tapizadas de color canela con rameado de oro; el difunto Odintsov hizo traer el empapelado de Moskva por conducto de su amigo y corredor el comerciante de vinos. Encima del mediano diván colgaba el retrato de un caballero rubio..., que parecía mirar con ojos hostiles a los invitados.

— Debe de ser él —susurróle Basarov a Arkadii, y, respingando la nariz, añadió—: ¿Nos vamos?

Pero, en aquel mismo instante, entró la dueña de la casa. Lucía un traje ligero, sencillo; los lisos cabellos, recogidos por detrás de las orejas, daban una expresión de mocita a su claro y fresco rostro.

— Gracias por haber cumplido su palabra de venir a pasar aquí unos días —empezó—; no les pesará. Les presentaré a mi hermana, que toca muy bien el piano. A usted, mosié Basarov, eso no le interesa, ya lo sé; pero a usted, mosié Kirnasov, tengo entendido que le gusta la música. Además de mi hermana, vive con nosotros nuestra vieja tía, y un vecino suele venir de cuando en cuando a jugar a las cartas; he ahí toda nuestra sociedad. Pero, sentémonos.

Odintsova profirió todo ese discursito con particular exactitud, como si se lo hubiese aprendido de memoria; luego encaróse con Arkadii. Resultaba que su madre había conocido a la madre de Arkadii, y estaba convencida de su amor a Nikolai Petrovich. Habló Arkadii con calor de la difunta, y

entre tanta, Basarov hojeaba unos álbumes. "¡Qué tranquilo estaba yo!", pensaba para sus adentros.

Una linda galguita, con un collar azul, entró en el salón, repicando con las patitas en el suelo, y detrás de ella entró también una joven como de dieciocho años, pelinegra y cetrina, con una carita algo redonda, pero simpática, y unos ojillos oscuros. Traía en las manos un cestillo lleno de flores.

— Aquí tienen ustedes a mi Katia —dijo Odintsova, señalando hacia ella con un movimiento de cabeza.

Katia hizo una leve reverencia, fue a colocarse junto a su hermana y púsose a repasar sus flores. La galguita, cuyo nombre era *Fifí*, llegábase por turno, moviendo el rabo, a cada uno de los dos huéspedes, y les ponía en la mano su frío hociquillo, husmeando.

— ¿Las has cogido tú misma? —preguntó Odintsova.

— Sí, yo misma —respondió Katia.

— Y la tía, ¿vendrá al té?

— Vendrá.

Siempre que Katia hablaba, hacíalo con una graciosa sonrisa, tímida y franca, y miraba, entre burlona y seria, de arriba abajo. Todo en ella era todavía juvenilmente verde: su voz y su pelusa en toda la cara, y sus rosadas manos con blancos circulillos en las palmas, y hasta sus prietos hombros... Ruborizábase continuamente y en seguida cautivaba las almas.

Odintsova encaróse con Basarov:

— Usted examina los cuadros por el bien parecer —empezó—. A usted eso no le interesa. Mejor será que nos atienda a nosotros y nos deje ver algo.

Basarov se acercó.

— ¿De qué quieren que hable? —preguntó.

— De lo que usted quiera. Pero le advierto que soy una discutidora terrible.

— ¿Usted?

— Yo. Parece que eso le asombra. ¿Por qué?

— Pues porque, según lo que he podido juzgar, es usted una criatura ecuánime y fría, y para discutir es preciso entusiasmo.

— ¿Cómo ha podido usted conocerme tan pronto? Yo, en primer lugar, soy impaciente y terca, y si no, pregúnteselo a Katia. Además, soy muy fácil al entusiasmo.

Basarov miró a Anna Serguieyevna.

— Es posible que usted se conozca mejor a sí misma. Y, puesto que gusta de discutir... Mire usted: yo estaba examinando esas vistas de la Suiza sajona que hay en su álbum, y usted, en tanto, notaba que eso no podía interesarme. Eso lo dijo porque supone que carezco de ideas de arte..., y es verdad que así es: pero esas vistas pueden interesarme en el aspecto geológico, desde el punto de vista de la formación de las montañas, por ejemplo.

— Usted perdone: como geólogo, haría usted mejor en consultar libros que no dibujos.

— Un dibujo me representa, de un golpe, a la vista, aquello que en el libro ocupa diez páginas enteras.

Anna Serguieyevna guardó silencio.

— Pero ¿de veras no tiene usted ni una gotita de sentido artístico? —exclamó, apoyándose en la mesa y acercando con ese movimiento su cara a la de Basarov—. ¿Cómo puede usted prescindir de él?

— Permítame usted que le pregunte. ¿Para qué es necesario?

— Pues, aunque sólo fuere para poder conocer y estudiar a las personas.

Basarov sonrió.

— En primer lugar, para eso tenemos la experiencia de la vida, y, además, yo le demostraría a usted que estudiar a las personas aisladas no vale la

pena. Todas las personas se parecen, así en lo físico como en lo espiritual; todos tenemos cerebro, bazo, corazón, poco más o menos de idéntica estructura, y todos también acusamos las mismas cualidades llamadas morales; las menudas diferencias nada significan. Basta un solo ejemplar humano para juzgar de todos los restantes. Las personas vienen a ser lo que los árboles del bosque; ningún botánico se preocupa en particular del vegetal aislado.

Katia, que sin prisa iba juntando una flor con otra, alzó, asombrada, sus ojos para mirar a Basarov...; y al tropezar con su rápida e indiferente mirada, púsose encarnada hasta las orejas. Anna Serguievna movió la cabeza.

— Los árboles del bosque —repitió—. Según eso, para usted no hay diferencia entre personas necias e inteligentes, entre buenos y malos.

— Sí que la hay, como entre enfermos y sanos. Los pulmones del tísico no están en la misma posición que los nuestros, aunque su estructura sea idéntica. Sabemos aproximadamente a qué se deben las enfermedades físicas; pero las morales proceden de la mala educación, de todas esas sandeces que desde la niñez se les inculca a los hombres, de la mala organización de la sociedad. En una palabra: arreglemos la sociedad y no habrá enfermedades.

Decía todo esto Basarov como si al mismo tiempo pensase para sí: "Me creas o no me creas, me da igual." Llevábase lentamente sus largos dedos a las patillas, y sus miradas se paseaban por los rincones.

— ¿Y usted supone —dijo Ana Serguievna— que, cuando se arregle la sociedad, no habrá tampoco necios ni malvados?

— Por lo menos, con una estructura justa de la sociedad, será de todo punto indiferente que el hombre sea estúpido o inteligente, malo o bueno.

— Sí, ya comprendo; todos tendrán el mismo bazo.

— Eso es, señora.

Odintsova dirigióse a Arkadii.

— ¿Y usted qué opina, Arkadii Nikolayevich?

— Estoy de acuerdo con Yevguenii —respondió aquel.

Katia miróla de soslayo..

— Me asombran ustedes, señores —dijo Odintsova—, pero ya seguiremos hablando. Porque ahora siento ya los pasos de la tita, que viene a tomar el té, y debemos respetar sus oídos.

La tía de Anna Serguieyevna, la princesa J***, una mujer seca y baja, con una cara como hecha a puñetazos y unos ojos impasibles y malignos bajo sus grises postizos, entró en el comedor, y, haciéndoles una levísima reverencia a los huéspedes, dejóse caer en el hondo sillón de terciopelo, en el que sólo ella tenía derecho a sentarse. Katia púsole un taburetito bajo los pies. La anciana no le dio las gracias ni la miró siquiera, y apenas si movió las manos por debajo de su chal amarillo, que ocultaba casi del todo su enclenque cuerpecillo. Gustábale el amarillo a la princesa: hasta en la toca lucía encajes de amarillo vivo.

— ¿Cómo pasó usted la noche, tita? —preguntóle Odintsova, alzando la voz.

— ¿Otra vez aquí esta quiltra? —refunfuñó como respuesta la vieja; y al notar que *Fifí* daba dos pasos indecisos en dirección a ella, exclamó—: ¡Largo, largo!

Katia llamó a *Fifí* y le abrió la puerta.

Fifí lanzóse alegramente afuera, con la ilusión de que la fuese a sacar de paseo; pero después, al verse sola al otro lado de la puerta, empezó a gemir y aullar. La princesa frunció el ceño. Katia habría desaparecido de buena gana...

— Supongo que el té estará listo —dijo Odintsova—. Señores, vamos allá; tita, venga a tomar el té.

La princesa, en silencio, levantóse de su sillón y salió la primera de la sala. Todos se dirigieron, a su zaga, al comedor. Un cosaco de librea acercó ruidosamente a la mesa el sillón, también viejo, con almohadones, en el que la vieja se hundió. Katia, luego de escanciar el té, sirvióle la primera taza, que lucía blasonados colorines. La princesa púsose miel en el té (pensaba que tomar el té con azúcar era un crimen, y caro, además,

aunque a ella no le costaba ni una *kopeika* de su bolsillo), y de pronto inquirió con voz enérgica:

— ¿Y qué escribe el príncipe Iván?

No le respondió nadie. Basarov y Arkadii no tardaron en adivinar que nadie le hacía caso, por más que todos la tratasen con mucho respeto. "Para darse postín con la parienta *principesca*", pensó Basarov... Después del té, Anna Serguievna propuso salir a dar un paseo; pero, como empezase a lloviznar, todos, a excepción de la princesa, volviéronse al salón. Llegó en esto el vecino, el aficionado a las cartas, llamado Porfirii Platonich, un hombre regordete, ya canosillo, con unos pies chiquitines, como afilados, muy atento y muy ridículo. Anna Serguievna, que casi exclusivamente hablaba con Basarov, preguntóle a éste si no quería rebajarse con ellos a jugar una *préference* a estilo antiguo. Accedió Basarov diciendo que debía irse ya preparando para sus inminentes deberes de médico de pueblo.

— Tenga cuidado —observó Anna Serguievna—, que nosotras y Porfirii Platonich lo venceremos. Pero tú, Katia —añadió—, toca algo para Arkadii Nikolayevich, que es amante de la música, y nosotros también te escucharemos.

Acercóse de mala gana Katia al piano, y Arkadii, aunque era verdad que le gustaba la música, acercóse también de mala gana; parecía como que Odintsova trataba de alejarlo de ella..., y en su corazón, como en el de cualquier joven de su edad, bullía ya cierta vaga e indefinible sensación, muy semejante al presentimiento del amor. Katia levantó la tapa del piano y, sin mirar a Arkadii, preguntó en voz baja:

— ¿Qué quiere que toque?

— Lo que usted quiera —contestó con indiferencia Arkadii.

— ¿Qué música es la que más le gusta? —repitió Katia sin cambiar de actitud.

— La clásica —respondió en el mismo tono de voz Arkadii.

— ¿Le gusta Mozart?

— Me gusta Mozart.

Buscó Katia la sonata fantasma en *si bemol*, de Mozart. Tocaba muy bien la joven, aunque con cierta rigidez y sequedad. Sin apartar los ojos de las notas y apretando los labios, manteníase inmóvil y erguida en su taburete, y sólo al terminar la sonata encendiósele el rostro y un mechoncillo de pelo alborotado cayóle sobre la oscura frente.

A Arkadii sorprendióle sobre todo la última parte de la sonata, aquella en que en medio de la arrebatadora alegría de despreocupada canción, surgen de pronto acentos de tanta amargura, de dolor casi trágico... Pero las ideas en él sugeridas por las notas de Mozart no se referían a Katia. Al mirarla a ésta, pensaba solamente: "No toca mal esta señorita, ni es tampoco fea".

Terminada la sonata, Katia, sin levantar la mano del clave preguntó: "¿Basta?" Manifestóle Arkadii que no quería abusar de ella más, y púsose a hablar de Mozart con la joven: preguntóle si la elección de aquella sonata había sido suya o si alguien se la había recomendado. Pero Katia respondióle con un monosílabo; se escondía, se metía en su concha. Cuando así sucedíale, tardaba mucho en salir otra vez; hasta su cara asumía entonces una expresión terca, casi estúpida. No era que fuese tímida, sino desconfiada, y le tenía un poco de miedo a su hermana, que era quien la educaba, lo que aquella, naturalmente, no sospechaba siquiera. Terminó Arkadii llamando a *Fifí*, que ya había vuelto, y poniéndose, por disimular, a acariciarle con afectuosa sonrisa la cabeza. Katia volvió a sus filores.

Basarov, a todo esto, no hacía más que perder y perder. Anna Serguievna jugaba magistralmente, y también Porfirii Platonich sabía defenderse bien. Basarov era el que perdía, aunque no mucho; pero, de todos modos, lo bastante para no sentirse satisfecho.

Después de la cena, Anna Serguievna hizo recaer la conversación sobre botánica.

— Mañana por la mañana daremos un paseo —dijole a Basarov—. Quiero que me enseñe usted los nombres latinos de las plantas del campo y sus propiedades.

— ¿Para qué necesita usted saber los nombres latinos? —preguntóle Basarov.

— En todo hay que guardar orden —respondió ella.

— ¡Qué mujer tan rara esta Anna Serguieyevna! —exclamó Arkadii, luego que se quedó a solas con su amigo en la habitación que les habían destinado.

— Sí —respondió Basarov—, una hembra con cerebro y tiene también sus ideas.

— ¿En qué sentido lo dices, Yevguenii Vasilioh? —preguntó Arkadii.

— En el buen sentido, en el bueno, padrecito mío, Arkadii Nikolayevich. Seguro estoy de que también gobierna su hacienda a maravilla. Pero la notable... no es ella, sino su hermana.

— ¡Cómo! ¿Esa morenucha?

— Sí, esa morenucha. Es una pacata, una tímida y taciturna, y todo lo que quieras. Pero ésas son las criaturas con quienes hay que entenderse. Puedes hacer de ellas lo que quieras; es un pedazo de pan, mientras que la otra...

No respondió nada Arkadii, y arribos se acostaron a dormir, revolviendo en la mente sus respectivos pensamientos.

También Anna Serguieyevna, aquella noche, pensaba en sus dos huéspedes. Basarov la encantaba por su falta de galantería y la misma rotundidad de sus juicios. Veía en él algo nuevo, con que no tropezara hasta entonces y diz que era curiosa. Anna Serguieyevna era una criatura extraña. Carente de prejuicios y hasta de toda convicción fuerte, no retrocedía ante nada, y en ninguna parte se encontraba a gusto. Veía claro en bastantes cosas, muchas le interesaban y nada la satisfacía por completo, aunque tampoco parecía desear que así fuese. Tenía un temperamento curioso e indiferente al mismo tiempo; sus dudas no se quietaban jamás hasta el olvido, ni tampoco se exacerbaban nunca hasta la inquietud. De no haber gozado de riqueza e independencia, es probable que se hubiese lanzado a la lucha y conocido la pasión... Pero la vida le era fácil, aunque de cuando en cuando se aburriese, y dejaba correr los días unos tras otros, sin sentir prisa ni emoción, salvo muy rara vez. A ratos también brillaban ante sus ojos los colores del arco iris; pero

respiraba cuando se extinguían, y no quería nada con ellos. Su imaginación llegaba hasta los linderos de lo que, según las leyes de la moral al uso, se llama lícito; pero también entonces su sangre pronto recobraba su serenidad en su cuerpo prodigiosamente bello, armónico y tranquilo. En ocasiones, al salir del fragante baño, toda tibia y voluptuosa, pensaba en la inutilidad de la vida, en sus dolores, trabajos y males... Llenábase luego su alma de súbita osadía, hervía en nobles anhelos; pero por la entornada ventana entraba un aire colado, y ya estaba Anna Serguieyevna quejándose y hasta enojándose, y sólo una cosa deseaba en tal momento: que no rozase su piel aquel aire antipático. Cual todas las mujeres que no han tenido ocasión de amar, quería algo, sin que ella misma supiese qué. Propiamente no quería nada, por más que le pareciese quererlo todo. Al difunto Odintsov apenas podía soportarlo —casara con él por conveniencia, aunque probablemente no se habría avenido a ser su esposa de no haberlo tenido en concepto de hombre bueno—, y había concebido una secreta aversión a todos los hombres, que se imaginaba no de otro modo que como seres sucios, pesados, torpes y rematadamente molestos. Una vez, allá en un lugar del extranjero, hubo de encontrarse con un joven y guapo sueco de caballeresca expresión en el rostro y leales ojos azules bajo la despejada frente. Aquel joven prodújole una fuerte impresión; pero ello no fue óbice para que regresase a Rusia.

"¡Qué hombre tan raro ese mediquito!", pensaba, tendida en su magnífico lecho, con almohadas de encaje, bajo su leve cobertor de seda... Anna Serguieyevna había heredado de su padre su amor al lujo. Amaba mucho a su padre, pecador, pero bueno, y él también la quería con locura, bromeaba con ella como con un igual, tenía en ella una fe absoluta y hasta requería sus consejos. De su madre apenas se acordaba.

"¡Qué hombre tan raro ese mediquito!", repetía para sí. Se desperezó, sonrió, púsose las manos en torno al cuello; luego paseó sus ojos por un par de páginas de una ñoña novela francesa, cerró el libro y se durmió, toda pura y fría, entre su limpia y bienoliente ropa blanca.

A la mañana siguiente, Anna Serguieyevna, luego del desayuno, salió a botanizar con Basarov y volvió casi a la hora de comer. Arkadii no se movió de la casa y pasó alrededor de una hora con Katia. No se aburría con ella, que, por su parte, le propuso tornar a tocarle la sonata de la víspera; pero cuando volvió Odintsova finalmente, cuando él la vio..., su

corazón palpitóle un momento... Cruzaba el jardín con andar algo lánguido; rojas tenía sus mejillas, y sus ojos brillaban más que de costumbre bajo el redondo sombrerillo de paja. Revolvía en las manos un leve haz de florecillas campestres, la fina mantilla caíale hasta el codo y los encajes amplios y grises del sombrero se adherían a su pecho. Seguía Basarov, con el desparpajo y la indolencia de siempre; pero la expresión de su cara, alegre y hasta afectuosa, no le gustó a Arkadii. Murmurando entre dientes: "Buenos días", Basarov dirigióse a su cuarto, y Odintsova, distraídamente, estrechóle la mano a Arkadii, y también pasó de largo ante él.

"Buenos días... —Pensó Arkadii—. Pero ¿no nos hemos ya visto hoy?"

17

El tiempo, ya se sabe, vuela unas veces como un pájaro y otras se arrastra como una oruga; pero el hombre se encuentra especialmente a gusto cuando pasa sin sentido... ni aprisa ni despacio. De ese modo, Arkadii y Basarov dejaron pasar quince días en casa de Odintsova. Contribuyó a eso el orden que ella guardaba en su casa y en su vida. Observábalo severamente y obligaba a los demás a acatarlo. Todo, en el transcurso del día, se realizaba a hora fija. Por la mañana, a las ocho en punto, reuníanse todos para tomar el té; desde el té hasta el almuerzo cada cual hacía lo que se le antojaba, y ella conferenciaba con el administrador —tenía arrendada la hacienda—, con el mayordomo, con el ama de llaves. Antes de la comida volvían a reunirse todos, ya para conversar, ya para leer; las tardes se dedicaban al paseo, al juego de cartas, a la música; a las once y media Anna Serguievna se retiraba a su cuarto, daba sus órdenes para el día siguiente y se acostaba a dormir.

No era del gusto de Basarov aquel orden premeditado, un tanto mercantil, de la vida cotidiana. "Mira cómo te han encarrilado"; decía. Lacayos de librea, mayordomos de frac ofendían sus sentimientos democráticos. Pensaba que ya no faltaba más que comer de frac y corbata blanca, a la inglesa. Una vez explicóse sobre ello con Anna Serguievna. Profesaba esta la máxima de que todos, sin ofender, podían expresar ante ella libremente sus opiniones. Escuchó, pues, a Basarov, y luego dijo:

— Desde su punto de vista, tiene usted razón..., y es posible que en este caso yo... sea la señora: pero en la aldea no se puede vivir sin orden: el aburrimiento nos rinde.

Y siguió atenida a sus reglas. Enfuruñóse Basarov; pero tanto a él como a Arkadii hacíaseles la vida tan leve en casa de Odintsova, precisamente porque todo marchaba por sus carrilles. Pero, aun así, en ambos jóvenes, desde los primeros días de su estancia en Nikolskoye, operáronse cambios.

En Basarov, al que Anna Serguievna dispensaba una visible

benevolencia, aunque rara vez estuviese con él de acuerdo, empezó a manifestarse una inquietud que hasta allí no mostrara: irritábase por cualquier cosa, hablaba a regañadientes, miraba huraño, no podía estarse quieto en ningún sitio: en una palabra: que algo lo iba minando por dentro y en cuanto a Arkadii, que había resuelto definitivamente consigo mismo que estaba enamorado de Odintsova, empezaba a rendirse a una plácida melancolía, melancolía que, por otra parte, no era óbice para que se acercase a Katia, lo que le ayudó a entablar con ella unas relaciones afectuosas, amigables. "A mí ella no me estima. ¡Puaf!... Pero, en cambio, esta criatura buena no me rechaza", pensaba, y su corazón saboreaba de nuevo el placer de los sentimientos magnánimos. Katia comprendía vagamente que el joven buscaba algún consuelo en su compañía, y ni le prohibía ni se prohibía a sí misma la inocente satisfacción de una amistad pura y confiada.

En presencia de Anna Serguieyevna no se hablaban los jóvenes: a Katia siempre la intimidaba la perspicaz mirada de su hermana, y Arkadii, según cumple a todo enamorado, en hallándose cerca de su ídolo, ya no podía fijar su atención en ninguna otra cosa; pero a solas con Katia se encontraba muy bien. Sentía que carecía de poder para interesar a Odintsova: se asustaba y aturrullaba cuando se quedaba a solas con ella, y ella tampoco sabía qué decirle: era demasiado joven para ella. En cambio, con Katia encontrábale Arkadii a sus anchas: conducíase con ella de un modo condescendiente: no le impedía le describiese las impresiones que en ella despertaban la música, la lectura de novelas o versos y demás fruslerías, sin notar o reconocer que también a él le interesaban esas fruslerías. Katia, por su parte, no le estorbaba su melancolía. Arkadii sentíase a gusto con Katia, Odintsova con Basarov, y así ocurría habitualmente que ambas parejas, tras unos momentos de estar juntas, separábanse cada una por su lado, sobre todo a las horas de los paseos. Katia adoraba la Naturaleza, y Arkadii la amaba, aunque no se atrevía a decirlo; a Odintsova le era indiferente, lo mismo que a Basarov. La casi constante separación de nuestros amigos no dejó de tener sus consecuencias: las relaciones entre ellos empezaron a modificarse. Basarov dejó de hablar de Odintsova con Arkadii, hasta dejó de criticar sus "modales aristocráticos". Ciento que seguía ponderando a Katia como antes y sólo aconsejaba temperar sus tendencias sentimentales; pero sus elogios resultaban atropellados, secos sus consejos, y, en términos generales, hablaba con Arkadii mucho menos que antaño... Parecía evadirse, avergonzarse...

Notaba Arkadii todo eso; pero se guardaba para sí sus observaciones. La causa verdadera de toda esta "novedad" éralo el sentimiento inspirado a Basarov por Odintsova, sentimiento que lo atormentaba y endemoniaba, y del que inmediatamente se habría desprendido con una carcajada despectiva si alguien aun remotamente le hubiese insinuado la posibilidad de lo que le sucedía. Era Basarov un gran amador de las mujeres y la belleza femenina; pero el amor, en sentido ideal o, como él decía, romántico, estimábalo un absurdo, una estupidez imperdonable; consideraba los sentimientos caballerescos algo por el estilo de una deformidad o una dolencia, y más de una vez expresara su asombro de que no los metiesen en el manicomio, con todos sus maestros cantores y trovadores... "Te gusta una mujer —decía—. Pues haz por conquistarla; pero no, es imposible...; no hay que salirse de sus casillas... La tierra no se reduce a un rincón..." Gustábale Odintsova; los rumores que sobre ella corrían, sobre su libertad e independencia de espíritu, su indudable inclinación hacia él..., todo, al parecer, hablaba en su favor; pero no tardó en comprender que de ella no sacaría nada y con gran asombro suyo sentía que le faltaban fuerzas para volverle la espalda. Ardíale la sangre con sólo acordarse de ella, y sin dificultad se habría arreglado con su sangre; pero habíase introducido en su ánimo otra cosa distinta, algo que jamás admitiera y contra lo que siempre se sublevaba, algo que humillaba todo su orgullo. En sus coloquios con Anna Serguieyevna afectaba mucho más que antes su despectivo desdén por todo lo romántico; pero luego que se quedaba solo veíase obligado, con el consiguiente disgusto, a reconocer que él mismo era un romántico. Íbase entonces al bosque y se adentraba allí a grandes zancadas, derribando las ramas caducas, recriminándola en voz alta a ella y recriminándose él también; cuando no, se recogía en el granero, en el cobertizo, y, cerrando tercamente los ojos, trataba de dormirse, lo que naturalmente no siempre lograba. Imaginábbase de pronto que aquellas castas manos se enlazaban a su cuello, que aquellos altivos labios respondían a su beso, que aquellos ojos inteligentes, con ternura..., sí, con ternura, posábanse en sus ojos, y la cabeza le daba vueltas y se despertaba de pronto, para no recaer en su disgusto. Entregábbase a toda suerte de pensamientos "vergonzosos"; habíase dicho que un demonio lo hostigaba. Parecía a veces que también en Odintsova habíase operado un cambio, que en la expresión de su rostro traslucíase algo especial, algo que acaso fuera... Al llegar a este punto solía dar pataditas en el suelo o rechinar los dientes y amenazarse a sí mismo con el puño cerrado.

Pero era lo cierto que Basarov no andaba de todo punto equivocado sobre el particular. Habíale impresionado la imaginación a Odintsova; le interesaba, absorbíale el pensamiento. En su ausencia no sentía tedium, no lo aguardaba; pero su aparición la animaba; gustaba de estar a solas con él y conversar, incluso cuando él se enfurruñaba o le criticaba sus gustos, sus costumbres refinadas. Parecía como si quisiera probarlo y dársele a conocer ella.

Una vez, paseando los dos por el jardín, declaró él bruscamente y en tono agrio que tenía intención de marchar pronto al pueblo a ver a su padre... Palideció ella como si hubiera sentido una punzada en el corazón, de tal modo que hubo de asombrarse de momento, y sólo mucho después tuvo la intuición de lo que aquello podía significar. Informárala Basarov de su partida, no con intención de probarla y ver qué sucedía, pues jamás "inventaba". Era que la mañana de aquel día encontrárrese él con el administrador de su padre, que había sido ayo suyo, Timozeich. El tal Timozeich, un viejo fuerte y ágil, con el pelo pajizo, una cara de facciones regulares y rojas y unas lagrimillas constantes en sus contraídos ojos, hubo de presentarse bruscamente ante Basarov con su blusa corta de grueso paño azul oscuro, ceñida por una correa, y sus botas de goma.

— ¡Hola! Buenos días, viejo —saludó Basarov.

— Buenos días, padrecito Yevguenii Vasilich —empezó el viejo y sonrióse alegre, por efecto de lo cual toda la cara se le cubrió de arrugas.

— ¿Por qué has venido?... ¿Te han enviado a buscarme?

— ¿Cómo es posible, padrecito? —exclamó Timozeich. Recordaba aún la severa orden que su señor le diera al partir—. He venido sencillamente a la ciudad por unos encargos del señor, y oí hablar de usted, y entonces torcí el camino para verlo y saludarlo...; pero no tiene por qué inquietarse.

— Bueno; no mientas —atajó Basarov—. ¿Es este camino para ir a la ciudad?

Timozeich no contestó.

— ¿Está bien de salud el padre?

— Muy bien, gracias a Dios..

— ¿Y madre?

— También Arina Vasilievna está bien, gracias a Dios.

— ¿Me aguardan?

El anciano torció a un lado su diminuta cabecita.

— ¡Ah Yevguenii Vasilievich! ¿Cómo no habían de estar aguardándolo? El corazón de los padres se consume en el ansia de verlo.

— Bueno, bueno; no te metas en honduras. Diles que pronto iré.

— Está bien —respondió, suspirando, Timozeich.

Al salir de la casa, el viejo montó en un mísero cochecillo de carrera que a la puerta dejara y emprendió la marcha, pero no en dirección a la ciudad.

Aquella noche misma estaba Odintsova sentada en su cuarto con Basarov, en tanto Arkadii paseaba de un lado a otro y escuchaba los tecleos de Katia. La princesa habíase subido a sus habitaciones; en general, cargábanle los huéspedes, y en particular aquellos pelagatos. En la sala no pasaba de refunfuñar; pero en sus habitaciones, delante de su doncella, se entregaba a veces a tales arranques de cólera, que su toca le bailaba en la cabeza, juntamente con sus postizos. Odintsova era la única que lo sabía.

— ¿De modo que tiene usted ya resuelto partir? —empezó diciendo la joven—. ¿Y su promesa?

Basarov se estremeció.

— ¿Qué promesa?

— Pero ¿es que la ha olvidado? Me prometió usted darme algunas lecciones de química.

— ¡Ah, sí! Pero ¿qué hacer? No puedo estar más tiempo aquí. Por lo demás, puede usted leer a Pelouze y Frémy, en *Notions générales de Chimie*. Es un buen libro y escrito con claridad. En él hallará usted cuanto necesita.

— Pero recuerde usted como me aseguró que un libro no puede suplir... He olvidado su expresión exacta, aunque ya sabe lo que quiero decir... ¿Recuerda?

— ¡Qué hacer! —repitió Basarov.

— ¿Por qué partir? —dijo Odintsova bajando la voz.

Miróla él. Recostó ella la cabeza en el respaldo del asiento y cruzó sobre el pecho los brazos desnudos hasta el codo. Parecía más pálida a la luz de la única lámpara, velada por la recortada pantalla de papel. Su amplio traje blanco cubría toda con sus suaves pliegues, dejando ver apenas las puntitas de sus pies, también cruzados.

— Pero ¿por qué quedarse? —respondió Basarov. Odintsova volvió ligeramente la cabeza.

— ¿Cómo que por qué? ¿Es que no se encuentra a gusto conmigo? ¿O piensa usted que aquí no lo han de echar de menos?

— De eso estoy seguro.

Odintsova quedóse callada.

— Pues se equivoca usted. Por lo demás, no lo creo. No es posible que hable en serio —Basarov seguía inmóvil en su asiento—. Yevguenii Vasilich, ¿por qué calla usted?

— ¿Qué voy a decirle? La gente no merece, en general, que se la eche de menos, y menos yo.

— ¿Y por qué?

— Porque soy un hombre positivo, falto de interés. No sé hablar.

— Usted se hace querer, Yevguenii Vasilich.

— No está eso en mis costumbres. ¿No sabe usted misma que la parte refinada de la vida, ese lado que usted tanto aprecia, es inaccesible para mí?

Odintsova mordió una punta de su pañuelo.

— Piense usted lo que quiera; pero yo me vaya aburrir cuando usted se vaya.

— Arkadii se queda —observó Basarov.

Odintsova encogió se levemente de hombros.

— Me aburriré —repitió.

— ¿De veras? En todo caso, no será por mucho tiempo.

— ¿Por qué lo supone usted?

— Pues, porque usted misma me ha dicho que sólo se aburre cuando se altera el orden establecido. Usted ha dispuesto de un modo tan infaliblemente regular su vida, que en ella no puede haber lugar ni para el aburrimiento ni para la tristeza..., para ningún sentimiento penoso.

— ¿Y le parece a usted que yo soy infalible..., es decir, que yo he dispuesto con tal regularidad mi vida?

— ¡Claro! Y, si no, ahí va un ejemplo: dentro de unos minutos darán la diez, y ya sé de antemano que usted me echará de aquí.

— No, no le echaré, Yevguenii Vasilich... Puede usted quedarse. Abra esa ventana... Siento algo de ahogo.

Levantóse Basarov y empujó la ventana. Abrióse ésta de un golpe ruidosamente... No esperaba él que se abriese con tal facilidad; además, temblabanle las manos. La oscura suave noche penetró en el cuarto con su cielo casi negro, sus árboles vagamente rumorosos y el fresco olor del aire y puro aire.

— Baje los visillos y siéntese —rogóle Odintsova—. Me gustaría hablar un poco con usted antes de su marcha. Cuénteme algo de sí mismo; nunca habla de sí mismo usted.

— Procuro hablarle de cosas útiles, Anna Serguieyevna.

— Es usted muy modesto... Pero yo quería saber algo suyo, de su familia, de su padre, por el cual nos deja.

"¿Por qué dirá esas cosas?", pensaba Basarov.

— Todo eso es muy poco interesante, —dijo en voz alta—, máxime para usted; somos gente oscura...

— ¿Y usted piensa que yo pertenezco a la aristocracia?

Basarov alzó los ojos y los fijó en Odintsova.

— Sí —confesó en tono tajante.

Ella se echó a reír.

— Ya veo lo poco que me conoce, aunque esté usted convencido de que todas las personas son semejantes y de que no vale la pena estudiarlas por separado. Alguna vez le contaré mi vida...; pero antes me ha de contar usted la suya.

— La conozco a usted poco —repitió Basarov—. Puede que tenga razón; es posible que cada hombre... sea un enigma. Usted, por ejemplo, rehúye la sociedad, se aburre en ella, e invita a su casa a un par de estudiantes. ¿Por qué con su talento, con su belleza, se aviene a vivir aquí, apartada en este lugarezco?

— ¡Cómo! ¿Qué dice usted? —exclamó con vivacidad Odintsova—. ¿Con mi... belleza?

Basarov frunció el ceño.

— Eso es igual —refunfuñó—. Yo quise decir que no comprendo bien por qué vive usted en una aldea.

— No comprende usted eso... Pero, de algún modo, tratará de explicárselo.

— Sí... Supongo que vive siempre en un mismo sitio porque se cuida, porque ama la comodidad, la conveniencia, y todo lo demás le es indiferente.

Odintsova volvió a reírse.

— Decididamente, no quiere usted que yo sea capaz de entusiasmarme.

Basarov miróla de reojo.

— Por curiosidad... acaso, pero no por otra cosa.

— ¿De veras? Bien; ahora comprendo por qué nos hemos reunido; porque usted es como yo.

— ¿Nos hemos reunido? —murmuró secamente Basarov.

— ¡Ah, sí!... Olvidaba que quiere irse.

Basarov se levantó. Brillaba, opaca, la lámpara en medio del penumbroso, perfumado y solitario aposento; a través de los visillos, que de cuando en cuando se agitaban, filtrábaise la incitante frescura de la noche y se oían sus misteriosos murmullos. Odintsova no movía ni uno solo de sus miembros; pero era presa de cierta agitación... Se lo comunicó a Basarov. Este sintióse de pronto a solas con una mujer joven, bellísima...

— ¿Adónde va usted? —dijo lentamente.

No respondió él, y dejóse caer en el asiento.

— A propósito: usted me tiene por una criatura feliz, melindrosa, mimada —dijo ella con la misma voz, sin apartar sus ojos de la ventana—. Pero yo sé muy bien que soy desdichada.

— ¿Desdichada usted? ¿Y por qué?... ¿Puede usted dar alguna importancia a sucios chismorreos?

Odintsova frunció el ceño. Le dolía que él la comprendiese así.

— Esos comadreos no me afectan, Yevguenii Vasilich, y soy lo bastante orgullosa para no permitirles que me inquieten. Yo soy desdichada porque... no me siento con deseos, con ganas de vivir... Usted me mira, escéptico, piensa: "Eso lo dice una aristócrata que viste toda de encajes y se sienta en sillones de terciopelo." Y no se lo oculta: amo todo eso que usted llama comodidad: pero, al mismo tiempo, tengo muy pocas ganas de vivir. Es usted muy dueño de tomar esta contradicción como le plazca. Por lo demás, todo esto para usted es romanticismo.

Basarov movió la cabeza.

— Usted tiene salud, independencia, riqueza. ¿Qué más busca? ¿Qué más quiere?

— ¿Que qué más quiero? —repitió Odintsova, y suspiró—. Estoy muy cansada, estoy vieja, me parece como que he vivido ya mucho. Sí, soy una vieja —añadió, estirando levemente las puntas de su mantilla sobre sus brazos desnudos; encontráronse sus ojos con los ojos de Basarov, y pareció ruborizarse—. ¡Quedan ya detrás de mí tantos recuerdos!... La vida en Petersburgo, la riqueza; después, la pobreza; después, la muerte de mi padre, mi casamiento; después, el viaje al extranjero, como es natural... Muchos recuerdos; pero el recordar de nada sirve. Y delante, frente a mí..., un camino largo, largo, sin fin alguno... No quisiera seguirlo.

— Pero, ¿tan desencantada está usted? —preguntó Basarov.

— No —dijo, tras una pausa, Odintsova—; pero no estoy satisfecha. Creo que si pudiera ligarme fuertemente a alguien...

— Usted desea amar —atajó Basarov—; pero no puede amar; he ahí la clave de su desdicha.

Odintsova púsose a mirar las mangas de su blusa.

— ¿Es que no puedo amar? —exclamó.

— ¡Difícil parece! Sólo que, impropriamente, he llamado a eso desdicha. Por el contrario, digno es de compasión aquel a quien le ocurre.

— ¿Le ocurre qué?

— Amar.

— Y usted, ¿cómo lo sabe?

— De oídas —respondió Basarov malhumorado.

"Estás coqueteando —pensó—; te aburres y me incitas por hacer algo; pero yo...",

Su corazón, efectivamente, palpitaba con fuerza.

— Además, es posible que sea usted demasiado exigente —murmuró,

inclinándose con todo el cuerpo hacia adelante y jugando con la silla de terciopelo.

— Posible es que así sea. Para mí, o todo o nada. Vida por vida. Tómame y dátame, y entonces, sin pesar y sin rectificación. No hay nada mejor que eso.

— ¡Cómo! —observó Basarov—. Esa condición es equitativa y me asombra que usted hasta hoy... no haya encontrado lo que desea...

— Pero, ¿cree usted que es cosa liviana esa de darse por completo a alguien, sea quien fuere?

— Desde luego que no, si nos ponemos a cavilar y a observar y a sobreestimarnos y hacernos valer; es decir, que darse, sin pararse a pensarlo, es facilísimo.

— Pero, ¿cómo no estimarse a sí mismo? Si yo no me reconozco ningún valor, ¿quién puede necesitar de mi entrega?

— Eso no es cuenta mía; a otros toca lo de apreciar mi valer. Lo principal es que hay que saber darse.

Odintsova se apartó del respaldo de la silla.

— Habla usted —dijo— como si tuviera experiencia de todo eso.

— Harto sabe usted, Anna Serguievna, que nada de eso me afecta.

— Pero, ¿sabría usted darse?

— Lo ignoro; no quiero presumir.

Odintsova nada dijo, y Basarov guardó silencio.

Llegaron a ellos los sones del piano desde el salón.

— Esa Katia sigue tocando el piano con lo tarde que es —observó Odintsova.

Basarov levantóse.

— Sí, ya es tarde; es hora de que se acueste.

— No tenga esa prisa... ¿Adónde va?... Debo decirle todavía una cosa.

— ¿Cuál?

— Quédese —murmuró Odintsova.

Posáronse sus ojos en los de Basarov; parecía observarlo de hito en hito.

Él avanzó por la habitación; pero de pronto llegóse a ella, díjole atropelladamente adiós, apretóle la mano de un modo que poco le faltó para gritar, y salió. Llevóse la joven sus estrujados dedos a los labios, soplóse en ellos, y de pronto, levantándose bruscamente de la silla, dirigióse con rápidos pasos a la puerta, como queriendo alcanzar a Basarov... Entró en el cuarto la doncella con una botella en una bandeja de plata. Detúvose Odintsova, mandóla retirarse y se sentó de nuevo, volviendo a quedarse ensimismada. Soltóse el pelo, y su oscura sierpe cayóle sobre los hombros. La lámpara siguió ardiendo aún largo rato en la estancia de Anna Serguievna, y largo rato también permaneció ésta inmóvil, paseando de trecho en trecho sus dedos a lo largo de sus brazos, que el frío de la noche levemente estremecía.

En cuanto a Basarov, dos horas después volvía a su alcoba, con las botas caladas de rocío, despelucado y de mal humor. Encontró a Arkadii sentado a la mesa—escritorio, con un libro en las manos y el abrigo abrochado hasta arriba.

— Pero, ¿aún no te acostaste? —exclamó casi con enojo.

— Mucho tiempo estuviste hoy con Anna Serguievna —dijo Arkadii sin contestar a su pregunta.

— Sí; he estado sentado con ella todo el tiempo, mientras tú y Katia tocabais el piano.

— Yo no tocaba... —rectificó Arkadii, y se calló.

Sentía que las lágrimas acudían a sus ojos, y no quería echarse a llorar delante de su burlón amigo.

18

Al día siguiente, cuando Odintsova se presentó a la hora del té, ya llevaba Basarov largo rato inclinado sobre su taza; pero de pronto alzó los ojos hacia ella. Volvióse ésta a mirarlo, cual si le hubiesen dado un empujón, y a él parecióle como si su cara hubiera palidecido levemente durante la noche. Retiróse ella pronto a su cuarto y no se dejó ver hasta la hora del almuerzo. Desde el amanecer estaba el tiempo lluvioso; de suerte que no había posibilidad de dar un paseo. Reuniéronse todos en el salón. Arkadii había recibido el último número de un periódico y se puso a leerlo. La princesa, según su costumbre, mostró al principio en su rostro indicios de asombro, como si notase algo incorrecto; luego detuvo en el joven malignamente su mirada; pero él no le dedicó la menor atención.

— Yevguenii Vasilich —dijo Anna Serguieyevna—, venga conmigo... Quiero preguntarle algo... me habló usted anoche de... un manual.

Levantóse y se dirigió a la puerta. La princesa miró en torno suyo con una expresión que parecía decir: "Vean ustedes lo asombrada que estoy", y de nuevo miró fijamente a Arkadii; pero éste alzó la voz, y cambiando una mirada con Katia, que estaba a su lado, continuó leyendo.

Odintsova dirigióse con rápido andar a su cuarto. Siguióla dócilmente Basarov, sin levantar la vista y recogiendo en sus oídos el fino susurro y el crujir del traje de seda que ante él se arrastraba. Odintsova dejóse caer en la misma silla en que estuviera sentada la noche antes, y Basarov ocupó también el mismo sitio que la víspera.

— ¿Cómo se titula ese libro? —empezó ella tras breve silencio.

— *Notions générales de Chimie*, de Pelouze y Prémy —respondió Basarov—. Pero, además, puedo recomendarle a Ganot, *Traité élémentaire de physique expérimentale*... Estas obras traen grabados exactos y, en general, son muy instructivas...

Odintsova extendió la mano.

— Yevguenii Vasilich, perdóneme; pero no le hice venir aquí para hablar de manuales. Yo quería reanudar nuestra conversación de anoche. Se retiró usted tan de repente... ¿No le aburro?

— Estoy a sus órdenes, Anna Serguieyevna. Pero ¿de qué hablábamos anoche?

Odintsova lanzóle a Basarov una mirada de reojo.

— Hablábamos, según creo, de la suerte. Yo le contaba de mí misma. Y a propósito: recuerdo la palabra *suerte*. Dígame por qué hasta cuando gozamos, por ejemplo, de los placeres de la música de una amena velada, de una conversación con personas simpáticas, por qué todo eso parece más bien alusión a algo infinito, a esa *dicha* que en algún sitio existe, que no a la dicha real, es decir, a aquella que poseemos. ¿A qué se debe eso? ¿O es que acaso usted no ha sentido nada semejante?

— Ya conoce usted el refrán: "Se está bien donde no se está" —contestó Basarov—. Por lo demás, usted misma dijo anoche que no estaba satisfecha. A mí no se me pasan por la mente semejantes ideas.

— ¿Acaso las encuentra ridículas?

— No, sino que no me pasan por el pensamiento.

— ¿De veras? ¿Sabe usted que daría cualquier cosa por conocer lo que piensa?

— ¡Cómo! No la entiendo.

— Escuche: hace mucho tiempo que quería tener con usted una explicación. No necesito decirle, pues de sobra lo sabe, que usted es un hombre fuera de lo corriente... Es usted todavía joven..., tiene toda una vida por delante. ¿Qué es aquello para que se prepara? ¿Qué porvenir le espera? Quiero decir, ¿qué fines se propone alcanzar, adónde va, qué es lo que tiene en el alma? En una palabra: ¿quién es, qué es usted?

— Me asombra usted, Anna Serguieyevna. Harto sabe usted que yo me dedico a las ciencias naturales, y que soy...

— Eso: ¿quién es usted?

— Ya le dije a usted que soy un futuro médico rural.

Anna Serguieyevna hizo un ademán de impaciencia.

— ¿Por qué dice usted eso? Ni usted mismo se lo cree. Estaría bien que me lo dijera Arkadii, pero no usted...

— ¿Y por qué Arkadii...?

— No siga. ¿Es posible que se aviniera usted a tan modesta actuación, siendo así que usted mismo afirma que la medicina no existe? ¡Usted..., con su amor propio..., médico rural! Me dice eso para alejarse de mí, porque no tiene en mí la menor fe. Pero ¿no sabe usted, Yevguenii Vasilich, que yo sería capaz de comprenderle? Yo también he sido pobre y orgullosa, como usted; y es muy posible que ambos hayamos pasado por las mismas experiencias.

— Todo eso está muy bien, Anna Serguieyevna; pero perdóneme... Yo, en general, no estoy acostumbrado a confidencias, y entre usted y yo media tal distancia...

— ¿Qué distancia?... ¿Vuelve usted a decirme que soy una aristócrata? Basta, Yevguenii Vasilich; creo haberle demostrado...

— Sí, sí, y, además de eso —atajóla Basarov—, ¿a qué conduce hablar y pensar en el porvenir, que en gran parte no depende de nosotros? Si se presenta la ocasión de hacer algo..., magnífico; y si no se presenta..., por lo menos tendremos la satisfacción de no haber charlado en balde.

— ¿Llama usted charlar a conversar con un amigo?... ¿O es que a mí, como mujer, no me considera digna de su confianza?... Porque usted a todas nos desprecia, según parece.

— Yo a usted no la desprecio, Anna Serguieyevna, y de sobra lo sabe.

— No; yo no sé nada...; pero supongámoslo. Comprendo su repugnancia a hablar de su futura actuación; pero de lo que ahora ocurre en usted...

— ¡Que ocurre en mí! —repitió Basarov—. ¡Como si fuera yo un reino o la sociedad! En todo caso, nada de eso es curioso; además, ¿acaso el hombre puede decir siempre en voz alta lo que en él ocurre?

— Pues yo no veo por qué sea imposible decir cuánto llevamos en el alma.

— ¿Usted puede? —preguntó Basarov.

— Puedo —respondió Anna Serguievna tras breve titubeo.

Basarov bajó la cabeza.

— Es usted más afortunada que yo.

— Como usted quiera —continuó ella—. Pero hay algo que me dice que no nos hemos conocido en balde, que hemos de ser buenos amigos. Estoy segura de que esa su... (no sé cómo decirlo), su tensión, su reserva, acabará por desaparecer.

— ¿De modo que ha notado usted en mí reserva?..., según su expresión...

— Sí.

Levantóse Basarov y acercóse a la ventana.

— ¿Y quería usted saber la causa de esta reserva, quería usted saber lo que en mí ocurre?

— Sí —repitió Odintsova con cierto temor para ella misma incomprendible.

— ¿Y no se enfadará usted?

— No.

— ¿No? —Basarov teníase en pie a su espalda—. Bien; pues sepa usted que la amo estúpida, locamente... He ahí lo que quería saber.

Odintsova tendió adelante ambas manos, y Basarov apoyó la frente en el cristal de la ventana. Respiraba afanoso; se hacía visible que todo el cuerpo le temblaba. Pero no era aquel el temblor de la timidez juvenil ni el delicioso susto de la primera declaración de amor; era la pasión que en él palpitaba, fuerte, agobiante..., una pasión semejante al odio y acaso afín a él. A Odintsova parecióle extraño, y a él lamentable.

— Yevguenii Vasilich —dijo ella, y una involuntaria ternura vibraba en su voz.

Volvióse él rápidamente, lanzóle una mirada incendiaria y, cogiéndola de ambas manos, estrechóla inopinadamente contra su pecho.

No se desprendió ella en seguida de su abrazo; pero un momento después ya estaba lejos de su alcance en un rincón, y desde allí lo contemplaba. Basarov corrió hacia ella...

— Usted no me ha comprendido —murmuró Odintsova con precipitado temor.

Diríase que si osaba él dar un paso más gritaría ella... Basarov mordióse los labios y se fue.

Media hora después, la criada entrególe a Anna Serguieyevna una carta de Basarov; contenía sólo unos cuantos renglones. "¿Debo partir hoy..., o puedo quedarme hasta mañana?" "¿Por qué partir? No le comprendo a usted, ni usted a mí", respondióle Anna Serguieyevna. y para sus adentros pensó: "Yo misma no me entiendo."

No se dejó ver a la hora de la comida, y no hacía más que dar vueltas arriba y abajo, por su habitación, las manos a la espalda, deteniéndose de cuando en cuando, ya ante la ventana, ya ante el espejo y pasándose lentamente el pañuelo por la mejilla, en la que le sorprendía un rubor ardiente. Preguntábase qué era lo que la había impulsado a recabar, según dijera, de Basarov franqueza y si no sospechaba ya algo...

— Yo tengo la culpa —murmuró en voz alta—; pero no lo podía prever.

Pensaba y se ruborizaba recordando el rostro casi bestial de Basarov cuando se abalanzó a ella...

— ¿O...? —profirió de pronto, y se detuvo y se sacudió los rizos.

Contemplóse en el espejo; su cabeza, echada hacia atrás con misteriosa sonrisa en sus ojos y sus labios medio cerrados, medio abiertos, decíanle en aquel instante algo que la desconcertaba...

— No —decidió finalmente—. Dios sabe adónde podría haber llegado esto; no se puede jugar con estas cosas, y, a pesar de todo, no hay nada mejor en el mundo que la tranquilidad.

Su tranquilidad no se había alterado; pero ella se sentía triste, y hasta una vez se echó a llorar, sin saber por qué, salvo que no era por la ofensa sufrida. No se sentía ofendida, sino más bien culpable. Bajo el influjo de diversos y confusos sentimientos, experimentaba la sensación de lo fugaz de la vida que pasa, el ansia de algo nuevo; obligábase a sí misma a llegar hasta ciertos límites, obligábase a mirar detrás de ella..., y veía, no ningún abismo, sino el vacío... o el caos.

19

Por mucho dominio que sobre sí misma tuviera Odintsova, por más que se elevara por encima de todo prejuicio, también ella sintió cierta cortedad al presentarse en la mesa a la hora de la comida. Por lo demás, ésta salió bastante bien. Llegó Porfirii Platonich, que refirió varias anécdotas; acababa de regresar de la ciudad. Entre otras cosas; contó que el gobernador había ordenado a sus funcionarios que llevasen espuela para, caso de que tuviera que enviarlos a algún sitio a caballo, ganar tiempo. Arkadii conversaba en voz alta con Katia y se interesaba diplomáticamente por la princesa. Basarov guardaba un terco y hurao silencio. Odintsova, un par de veces —francamente, no, a hurtadillas—, miró a la cara, seria y pálida, con los ojos bajos, marcada con el sello de una despectiva resolución en cada una de sus facciones, y pensó: "¡No..., no..., no...!" De sobremesa dirigióse la joven con todos los demás al jardín, y al notar que Basarov quería hablarle, dio unos pasos aparte y se detuvo. Acercóse él a ella, y sin levantar la vista, murmuró secamente:

— Debo presentarle mis excusas, Anna Serguievna. Estará usted enojada conmigo.

— No; no estoy enojada con usted —respondió Odintsova—. Simplemente apenada.

— Pues eso es peor. Sea como fuere, harto castigado estoy. Me encuentro en una situación que, usted misma habrá de reconocerlo, no puede ser más estúpida. Usted me escribió: "¿Por qué partir?" Pero yo no puedo ni quiero quedarme. Mañana no estaré ya aquí.

— Yevguenii Vasilich, ¿por qué usted...?

— ¿Por qué me voy?

— No; no era eso lo que quería decir.

— No volvamos a las andadas, Anna Serguievna...

Tarde o temprano, esto debía ocurrir. Así que no tengo más remedio que irme. Sólo admitiría una condición para quedarme, y esa condición no podría darse nunca. Porque usted, perdóneme la franqueza, no me ama ni me amará nunca.

Los ojos de Basarov centellearon un momento por debajo de sus cejas. Anna Serguieyevna no le respondió. "Me da miedo este hombre", fue la idea que cruzó por su mente.

— Adiós —dijo Basarov cual si adivinara su pensamiento, y encaminóse hacia la casa.

Siguióle Anna Serguieyevna despacito, y, llamando a Katia, cogióla del brazo. No se separó de ella hasta la noche. No tomó parte en el juego de cartas, y no hacía más que sonreír, lo que no compaginaba con su pálido y confuso semblante. Arkadii la observaba, receloso, como observan los jóvenes, es decir, que constantemente se hacía esta pregunta: "¿Qué significa esto?" Basarov encerróse en su habitación; pero bajó a la hora del té. Anna Serguieyevna quería decirle alguna palabra amable; pero no sabía cómo empezar.

Una circunstancia inesperada vino a sacarla de su apuro; anunció el mayordomo la llegada de Sitnikov.

Difícil sería describir con palabras el revuelo que produjo en la sala la presencia del joven progresista. Habiendo decidido, con su importunidad característica, presentarse de rondón en la aldea, en casa de una señora a la que apenas conocía, que jamás lo había invitado, y que, además, tenía a la sazón, según los informes recogidos, huéspedes tan inteligentes y allegados a él, sentía, pese a todo, una timidez que le penetraba hasta la médula de los huesos, y en vez de empezar echando por delante sus naturales excusas y cumplidos, murmuró la estupidez de que Evdoksia Kukschina lo enviaba a preguntar por la salud de Anna Serguieyevna, y que también a Arkadii Nikolayevich lo recordaba siempre con el mayor interés... Pero, al proferir los desatinos, aturrullóse y se desconcertó hasta el punto de terminar sentándose encima de su sombrero. Pero, a pesar de todo, no lo echaron de allí, y Anna Serguieyevna incluso lo presentó a su tía y su hermana; de suerte que en seguida se rehizo y asumió un aire de triunfo. La presencia de la ruindad súeleser útil en la vida; viene a aflojar un tanto las cuerdas demasiado tensas, entibia los sentimientos de aplomo

u olvido de sí mismo, recordándonos su íntimo parentesco con ella. La llegada de Sitnikov vino a embotarlo todo... y allanarlo; todos cenaron con más apetito y se separaron, para ir a acostarse, una hora antes de lo acostumbrado.

— Te repito ahora —decíale, ya en la cama, Arkadii a Basarov, que se estaba desnudando para acostarse— lo que una vez me dijiste: "¿Por qué estás tan triste? ¿Es que has cumplido algún deber sagrado?"

Entre ambos jóvenes habíase introducido, de algún tiempo atrás, cierta innegable ironía, lo que siempre es indicio de íntima satisfacción o de tácitas suspicacias.

— Yo me voy mañana, para ver a mi padre —dijo Basarov.

Incorporóse Arkadii y se apoyó en el codo. La noticia le sorprendía y en cierto modo lo alegraba.

— ¡Ah! —exclamó—. ¿Y por eso estás triste?

Basarov bostezó.

— Si quieras ser sabio, sé viejo.

— ¿Y Anna Serguievna? —indagó Arkadii.

— ¿Qué tiene que ver en esto Anna Serguievna?

— Quiero decir: ¿es que te ha dejado?

— No me tomó nunca.

Arkadii quedóse pensativo y Basarov se acostó de cara a la pared.

Transcurrieron unos minutos de silencio.

— ¡Yevguenii! —llamó, de pronto, Arkadii.

— ¿Qué?

— Yo también me voy mañana contigo.

Basarov no replicó nada.

— Sólo que vuelvo a casa —prosiguió Arkadii—. Iremos juntos hasta la colina de Jojlovskii, y allí tomaremos caballos en casa de Zedot. Tendría mucho gusto en conocer a tus padres; pero temo será importuno a ellos y a ti. Aunque supongo que luego volverás con nosotros...

— En tu casa he dejado mis cosas —respondió Basarov, sin volver la cabeza.

"¿Por qué no me preguntará la causa de que me vaya con él? ¿Y tan de repente, como él mismo? —pensaba Arkadii—. Efectivamente: ¿por qué me voy yo y por qué se va él?", continuó preguntándose. No acertaba con una respuesta satisfactoria, y algo le mordía en el corazón. Presentía que le iba a ser duro separarse de aquella vida a que tan hecho estaba; pero quedarse él allí solo también resultaba extraño. "¿Qué habrá pasado entre ellos? —pensaba en su interior—. ¿Cómo podré presentarme ante ella después de mi partida? Se enfadará para siempre; voy a perderla por última vez". Empezó a representarse con la imaginación a Anna Serguieyevna; pero luego otras facciones dejaronse ver a través de los seductores rasgos de la joven viuda.

"¡Lástima de Katia!", murmuró Arkadii sobre la almohada, en la que ya cayera una lágrima... De pronto sacudióse los cabellos y con voz bronca exclamó:

— Pero, ¿a qué diablo vino ese majadero de Sitnikov?

Basarov revivióse primero en su cama y luego profirió lo siguiente:

— Tú, hermano, eres tonto también, a lo que veo. Los Sitnikovi nos son imprescindibles. A mí..., grábate bien esto en la cabeza..., a mí me son muy necesarios esos mequetrefes. Los dioses, en verdad, no hacen el cocido...

"¡Je..., je!", pensó para sí Arkadii, y hasta entonces no pudo medir en un instante todo el insondable abismo del orgullo basaroviano.

— ¿De modo que nosotros... somos dioses? Es decir, que tú eres un dios. Y yo, ¿no seré también un mequetrefe?

— Sí —respondió, malhumorado, Basarov—; tú también eres un bobo.

No mostró Odintsova asombro mayor cuando, al otro día, díjole Arkadii que partía con Basarov; parecía distraída y cansada. Katia miró silenciosa y seria; la princesa incluso se persignó bajo su chal, de modo que no pudo él menos de notarlo. Sitnikov se mostraba muy inquieto. Acababa de presentarse al almuerzo con un traje nuevo, elegante, pero no eslavianófilo aquella vez. Maravillara la vísperra al criado que le habían destinado por la abundancia de ropa blanca, y hete aquí que de pronto sus compañeros lo abandonaban. Golpeó un poco el suelo con los pies, encogióse como liebre acosada en la espesura del bosque..., y de pronto, casi asustado y poco menos que a gritos, declaró que también él se iba. Odintsova no intentó retenerlo.

— Tengo una calesa muy tranquila —añadió el desdichado mozalbete, dirigiéndose a Arkadii—; puedo llevarle a usted, y Yevguenii Vasilich irá más cómodo en su *tarantas*.

— Muchas gracias; pero no le coge a usted de camino, y de aquí a mi casa hay largo trecho.

— No importa, no importa. Tengo tiempo de sobra, y, además, que por aquella parte me reclama un asunto.

— ¿La granja? —preguntó Arkadii en tono excesivamente despectivo.

Pero Sitnikov estaba tan desesperado que, contra su costumbre, ni siquiera se echó a reír.

— Le aseguro que mi calesa es sumamente tranquila —murmuró—, y habrá sitio para todos.

— No aflija a *mosié* Sitnikov con un desaire —insinuó Anna Serguievna.

Miró a Arkadii y bajó significativamente la cabeza.

Los huéspedes partieron después del almuerzo. Al despedirse de Basarov, tendióle Odintsova la mano y le dijo:

— Nos volveremos a ver, ¿no es cierto?

— Como usted mande —respondió Basarov.

— En ese caso, volveremos a vernos.

Arkadii fue el primero que salió de la escalinata y montó en la calesa de Sitnikov. Ayudóle a ello respetuosamente el mayordomo, pero él, de buena gana, lo habría matado o se habría echado a llorar. Basarov acomodóse en el *tarantas*. Luego que llegaron a la colina Jojlovskii, aguardó Arkadii a que Zedot, el encargado de las postas, aprestara los caballos de relevo, y llegándose al *tarantas*, con su sonrisa de antes, dijole a Basarov:

— Yevguenii, llévame contigo: quiero viajar en tu compañía.

— Monta, pues —propuso Basarov entre dientes.

Sitnikov, que iba y venía, diligente, en torno a las ruedas de su coche, quedóse con la boca abierta al oír esas palabras, en tanto Arkadii, con la mayor tranquilidad, retiraba su equipaje de la calesa, sentábase en el *tarantas* al lado de Basarov... y, saludando con una cortés inclinación de cabeza a su ex compañero de viaje, gritaba:

— ¡Arrea!

Arrancó el *tarantas* y a poco perdióse de vista... Sitnikov, definitivamente desconcertado, quedóse mirando a su cochero; pero éste jugaba con su látigo por encima de la cola del caballo. Sitnikov montó en el coche... y, gritando a dos campesinos que cruzaban: "¡Párense, imbéciles!", arreó hacia la ciudad, a la que llegó muy tarde, y donde al siguiente día, en casa de Kukschina, despotricó a sus anchas contra aquel par de "orgullosos e ignorantes".

Al tomar asiento en el *tarantas* al lado de Basarov, estrechóle Arkadii la mano a su amigo, y largo rato permaneció en silencio. Basarov pareció agradecer tanto aquel apretón de manos como aquel silencio. La noche antes pasárasela toda en claro, sin fumar y casi sin haber comido nada en varios días. Sombrío y agudo resaltaba su demacrado perfil por debajo de su gorro calado hasta las orejas.

— ¿Y qué, hermano? —murmuró finalmente—. Dame un cigarrillo... y mírame...: ¿tengo amarilla la lengua?

— Sí —respondióle Arkadii.

— ¡Claro! Como que el tabaco no me sabe... Se estropeó la máquina.

— Efectivamente, tú has cambiado en estos últimos tiempos —observó Arkadii.

— No importa. Rectifiquemos. Lo único que siento... es que mi madre es tan blanda de corazón, que como no te atraques de bollitos y no comas diez veces al día, ya la tienes que se muere. Mi padre no es así; ese atiende a todo, a la criba y al tamiz. No, no puedo fumar —añadió, y tiró el cigarrillo al polvo del camino.

— ¿Hasta tu finca hay veinticinco verstas? —inquirió Arkadii.

— Veinticinco. Pregúntale a ese filósofo.

E indicóle un *muchik* que iba sentado en el pescante, un bracero de Zedot. Pero el filósofo le contestó que "él no sabía, que allí no se contaban las verstas", y continuó riñéndole en voz alta a su caballo porque "coceaba con la cabeza", esto es, porque cabeceaba.

— Sí, sí —dijo Basarov—. Esta ha sido una lección para ti, mi joven amigo, un instructivo ejemplo. ¡El diablo sabe qué absurdo! Todo hombre pende de un hilillo, y a cada momento puede cambiar su suerte; pero él se empeña en imaginarse toda clase de dificultades, y así se amarga su vida.

— ¿A qué te refieres? —preguntó Arkadii.

— No me refiero a nada, sino que te digo sencillamente que, tanto tú como yo, nos hemos conducido de un modo estúpido. ¿Para qué más explicaciones? Yo ya lo noté en la clínica. Quien lucha con su mal... lo vence infaliblemente.

— No te entiendo del todo —declaró Arkadii—. Segundo parece, tú no tienes por qué quejarte.

— Pues si no me entiendes del todo, te diré lo siguiente: que, en mi opinión, vale más picar piedra en el tajo que consentir que una mujer se apodere aunque sólo sea de la yema de un dedo nuestro. Todo esto es... —Basarov estuvo a punto de pronunciar su palabra favorita: "romanticismo". Se contuvo, y dijo—: un absurdo. No me creerás ahora, aunque te diga que tú y yo nos sentíamos allí a gusto; pero frequentar tales reuniones... viene a ser lo mismo que echarse agua fría en un día caluroso. Un hombre no debe nunca ocuparse en tales futesas; el hombre

debe ser macho, tener siempre en cuenta el refrán español. ¡Eh, tú! —añadió, dirigiéndose al *muchik* que iba sentado en el pescante—, tú, sabio, ¿tienes mujer?

El *muchik* dejóles ver a ambos amigos su rostro chato y miope.

— ¿Mujer? La tengo. ¿Cómo no tener mujer?

— ¿Y le pegas?

— ¿A la mujer? Eso lo hacemos todos. Pero no pegamos sin motivo.

— ¡Bravo! Y ella, ¿te pega a ti?

El *muchik* retuvo las riendas.

— ¡Qué cosas dices, *barin!* tú bromeas...

Saltaba a la vista que se consideraba ofendido.

— ¿Lo estás oyendo, Arkadii Nikolayevich? En cambio, nosotros... he ahí lo que significa ser personas civilizadas.

Arkadii sonrió con sonrisa forzada; pero Basarov volvióse a otro lado y ya en todo el camino no abrió más la boca.

Las veinticinco verstas parecieronle a Arkadii cincuenta largas. Pero al fin dejóse ver en el repecho de leve colina la aldehuella en que vivían los padres de Basarov. Al nivel de ella, en el tierno bosque de arces, resaltaba una casita de hidalgos, de techumbre de paja. Junto a la primera isba estaban parados dos campesinos con sendos gorros y discutían.

— Eres un sucio —decíale uno de ellos al otro—, peor que cochinillo.

— Y tu mujer es... una bruja —retrucóle el otro.

— Por la libertad de expresión —hízole notar Basarov a Arkadii— y por la vivacidad de las palabras, podrás juzgar cómo los labriegos de mi padre no se cohíben de ninguna manera. Pero helo aquí que ya sale a las gradas

de su casa. Se conoce que oyó los cascabeles. Es él... es él... Conozco su figura. Pero ¡qué blanco se le ha puesto el pelo, pobre!

20

Saltó Basarov del *tarantas*, y Arkadii sacó la cabeza por detrás de la espalda de su amigo y divisó en la escalerilla de la casa señorial a un hombre alto, seco, con el pelo alborotado y una fina nariz aguileña, y que vestía un viejo capote militar, desabrochado. Se detuvo, apartó los pies, dio una chupada a su larga pipa, y entornó los ojos por el sol.

Detuviéronse los caballos.

— ¡Por fin llegó! —exclamó el padre de Basarov, sin dejar de fumar, aunque el tubo de la pipa le temblaba entre los dedos—. Pero baja, baja; dame un abrazo.

Él abrazó al hijo.

— ¡Yeniuscha, Yeniuscha! —suspiró una voz temblona de mujer.

Abrióse la puerta de la casa y en el umbral dejóse ver una viejecita regordeta y baja, con una cofia blanca y un corpiño corto de colorines. Ayeaba, se tambaleaba, y de fijo cayera al suelo de no haberla sostenido Basarov. En un momento ciñéreronse al cuello las gordezuelas manos de la anciana, que reclinó la cabeza en el pecho del hijo. Todos callaban. Sólo se oían sus entrecortados sollozos. El viejo Basarov respiraba hondo y entornaba los ojos más que antes.

— Bueno. ¡Basta, basta, Arischa! Ya está bien —dijo, cambiando una mirada con Arkadii, que se tenía inmóvil junto al *tarantas*, en tanto el muchik del pescante se volvía también mirar—. ¿A qué viene todo eso? ¡Calla, por favor!

— ¡Ay Vasilii Illich! —balbuceó la vieja—. ¡Tanto tiempo, padrecito mío, palomito mío. ¡Yeniuschenko!... —y sin levantar la mano, apartaba de Basarov su cara, mojada en lágrimas, enterneceda; lo contemplaba con ojos embobados y risueños y de nuevo dejábase caer en sus brazos.

— Bueno; sin duda todo eso es natural —murmuró Vasilii Ivanich—; pero

ahora lo mejor será que entremos en casa. Yevguenii nos ha traído un huésped. Disculpe usted —añadió, dirigiéndose a Arkadii, y dio una leve patadita en el suelo—; ya se hará usted cargo; la flaqueza femenina y el corazón maternal...

Pero también a él temblabanle labios y cejas, y hasta la sotabarba..., aunque era visible que luchaba por dominarse y parecer poco menos que indiferente. Arkadii hizole una inclinación de cabeza.

— Sí, *matuschka*, pasemos adentro —dijo Basarov y condujo al interior de la casa a la commovida anciana. Luego de sentarle en un cómodo sillón, volvió a abrazar ligeramente a su padre y presentóle a Arkadii.

— Celebro en el alma conocerlo —dijo Vasilii Ivanovich—; pero le ruego sea benévolo: aquí todo es sencillo, en plan militar. Arina Basilievna, serénate y da órdenes; hay que tener valor. Este señor, nuestro huésped, va a formarse mala idea de ti.

— ¡Batiuschka! —balbució, entre lágrimas, la anciana—. No tengo el gusto de conocer tu nombre ni tu tierra...

— Arkadii Nikolaich —proclamó con gravedad, en voz alta, Vasilii Ivanich.

— Discúlpeme usted mi torpeza —la viejecita se sonó y, moviendo la cabeza a diestro y siniestro, enjugóse con mucho cuidado, primero, un ojo, y luego el otro—. Perdóneme... Porque pensaba que iba a morirme sin ver a mi palo... oomito.

— Pues ya ves que no ha sido así, señora —recalcó Vasilii Ivanovich—. Taniuschka —añadió, dirigiéndose a una mocita descalza de unos trece años, que vestía un traje de india de un rojo vivo y atisbaba tímidamente detrás de la puerta—, tráele a la señora un vaso de agua... en una bandeja, ¿oyes? Y usted, señor —dijo con cierto humor a estilo antiguo—, haga el favor de seguir a su despacho a este viejo veterano.

— Déjame que te abrace otra vez siquiera, Yeniuschenko —suplicó Arina Basilievna; Basarov inclinóse hacia ella—. Pero ¡qué guapo te has puesto!

— Bueno, guapo o feo —observó Vasilii Ivanovich—, es igual. El hombre, según dicen, es como el oso..., etcétera. Pero ahora espero, Arina Basilievna, que, habiendo ya desahogado tu corazón de madre, podrás

atender al cuidado de tus queridos huéspedes, pues ya se sabe que el ruiseñor no se alimenta de cuentos.

Levantóse la anciana del sillón.

— En un momento quedará servida la mesa, Vasilii Ivanovich; yo misma voy a la cocina y mandaré preparar el samovar y todo, todo... ¡Tres años que no lo veía, que no le daba de comer ni de beber! ¿No es nada eso?

— Bien; pero anda, date prisa; no nos dejes mal. Y a usted, señor, le ruego venga conmigo. Mira, Yevguenii, ha venido Timozeich a saludarte. También él se alegra mucho. Tenga la bondad de seguirme.

Y Vasilii Ivanovich tomó la delantera, haciendo ruido con sus desgastadas chanclas.

Toda la casa se reducía a seis pequeñas habitaciones.

Una de ellas, aquella a la que condujo a nuestros amigos, llevaba el nombre de despacho. Una mesa de gruesas patas, cubierta de un polvo renegrido de antigüedad y atestada materialmente de papelotes, cogía todo el espacio entre dos ventanas; de las paredes colgaban armas turcas, látigos, sables, dos paisajes, algunos dibujos anatómicos, un retrato de Hufeland, un monograma de pelo en un marco negro y un diploma bajo un cristal; un diván de cuero, comprado quién sabe dónde y roto, extendíase entre dos enormes armarios de madera de arce; en los tableros apretujábanse libros, cajitas, pájaros disecados, ventosas, frascos; en un rincón, veíase una máquina eléctrica, estropeada.

— Ya le previne a usted, mi querido huésped —empezó Vasilii Ivanovich—, que nosotros vivimos aquí, por decirlo así, como acampados...

— Pero basta de disculparte —atajólo Basarov—. Kirnasov sabe de sobra que no somos Cresos, y que no tienes mayordomo. La cuestión es dónde lo instalaremos.

— Mira, Yevguenii: ¿no te parece bien allí, en el pabellón, en mi cuarto? Allí estaría muy bien.

— Pero, ¿te has hecho un pabellón?

— Algo por el estilo; tiene estufa —intervino Timozeich.

— Es decir, la estufa está al lado —apresuróse a explicar Vasilii Ivanovich—. Ahora estamos, en verano... En seguida voy allá y lo arreglo todo. Y tú, Timozeich, lleva su equipaje. Naturalmente, a ti, Yevguenii, te cedo mi despacho. *Suum cuique*.

— Ya ves. ¡Qué viejecito tan previsor y bueno! —dijo Basarov, no bien salió Vasilii Ivanovich—. Un estrafalario como el tuyo, pero de otra clase. Sólo que charla mucho.

— También tu madre parece una mujer buenísima —observó Arkadii.

— Sí; no tiene malicia. Y ya verás qué comida nos pone.

— Hoy no te aguardan, *batiuschka*; no trajeron gigote —dijo Timozeich, que acababa de transportar el baúl de Basarov.

— Pues nos pasaremos sin él; no hay, y basta. Pobreza, como suele decirse, no es falta.

— ¿Cuántas almas tiene tu padre? —inquirió de pronto Arkadii.

— La finca no es de él, sino de mi madre; las almas creo recordar que son quince.

— Veintidós por junio —observó con contrariedad Timozeich.

Dejóse oír un chancleteo, y luego apareció Vasilii Ivanovich.

— Dentro de unos minutos tendrá usted listo su cuarto —anunció con solemnidad—, Arkadii ¿Nikolaich?... Según tengo entendido, vive a lo grande Bueno; aquí tiene a su criado... —repuso, mostrándole un mocetón que venía con él, y que, pelado al rape, vestía un caftán azul roto por los codos y calzaba unos zapatos ajenos—. Se llama Zedka. Pero, vuelvo a repetírselo, aunque mi hijo lo tome a mal, que sea benévolo. Por lo demás, sabe encender la pipa. Porque usted fuma, ¿verdad?

— Sí, pero más que nada cigarrillos —respondió Arkadii.

— Y hace muy bien. Yo también prefiero el cigarillo; pero en estos lugares tan solitarios es muy difícil adquirirlos.

— Para ti no hay Lázaros bastantes —volvió a atajarle Basarov—. Mejor será que te sientes ahí en el diván y nos dejes valernos solos.

Echóse a reír Vasilii Ivanovich, y se sentó. Parecía mucho a su hijo en la cara, sólo que tenía la frente más baja y estrecha, y la boca algo más ancha, y continuamente se rebullía y estiraba los brazos, de suerte que se le rompían los trajes por las axilas; tosía, guiñaba los ojos y movía los dedos, en tanto su hijo distinguíase por cierta apática inmovilidad.

— ¡No hay Lázaros! —repitió Vasilii Ivanovich—. No pienses, Yevguenii, que yo quiero enternecer al huésped, como suele decirse, porque ya se sabe que vivimos en un desierto. Pero, por lo menos, procuro en lo posible no tapar las cosas con musgo ni quedarme rezagado en el tiempo.

Vasilii Ivanovich sacóse del bosillo un pañuelo nuevo; amarillo, que acertó a coger aprisa en el cuarto de Arkadii, y continuó, agitándolo en el aire:

— No digo que, por ejemplo, no haya sido un sacrificio sensible para mí el poner a los campesinos a renta y darles su tierra. Consideraba esto como mi deber, pues era lo más prudente en este caso, por más que a otros terratenientes ni siquiera se les pasara por la imaginación. Hablo de las ciencias, de la cultura.

— Pero veo que tienes ahí el *Amigo de la salud*, año mil ochocientos cincuenta y cinco —observó Basarov.

— Me lo envió un antiguo compañero, para que lo conociera, —apresuróse a decir Vasilii Ivanovich—; pero nosotros también tenemos nociones de frenología —agregó, dirigiéndose preferentemente a Arkadii y señalando un pequeño cráneo de yeso que campeaba en el armario, partido en sectores numerados—. Tampoco Schenlein nos es desconocido..., ni Rademacher.

— Pero, ¿aún creen en Rademacher, en el gobierno de***? —preguntó Basarov.

Vasilii Ivanovich tosió ligeramente.

— En el gobierno..., sin duda, señores, les convendría más saber hasta dónde los hemos imitado. Porque siempre nos toman a risa. También, en mi tiempo, a cierto humorista llamado Hoffmann y a un tal Brown, con su

vitalismo, los tomaron a risa, y también hicieron ruido. Uno de los nuevos ha rectificado entre vosotros a Rademacher, y vosotros le rendís tributo; pero al cabo de veinte años también resultará ridículo.

— Te diré para tu consuelo —declaró Basarov— que nosotros ahora, en general, nos reímos de la medicina y no rendimos tributo a nadie.

— ¿Cómo es eso? Porque tú quieres ser doctor, ¿no es así?

— Quiero; pero lo uno no obsta para lo otro.

Vasilii Ivanovich sacudió con tres dedos la pipa, donde aún quedaba algo de fuego.

— Es posible, es posible..., no quiero discutir. Porque, ¿qué soy yo?... Un médico militar retirado que ahora se ocupa en agricultura. Yo serví con su tío de usted en la brigada —dijo, dirigiéndose otra vez a Arkadii—. Sí, sí... he visto en mi vida muchas cosas. y he conocido gente de toda clase... ¡Yo aquí, donde usted me ve, les he tomado el pulso al príncipe Wittenstein y a Chukovskii! A todos los del ejército del Sur, en la catorce, ya me entiende usted —y Vasilii Ivanovich apretó significativamente los labios—. A todos los he tratado a fondo. Pero bueno: dejemos a un lado mi persona. Cirujano, a tu lanceta, ¡y basta!... En cuanto a su tío de usted, era todo un caballero, un verdadero soldado.

— Querrás decir un botarate en toda regla —observó con indolencia Basarov.

— ¡Ay Yevguenii, y qué expresiones gastas!... Sé más benévolos... Sin duda que el general Kirnasov no pertenecía al número de...

— Bueno, ¡déjalo en paz! —atajó Basarov—. Al venir hacia acá, vi con placer tu plantel de arces, que ha crecido maravillosamente.

Animóse Vasilii Ivanovich.

— ¿Y no has visto, además, cómo he puesto mi jardincito? Yo mismo planté árbol por árbol. Y los hay en él que dan frutos y bayas, y también toda suerte de plantas medicinales. Sí; por más que vosotros los jóvenes agucéis el ingenio, tendréis que darle la razón al viejo Paracelso en su *In herbis, verbis et lapidibus...* Yo, ya lo sabes, dejé la práctica; pero un par de veces por semana necesito sacudirme la vejez. Vienen a

consultarme... y no los puedo echar. Vienen los pobres en demanda de ayuda. Porque diz que hoy no hay médicos. Uno de estos vecinos, un mayor retirado, figúrate, a su vez cureta. Yo pregunté: "¿Estudió medicina?" "No —me dijeron—, no ha estudiado; lo hace más que nada por filantropía... ¡Ja..., ja! ¡Por filantropía!... ¡Ja..., ja!"

— Zedka, tráeme la pipa —ordenó en tono adusto Basarov.

— Hay aquí asimismo otro doctorcillo que fue una vez a visitar a un enfermo —siguió diciendo con cierta desesperación Vasilii Ivanovich—, y el enfermo estaba ya *ad patres*; no lo dejaron pasar, diciéndole: "Ya no hace falta." Él, que no se esperaba aquello, se aturrulló y preguntó: "¡Cómo! Bueno...; pero, dígame, ¿antes de expirar tuvo hipo el *barin*?" "Sí, lo tuvo." "¿Mucho?" "Mucho." "¡Ah! Entonces está bien" y dió media vuelta y se largó... ¡Ja..., ja!

El anciano era el único que se reía. Arkadii sólo esbozaba una sonrisa, y Basarov se contenía. La conversación continuó de aquel modo cosa de una hora. Arkadii diose traza luego de retirarse a su cuarto, el cual parecía un antebanjo, pero muy cómodo y limpio. Finalmente, llegó Taniuscha y anunció que la mesa estaba servida.

Vasilii Ivanovich fue el primero en levantarse.

— Vamos allá, señores —dijo—. Tengan la bondad de perdonarme que les haya aburrido. Puede que la patrona les satisfaga mejor que yo.

La comida, aunque rápidamente preparada, resultó muy buena y hasta opípara; sólo el vino anduvo escaso (un jerez casi negro, comprado por Timozeich en la ciudad en una tienda conocida, que sabía unas veces a miel, otras a colofonia), y también las moscas molestaban. Habitualmente, un chico liberto las espantaba con una gran rama verde; pero aquella vez Vasilii Ivanovich habíalo despedido por temor a las censuras de la nueva generación. Arina Vasilievna había logrado ya dominarse; lucía una alta cofia con encajes de seda y un chal azul con rameados. Volvió a lloriquear en cuanto hubo visto a su Yeniuscha; pero al marido no se le ocurrió regañarla. Y ella misma se dio prisa a engujarse sus lágrimas para no salpicarse el chal. Comieron sólo los jóvenes; los dueños de casa ya lo habían hecho antes. Sirvió la mesa Zedka, visiblemente cohibido en sus zapatos por falta de costumbre; pero le ayudaba una mujer de cara hombruna y tuerta, llamada Anfisuschka, que desempeñaba en la casa las

funciones de ama de llaves, pajarera y lavandera.

Vasilii Ivanovich pasóse todo el tiempo de la comida dando paseos por la habitación y hablando, con expresión perfectamente dichosa y hasta beatífica, de los graves peligros en que se había visto por culpa de la política de Napoleón y la complicada cuestión de Italia. Arina Vasilievna no reparaba en Arkadii, no hacía cuenta de él; sosteniendo con el puño su redonda cara mofletuda y color de cereza, con lunares en las mejillas y encima de las cejas, todo lo cual dábale una expresión bonachona, no apartaba de su hijo los ojos y no hacía más que suspirar. Perecíase por saber por cuánto tiempo había venido; pero no se atrevía a preguntárselo. "Bueno; por un par de días, como suele decirse", pensaba, y el corazón le daba un vuelco. Después del asado, Vasilii Ivanovich eclipsóse un momento, al cabo del cual volvió con una media botella, ya descorchada, de champaña.

— Aquí está —advirtió—. Aunque vivimos en un hoyo, no nos falta con qué celebrar las ocasiones solemnes.

Bebióse tres copitas y un vaso, brindó a la salud de los "inapreciables huéspedes", y luego, a lo militar, tiró al suelo su vaso. A Arina Vasilievna obligóla a apurar un vasito hasta la última gota. Luego que les llegó la vez a los dulces, Arkadii, que no podía sufrir nada dulce, consideróse obligado a engullirse tres de distintas clases recién salidos del horno, tanto más cuanto que Basarov los rechazó en redondo y encendió un cigarrillo. Luego, presentóse en escena el té con crema, manteca y bizcochos, y finalmente, Vasilii Ivanovich condújolos a todos al jardín para que gozasen de la hermosura de la tarde. Al pasar junto a un banquito, murmuróle a Arkadii:

— En este sitio gusto de filosofar mirando ponerse al sol; eso conviene al solitario. Y un poco más allá he plantado algunos árboles gratos a Horacio.

— ¿Qué árboles? —preguntó Basarov, que lo había oído.

— Pues..., acacias.

Basarov empezó a bostezar.

— Supongo que ya es hora de que los viajeros se echen en brazos de Morfeo —observó Vasilii Ivanovich.

— Es decir, que es hora de acostarse —glosó Basarov—. Es una buena idea. Verdaderamente, es hora.

Al despedirse de su madre, diole un beso en la frente...; pero ella le echó los brazos a la espalda a hurtadillas y lo bendijo tres veces. Vasilii Ivanovich condujo a Arkadii a su cuarto y le deseó "un descanso tan reparador como el que yo gozaba a su dichosa edad". Y, efectivamente, Arkadii durmió a maravilla en su antesala de baño; olía allí a cantueso, y dos grillos cantaban, adormecedores, tras la estufa. Vasilii Ivanovich, al dejar a Arkadii, encaminóse a su cuarto y tendióse en el diván a los pies de su hijo. Trató de entablar conversación con él, aunque Basarov le cortó en seguida los vuelos, diciéndole que quería dormir; pero permaneció desvelado hasta la madrugada. Con los ojos de par en par, miraba malignamente en la sombra: los recuerdos de la infancia no tenían poder sobre él, y, además, tampoco lograban ahuyentar las amargas impresiones recientes. Arina Vasilievna rezó primero con fervor; luego estuvo largo, largo rato, hablando con Anfisuschka, la cual, en pie, como encadenada ante su señora y fijo en ella su único ojo, comunicábale en misterioso susurro todas sus observaciones y suposiciones respecto a Yevguenii Vasilich. Por efecto de la alegría, del vino, del humo de los cigarrillos, dábale vueltas la cabeza a la anciana. Su marido charlaba con ella y gesticulaba.

Era Arina Vasilievna una verdadera aristócrata rusa de pasados tiempos; había vivido veinte años de la antigua época moscovita. Era muy sugestionable y sensible. Creía en todo lo creíble: en adivinaciones, predicciones, sueños; creía en fantasmas, espectros, vampiros y malos encuentros; en la corrupción, en la medicina popular, en el inminente fin del mundo; creía que, si en Pascua de Resurrección no se tenían las luces apagadas toda la noche, brotaba muy bien el trigo sarraceno, y que las setas no crecen si el ojo humano las ve; creía que al demonio le gustaba estar allí donde hay agua, y que todo judío lleva en el pecho una mancha de sangre; teníales miedo a los ratones, culebras, ranas, hormigas y sanguijuelas, al trueno, al agua fría, al aire colado, a los caballos, a los machos cabríos, a las personas pelirrojas y a los gatos negros, y tenía a los grillos y a los perros por animales inmundos; no comía carne de vaca,

ni pichones, ni cangrejos, ni queso, ni espárragos, ni alcachofas, ni liebre, ni sandías, porque, al partir la sandía, le recordaba la cabeza de San Juan Bautista, y de las ostras no hablaba sino con horror. Gustábale comer bien y ayunaba severamente; dormía diez horas de un tirón... y no se acostaba en cuanto a Vasilii Ivanovich le dolía la cabeza, no leía ningún libro, salvo *Aleksina o la cabaña del bosque*; escribía una o a lo más dos cartas al año; pero, en cambio, sabía gobernar muy bien su casa y tenerlo todo a punto, aunque nada tocase con sus manos, y en general, no le gustaba moverse de su sitio. Arina Vasilievna era muy buena, y a su modo, nada tonta. Sabía que en el mundo hay señores que vienen obligados a dar órdenes, y gente humilde que viene obligada a servir, y por eso tenía a menos servilismos y reverencias; pero a sus subordinados los trataba con afectuosidad y dulzura, no despedía a ningún menesteroso sin alguna dádiva y nunca criticaba a nadie, por más que a veces también se prestara al chismorreo. En su juventud, había sido de muy buen ver, tocaba el clavicordio y chapurreaba un poco el francés; pero en el decurso de los largos años de andanzas con su marido, con el que casara a disgusto, se estropeó, y olvidó la música y el francés. A su hijo lo amaba y lo temía de un modo indecible; la dirección de la hacienda corría a cargo de Vasilii Ivanovich, y ella no se metía en nada; gimoteaba, se enjugaba los ojos con el pañuelo, y de puro asustada enarcaba cada vez más las cejas en cuanto su viejo empezaba a hablar de inminentes reformas y de planes. Era muy aprensiva, siempre estaba esperando alguna desgracia, e inmediatamente se echaba a llorar en cuanto se acordaba de algo triste. Hoy ya tales mujeres van desapareciendo. ¡Dios sabe... si procede alegrarse de ello!

21

Al levantarse del lecho, abrió Arkadii la ventana... y lo primero que se le ofreció a la vista fue Vasilii Ivanovich. Embutido en una bata sujetada al cuerpo con un pañuelo de nariz, el viejo laboraba, diligente, en su jardín. Reparó en su joven huésped, y apoyándose en su azada, exclamó:

— Buenos días. ¿Qué tal pasó la noche?

— Muy bien —respondió Arkadii.

— Pues yo aquí estoy, como ve, igual que Cincinato, arrancando los nabos tardíos. Ahora estamos en unos tiempos (¡y gracias a Dios todavía!) en que cada cual tiene que procurarse por sus propias manos el sustento; de los demás no hay que esperar nada: todo tiene que hacérselo uno. Y resulta que Juan Jacobo Rousseau tenía razón. Hace media hora, señor mío, me hubiera usted visto en otra ocupación muy distinta. Atendiendo a una mujer que se quejaba de vientre suelto... como ellas dicen...; de disentería, como decimos nosotros... Yo le administré opio..., y a otra le saqué una muela y no le puse éter porque ella no quiso. Todo esto lo hago gratis, en *amateur*... Por lo demás, no me choca: yo soy un plebeyo, *homo novus*..., no de vieja cepa; y eso es todo... Pero ¿no es un gusto trajinar aquí a la sombra y aspirar antes del té el frescor mañanero?

Arkadii llegóse a él.

— Da gozo trabajar todavía —dijo Vasilii Ivanovich, llevándose la mano marcialmente a su grasiendo gorro, que le cubría la cabeza—. Usted, ya lo sé, está acostumbrado al lujo, a la comodidad; pero también los grandes de este mundo no tienen a menos pasar una temporada bajo el techo de una choza.

— ¡Por favor! —exclamó Arkadii—. ¡Qué he de ser yo uno de los grandes de este mundo! Ni menos, ¡qué he de estar yo tampoco acostumbrado al lujo!

— Perdone, perdone —dijo con amable sonrisa Vasilii Ivanovich—. Aunque yo ya haya pasado a la historia, he hecho mi papel en el mundo, y conozco al pájaro en el vuelo. Y soy psicólogo y fisonomista a mi modo. Si no poseyese yo, me atrevo a decirlo, este don, hace mucho ya que me habría hundido y perdido del todo, joven. Se lo diré sin cumplidos: la amistad que noto entre usted y mi hijo me produce verdadera alegría. Hace un momento lo vi; según su costumbre, que, probablemente, le será conocida, madrugó mucho y se fue a andar por estos alrededores. Permítame usted mi curiosidad... ¿Hace mucho que conoce a mi Yevguenii?

— Desde el invierno pasado.

— Bien. Permítame otra pregunta..., y no ande con rodeos... Permítame que se lo pregunte como padre, con toda franqueza: ¿qué opinión tiene usted de mi Yevguenii?

— Su hijo de usted... es uno de los individuos más notables que yo he conocido —respondió Arkadii con vivacidad.

Abrió de par en par los ojos Vasilii Ivanovich, y se enrojecieron levemente sus mejillas. La azada se le escurrió de entre las manos.

— ¿De modo que usted supone...? —empezó.

— Estoy convencido —encareció Arkadii— de que a su hijo le aguarda un gran porvenir, de que dará gloria a su nombre. Lo presentí así desde nuestro primer encuentro.

— ¿Y cómo fue? —inquirió Vasilii Ivanovich.

Triunfal sonrisa dilató su ancha boca y siguió en ella sin borrarse.

— ¿Quiere usted saber cómo nos conocimos?

— Sí..., claro...

Procedió Arkadii a contárselo, y habló de Basarov con gran calor, con gran entusiasmo, mayor que el de aquella noche en que bailara una mazurca con Odintsova. Vasilii Ivanovich escuchábalo, escuchábalo, se sonaba, revolvía el pañuelo con ambas manos, tosía, se mesaba los cabellos..., y, finalmente, no pudo contenerse, e inclinándose sobre Arkadii, besólo en

los hombros.

— Me hace usted enteramente teliz —murmuró, sin dejar de sonreír—. Yo..., debo decirle que yo..., idolatró en mi hijo. De mi mujer no digo nada; ya lo sabe usted, es su madre. Pero, no me atrevo delante de él a expresar mis sentimientos, porque no le agrada eso. Es enemigo de todas las efusiones; muchos incluso lo censuran por esa su entereza moral y ven en ella un indicio de orgullo o insensibilidad; pero a los individuos como él no hay que medirlos por el rasero común, ¿no es verdad? Mire usted, por ejemplo, otro, en su lugar, procuraría exprimir la bolsa de sus padres. Pues bien: ¿lo creerá usted? Jamás nos ha pedido en su vida una *kopeika* superflua...

— Es un hombre irreprochable, honrado —observó Arkadii.

— Eso es: irreprochable. Pero yo, Vasilii Ivanovich, no sólo lo idolatró sino que me enorgullezco de ser su padre, y toda mi ambición se cifra en que, en su biografía, figuren a su tiempo las siguientes palabras: "Hijo de un humilde médico militar, el cual, sin embargo, supo desde el primer momento adivinarlo y no escatimó nada en su educación..."

Quebrósele la voz al viejo. Arkadii estrechóle la mano.

— ¿Qué opina usted? —inquirió Vasilii Ivanovich tras breve silencio—. ¿Alcanzará en Medicina esa fama que usted le augura?

— Desde luego que no, aunque en Medicina será de los primeros maestros.

— Pues, entonces, ¿en qué, Arkadii Nikolaich?

— Difícil será predecirlo ahora; pero su hijo será famoso.

— ¡Será famoso! —repitió el viejo, y quedóse ensimismado.

— Arina Vasilievna me manda a decirles que ya está el té —dijo Anfisuschka, pasando de largo con una enorme bandeja de frambuesas maduras.

Vasilii Ivanovich se estremeció.

— ¿Y tendremos también crema fría con las frambuesas?

— Claro que sí.

— Pero ¡que esté fría, cuidado! No ande usted con cumplidos, Arkadii Nikolaich; coja más... ¿Cómo es que Yevguenii no viene?

— Aquí estoy —sonó la voz de Basarov desde el cuarto de Arkadii.

Volvió se rápidamente Vasilii Ivanovich.

— ¡Ajá! Querías visitar a tu amigo; pero te retrasaste, *amice*, y ya he tenido yo con él una larga plática. Ahora, debes venir a tomar el té. Y a propósito, he de hablar contigo.

— ¿De qué?

— Hay aquí un campesino que padece de ictericia...

— ¿De ictericia?

— Sí. Una ictericia crónica y muy rebelde. Yo le receté centaurea y corazoncillo, le mandé comer zanahoria y le administré soda; pero todo esto son paliativos; hay que emplear medios más enérgicos. Tú, por mucho que te rías de la Medicina, tengo la seguridad de que podrás darme algún consejo práctico. Pero de este asunto ya hablaremos luego. Ahora vamos a tomar el té.

Vasilii Ivanovich levantóse, vivaz, del banco y canturreó esto de *Roberto*:

Ley, ley, ley nos imponemos;

pero ¡al placer nos rendimos!

— ¡Notable vivacidad! —dijo Basarov, apartándose de la ventana.

Llegó el mediodía. Ardía el sol por debajo de la tenue cortina de las densas y blanquecinas nubes. Todo callaba; sólo dos gallos cacareaban en la aldea, despertando, en quienquiera los escuchaba, una extraña sensación de somnolencia y tedio, y también allá arriba, en lo alto de los árboles, vibraba con quejumbroso acento el agudo grito continuo de un gavilán joven. Arkadii y Basarov estaban tendidos a la sombra de un regular almiar de heno, sobre unas brazadas de hierba ya seca y crujiente,

pero aún verde y fragante.

— Ese álamo —dijo Basarov— me recuerda mi infancia; crece al filo de la estación de Postas que subsiste del cobertizo de adobe, y yo, en aquel tiempo, estaba muy creído que esa estación y el álamo eran verdaderos talismanes; nunca me aburría junto a ellos. No comprendía entonces que no me aburría porque era un niño. Ahora que ya soy mayor, el talismán ha perdido su encanto.

— ¿Cuánto tiempo pasaste aquí en total? —preguntó Arkadii.

— Dos años seguidos; luego nos trasladamos. Llevamos una vida errante, casi siempre rodando de ciudad en ciudad.

— ¿Y hace mucho que existe esta casa?

— Mucho. Como que la labró mi abuelo, el padre de mi madre.

— ¿Quién era tu abuelo?

— El diablo lo sabrá. Un segundo—mayor como tantos. Sirvió con Suvorov, y no se hartaba de hablar del paso de los Alpes. Un embustero, de fijo.

— En el salón tenéis el retrato de Suvorov.. Pues me gustan estas casitas, como la vuestra, vieja y abrigadita, que exhalan un olor especial.

— Sí; a aceite de lamparilla y a corona de rey! —dijo, bostezando, Basarov—. ¡Y cuánta mosca en estas simpáticas casitas!... ¡Puaf!

— Di —empezó Arkadii tras un breve silencio—, ¿de niño no te cohibían?

— Ya ves cómo son mis padres...; nada severos.

— ¿Tú los quieres, Yevguenii?

— Los quiero, Arkadii.

— ¡Ellos te quieren tanto!

Basarov guardó silencio.

— ¿Sabes en lo que estoy pensando? —dijo, por fin, poniéndose las

manos bajo la cabeza.

— No sé. ¿En qué?

— Pues estoy pensando que no lo deben pasar mal en el mundo mis padres. Mi padre, con sus sesenta años, trajina, habla de *paliativos*, cura a la gente, derrocha magnanimitad con los campesinos...; en una palabra: que no para. Y mi madre también anda tan ocupada con sus quehaceres y sus aves, que no tiene tiempo para acordarse de nada. Y yo...

— ¿Y tú?

— Yo pienso: heme aquí tendido bajo este almiar... Un lugarcito estrecho, que yo ocupo, tan reducido, comparado con el espacio restante, donde no estoy ni tengo nada que hacer: y la parte del tiempo que me toque vivir, resulta tan insignificante comparada con la eternidad en que no fui ni seré... Pero en este átomo, en este punto matemático, circula la sangre, labora el cerebro y anhela algo... ¡Qué absurdo! ¡Qué necedad!

— Permíteme observar una cosa: eso que dices le ocurre a todo el mundo en general...

— Tienes razón —asintió Basarov—. Yo querría decir que ellos, mis padres, trabajan y no se preocupan de su insignificancia personal: esta idea no los apesta..., mientras que yo siento un tedio rayano en rabia...

— ¿Rabia? ¿Por qué?

— ¿Por qué? ¿Que por qué? Pero ¿es que te has olvidado...?

— Lo recuerdo todo, y aun así, no te reconozco el derecho a sentir rabia. Eres desdichado, convengo en ello; pero...

— ¡Ah! Ya veo que tú también, Arkadii Nikolayevich, tienes del amor la misma idea que todos los jóvenes. Ven acá, gallinita: pero ¡en cuanto la gallinita empieza a acercarse, le dais con el pie! Yo no soy así. ¡Y basta de esto! Avergüenza hablar de lo que no puede remediar —volvióse a otro lado—. ¡Ah! Mira esa hormiga que arrastra a una mosca medio muerta. ¡Arrástrala, hermana, arrástrala! No te importe que se resista; aprovechate, ya que, en calidad de animal, no tienes derecho a sentir compasión, como nuestro hermano que a sí mismo se destruye.

— No digas eso, Yevguenii. ¿Cuándo te destruiste a ti mismo?

Basarov levantó la cabeza.

— Yo sólo de eso me enorgullezco. Nunca me abatí ni dejé que ninguna mujer me abatiera. ¡Amén! ¡Se acabó! No me oirás nunca más una palabra siquiera sobre esto.

Ambos amigos permanecieron un rato silenciosos.

. —Sí —empezó Basarov—. El hombre es un ser rarísimo. Como ves, la vida apartada que aquí llevan mis padres parece la mejor; comes, bebes y sabes que te conduce del modo más regular y razonable. Pero no es así: la ansiedad te mata. Quisieras reñir con la gente, insultarla; sí, reñir con ella.

— Habría que disponer nuestra vida de modo que cada uno de sus momentos fuera significativo —pronunció sentenciosamente Arkadii.

— ¿Quién dijo eso? Significativo, aunque sea falso y agradable; pero también se puede aceptar lo de significativo... Pues mira...; todo eso son coplas, coplas... por desgracia.

— Las coplas no existen para el hombre, como éste no quiera aceptarlas.

— ¡Hum!... Eso que dices es un lugar común contradictorio.

— ¡Cómo! ¿Qué es lo que designas con ese nombre?

— Te lo vaya decir: sostener, por ejemplo, que la cultura es provechosa es un lugar común; pero afirmar que la cultura es nociva resulta un lugar común contradictorio. Parece más elegante, aunque en el fondo es lo mismo.

— Pero ¿dónde está la verdad? ¿De qué lado cae?

— ¿Dónde? A eso te responderé como un eco: ¿dónde?

— Estás hoy melancólico, Yevguenii.

— ¿De veras? Por lo visto, el sol me enerva, y no me sienta bien la sandía.

— En ese caso, no nos vendría mal una siestecita —sugirió Arkadii.

— Como quieras; pero no me mires entonces. Todos parecemos estúpidos cuando dormimos.

— ¿Conque dices que te es indiferente lo que piensen de ti?

— No sé qué decirte. El verdadero hombre no debe preocuparse de eso; el hombre de verdad es aquel del que nada se piensa, pero al que hay que acatar u odiar.

— Es extraño; yo no odio a nadie —murmuró Arkadii. pensativo.

— Pues yo odio a muchos. Tú tienes un alma tierna, blandengue; ¿cómo habrías de odiar a nadie?... Eres tímido, esperas poco de ti mismo...

— Y tú —atajóle Arkadii—, ¿esperas mucho de ti mismo? ¿Tienes una elevada opinión de tu persona?

Basarov guardó silencio.

— Cuando encuentre a un hombre que no ceda ante mí, entonces cambiaré de opinión respecto a mí mismo. ¡Odiar! Pero mira, por ejemplo: tú hoy dijiste al pasar ante la isba de nuestro *starosta* Filipp..., que es tan bonita, tan blanca...; dijiste: "Rusia alcanzará su perfección cuando hasta el último de nuestros campesinos tenga una vivienda como ésta, y nosotros tenemos el deber de procurar que así sea... Pero yo envidio a ese último *muchik*, Pilpp o Sidor, por el cual tengo el deber de afanarme, y que ni siquiera me ha de dar las gracias por ello...; y, además, ¿por qué había de dármelas? Bueno; que viva en su isba blanca, y que para mí cunda la viruela... ¿Y qué más?

— ¡Basta, Yevguenii!... Escuchándote hoy, hay que darles la razón a los que nos reprochan la falta de principios.

— Hablas como tu tío. Principios, en general, no los hay...; hasta ahora no te habías enterado. Pero hay sensaciones. Todo depende de ellas.

— ¿Cómo es eso?

— Pues siendo. Por ejemplo, yo; yo mantengo una actitud negativa... por culpa de la sensación. Me gusta negar, tengo el cerebro constituido para eso..., ¡y basta! ¿Por que me atrae la Química? ¿Por que a ti te gustan las

manzanas? Pues por culpa de la sensación. Todo viene a ser uno. Nunca calaremos más hondo. No todos te dirían lo mismo, y yo tampoco volveré a hablarte de esto.

— Pero ¿cómo? ¿También la honradez es... sensación?

— Desde luego.

— ¡Yevguenii! —exclamó con voz doliente Arkadii.

— ¡Ah! Pero ¿qué? ¿No te gusta? —atajóle Basarov—. No, hermano. Dispuesto a segarlo todo, a que caiga todo a nuestros pies... En fin: ya hemos filosofado bastante. "La Naturaleza respira el silencio del sueño", dijo Puschkin.

— Nunca dijo Puschkin nada semejante —contestó Arkadii.

— Bueno; no lo diría, pero pudo y debió decirlo a fuer de poeta... Y a propósito, sirvió en el ejército.

— Puschkin no fue nunca militar.

— Perdona; pero en cada página escribe: "¡A la guerra, a la guerra! ¡Por el honor de Rusia!"

— Todo eso lo inventas tú ahora. Pero es, al fin y al cabo, una calumnia.

— ¿Calumnia? ¡Oh, qué gravedad! ¿Piensas asustarme con tal palabra? Pues ten presente que, por mucho que calumniemos al hombre, éste merece siempre veinte veces más.

— Mejor es que te eches a dormir —dijo con disgusto Arkadii.

— Con muchísimo gusto —respondió Basarov.

Pero ni el uno ni el otro durmieron. Certo sentimiento casi de hostilidad agitaba el corazón de ambos jóvenes. A los cinco minutos abrieron los ojos y se miraron en silencio.

— Mira —dijo de pronto Arkadii—; la hoja seca de arce se rasga y cae al suelo; su movimiento resulta perfectamente igual al vuelo de las mariposas. ¿No es raro? Lo más triste y mortecino..., semejante a lo más

alegre y vivo.

— ¡Oh amigo Arkadii Nikolaich! —exclamó Basarov—. Una cosa te pido: no hables con retórica.

— Hablo como sé... Pero también, después de todo, eso es despotismo. Se me ha ocurrido esa idea: ¿por qué habría de rechazarla?

— Bien; pero ¿por qué tampoco yo habría de rechazar mi idea? Me parece que hablar con retórica... no es decente.

— ¿Y qué es lo decente? ¿Insultar?

— ¡Bah..., bah! Por lo visto tienes intención de seguir las huellas de tu tío. ¡Cuánto no se alegraría ese idiota si estuviese aquí y te oyese!

— ¿Cómo le has llamado a Pavel Petrovich?

— Le he llamado como se merece...: idiota.

— Pero eso es intolerable —rechazó Arkadii.

— ¡Vamos! El sentimiento familiar protesta —observó tranquilamente Basarov—. Ya he podido comprobar que se halla muy arraigado en los individuos. A todo está dispuesto a renunciar el hombre, a rechazar todo prejuicio; pero confesar, por ejemplo, que el hermano que roba pañuelos es un ladrón..., eso resulta superior a sus fuerzas... Y, efectivamente, mi hermano..., mi... es un genio y no un demonio. ¿Es posible eso?

— En mí el simple sentimiento de la justicia es el que protesta y no el del parentesco —objetó Arkadii—. Pero como tú ese sentimiento no lo comprendes, como no experimentas esa sensación, no puedes juzgar de él.

— En otras palabras: Arkadii Kirnasov está demasiado alto para mi comprensión; así que bajo la cabeza y me callo.

— ¡Basta, por favor, Yevguenii! Vamos a terminar riñendo...

— ¡Ay Arkadii! ¡Por favor, riñamos una vez de firme hasta la destrucción!

— Pero concluiremos...

— ¡Qué importa! —dijo Basarov—. Aquí, sobre el heno, en este idílico retiro, lejos del mundo y los absurdos de los hombres..., todo es igual. Pero no te compares conmigo. Verás cómo te cojo por el cuello...

Basarov alargó sus largos y duros dedos... Volvióse Arkadii y se dispuso, como en broma, a hacerle frente... Pero el rostro de su amigo pareció tan maligno, creyó percibir una amenaza tan seria en la oblicua sonrisita de sus labios, en sus encendidos ojos... que sintió una involuntaria timidez...

— ¡Ah! Hay que ver dónde os habíais metido —sonó en aquel momento la voz de Vasilii Ivanovich; y el viejo médico militar surgió ante los dos jóvenes, vestido con un pijama de faena de basta tela y con un sombrero de paja, también faenero, en la cabeza—. Os buscaba y retebuscaba... Pero vosotros escogisteis un sitio excelente y os entregasteis a una ocupación hermosísima. Tendido en la *tierra* mirar al *cielo*... ¿No sabéis que en esto se encierra un sentido especial?

— Yo miro al cielo solamente cuando quiero estornudar —dijo Basarov y, volviéndose a Arkadii, añadió en voz baja—: ¡Lástima que haya venido a estorbarnos!

— Bueno; ya es tarde —murmuró Arkadii, y a hurtadillas apretóle la mano a su amigo.

Pero no hay amistad que resista mucho a tales choques.

— Os veo a vosotros, mis jóvenes interlocutores —dijo a todo esto, Vasilii Ivanovich, moviendo la cabeza y apoyándose con las manos cruzadas en un palo hábilmente retorcido, obra personal suya, con la figura de un turco en lugar de puño—; os veo a vosotros, y no puedo menos de admiraros. ¡Cuánta fuerza en vosotros, qué juventud tan florida, cuántas aptitudes y talentos! Sencillamente... Cástor y Pólux.

— ¡Miren dónde va a parar... a la mitología! —murmuró Basarov—. Ya se ve que en su tiempo fue un buen latinista. Porque recuerda que te dieron una medalla de plata por una composición..., ¿no es verdad?

— ¡Los dióscuros, los dióscuros! —repitió Vasilii Ivanovich.

— Ya está bien, padre... Basta de mimos...

— Nunca está mal un piropo —murmuró el viejo—. Pero yo, señores, os buscaba, no para dirigiros cumplidos, sino para, en primer lugar, anunciaros que pronto estará la comida, y en segundo..., que querría prevenirte a ti, Yevguenii... Tú tienes talento, conoces a los hombres y también a las mujeres y, por consiguiente, perdonarás... Tu *matuschka* quería encargar un tedéum con motivo de tu llegada. No pienses que yo quiero obligarte a que asistas al tedéum. Ya terminó; pero el padre Aleksiei...

— ¿El *pap*?

— Sí, el religioso; está aquí..., comerá con nosotros... Yo no me lo esperaba ni lo aconsejé; pero el caso es que así ha sido... Él no me comprende bien, ni Arina Vasilievna... Por lo demás, es un hombre muy bueno y sensato.

— ¿No se comerá mi ración? —preguntó Basarov.

Vasilii Ivanovich echóse a reír.

— ¡Qué cosas tienes!

— Pues sólo eso pido. Yo no tengo inconveniente en sentarme a la mesa con quien sea.

Vasilii Ivanovich se enderezó el sombrero.

— Tengo de antemano la convicción —dijo— de que tú estás por encima de toda clase de prejuicios. Pero yo, ya lo ves..., soy un viejo, cuento ya sesenta y dos años, y, además, no sé nada —Vasilii Ivanovich no se atrevía a confesar que lo del tedéum había sido también deseo suyo... Piadoso, éralo no menos que su mujer—. El padre Aleksiei tiene muchas ganas de conocerte. Y ya verás cómo te es simpático. No tiene reparo en jugar a las cartas y hasta... (aquí, entre nosotros), también fuma su pipa.

— ¿Sí? Entonces, después de la comida, echaremos una partida, y le ganaré.

— ¡Ja..., ja..., ja! ¡Eso ya lo veremos! "Mellizos, dijo la comadrona"

— Pero ¡cómo! ¿Es que todavía te tira el juego? —se extrañó Basarov,

recalcando sus palabras.

Las bronceadas mejillas de Vasilii Ivanovich se tiñeron de rubor.

— ¿Cómo no te da vergüenza, Yevguenii?...Lo pasado, pasó. Bueno; yo estoy dispuesto a confesar que tuve esa pasión de joven..., eso. ¡Y bien que lo he pagado!... Pero ¡qué calor! Permitidme que me siente con vosotros... Digo, si no molesto.

— Nada de eso —respondió Arkadii.

Vasilii Ivanovich, suspirando, dejóse caer en el heno.

— Nuestro lecho actual, señores míos, me recuerda —empezó diciendo— mi vida militar, de campamento, en que también dormíamos en cualquier parte, hasta sobre el estiércol, y todo por la gloria de Dios —suspiró—. Mucho, mucho he pasado en mi vida. Y como ejemplo, si me lo permitís, os contaré un curioso episodio de la peste en Besarabia..

— Por el cual te dieron la cruz de Vladimir —corroboró Basarov—. Lo sabemos, lo sabemos... y a propósito: ¿por qué no te la pones?

— Ya te he dicho que no tengo prejuicios —refunfuñó Vasilii Ivanovich (el día antes había mandado que le prendieran la cintita roja en el sobretodo), y pasó a contar el episodio de la peste—. Pero si se ha dormido —murmuróle de pronto a Arkadii, señalándole a Basarov y guiñando benévolamente los ojos—. Yevguenii, levántate —añadió con voz recia—. Vayamos a comer.

El padre Aleksiei, hombre guapo y lleno, con unos cabellos espesos, cuidadosamente partidos, y un bordado cinturón ciñéndole la sedeña sotana color violeta, acreditóse de hábil e ingenioso. Lo primero que hizo fue darle la mano a Arkadii y Basarov, y como comprendiendo de antemano que no había menester de sus bendiciones, en general condújose con desenvoltura. Ni se rendía él ni les buscaba camorra a los demás; rióse del latín de los seminarios y defendió a su *arjiero*. Echóse al colecto dos vasos de vino, pero el tercero lo rehusó; aceptóle a Arkadii un puro, pero no llegó a fumárselo, diciendo que se lo llevaba a su casa. Lo único que en él desagradaba un tanto era que movía despacio y con circunspección la mano para cogerse las moscas de la cara, y a veces las despachurraba. Sentóse a la mesa verde con plácidas, comedidas

muestras de satisfacción, y acabó ganándole a Basarov dos rublos cincuenta *kopeikas* en asignados, que en casa de Arina Vasilievna no tenían ni idea de la plata...

Ella, al principio, sentóse junto a su hijo —no jugaba a las cartas—, y sólo se levantaba para mandar que les sirviesen algún nuevo manjar. Temía acariciar a Basarov, y éste no la animaba, no la invitaba a ella; además, Vasilii Ivanovich habíale aconsejado que no lo "molestase" demasiado. "A los jóvenes no les gusta", aseguróle. No hay que decir cómo fue la comida de aquel día. Timozeich en persona salió a caballo al rayar el alba en busca de una carne de vaca especial, circasiana, mientras el *starosta* partía en otra dirección para comprar lampreas, pencas y cangrejos; sólo para setas les dieron a las mujeres cuarenta y dos *kopeikas* de cobre. Pero los ojos de Arina Vasilievna, fijos en Basarov, expresaban no sólo afecto y ternura, sino que también dejaban traslucir pena mixta de curiosidad y temor, al par que algo de suave reproche.

Por lo demás, Basarov no se preocupaba de averiguar lo que expresaban los ojos de su madre; rara vez volvíase a mirarla para hacerle alguna breve pregunta. Una vez pidióle la mano para que le diese suerte. Ella, suavemente, puso su blanda mano en la ruda y amplia palma de la suya.

— ¿Y qué? —preguntó tras breve pausa—. ¿Te sirvió?

— Todo lo contrario —respondió él con indolente sonrisa.

— Se arriesga mucho —dijo como con lástima el padre Aleksiei, alisándose su hermosa barba.

— La máxima de Napoleón, *batiuschka* —dijo Vasilii Ivanovich, y echó un as.

— Ella lo llevó a Santa Elena —dijo el padre Aleksiei, y correspondió con un triunfo.

— ¿No quieres un poco de agua de grosellas, Yeniuschekha? —preguntó Arina Vasilievna a su hijo.

Basarov limitóse a encogerse de hombros.

— No —decíale al día siguiente a Arkadii—; mañana mismo me largo de aquí. Me aburro; quería trabajar, y aquí no es posible. Me vuelvo con

vosotros a la aldea; allí lo dejé todo preparado. En vuestra casa, por lo menos, puede uno aislarse. Pero aquí mi padre no me deja. "Puedes disponer a tu gusto de mi despacho..., nadie te molestará" y no se aparta de mí un paso. Y hasta remuerde la conciencia aislarse de él. Y lo mismo ocurre con mi madre. Ya la oigo suspirar al otro lado de la pared; pero pasas a verla... y no se te ocurre nada que decirle.

— Sufre mucho —dijo Arkadii— él también.

— Ya vendré otra vez a verlos.

— ¿Cuando?

— Pues cuando vaya a Petersburgo.

— A mí quien me da lástima es tu madre.

— ¿Por qué? ¿Es que te obsequió con bayas?

Arkadii apartó los ojos.

— Tú no conoces a tu madre, Yevguenii. No sólo es una mujer distinguida, sino, además, muy inteligente, la verdad. Esta mañana estuvimos conversando media hora y me dijo cosas muy prácticas e interesantes.

— ¿De veras habló mucho de mí?

— Sí; pero no de ti solo.

— Es posible que tú la veas mejor que yo. El que una mujer pueda sostener una conversación de media hora ya es de por sí buena señal. Pero, sea como sea, yo me voy.

— No va a serte tan fácil darle esa noticia. Ellos se hacen la cuenta de que vamos a estar aquí dos sernanas.

— Sí; no es fácil. El diablo me llevó hoy a irritar a mi padre. Hace unos días mandó azotar a uno de sus colonos..., e hizo muy bien; sí; sí, no me mires con esos ojos de espanto; hizo muy bien, porque es un ladrón y un borracho de remate; sólo que mi padre no esperaba que yo me enterara. Se aturrulló, y ahora a mí se me ocurrió afigirlo por partida doble. No importa. Ya se le pasará.

Basarov dijo: "No importa"; pero transcurrió todo aquel día sin que se resolviera a anunciarle su decisión a Vasilii Ivanovich. Finalmente, al despedirse de él en el despacho, díjole con un largo bostezo:

— ¡Ah!... Olvidaba decírtelo... Manda que lleven nuestros caballos a Zedot, al relevo.

Asombróse Vasilii Ivanovich.

— Pero ¿es que ya nos deja el señor Kirnasov?

— Sí, y yo me voy con él.

Vasilii Ivanovich dio media vuelta.

— ¿Que te vas?

— Sí; no tengo más remedio. Haz el favor de ordenar lo de los caballos.

— Está bien... —balbuceó el viejo—; al relevo... Bien... Sólo que... sólo que..., ¿cómo es eso?

— Tengo que pasar con él una temporada. Bueno...

Vasilii Ivanovich sacó el pañuelo y, después de sonarse, bajó la cabeza casi hasta el suelo.

— ¿Qué más? Se hará lo que deseas. Pero yo pensaba que tú te estarías... con nosotros más tiempo... ¡Tres días..., después de tres años, es bien poco, bien poco, Yevguenii!

— Sí; pero ya te digo que pronto volveré... Me es imprescindible partir.

— Imprescindible..., ¿Qué vamos a hacerle? Ante todo, hay que cumplir con las obligaciones... ¿De modo que envío los caballos? Bueno. Desde luego, que ni yo ni Arina nos esperábamos esto. ¡Y ella que les había pedido flores a los vecinos porque quería adornarte el cuarto! —Vasilii Ivanovich no se acordaba ya de que todas las mañanas, apenas clareaba el día, ya estaba en pie y, calzándose sus chanclas, iba a ver a Timozeich y le entregaba con sus dedos temblones billete tras billete para que efectuara distintas compras, especialmente cosas de comer y vino

tinto, que, según había podido observar, era el que les gustaba a ambos jóvenes—. Lo esencial es... la libertad...; esta es mi máxima... No hay que cohibirse..., no...

De pronto se calló y dirigióse a la puerta.

— Pronto nos volveremos a ver, padre; de veras.

Pero Vasili Ivanovich, sin volverse, agitó la mano y salió. De vuelta en su alcoba, encontróse allí a su mujer en la cama y empezó a rezar en voz queda para no despertarla. Sin embargo, ella se despertó.

— ¿Eres tú, Vasili Ivanovich? —preguntó.

— Sí, yo soy, *matuschka*.

— ¿Vienes de ver a Yeniuscha? ¿Sabes que me preocupa una cosa? Quizá no duerma bien en el diván. Así que le he mandado a Anfisuschka que le prepare tu cama de campaña y le ponga almohadas nuevas; le cedería nuestro colchón de plumas; pero recuerda que a él no le gusta dormir en blando.

— No te preocupes, *matuschka*, no te preocupes. Está muy bien... ¡Señor, apiádate de nosotros, pecadores!... siguió rezando en voz alta su oración. Vasili Ivanovich sentía compasión de su vieja; no se atrevió a decirle aquella noche el dolor que le aguardaba.

Basarov y Arkadii partieron al otro día. Desde por la mañana, todo en la casa era aflicción: a Anfisuschka se le escurrían los platos de la mano; hasta Zedka andaba perplejo, pero concluyó calzándose las botas. Vasili Ivanovich andaba más atareado que nunca; saltaba a la vista que se las echaba de valiente, hablaba recio y daba pataditas en el suelo; pero tenía la cara demacrada y sus miradas resbalaban ante su hijo. Arina Vasilievna lloraba bajito; habría perdido por completo el dominio de sí misma si su marido no hubiera estado dos horas largas aquella mañana, amonestándola. Pero, cuando Basarov, tras reiteradas promesas de estar allí de vuelta no más tarde que al cabo de un mes, desprendióse finalmente de los brazos que lo retenían y montó en el *tarantas*; cuando los caballos arrancaron, los cascabeles empezaron a tintinear, el coche dio media vuelta..., se perdió de vista, se levantó el polvo y Timozeich, todo encorvado y tambaleándose al andar, volvióse a su cuarto; cuando los

viejos se quedaron solos en su casa, que parecía haberse alabeado y agrietado de pronto, Vasilii Ivanovich, tras unos momentos de seguir agitando con vigor el pañuelo en la escalinata, se desplomó en una silla e inclinó la cabeza sobre el pecho.

— Nos deja, nos deja —balbució—, nos deja: se aburría de nosotros. ¡Solo ahora como el dedo, solo! —repitió varias veces, y cada vez extendía por delante su mano con el dedo índice apartado.

Entonces Arina Vasilievna se le acercó, y estrechando su blanca cabeza con la suya blanca, dijo:

— ¿Qué vamos a hacerle, Vasia? El hijo es... una loncha partida. Es un aguilucho; vino volando, y volando se va; pero nosotros, como claveles dobles, seguimos uno al lado del otro, y no nos movemos de nuestro sitio. Sólo yo seré siempre para ti la misma, como tú también lo serás para mí.

Vasilii Ivanovich quitóse la mano del rostro y abrazó a su mujer; a su amiga, tan fuerte como ni en su mocedad la abrazara. Ella habíale consolado en su dolor.

22

En silencio, cambiando apenas de cuando en cuando algunas palabras insignificantes, hicieron ambos amigos el trayecto hasta Zedot. No estaba Basarov enteramente satisfecho de sí mismo. Ni Arkadii tampoco. Aparte eso, sentía también en el corazón esa tristeza sin motivo, sólo conocida de los muy jóvenes. El cochero, unciendo los caballos y montando de nuevo en el pescante, preguntó:

— ¿A la derecha o a la izquierda?

Arkadii dio un respingo. El camino de la derecha conducía a la ciudad, y de allí a casa; el de la izquierda llevaba a Odintsova.

Cambió una mirada con Basarov.

— Yevguenii —preguntó—, ¿a la izquierda?

Basarov se volvió.

— ¡Qué tontería! —refunfuñó.

— Ya sé que lo es —respondió Arkadii—. Pero ¡qué importa! ¿Es acaso la primavera?

— Como quieras —dijo por fin.

— Pues a la izquierda —gritó Arkadii.

Arrancó el *tarantas* en la dirección de Nikolskoye. Pero, conscientes de que habían hecho una tontería, los amigos guardaron un silencio más obstinado que el de antes, y hasta parecían enfurruñados.

Ya desde que el mayordomo salió a recibirlos en la escalinata de casa de Odintsova, pudieron adivinar ambos amigos que habían obrado con ligereza al ceder a un capricho que se les ocurriera de repente. Saltaba a la vista que no les esperaban. Permanecieron sentados largo rato y con

caras bastante estúpidas en el salón. Finalmente, presentóse Odintsova. Acogiólos con su amabilidad acostumbrada; pero mostróse sorprendida de su pronto regreso, y, a juzgar por la lentitud de sus gestos y palabras, podía inferirse que no se alegraba gran cosa. Apresuráronse ellos a explicar que iban de paso y cuatro horas después reanudarían su marcha, rumbo a la ciudad. Limitóse ella a lanzar una leve exclamación; rogóle a Arkadii que saludase a su padre en su nombre, y mandó llamar a su tía. Presentóse la princesa toda soñolienta, lo que daba una expresión todavía más horrible a su arrugada cara de vieja. Katia estaba indisposta, y no salía de su cuarto. Arkadii sintió de pronto que tenía por lo menos tantas ganas de ver a Katia como a Anna Serguieyevna. Las cuatro horas transcurrieron en pláticas insignificantes sobre esto y aquello. Anna Serguieyevna oía y hablaba sin sonreírse. Sólo en el momento mismo de la despedida pareció removese en su alma la afectuosidad antigua.

— Me han cogido ustedes en un momento de hipocondría —dijo—; pero no hagan caso y vuelvan por aquí (a los dos se los digo) dentro de algún tiempo.

Tanto Basarov como Arkadii contestaronle con una tácita reverencia, volvieron a montar en el coche y, sin detenerse ya en parte alguna, regresaron a su casa, a Marino, adonde llegaron sin contratiempo la tarde del siguiente día. En todo el trayecto, ni uno ni otro mencionaron siquiera el nombre de Odintsova; Basarov, en particular, apenas si despegó sus labios, y los dos miraban a otro lado, lejos del camino, con cierto esfuerzo exasperado.

En Marino, todos se alegraron muchísimo de verlos. La prolongada ausencia del hijo empezaba ya a inquietar a Nikolai Petrovich; dio un grito, pateó el suelo y saltó del diván cuando Zenichka entró en su cuarto con radiantes ojos y le anunció la llegada de los señoritos. El mismo Pavel Petrovich sintió cierta emoción agradable y sonrió, benévolamente, al tender sus manos a los viajeros que volvían. Hubo los consiguientes cambios de impresiones y preguntas. El que más hablaba era Arkadii, especialmente después de la cena, cuya sobremesa se prolongó hasta más de la medianoche. Nikolai Petrovich mandó llevar unas cuantas botellas de oporto, acabaditas de llegar de Moskva, y él mismo se animó hasta el punto de que los carrillos se le pusieron como frambuesas y no hacía más que reír con una risa entre infantil y nerviosa. La animación general contagió incluso a la servidumbre. Duniascha corría de aca para allá

como atufada, y se salía a la puerta. En cuanto a Piotr, hasta las tres de la madrugada estúvose tocando a la guitarra un vals cosaco. Las cuerdas vibraban quejumbrosas y gratas en el aire inmóvil; pero, salvo alguna que otra floritura incipiente, nada le salía al culto ayuda de cámara; la Naturaleza negárale aptitudes musicales, como a todos los demás.

No obstante, la vida no era del todo bella en Marino, y el pobre Nikolai Petrovich lo pasaba mal. Crecían de día en día las preocupaciones por la hacienda..., preocupaciones afflictivas, indecibles. Las disputas con los colonos resultaban intolerables. Exigían los unos descuentos o aumentos; otros se iban, llevándose las fianzas; enfermaban los caballos; la cosecha se fundía como al fuego; las labores se hacían con indolencia; la máquina trilladora, traída de Moskva, resultaba poco práctica a causa de su pesadez. y otra, ya la primera vez la estropearon; la mitad del establo ardió porque a la estúpida vieja de los colonos se le ocurrió en tiempo de vientos desinfectar con un tizón a su vaca..., aunque, de creer a la vieja, el siniestro se debió a que al *barín* se le ocurrió hacer unos quesos fantásticos. El administrador se volvió de pronto un gandul, y hasta empezó a engordar, como engorda todo ruso que atrapa el *pan libre*. Cuando veía venir a lo lejos a Nikolai Petrovich, para acreditar su diligencia lanzábale una viruta al cochinillo que por allí anduleaba o le regañaba al chico medio en cueros; pero todo lo demás del tiempo no hacía sino dormir. Los colonos no aportaban el dinero a su tiempo, y robaban leña en el bosque; casi todas las noches cogían al guarda, y a veces, con lucha, llevaban los caballos de los campesinos a los prados de la *granja*. Nikolai Petrovich había señalado multas a los delincuentes; pero, por lo general, después de uno o dos días en poder del señor, los caballos volvían a sus dueños. Por si algo faltaba, los campesinos dieron en la flor de reñir unos con otros; los hermanos reclamaban las particiones; sus mujeres no podían vivir en la misma casa; inopinadamente se iban a las manos, y todos se movilizaban como en plan de guerra, todos corrían a la escalinata de la oficina y subían hasta el *barín*, con facha de borrachos, reclamando justicia; armábase la consiguiente zalagarda, surgían lamentaciones; las mujeres, sollozando y chillando, terciaban en las reyertas de los hombres. Hacíase preciso separar a los contendientes, gritar hasta enronquecer, sabiendo de antemano que sería imposible llegar a una resolución legal. Estaban sin tocar los trigos; el vecino terrateniente, un hombre con la cara más bonachona del mundo, contrató segadores por dos rublos por *deciatina*, y luego los engañó sin pizca de conciencia; las mujeres reclamaban un precio inaudito, y, a todo esto, las espigas se

doblaban, nadie pensaba en segar y el Consejo de tutela amenazaba y exigía el pago inmediato, sin apelación, de su tanto por ciento...

— Se me acaban las fuerzas —exclamaba más de una vez, desesperado, Nikolai Petrovich—. No puedo ponerme yo mismo a pelear y recurrir al comisario de Policía...; no me lo permiten mis principios, y sin el temor al castigo no se consigue nada.

— *Du calme, du calme!* —recomendaba a este respecto Pavel Petrovich; pero él también refunfuñaba, frunciendo el ceño, y se atusaba los bigotes.

Basarov manteníase alejado de esas *minucias*, y, además, como a huésped, no le incumbía meterse en asuntos ajenos. Al día siguiente a su llegada a Marino, empezó a ocuparse en sus ranas, en sus infusorios, en sus composiciones químicas, y a eso consagró toda su actividad. Arkadii, por el contrario, estimó deber suyo, si no ayudar a su padre, por lo menos aparentar que estaba dispuesto a hacerlo. Escuchábale pacientemente, y una vez diole un consejo, no para que lo siguiese, sino para demostrarle su interés. Las cosas de la hacienda no le repugnaban; hasta sentía placer imaginándose entregado a actividades agronómicas; sólo que hasta allí eran otros los pensamientos que revolvía en su mente. Arkadii, con gran asombro suyo, pensaba sin cesar en Nikolskoye; en otro tiempo habríase encogido sencillamente de hombros si alguien le hubiera dicho que podía llegar a aburrirse viviendo bajo el mismo techo que Basarov, y, por si fuera poco, bajo el techo paterno, y, sin embargo, se aburría y arrastraba su tedium. Decidió dar largos paseos hasta rendirse; pero de nada le sirvió. Hablando una vez con su padre, hubo de enterarse de que Nikolai Petrovich guardaba algunas cartas muy interesantes que la madre de Odintsova escribió a su difunta esposa, y no paró hasta conseguir que su padre le diera aquellas cartas, para encontrar las cuales tuvo que revolver veinte baúles y cofres. Ya en poder de aquellos papelotes medio borrados, Arkadii pareció serenarse, cual si viese delante de él la meta a que debiera enderezar sus pasos. "A los dos se lo digo —murmuraba sin cesar; esas fueron sus palabras—. Iré, iré, ¡que el diablo me lleve!" Pero recordaba la última visita, aquel recibimiento tan frío y aquel despego, y la timidez lo sobrecogía. El quizá de la juventud, el secreto deseo de probar suerte, de experimentar las propias fuerzas él solo, sin protección de nadie, pudo más, finalmente, que todo. No pasaron diez días de su regreso a Marino, cuando ya otra vez, con el pretexto de estudiar el mecanismo de las escuelas dominicales, marchó a la ciudad, y de allí

alargóse a Nikolskoye. Apremiando sin cesar al cochero, llegó allá como un joven oficial que por primera vez entra en fuego, y sintió extrañeza y alegría al ver que lo ahogaba la impaciencia. "Lo principal... es no pensarla", decíase a sí mismo. El auriga lo condujo bravamente; deteníase ante cada taberna; y, en cambio, arreaba luego sin piedad a los caballos. Hasta que, por fin, dejóse ver la alta techumbre de la conocida casa... "¿Qué hago? —cruzóle de pronto por la mente a Arkadii—. ¿Me vuelvo?" La *troika* corría amigablemente; el cochero gritaba y silbaba. Ya la calzada temblaba bajo los cascos de los caballos y las ruedas; ya se veía la alameda de podados álamos... Una falda rosa dejóse ver entre el verdor oscuro; un rostro juvenil miró por debajo de la leve franja de la sombrilla... Conoció el joven a Katia, y ella también lo conoció. Arkadii mandóle al cochero que detuviese a los galopantes caballos, saltó del coche y acercóse a la muchacha.

— Pero ¡es usted! —exclamó ella, y por un momento ruborizóse toda—. Venga usted donde mi hermana, que está ahí en el jardín; se alegrará mucho de verlo.

Katia condujo a Arkadii al jardín. Haberse encontrado con ella parecióle a Arkadii un buen augurio; alegróse de verla como de ver a una hermana. Todo mostrábase distinto; ni mayordomo ni anuncio. En un recodo del senderuelo vio a Anna Serguieyevna. Estaba vuelta de espaldas a él. Al sentir pasos, volvióse despacio. Sintió Arkadii de nuevo la cortedad de antes; pero a las primeras palabras que ella pronunciara tranquilizóse.

— ¡Buenos días, vagabundo! —dijo con su ecuánime, afectuosa voz; y salió a su encuentro, sonriente y entornando los ojos por el sol y el aire—. ¿Dónde lo encontraste, Katia?

— Anna Serguieyevna —empezó Arkadii—, le traigo a usted algo que nunca habría podido esperar...

— Me trae usted su persona, y eso es lo mejor de todo...

23

Después de recibir a Arkadii con burlona compasión y dándole a entender que no se engañaba respecto al verdadero fin de su viaje, Basarov aislóse definitivamente; entróle la fiebre del trabajo. No discutía ya con Pavel Petrovich, tanto menos cuanto que éste, en su presencia, adoptaba una actitud excesivamente aristocrática y expresaba su opinión más bien con sonidos inarticulados que con palabras. Sólo una vez hubo Pavel Petrovich de enzarzarse en discusión con el nihilista, a propósito de la cuestión, entonces a la moda, sobre los derechos de los libertos; pero de pronto se detuvo, diciendo con fría ligereza:

— Por lo demás, no podemos entendernos el uno con el otro; yo, por lo menos, no tengo el honor de comprenderle a usted.

— Desde luego —replicó Basarov—. Todos los hombres están en situación de comprender... cómo gira la Tierra o lo que pasa en el Sol, y, en cambio, no puede comprender cada uno cómo hay quien se suene las narices de otro modo que él.

— ¿Es una ingeniosidad? —inquirió Pavel Petrovich, y se apartó a un lado.

Por lo demás, a veces pedíale permiso a Basarov para presenciar sus experimentos, y en una ocasión hasta aproximó su cara, oronda y lavada con ingredientes personales, al microscopio para mirar cómo un diáfano infusorio tragaba el polvillo verde y celosamente lo masticaba con unos como dientecillos muy ágiles que tenía en la garganta. Pero, más a menudo todavía que su hermano, visitaba a Basarov Nikolai Petrovich, el cual diariamente iba allá a *aprender*, como él decía, a menos que los cuidados de la hacienda se lo impidiesen. No estorbábale al joven naturalista; sentábase en un rinconcillo del cuarto, y desde allí miraba atentamente, permitiéndose de cuando en cuando alguna tímida pregunta. A las horas de la comida y la cena procuraba encauzar la conversación del lado de la física, la geología o la química ya que todos los demás temas, incluso los económicos, por no hablar de los políticos, podían producir, si no choques, sí disgusto recíproco. Adivinaba Nikolai Petrovich que la

antipatía de su hermano hacia Basarov no había disminuido en absoluto. Una circunstancia trivial, entre otras, vino a confirmarlo en su presunción. Se declaró el cólera por aquellos contornos, y hasta atacó a dos personas en el mismo Marino. Una noche acometióle a Pavel Petrovich un ataque bastante fuerte. Estuvo sufriendo hasta la mañana; pero no recurrió al arte de Basarov, y, al verse con él al otro día, a su pregunta de: "¿Por qué no me mandó usted a llamar?", respondió, aún todo lívido, pero ya esmeradamente peinado y afeitado: "¿No recuerda usted haber dicho que no cree en la medicina?" Así transcurría el tiempo. Basarov trabajaba, con tesón y mal humor; pero, a todo esto, había en casa de Nikolai Petrovich una persona con la que, no para desahogar su alma, sino por gusto, solía hablar... Aquella persona era Zenichka.

Solía encontrarse con ella las más de las veces por la mañana temprano, en el jardín o en la puerta. No paseaba por delante de su cuarto; pero ella se acercaba a la puerta del suyo para preguntarle si bañaba o no a Mitia. La muchacha no sólo tenía fe en él, no sólo no le temía, sino que se conducía con él con más libertad y desenvoltura que con el propio Nikolai Petrovich. Difícil sería decir a qué debiérase aquello; quizá a que inconscientemente sentía ella en Basarov la ausencia de todo matiz aristocrático, superior, que siempre, al par que atrae, intimida. A sus ojos, era un buen médico y un hombre sencillo. Sin cohibirse en su presencia iba a verlo con su nene, y una vez que tenía mareos y dolor de cabeza, tomó de su propia mano una cucharada de medicina. En presencia de Nikolai Petrovich, parecía hacerse la extraña con Basarov; pero no procedía así por malicia, sino por cierto sentimiento de decoro. A Pavel Petrovich temíale más que a nadie; desde hacía algún tiempo observábala él y solía presentarse de pronto literalmente cual si surgiese de la tierra, con su impasible y penetrante rostro y las manos en los bolsillos.

— ¡Qué frío es! —quejábbase Zenichka con Duniascha, y ésta, como respuesta, suspiraba y pensaba también en el otro hombre insensible.

Basarov, sin sospecharlo él mismo, habíase convertido en el cruel tirano de su alma. A Zenichka le gustaba Basarov, y también a él gustábale ella. Hasta cambiaba su cara cuando con ella hablaba; tomaba una expresión clara, casi buena, y a su indiferencia habitual mezclábale cierta atención donosa.

Zenichka estaba más guapa cada día. Hay una época en la vida de las jóvenes en que de pronto empiezan a florecer y abrirse como rosas

estivas; pues, en esa época se encontraba Zenichka. Todo contribuía a ello, incluso el calor de julio que hacía entonces. Luciendo un leve traje blanco, parecía más blanca y leve también. El relente no se le pegaba; pero el calor, del que no podía resguardarse, enrojecía sus mejillas hasta la embriaguez, infundía una plácida pereza en todo su cuerpo y reflejaba una soñadora languidez en sus lindos ojillos. Apenas si podía trabajar; sus manos parecían escurrírsele sobre sus rodillas. No andaba casi, y no hacía más que quejarse y lamentarse de una grata indolencia.

— Debías bañarte más a menudo —decíale Nikolai Petrovich.

Había instalado un gran baño, entoldado, en aquel de sus estanques que aún no se secara del todo.

— ¡Oh Nikolai Petrovich! Pero, hasta llegar al estanque... Es para morirse, y el regresar luego, también para morirse... ¿No ves que no hay nada de sombra en el jardín?

— Eso es verdad, no hay sombra —respondía Nikolai Petrovich, y se restregaba las cejas.

Una vez, a las ocho de la mañana, Basarov, de vuelta de su paseíto, hubo de encontrar, en la glorieta de las lilas, ya hacía tiempo sin flores, pero todavía densa y verde, a Zenichka. Estaba ésta sentada en un banco, con un pañolito blanco, según su costumbre, a la cabeza; a su lado tenía todo un manojo de rosas rojas y blancas, húmedas aún de rocío. Diole los buenos días.

— ¡Ay Yevguenii Vasilich! —exclamó, y, levantando un poquitín la punta del pañuelo para mirarlo, descubrió su brazo desnudo hasta el codo.

— ¿Qué hace usted aquí? —dijo Basarov, sentándose a su vera—. ¿Un ramillete?

— Sí; para ponerlo en la mesa, en el almuerzo. A Nikolai Petrovich le gusta.

— Pero todavía falta mucho para el almuerzo. ¡Qué profusión de flores!

— Acabo de cortarlas; pero hace tanto calor, que no es posible andar por ahí fuera... Sólo aquí respiro. Este calor me agobia. Mucho me temo que caiga enferma.

— ¡Oh, qué fantasía! Deme la mano, que le tome el pulso —cogióle Basarov la mano, buscóle el pulso, que vibraba uniforme, y ni siquiera le contó las pulsaciones—. Vivirá usted cien años —díjole, soltando su mano.

— ¡Oh, Dios me libre!

— Pero ¡cómo! ¿Es que no querría usted vivir tanto?

— ¡Cien años! Mi abuelita vivió ochenta y cinco, y ¡cómo estaba la pobre!... Negra, seca, encorvada; no hacía más que toser; era sólo una carga para todos. ¡Oh, qué vida ésta!

— ¿Es mejor morir joven?

— ¡Quién sabe!

— Pero, ¿qué es mejor? Diga.

— Verá. Yo soy ahora joven; puedo hacerlo que quiero...: ir y venir y estarme quieta sin ayuda de nadie. ¿Qué mejor que eso?

— Pues a mí me da igual ser joven o viejo.

— ¿Cómo puede usted decir que le da igual? Eso es imposible.

— ¿Si? Juzgue usted misma, Zedosia Nikolayevna. ¿De qué me sirve mi juventud? Vivo solo, soy un pobre diablo...

— Ese depende de usted...

— ¿Qué va a depender de mí? Si hubiera alguien que de mí se compadeciera...

Zenichka miró de soslayo a Basarov; pero no dijo nada.

— ¿Qué libro es ese? —preguntó tras breve pausa.

— ¡Este? Es un libro de estudio, sabio.

— ¡Usted siempre está estudiando! ¿Y no se aburre? Pero ¡si ya lo sabe todo!

— ¡Qué he de saberlo todo! Vamos a ver; pruebe a leer un poquito.

— ¡Oh! Yo no entiendo nada de eso. Pero ¿está en ruso? —preguntó Zenichka, cogiendo en sus manos el volumen, pesadamente encuadrado—. ¡Qué grueso!

— Está en ruso.

— Pues da lo mismo; no lo entiendo.

— Yo no pretendo que lo entienda; sólo quería ver cómo lee. Cuando usted lee, respinga la naricilla con mucha gracia.

Zenichka, que había empezado a deletrear en voz alta el primer capítulo que le saltara a la vista, y que trataba de la creosota, echó se a reír y soltó el libro, que se escurrió del banco al suelo.

— Me hace también mucha gracia cuando se ríe —dijo Basarov.

— ¡Bastal

— Y me gusta mucho oírla hablar. Parece exactamente un riachuelo que corre.

Zenichka apartó la cabeza.

— ¡Cómo es usted! —dijo, pasando sus dedos por las flores—. ¿Qué gusto puede darle oírme hablar? ¡A usted, que está acostumbrado a hablar con señoras tan ilustradas!

— ¡Ah, Zenichka Nikolayevnal Créame usted: todas las señoritas ilustradas del mundo no valen lo que uno de sus coditos.

— ¡Oh, hay que ver qué cosas se le ocurren!... —murmuró Zenichka, y cruzó sus manos.

Basarov recogió el libro del suelo.

— Es un libro de medicina. ¿Por qué lo tiró usted?

— ¿De medicina? —repitió Zenichka, y volvió se a mirarlo—. ¿Sabe usted una cosa? Desde que me dio usted aquellas gotitas, recuerde, duerme Mitia muy bien. No sé cómo darle a usted las gracias; verdaderamente, es

usted muy bueno.

— Pero ya sabe que al médico se le paga —observó, sonriendo, Basarov—. Los médicos, como usted sabe, somos hombres interesados.

Zenichka alzó hacia Basarov sus ojos, que parecían aún más oscuros por contraste con el blanquecino reflejo que emanaba de la parte superior de su rostro. No discernía a punto fijo si Basarov bromeaba o hablaba en serio.

— Si usted lo desea, con mucho gusto... Habrá que decírselo a Nikolai Petrovich.

— Pero ¿se figura usted que yo quiero dinero? —atajó Basarov—. No, no es dinero lo que quiero de usted.

— Pues ¿qué, entonces? —inquirió Zenichka.

— ¿Qué? —repitió Basarov—. Adivínelo.

— ¡Adivinar yol ¡Pues sí!...

— Bueno, se lo diré yo: lo que quiero es... una de esas rosas.

Volvió a reír Zenichka, y hasta batió palmas; hasta tal punto parecióle chusco el deseo de Basarov. Echóse a reír y al mismo tiempo sintióse halagada. Basarov no le quitaba ojo.

— Está bien, está bien —dijo la muchacha finalmente, y, agachándose sobre el banco, púsose a revolver las rosas—. ¿Cómo la quiere usted: encarnada o blanca?

— Encarnada, y que no sea muy grande.

Ella se incorporó.

— Bien: pues tome —dijo; pero en seguida retiró la extendida mano y, mordiéndose los labios, miró a la entrada de la glorieta y luego aguzó el oído.

— ¿Qué pasa? —indagó Basarov—. ¿Nikolai Petrovich?

— No... Se marchó al campo..., y, además, no le temo Pero ahí viene

Pavel Petrovich..., es decir, me pareció...

— ¿Qué?

— Me pareció que venía. Pero no... No es nadie. Tome.

Y Zenichka diole a Basarov la rosa.

— ¿Y por qué le teme a Pavel Petrovich?

— Me inspira miedo. Hable o no hable, mira de un modo... Pero a usted tampoco le es simpático, ¿verdad? Recuerdo que antes siempre estaba discutiendo con él. Yo no sé de qué discutían ustedes entonces; pero sí pude ver cómo le daba vueltas y cómo...

Y Zenichka hizo con las manos un gesto simbólico de lo que decía.

Basarov sonrió.

— Y si me hubiera él vencido —preguntó—, ¿habría usted salido en mi defensa?

— ¿Cómo habría yo podido defenderlo? No, con usted no puedo compararme.

— ¿Lo cree usted? Pues yo sé de una mano que con un dedo me manda.

— ¿Y qué mano es esa?

— Pero ¿no lo sabe usted? ¡Mire, huela! ¡Qué bien huele la rosa que me ha dado!

Zenithka alargó el cuello y acercó su rostro a la flor... El pañuelo escurrióse de la cabeza a los hombros y dejóse ver una blanda masa de negros y brillantes cabellos levemente alborotados.

— Espere; quiero oler con usted —dijo Basarov, y se inclinó y estampó un fuerte beso en sus entornados labios.

Estremecióse ella y llevóse ambas manos al pecho, pero débilmente; de modo que pudo él repetir y prolongar su beso.

Una tosecilla seca dejóse oír entre las lilas. En un momento retiróse

Zenichka al otro extremo del banco. Apareció Pavel Petrovich, hizo una leve reverencia y, tras decir con cierta maligna tristeza: "¡Ustedes aquí!", se alejó. Zenichka, en el acto, recogió todas sus rosas y salió de la glorieta.

— Pecó usted, Yevguenii Vasilievich —murmuró al irse.

Un sincero reproche vibraba en sus palabras. Basarov recordó otra reciente escena y sintió remordimiento de conciencia y disgusto. Pero en seguida sacudió la cabeza, irónicamente reprendióse a sí mismo por su conducta de enamorado y dirigióse a su habitación.

En cuanto a Pavel Petrovich, salió del jardín y, caminando despacito, dirigióse al bosque. Permaneció allí largo rato, y al volver para el almuerzo, preguntóle Nikolai Petrovich, inquieto, si se sentía mal. Hasta tal punto mostraba una cara sombría.

— Ya sabes que de cuando en cuando padezco de derrames de bilis —respondióle con toda tranquilidad Pavel Petrovich.

24

Dos horas después llamaba a la puerta de Basarov.

— Debo presentarle mis excusas por interrumpir sus instructivas ocupaciones —empezó, dejándose caer en una silla junto a la ventana y apoyando ambas manos en el lindo bastón de puño de marfil (habitualmente no usaba bastón)—, pero me veo obligado a rogarle me conceda unos minutos de atención... nada más.

— Puede usted disponer de todo mi tiempo —respondió Basarov, por cuyo rostro deslizóse cierta sombra no bien Pavel Petrovich hubo traspuesto los umbrales de su habitación.

— Con cinco minutos me basta. He venido a hacerle una pregunta.

— ¿Una pregunta? ¿Sobre qué?

— Tenga la bondad de escucharme. Al principio de su estada en casa de mi hermano, cuando aún no me había yo vedado la satisfacción de conversar con usted, tuve ocasión de oírle sus juicios sobre muchos temas; pero, en cuanto creo recordar, ni entre nosotros ni en mi presencia, jamás recayó la conversación sobre el tema de los duelos o desafíos en general. ¿Querría usted decirme qué opina de ellos?

Basarov, que se había levantado para recibir a Pavel Petrovich, sentóse al filo de la mesa y rechinó los dientes.

— Pues se lo voy a decir —respondió—. Desde el punto de vista teórico, el duelo..., es una necedad; pero desde el punto de vista práctico..., ya es distinto.

— Luego, usted quiere decir, si no he entendido mal, que sea cual fuere su opinión sobre el duelo en teoría, no se permitiría hacerse a sí mismo la injuria de no exigir reparación.

— Ha adivinado usted exactamente mi pensamiento.

— Muy bien. Celebro mucho oírselo decir. Sus palabras me sacan de la incertidumbre.

— De la indecisión, querrá usted decir.

— Viene a ser lo mismo; yo me expreso así para que me entiendan. Yo... no soy ningún ratón de liceo. Sus palabras me libran de cierta imprescindibilidad enojosa. He resuelto batirme con usted.

Basarov abrió de par en par los ojos.

— ¿Conmigo?

— Sí; infaliblemente, con usted.

— Pero ¿por qué? Tenga la bondad de explicármelo.

— Podría explicarle a usted la razón —empezó Pavel Petrovich—; pero prefiero callármela. Usted, para mi gusto, está de más aquí; no puedo aguantarlo, lo desprecio, y si eso no le basta...

Los ojos de Pavel Petrovich echaban chispas... y lo mismo les pasaba a los de Basarov.

— Muy bien —dijo éste—. No hacen falta más explicaciones. Se le ha ocurrido a usted el capricho de probar en mí su espíritu caballeresco. Yo podría muy bien negarle a usted ese gusto; pero no lo haré.

— Quédole muy obligado por ello —respondió Pavel Petrovich—. Ahora puedo esperar que aceptará usted mi reto, sin ponerme en el caso de apelar a medidas de fuerza.

— Es decir, hablando sin alegorías, sin recurrir a ese bastón —observó fríamente Basarov—. Es muy justo. No necesita usted en modo alguno agredirme, lo que tampoco dejaría de tener sus riesgos. Puede mantener su actitud de *gentleman*. También yo acepto su desafío a lo *gentleman*.

— ¡Magnífico! —dijo Pavel Petrovich, y dejó el bastón en un rincón del cuarto—. En seguida hablaremos unas palabras sobre las condiciones de nuestro duelo; pero ante todo querría saber si considera usted necesario emplear la formalidad de simular primero un ligero altercado que pudiera

servir de pretexto a mi desafío...

— No; es mejor sin esa formalidad.

— También yo pienso así. Y estimo extemporáneo aludir a la causa verdadera de nuestro encuentro. No podemos vernos el uno al otro. ¿Qué más?

— ¿Qué más? —repitió irónicamente Basarov.

— Por lo que se refiere a las condiciones del encuentro, prescindiremos de los padrinos, ¿verdad? Porque, ¿dónde encontrarlos?

— Claro: ¿ dónde encontrarlos?

— Tengo, pues, el honor de proponer a usted lo siguiente: nos batiremos mañana a primera hora, pongamos a las seis, detrás del bosque, a pistola, a una distancia de diez pasos...

— ¿De diez pasos? A esa distancia no nos veremos el uno al otro.

— Pues a ocho —rectificó Pavel Petrovich.

— Bueno; ¿y qué más?

— Dispararemos dos veces; y, por si acaso, cada uno de los dos llevará en el bolsillo una cartita diciendo que no se culpe a nadie de su muerte.

— Con eso no estoy completamente de acuerdo —declaró Basarov—. Es un recurso de novela francesa y resulta algo inverosímil.

— Puede que así sea. Pero convendrá usted en que no es nada agradable incurrir en sospecha de homicidio.

— Convenido. Aunque hay otro medio de eludir esa triste inculpación. Podemos prescindir de padrinos, pero puede haber un testigo.

— ¿Quién? Tenga la bondad de indicarlo.

— Piotr.

— ¿Qué Piotr?

— El ayuda de cámara de su hermano de usted. Es un sujeto que está a la altura de la ilustración contemporánea y desempeñará su papel con todo el *comme il faut* imprescindible en tales casos.

— Me parece que bromea, caballero.

— Nada de eso. Si recapacita sobre mi proposición, reconocerá usted que se trata de una idea perfectamente razonable y sencilla. "No metas la lezna en un saco", dice el refrán; pero yo le mandaré a Piotr que lo disponga todo del modo pertinente y lo lleve al lugar del duelo.

— Sigue usted bromeando —dijo Pavel Petrovich, levantándose de la silla—. Pero, después de la amable disposición que me ha mostrado, no puedo oponerme a su pretensión... Así que de acuerdo... Y a propósito: ¿tiene usted pistola?

— ¿De dónde voy a tenerla, Pavel Petrovich? No soy militar.

— En ese caso, le ofrezco una mía. Puede estar seguro de que hace cinco años que no he disparado con ella.

— Es una noticia muy consoladora...

Pavel Petrovich cogió su bastón.

— Caballero, después de esto, sólo me resta dar a usted las gracias y dejarlo entregado a sus ocupaciones. Tengo el honor de saludarlo.

— Hasta la vista, caballero —dijo Basarov, acompañando a su visitante.

Pavel Petrovich salió y Basarov quedóse de pie ante la puerta, y de pronto exclamó: "¡Uf, qué diablo! ¡Tan guapo y tan necio! ¡Qué comedia hemos desempeñado! Así bailan los perros amaestrados sobre sus patas traseras. Pero negarse era imposible, porque me habría pegado, y entonces..." Basarov palideció ante esa sola idea; todo su orgullo se le sublevaba. Entonces lo habría ahogado como a un gato. Volvió a su microscopio; pero el corazón le palpitaba y la tranquilidad, imprescindible para la observación, habíale abandonado. "Ya verá mañana —pensó—; pero ¿es posible que se tome esos calores por su hermano? Y, después de todo, ¡qué cosa tan grave: un beso! Aquí debe de haber otra cosa. ¡Bah! ¿No andará él también enamorado? Naturalmente que sí, tan claro como el día. ¡Qué enredo!... Repugnante —decidió finalmente—,

repugnante, sí, por dondequiera que se mire... En todo caso, hay que bajar la cabeza y largarse... Pero ahí está Arkadii... y esa cochinilla de Nikolai Petrovich. ¡Repugnante, repugnante!"

Transcurrió el día con cierta tranquilidad y lentitud. Zenichka, literalmente, no estaba en el mundo: escondíase en su cuarto como el ratón en su agujero. Nikolai Petrovich parecía preocupado. Habíanle anunciado que en su sembrado de mijo, en que tenía cifradas particulares esperanzas, cundía la cizaña. Pavel Petrovich abrumaba a todos, incluso a Prokofich, con su glacial cortesía. Basarov empezó una carta para su padre; pero luego la rompió y la tiró debajo de la mesa. "Si muero —pensó—, ya se enterarán; pero no moriré, no; aún he de dar mucho que hacer en el mundo." Mandóle a Piotr que fuese a verlo al día siguiente, apenas clarease, para un asunto de importancia; Piotr imaginóse que quería llevárselo consigo a Petersburgo. Basarov acostóse tarde y toda la noche atormentáronle pesadillas... Odintsova daba vueltas ante él, se identificaba con su madre, y a su zaga marchaba una gatita de negros bigotes..., y aquella gatita era Zenichka. En cuanto a Pavel Petrovich, apareciósele en un gran bosque, en el que habían de batirse. Despertó Piotr a las cuatro de la madrugada; inmediatamente se vistió y salió con él.

Hacía una mañana magnífica, fresca; aborregábanse nubecillas abigarradas en el pálido cielo azul; leve rocío bañaba las ramas y la hierba, refulgiendo como plata en las telarañas; la húmeda, tibia tierra parecía conservar aún huellas rosadas de la aurora; por todo el cielo difundíanse cantos de alondras. Basarov negó hasta el bosque, sentóse a la sombra, en el claro, y sólo entonces, revelóle a Piotr qué clase de servicio esperaba de él. El educado lacayo llevóse un susto mortal; pero Basarov lo tranquilizó, asegurándole que no tendría que hacer más que mantenerse a distancia y mirar, sin que ninguna responsabilidad le alcanzase.

— Y, además —añadió—, piensa qué papel tan principal vas a hacer.

Piotr abrió los brazos, se inclinó, todo verde, y se apoyó en un arce.

El camino de Marino costeaba bosques; cubríalo leve polvo, aún no hollado desde la víspera por ruedas de coches ni pie humano. Basarov miraba sin querer a lo largo de aquel camino, arrancaba y mordiscaba la hierba y se decía a sí mismo: "¡Qué estupidez!" El fresco de la mañana le hizo estremecerse un par de veces... Piotr mirábalo tristemente, pero

Basarov no hacía más que reír; no era cobarde.

Dejóse oír un ruido de cascós en el camino... Por detrás de los árboles asomó un *muchik*. Empujaba por delante de él dos caballos trabados, y al pasar ante Basarov lo miró de un modo extraño, sin quitarse la gorra, lo que visiblemente desconcertó a Piotr, como indicio de mal agüero. "También ese ha madrugado —pensó Basarov—; pero siquiera va a algo práctico, mientras que nosotros..."

— Ya parece que viene —murmuró Piotr de pronto.

Alzó Basarov la cabeza y divisó a Pavel Petrovich. Vestía una chaqueta ligera a cuadros y unos pantalones blancos como la nieve, y venía aprisa por el camino; bajo el brazo traía una caja cubierta con un paño verde.

— Perdone usted, ya que según parece le he hecho esperar —dijo, haciéndoles sendos saludos, primero a Basarov y luego a Piotr, que en aquel momento venía a ser a sus ojos algo como un padrino—. No quise despertar a mi criado.

— No se preocupe —respondió Basarov—. Acabamos de llegar también.

— ¡Ah, tanto mejor! —dijo Pavel Petrovich, mirando en torno suyo—. Nadie nos verá, nadie nos estorbará... ¿Empezamos?

— Empecemos.

— Supongo que no necesitará usted nuevas explicaciones.

— No las necesito.

— ¿Quiere usted cargar? —preguntó Pavel Petrovich, sacando de la caja las pistolas.

— No. Cárguelas usted, y yo, entre tanto, mediré los pasos. Tengo los pies más largos —añadió Basarov, riendo—. Uno, dos, tres...

— Yevguenii Vasilich —articuló Piotr con trabajo; temblaba cual tomado de fiebre—. Con su permiso, yo me retiro.

— ... cuatro..., cinco... Retírate, hermano, retírate. Puedes incluso colocarte detrás de un árbol y taparte los oídos; basta con que no cierres

los ojos, y si viene alguien, avisa. Seis..., siete..., ocho... —Basarov se detuvo—. ¿Es bastante —preguntó, dirigiéndose a Pavel Petrovich—, o marcamos dos pasos más?

— Como guste —dijo aquél, cargando la segunda bala.

— Bueno; pues marquemos dos pasos más —Basarov marcó con la punta de la bota un trazo en el suelo—. Esta es la barrera. Y a propósito: ¿cuántos pasos nos podemos apartar de la barrera? Esta es también una cuestión principal. Anoche no discutimos este punto.

— Supongo que diez —respondió Pavel Petrovich, entregando a Basarov dos pistolas—. Sírvase elegir.

— Gracias. Pero reconozca, Pavel Petrovich, que nuestro duelo resulta extraño hasta el ridículo. No tiene usted más que mirarle la cara a nuestro padrino.

— Usted siempre tan bromista —comentó Pavel Petrovich—. No niego lo insólito de nuestro duelo; pero estimo un deber prevenirle de que yo tengo intenciones de batirme en serio. *A bon entendeur, salut!*

— ¡Oh! No dudo en absoluto de que estamos decididos cada cual a suprimir al otro; pero ¿por qué no tomarlo a risa y unir de ese modo *Utile dulci*? Vea: usted me habla en francés y yo le respondo en latín.

— Voy a batirme en serio —repitió Pavel Petrovich, y dirigióse a su sitio.

Basarov, por su parte, contó diez pasos a partir de la barrera y se detuvo.

— ¿Listo? —preguntó Pavel Petrovich.

— Desde luego.

— Podemos avanzar.

Basarov avanzó despacito, y Pavel Petrovich fuese hacia él con la mano izquierda metida en el bolsillo y levantando poco a poco el cañón de la pistola... "Me apunta directamente a la nariz —pensó Basarov—. Y ¡con qué cuidado entorna el ojo el bandido! Pero ésta es una sensación desgradable. Miraré a la cadena de su reloj..." Algo brusco silbó en la oreja misma de Basarov, y en aquel mismo instante oyóse el disparo. "Lo

oí; luego no ha sido nada", cruzóle aprisa por el pensamiento. Avanzó otro paso y, sin apuntar, disparó.

Estremeciése levemente Pavel Petrovich y llevóse la mano al muslo. Un hilillo de sangre corríale por el blanco pantalón.

Basarov tiró la pistola y acercóse a su adversario.

— ¿Está usted herido? —preguntóle.

— Tenía usted derecho a llamarle a la barrera —dijo Pavel Petrovich—; pero ésa es una nimiedad. Con arreglo a las condiciones, aún podemos hacer otro disparo.

— Bien; perdón, pero eso lo dejaremos para otra ocasión —respondióle Basarov, y sostuvo en sus brazos a Pavel Petrovich, que ya empezaba a palidecer—. Ahora, no soy yo un dulista, sino un médico, y ante todo vengo obligado a examinar su herida. ¡Piotr! ¡Ven acá, Piotr! ¿Dónde te has metido?

— Todo esto es un disparate... Yo no necesito ayuda de nadie —dijo con intervalos Pavel Petrovich—, y... es preciso... nuevamente...

Hizo ademán de atusarse el bigote; pero le flaqueó la mano, cerráronsele los ojos y perdió el sentido.

— ¡Vaya, se desmayó!... —exclamó involuntariamente Basarov, tendiendo sobre la hierba a Pavel Petrovich—. Vamos a ver qué ha sido —sacó un pañuelo, enjugó la sangre, palpó los contornos de la herida...—. El hueso está intacto —murmuró entre dientes—. La bala no profundizó, resbaló en un músculo, *vastus externus*..., chocó con él... En tres semanas podrás bailar. Pero este desmayo... ¡Oh, estos individuos nerviosos! Y ¡qué piel tan fina!

— ¿Muerto? —murmuró a su espalda la trémula voz de Piotr.

Basarov volvióse a mirarlo.

— Ve corriendo por agua, hermano, que está tan vivo como nosotros.

Pero aquel perfecto criado pareció no entender sus palabras y no se movió de su sitio. Pavel Petrovich abrió lentamente los ojos.

— Se acabó —murmuró Piotr, y se santiguó.

— Tiene usted razón... ¡Qué cara tan estúpida! —dijo con forzada sonrisa el herido *gentleman*.

— Pero ve por agua, ¡diablo! —gritó Basarov.

— No hace falta... Fue un *vertige* momentáneo... Ayúdeme a sentarme... así... Sólo es preciso contener con algo este arañazo y podré volver a casa por mi pie, y si no, se puede mandar por un coche. No repetiremos el duelo, si tal le parece. Usted se ha portado con nobleza..., hoy... hoy..., fíjese bien.

— De lo pasado no hay por qué acordarse —dijo Basarov—, y tocante al porvenir, tampoco vale la pena devanarse los sesos, pues tengo intención de marcharme inmediatamente. Deme acá, voy a vendarle en seguida la pierna; su herida no implica gravedad y lo urgente es contener la hemorragia. Pero ante todo hace falta volver a la vida a ese moribundo.

Basarov sacudió a Piotr por el cuello y lo mandó por un coche.

— Mira, no te asistes. A mi hermano —dijo Pavel Petrovich— no se te ocurra decirle nada.

Alejóse rápidamente Piotr, y ambos contendientes, en tanto llegaba el coche, siguieron sentados en la hierba y guardando silencio. Pavel Petrovich trataba de no mirar a Basarov; pero, a pesar de todo, no se avenía a reconciliarse con él; sentía vergüenza de su orgullo, de su derrota; sentía vergüenza de todo lo ideado por él, aunque reconocía que la cosa no había podido terminar mejor.

— Por lo menos, no habrá escándalo —dijo, tranquilizándose—, y es una suerte.

Siguió el silencio, pesado y torpe. Ambos se hallaban a disgusto. Cada uno de los dos notaba que el otro lo comprendía. Entre amigos, ese sentimiento es agradable; pero siempre también es desagradable entre enemigos, sobre todo cuando no es posible explicarse ni separarse.

— ¿No le habré vendado muy fuerte? —preguntó finalmente Basarov.

— No, nada de eso; está muy bien —respondió Pavel Petrovich, y, tras breve silencio, añadió—: A mi hermano no podemos engañarlo; habrá que decirle que reñimos por cuestiones de política.

— Muy bien —asintió Basarov—. Puede usted decirle que yo me metí con todos los anglómanos.

— ¡Magnífico! ¿Qué supone que pensará ahora de nosotros ese hombre? —siguió diciendo Pavel Petrovich, y señaló a aquel mismo *muchik* que momentos antes del desafío pasó por delante de Basarov agujando sus trabados caballos, y que, de vuelta ya por el mismo camino, se quitó la gorra al ver a los señores.

— ¡Vaya usted a saber! —eludió Basarov—. Lo más probable es que no piense nada. El *muchik* ruso... es ese misterioso desconocido de que tanto hablaba la señora Radcliffe . No hay quien le entienda. Él mismo no se entiende.

— ¡Ah! ¡Cómo es usted! —empezó Pavel Petrovich, y de pronto indicó—: Mire usted lo que ha hecho ese estúpido de Piotr. ¡Ahí viene mi hermano!

Volvióse Basarov y vio el pálido rostro de Nikolai Petrovich, que venía en un coche. Saltó a tierra, corrió a ellos antes de que éste parase y abalanzóse hacia su hermano.

— ¿Qué significa esto? —exclamó con voz emocionada—. Yevguenii Vasilich, por favor, ¿qué ha pasado?

— Nada —respondió Pavel Petrovich—; te han alarmado sin motivo. Tuve una discusión con el señor Basarov y me ha costado un poco cara...

— Pero ¿por qué fue eso, por amor de Dios?

— ¿Cómo decírtelo? El señor Basarov criticó irrespetuosamente a sir Roberto Peel. Me apresuro a hacer constar que de todo eso fui yo quien tuve la culpa y que el señor Basarov se condujo con toda corrección. Yo lo desafié.

— Pero ¡estás sangrando, Dios mío!

— ¿Te figurabas que yo tenía agua en las venas? Pero, incluso me viene bien esta hemorragia, ¿no es verdad, doctor? Ayúdenme a subir al coche,

y no pongas esa cara tan triste. Mañana estaré ya como si tal cosa. Eso, así; muy bien. ¡Arrea, cochero!

Nikolai Petrovich siguió al coche. Basarov quedóse detrás...

— Debo pedirle a usted que asista a mi hermano —dijo Nikolai Petrovich— hasta que traigamos otro médico de la ciudad.

Basarov inclinó la cabeza en silencio.

Una hora después, estaba ya Pavel Petrovich acostado en su lecho, con el muslo debidamente vendado. Toda la casa alborotóse. Zenichka estaba consternada. Nikolai Petrovich, a hurtadillas, retorcíase las manos; pero Pavel Petrovich reía, bromeaba, sobre todo con Basarov. Habíase puesto una *rubaschka* de fina batista, un elegante traje de mañana y gorro; no permitió que corriesen los visillos de la ventana y donosamente se quejaba de que le prohibiesen comer.

A la noche, sin embargo, tuvo fiebre; le dolía la cabeza. Vino el médico de la ciudad. Nikolai Petrovich no hizo caso a su hermano ni al propio Basarov, que a ello se oponían; todo el día pasáraselo aquél en su cuarto, amarillo y furioso, y solo un momento y corría a ver al enfermo. Por dos veces ocurrió tropezarse en el camino con Zenichka, que se apartó de él con horror. El nuevo doctor recetó bebidas frías y confirmó el diagnóstico de Basarov, tocante a que la herida no era de cuidado. Nikolai Petrovich le dijo que su hermano se había herido por imprudencia. A eso contestó el médico con un "¡Hum!"; pero como le pusieron en la mano veinticinco rublos en plata, añadió:

— Sí, no tiene nada de raro; suele ocurrir.

Nadie en la casa se acostó ni se desnudó. Nikolai Petrovich entraba de puntillas en el cuarto de su hermano, y de puntillas salía. Éste se amodorraba, quejándose ligeramente, le decía en francés: *Couche toi* y pedía de beber. Nikolai Petrovich obligó a Zenichka una de las veces a llevarle un vaso de agua de limón. Pavel Petrovich miróla de hito en hito y se bebió el vaso hasta apurarlo. Al otro día, agravóse un poco la fiebre y se presentó algo de delirio. Al principio, profirió Pavel Petrovich algunas palabras incoherentes; luego, de pronto abrió los ojos y, al ver junto a su lecho a su hermano, dijo:

— ¿No es verdad, Nikolai, que Zenichka tiene cierto parecido con Nelly?

— ¿Con qué Nelly, *Pascha*?

— ¿Cómo me lo preguntas? Con la princesa R***. Sobre todo en la parte superior de la cara. *C'est de la même famille.*

Nikolai Petrovich no respondió nada y se admiró de la vitalidad de los viejos sentimientos en el hombre. "He ahí lo que sobrenada", pensó.

— ¡Ay! ¡Cuánto quise yo a esa loca! —suspiró Pavel Petrovich, pasándose la mano por la frente—. No puedo consentir que cualquier insolente se atreva a tocar... —balbució al cabo de un rato.

Nikolai Petrovich limitóse a suspirar; no sospechaba a quién pudieran aludir las palabras de su hermano.

Basarov presentóse ante él al otro día, a las ocho. Había dado ya suelta a todas sus ranas, insectos y pájaros.

— ¿Viene usted a despedirse? —preguntóle Nikolai Petrovich, saliendo a recibirlle.

— Así es.

— Lo comprendo y lo apruebo plenamente. No hay duda de que mi pobre hermano fue el culpable; pero ya está castigado. Él mismo me ha dicho que le puso a usted en la imposibilidad de obrar de otro modo. Creo que le habría sido imposible rehuir ese duelo, que..., que, en cierto modo, se explica por el constante antagonismo de sus respectivos puntos de vista —Nikolai Petrovich se embrollaba al hablar—. Mi hermano es un hombre chapado a la antigua, puntilloso y recto... Gracias a Dios que la cosa terminó así... He tomado todas las medidas necesarias para evitar el escándalo.

— Le dejaré a usted mi dirección para el caso de que haya alguna historia —observó con negligencia Basarov.

— Espero que no habrá historias, Yevguenii Vasilich. Siento mucho que su estada en mi casa haya tenido tal..., tal final... Lo siento tanto más cuanto que Arkadii...

— Tengo que verlo —dijo Basarov, al que toda clase de "explicaciones" y "aclaraciones" inspirábanle siempre un sentimiento insoportable—; en caso contrario, le ruego a usted lo salude en mi nombre y le exprese mi pesar.

— Se lo prometo... —respondió, con una reverencia, Nikolai Petrovich.

Basarov retiróse sin aguardar a oír el final de su frase.

Al tener noticia de la marcha de Basarov, manifestó el herido deseos de verlo y estrecharle la mano. Pero Basarov mostróse frío como el hielo; comprendía que Pavel Petrovich quería alardear de magnánimo. De Zenichka no pudo despedirse; sólo acertó a verla desde su ventana. Parecióle que su cara reflejaba pesar. "Ya caerás —murmuró para sí—; no faltará quien..." En cambio, Piotr se emocionó hasta el punto de echarse a llorar en sus brazos, hasta que Basarov lo enfrió preguntándole si no tenía más humedad en sus ojos. Cuanto a Duniasha, hubo de ir a esconderse al bosque para ocultar su emoción. El culpable de todo aquel revuelo montó en la *teliega*, encendió un cigarrillo y, cuando, al cuarto de legua, en un recodo del camino, fijó por última vez sus ojos en la antigua casa señorial de los Kirnasovi, desplegada en una línea con la nueva, limitóse a escupir, refunfuñando: "¡Maldita ralea de señores!", y se arropó más en su capa.

No tardó Pavel Petrovich en curar; pero se le ocurrió estarse en cama casi una semana más. Soportaba bastante bien su cautiverio, según decía; pero no dejaba ya de preocuparse de su *toilette*, y siempre estaba pidiendo agua de Colonia. Nikolai Petrovich le leía los periódicos. Zenichka servíalo como antes: le llevaba caldo, limonada, huevos pasados por agua, té; pero un secreto pánico apoderábase de ella cada vez que entraba en su cuarto. La inesperada conducta de Pavel Petrovich asustó a todos los de la casa y a ella más que a nadie. Prokofich fue el único que no se inmutó, y dijo que también en su tiempo se batían los señores, "sólo los señores de la nobleza, entre ellos, y también, por rudeza, mandaban batirse a sus escuderos".

A Zenichka apenas si le remordía la conciencia; pero la idea del verdadero motivo de aquel desafío inquietábala de cuando en cuando; y, además, ¡mirábala de un modo tan raro Pavel Petrovich!... Parecía a la joven que sus ojos la perseguían incluso cuando se volvía de espaldas. Enflaquecía por efecto de su continua zozobra íntima, y sin embargo, resultaba así más

guapa.

Una vez, de mañana, sintióse Pavel Petrovich muy bien y se trasladó de la cama al diván. Nikolai Petrovich, noticioso de su mejoría, alejóse hasta el cercado. Zenichka llevó al convaleciente una tacita de té y, dejándola sobre el velador, dispúsose a retirarse. Pavel Petrovich la retuvo.

— ¿Adónde vas con esa prisa, Zedosia Nikolayevna? —dijo—. ¿Tienes algo que hacer?

— No... Sólo servir allí el té.

— Eso ya lo hará Duniascha. Siéntate aquí un poquito con este pobre enfermo. A propósito: tengo que hablar contigo.

Zenichka, en silencio, sentóse en la punta de la silla.

— Escucha —empezó Pavel Petrovich, y se atusó los bigotes—. Hace ya mucho tiempo que quería preguntártelo: ¿por qué parece que me tienes miedo?

— ¿Yo?...

— Sí, tú; nunca me miras a la cara, como si no tuvieres la conciencia limpia.

Ruborizóse Zeniohka, pero miró a Pavel Petrovich. Encontrábalo algo extraño, y el corazón le palpitaba un poco.

— Vamos a ver: ¿tienes la conciencia limpia? —preguntóle Pavel Petrovich.

— ¿Por qué no había de tenerla limpia? —balbució ella.

— Claro que por qué... Después de todo, ¿con quién habías de sentirte culpable? ¿Conmigo? Es increíble. ¿Con qué otras personas de la casa? También sería absurdo. ¿Quizá con mi hermano? Pero tú lo quieras, ¿verdad?

— Lo quiero.

— ¿Con toda el alma, con todo el corazón?

— Yo a Nikolai Petrovich lo quiero con todo el corazón.

— ¿De veras? Mírame bien a la cara, Zenichka —por primera vez la llamaba así—. Ya sabes que... es un pecado eso de mentir.

— Yo no miento, Pavel Petrovich. Su amor es mi vida.

— ¿Y no lo cambiarías por ningún otro?

— ¿Por quién iba a cambiarlo?

— ¿Que por quién?... Pues por ese señorito que acaba de marcharse.

Zenichka levantóse.

— ¡Señor, Dios mío! Pavel Petrovich, ¿por qué quiere hacerme sufrir? ¿Qué le he hecho yo a usted? ¿Cómo es posible que me hable de ese modo?

— Zenichka —dijo con acento de pesar Pavel Petravich—, es que yo vi...

— ¿Qué vio usted?

— Pues allí..., en la glorieta.

Zenichka se puso toda colorada, hasta la raíz de los cabellos y las orejas.

— ¿Y en qué pequé yo entonces? ~dijo con dificultad.

Pavel Petrovich incorporóse.

— ¿Que no pecaste? ¿No? ¿En nada?

— ¡Yo sólo a Nikolai Petrovich quiero en este mundo, y siempre lo querré! —dijo con inesperada energía Zenichka, en tanto los sollozos estremecían su garganta—. ¿Qué vio usted para que yo tenga que sincerarme en este extraño juicio y afirmar que no hubo ahí culpa por mi parte, y que antes quería morir ahora mismo que dar lugar a que alguien pudiera sospechar que yo para con mi bienhechor Nikolai Petrovich...?

Pero al llegar aquí faltóle la voz y sintió que Pavel Petrovich cogíale una mano y se la apretaba... Mirólo, y se quedó como petrificada. Pavel

Petrovich estaba aún más pálido que antes; brillaban los ojos, y lo más sorprendente de todo era que una pesada lágrima, una sola, resbalaba por su mejilla.

— ¡Zenichka —murmuró con un raro susurro—, quiere, quiere a mi hermano! ¡Es tan bueno, tan bueno! ¡No lo traiciones por nadie en el mundo, no prestes oídos a ruines palabras! ¡Piensa que no puede haber nada más horrible que amar y no ser amado! ¡No abandones nunca a mi pobre Nikolai!

Secáronsele a Zenichka los ojos, quitósele el miedo...; hasta tal punto era grande su asombro. Pero ¿qué no sintió cuando Pavel Petrovich, el propio Pavel Petrovich, rozó su mano con sus labios y se la retuvo así, sin besársela, respirando a trechos convulsivamente?... "Señor —pensaba ella—, ¿irá a darle un ataque?" En aquel momento, toda su vida frustrada palpitaba en él...

Crujío la escalera bajo unos pasos rápidos... Pavel Petrovich apartó de sí a la muchacha y reclinó la cabeza en la almohada. Abrióse la puerta, y alegre, fresco, colorado, dejóse ver Nikolai Petrovich. Mitia, tan fresco y colorado como su padre, saltaba en sus brazos con sólo la camisilla sobre el pecho, y se agarraba con los pies descalzos a los grandes botones de su paletó pueblerino.

Abalanzóse a él Zenichka, y abriendo sus brazos al padre y al hijo reclinó la cabeza en el pecho del primero. Asombróse Nikolai Petrovich; la tímida y pacata Zenichka nunca lo había acariciado delante de otras personas.

— ¿Qué te pasa? —exclamó, y mirando al hermano, entrególe a ella a Mitia—. ¿Te sientes peor acaso? —preguntó, acercándose a Pavel Petrovich.

Este se enjugó el rostro con el pañuelo de batista.

— No..., nada de eso... Todo lo contrario...: me siento mucho mejor.

— Te diste mucha prisa al trasladarte al diván. ¿Adónde vas tú? —añadió, dirigiéndose a Zenichka; pero ya ésta había cerrado la puerta tras sí—. Vine para enseñarte a mi heredero; quería ver a su tío. ¿Por qué se lo ha llevado? Pero ¿qué te pasa? ¿Es que ha habido algo entre vosotros?

— Hermano —invocó en tono solemne Pavel Petrovich.

Nikolai Petrovich se estremeció. Sentía un malestar que él mismo no sabía explicarse.

— Hermano —repitió Pavel Petrovich—, dame tu palabra de que cumplirás una sola cosa que voy a pedirte.

— ¿Qué es? Habla.

— Es algo muy grave; de ello, a juicio mío, depende la felicidad entera de tu vida. Yo, en todo este tiempo, no he hecho más que pensar en lo que ahora te voy a decir... Hermano, cumple tu deber, tu deber de hombre honrado y noble; deja la seducción y el mal ejemplo que das, ¡tú, el mejor de los hombres!

— ¿Qué quieres decir, Pavel?

— Cásate con Zenichka... Ella te quiere; ella... es la madre de tu hijo.

Nikolai Petrovich retrocedió un paso y batió palmas.

— ¿Eso dices tú, Pavel? ¿Tú, a quien siempre tuve por el enemigo más irreconciliable de semejante boda? ¡Tú dices eso! Pero ¿es que no sabes que únicamente por respeto a ti no cumplí hasta ahora con lo que muy justamente llamas mi deber?

— Hiciste mal en respetarme en ese punto —dijo con humilde sonrisa Pavel Petrovich—. Empiezo a pensar que Basarov tenía razón al reprocharme mi aristocratismo. No, querido hermano; basta ya de preocuparnos y pensar en el mundo. Somos ya viejos y pacíficos; hora es ya de que dejemos de lado cualquier miramiento. Sobre todo, como tú dices, cumplamos con nuestro deber, y mira: todavía podemos ser felices.

Nikolai Petrovich abrazó a su hermano.

— Acabas de abrirme del todo los ojos —declaró—. No en balde sostuve siempre que eres el hombre más bueno e inteligente del mundo; pero ahora veo que eres tan discreto como magnánimo.

— Poco a poco —atajó Pavel Petrovich—. No le estropees la pierna a tu discreto hermano, que a los cincuenta largos se ha batido en duelo como

cualquier alférez... Bueno, es cosa decidida: Zenichka será mi *belle soeur*.

— ¡Mi querido Pavell Pero, ¿qué dirá Arkadii?

— ¡Arkadii! Se enorgullecerá de ello, no lo dudes. El matrimonio no forma parte de sus principios pero se sentirá halagado en su sentimiento de la igualdad. Y, efectivamente, ¿cómo admitir las castas *au dixneuvième siècle*?

— ¡Ah, Pavel, Pavel! ¡Déjame que te dé otro besito! ¡No temas, tendré cuidado!

Ambos hermanos se abrazaron.

— ¿Qué te parece? ¿No estaría bien que le notifica...ses tu intención ahora mismo? —preguntó Pavel Petrovich.

— ¿A qué esa prisa? —dijo Nikolai Petrovich—. ¿Es que habéis hablado de eso?

— ¿Hablar nosotros? *Quelle idée!*

— Bien; pues ¡magnífico! Pero, ante todo, ponte bueno, y que esto no salga de entre nosotros; es preciso pensarla bien, meditarlo...

— Pero ¿no estabas decidido?

— ¡Claro que sí lo estoy! Y te lo agradezco en el alma. Pero ahora te dejo; necesitas descansar; no te convienen las emociones... Ya seguiremos hablando de esto. Duerme, alma mía, y ¡quiera Dios ponerte bueno!

"¿Por qué me dará tanto las gracias? —pensó Pavel Petrovich al quedarse solo—. ¡Como si eso no dependiese de él! Pero yo, en cuanto se case, me voy de aquí a cualquier parte, lejos, a Dresde o Florencia, y allí viviré hasta que reviente."

Pavel Petrovich humedecióse la frente con agua de Colonia y cerró los ojos. Iluminada por la radiante luz del día, su hermosa y demacrada cabeza descansaba sobre la blanca almohada cual la cabeza de un

moribundo... Y un moribundo era.

25

En Nikolskoye, en el jardín, a la sombra de un corpulento fresno, estaban sentados en un banco de césped, Katia y Arkadii; en el suelo, a su lado, retozaba *Fifí*, dándole a su largo cuerpo ese elegante escorzo que los cazadores llaman de "liebre encamada". Tanto Arkadii como Katia guardaban silencio. Tenía él en su mano un libro medio abierto: ella cogía de un cestillo migajas de pan blanco y se las echaba a su reducida familia de hormigas, que, con su peculiar tímida osadía, ondulaban y bullían en sus mismos pies. Un débil airecillo, alejando entre las hojas del fresno, movíalas suavemente de acá para allá, y en el oscuro senderuelo o en el amarillento dorso de *Fifí* proyectaba luminosos toques de oro pálido. La misma sombra envolvía a Arkadii y a Katia; sólo de cuando en cuando en los cabellos de la joven marcábase una rayita brillante. Callaban los dos; pero precisamente, en el hecho de callar y estar sentados juntos, resaltaba una aproximación confianzuda; habríase dicho que ninguno de ambos pensaba en el otro; pero en secreto se alegraba de sentirlo cerca. Hasta sus semblantes habían cambiado desde aquel tiempo en que, por última vez, los vimos. Arkadii parecía más sereno; Katia, más vivaracha, más desenvuelta.

— ¿No le parece —empezó Arkadii— que al fresno le está muy bien puesto su nombre en ruso? Ningún árbol se eleva como él tan leve y claro en el aire .

Katia levantó los ojos y dijo: "Sí", y Arkadii pensó: "Miren cómo ella no me reprocha el que me exprese poéticamente."

— A mí no me gusta Heine —declaró Katia, indicando con los ojos al libro que Arkadii tenía en su mano—, ni cuando ríe ni cuando llora; me gusta cuando se pone pensativo y triste.

— Pues a mí me encanta cuando ríe —afirmó Arkadii.

— Ese es todavía un viejo resabio de su tendencia satírica.

"¡Un viejo resabio!" —pensó Arkadii—. ¿Qué diría Basarov si lo oyese?"

— Tenga paciencia; ya lo cambiaremos.

— ¿Quién va a cambiarme? ¿Usted?

— ¿Quién?... Mi hermana; Porfirii Platonovich, con el que usted ya no discute; mi tía, a la que usted llevó el miércoles a la iglesia...

— ¡No pude negarme! Y tocante a Anna Serguieyevna, ella misma, ya recordará usted, en muchas cosas estaba de acuerdo con Yevguenii.

— Mi hermana se hallaba entonces bajo su influjo, exactamente lo mismo que usted.

— ¿Lo mismo que yo? Pero ¿acaso ha notado usted que ya me sacudí su influjo?

Katia guardó silencio.

— Ya sé —continuó Arkadii—; a usted nunca le fue simpático.

— No puedo juzgarlo.

— ¿Sabe usted una cosa, Katerina Serguieyevna? Siempre que oigo esa respuesta, me niego a darle crédito... No hay persona alguna de la que no podamos formar juicio. Eso es simplemente una evasiva.

— Bueno...; en ese caso, le diré que él..., no es que no me sea simpático, sino que siento como si me fuera extraño y también yo le fuera extraña...; sí, y también usted.

— ¿Y por qué razón?

— No sé cómo decírselo... Porque él es... una fiera, y nosotros estamos domesticados.

— ¿Yo también estoy domesticado?

Katia asintió con la cabeza.

— Oiga usted, Katia Serguieyevna: eso, en el fondo, es una oJ ensa.

- ¿Acaso preferiría usted ser una fiera?
- Una fiera, no; pero sí un hombre fuerte, enérgico.
- Eso no vale desearlo... Su amigo no lo desea, y, sin embargo, lo es.
- ¡Hum! ¿De modo, Katia Serguievna, que usted supone que él ejercía un gran ascendiente sobre Anna Serguievna?
- Sí. Sólo que no hay nadie que pueda dominarla mucho tiempo —añadió Katia en voz alta.
- ¿Y por qué no piensa eso?
- Pues, porque es muy orgullosa...; pero no quería decir eso, sino que... estima en mucho su independencia.
- ¿Y quién no la estima? —preguntó Arkadii; pero a él mismo le pasó por el pensamiento: "¿Y para qué sirve?". "¿Y para qué sirve?", pensó también Katia.

A la gente moza, cuando entre ellas se establece un trato frecuente y afectuoso, siempre se les ocurren las mismas ideas.

Arkadii sonrióse, y, acercándose ligeramente a Katia, murmuró:

- Confiese usted que le tiene algo de miedo.
- ¿A quién?
- A ella —puntualizó significativamente Arkadii.
- ¿Y usted? —preguntó a su vez Katia.
- También yo. Fíjese usted en que he dicho: también yo.

Katia amenazóle con un dedo.

- Me asombra —adujo—. Nunca estuve mi hermana tan atenta con usted como ahora, mucho más que cuando su primera visita.
- ¡Qué cosas tiene usted!...

— Pero ¿es que no lo ha notado? ¿Y no se alegra de ello?

Quedóse Arkadii pensativo.

— ¿En qué he podido merecer la benevolencia de Anna Serguéyevna? ¿Quizá por haberle traído esas cartas de su madre?.

— Sí; por eso y por otras razones que no he de decirle.

— ¿Y por qué no?

— No se las diré.

— ¡Ah, ya sé! Es usted muy recta.

— Recta.

— Y observadora.

Katia miró de soslayo a Arkadii.

— ¿Será posible que eso le disguste? ¿En qué está pensando?

— Pienso de dónde puede haberle venido ese don de observación que, sin duda, posee. Usted, tan pusilánime, tan desconfiada con todos, tan arisca...

— He vivido mucho tiempo sola y, sin querer, me ponía a cavilar... Pero ¿de veras soy arisca con todos?

Arkadii fijó un mirada escrutadora en Katia.

— Todo eso está muy bien —continuó—; pero las personas de la calidad de usted, quiero decir, de su posición, rara vez poseen esa cualidad; hasta ellas, como hasta a los zares, cuéstales mucho trabajo llegar a la verdad.

— Pero yo no soy rica.

Desconcertóse Arkadii y no comprendió al pronto a Katia.

"¿Será cierto que todos los bienes pertenecen a su hermana?", cruzó por su mente, y tal pensamiento no le disgustó.

— ¡Qué bien dijo usted eso! —ponderó Arkadii.

— ¿Qué?

— Lo dijo bien, sin avergonzarse ni darse por ofendida. Y a propósito: me figuro que en los sentimientos de la persona que sabe y dice ser pobre tiene que haber, por fuerza, algo especial, un cierto orgullo...

— Nada de eso siento yo, gracias a mi hermana; y si hablé de mi situación, fue sólo porque vino a pelo...

— Está bien; pero confiese que siente alguna partícula de ese orgullo que dije.

— ¿Por qué?

— Pues porque usted (y perdone mi pregunta), ¿se avendría a casarse con un hombre rico?

— Si lo quisiera mucho... No; creo que ni aun así me casaría con él...

— ¡Ah! Ya lo está usted viendo... —exclamó Arkadii; y tras breve pausa, añadió—: ¿Y por qué no se casaría con él?

— Pues, porque la canción desentonaría...

— Usted, por lo visto, quiere dominarlo...

— ¡Oh, no! ¿Para qué? Todo lo contrario: soy propensa a someterme; sólo que la desigualdad siempre resulta pesada. Respetarse a sí misma y someterse, lo comprendo: esa es una dicha; pero una existencia subalterna..., no: ¡eso ni pensarlo!

— Ni por asomo —repitió Arkadii—. Sí, sí —continuó—; no en vano corre por sus venas la misma sangre de Anna Serguievna. Es usted tan independiente como ella, sólo que lo disimulaba más. Usted, estoy seguro, por nada del mundo sería la primera en manifestar sus sentimientos, por fuertes y sagrados que fueren...

— ¿Y cómo obrar de otro modo? —preguntó Katia.

— Usted, sin embargo, es inteligente, y tiene tanto, por no decir más

carácter que ella...

— No me compare con mi hermana, por favor —apresuróse a interrumpirle Katia—. Me desagrada mucho. Usted parece olvidar que mi hermana es guapa e inteligente, y... a usted en particular, Arkadii Nikolaich, no le está bien que diga esas cosas, menos aún con esa cara tan seria.

— ¿Qué quiere decir eso de "y a usted en particular"..., y de dónde infiere que yo bromeo?

— Sin duda que así es.

— ¿Lo cree usted? ¿Y si yo estuviera convencido de lo que digo? ¿Y si yo pensase que aún no me había expresado con la suficiente energía?

— ¡Cómo!

Arkadii no respondió nada y volvió la cara a otro lado. Katia rebuscó todavía en su cestillo algunas migajas y se puso a echárselas a las hormigas; pero sus ademanes eran demasiado vivos, y aquellas huyeron sin lograr cogerlas.

— Katerina Serguieyevna —precisó de pronto Arkadii—. Probablemente a usted todo esto le dará igual; pero sepa que yo ni por su hermana... ni por nadie en el mundo la cambiaría a usted.

Levantóse y se alejó de allí con paso rápido, como asustado de aquellas palabras que se le habían venido a la punta de la lengua.

Katia, por su parte, dejó caer ambas manos en el cestillo que tenía en el regazo y, bajando la cabeza, siguió largo rato con la vista a Arkadii. Por un momento, un ligero rubor tiñó sus mejillas; pero sus labios no sonrieron, mientras sus ojos oscuros expresaban asombro y, además, otro sentimiento hasta entonces para ella desconocido.

— ¿Estás sola? —preguntó de pronto a su lado la voz de Anna Serguieyevna—. ¿No habías bajado al jardín con Arkadii?

Katia, sin apresurarse, fijó los ojos en su hermana —quien, vestida con elegancia, hasta con refinamiento, seguía en pie en el caminito, y con la contera de su sombrilla abierta hurgábale en las orejas a *Fifí*—, y con la misma calma respondió:

— Sola estoy.

— Ya lo veo —respondió la hermana, sonriendo—. Al parecer se retiró él a su cuarto.

— Sí.

— ¿Estuvisteis leyendo?

— Sí.

Anna Serguievna cogió a su hermana por la barbilla y le levantó el rostro.

— Supongo que no habréis reñido.

— No —dijo Katia, y suavemente apartó la mano de su hermana.

— ¡Oh, y con qué gravedad me contestas! Yo pensaba encontrármelo aquí y tenía la intención de invitarlo a dar un paseo. Siempre me lo está pidiendo. Pero mira: te han traído de la ciudad unos zapatos; ven a probártelos. Anoche me fijé en que los que llevas puestos están imposibles. Tú, por lo general, no te preocupas de estas cosas, ¡y eso que tienes unos piececitos tan lindos! Como las manos: sólo que éstas son un poco grandes. Así que hay que lucir los piececitos. Pero tú no eres coqueta.

Anna Serguievna alejóse un poco por el camino, haciendo crujir levemente su lindo traje. Katia levantóse del banco y, cogiendo su peine, fuese de allí también... aunque no a probarse los zapatos. "Unos piececitos tan lindos —pensaba, en tanto subía despacio y ligera las pétreas gradas de la terraza, agrietadas por el sol—, unos piececitos tan lindos, dice... Bueno: él también estará allí." Pero en seguida diole vergüenza y echó a correr hacia arriba.

Arkadii cruzó el corredor, camino de su cuarto: el mayordomo salió al encuentro y le anunció que allí lo estaba esperando el señor Basarov.

— ¡Yevguenii! —murmuró casi con miedo Arkadii—. ¿Hace mucho que llegó?

— No; acaba de llegar ahora mismo, y mandó que no se le dijera nada a

Anna Serguieyevna, sino que directamente le pusiésemos en comunicación con usted.

"¿Habrá ocurrido alguna desgracia en casa?", pensó Arkadii, y, subiendo a saltos la escalera, abrió la puerta de un golpe.

Al ver a Basarov, luego tranquilizóse, aunque unos ojos más expertos habrían descubierto acaso en seguida en el semblante enérgico, como siempre, pero algo sombrío, del inesperado visitante, indicios de interior agitación. Con la polvorienta capa terciada sobre los hombros y la gorra encasquetada, estaba Basarov sentado junto a la ventanilla, y sentado siguió hasta cuando Arkadii echóle los brazos al cuello con ruidosas exclamaciones:

— Pero ¡qué sorpresa, qué alegría! —decía Arkadii yendo y viendo por la habitación como un hombre que se imagina y quiere demostrar que se alegra—. Vamos, dime: ¿están todos buenos en casa? ¿Marcha allí bien todo?

— Todo y todos están bien, aunque no todos gozan de completa salud —dijo Basarov—. Pero déjate de cháchara y manda que me traigan *kvas*. Luego siéntate y escúchame lo que te voy a contar en pocas, si bien confío que suficientemente expresivas palabras.

Serenóse Arkadii, y Basarov contóle entonces lo de su duelo con Pavel Petrovich. Asombróse grandemente Arkadii, y también sintió pesar, aun cuando no estimó necesario demostrarlo, limitándose a preguntar si de veras no era de cuidado la herida del tío. Luego de oír la contestación de que era interesante, pero no en sentido médico, sonrió forzadamente y notó una punzada en el corazón y cierta vergüenza. Basarov pareció comprenderlo.

— Sí, hermano —repuso—. Ahí tienes lo que significa vivir con señores feudales. Te vuelves tú también feudal y tomas giros caballerescos. Bueno; yo voy ahora de paso para casa de los padres —así terminó Basarov—; pero en el camino torcí hacia acá... para contarte todo eso, diría, si no considerara una estupidez..., mentir sin utilidad. No; yo vine aquí..., el diablo sabrá por qué. Al hombre le conviene de cuando en cuando cogerse del flequillo y tirar de sí mismo afuera, como el rábano del plantel, y eso mismo es 10 que hice días atrás... Quería ver una vez más aquello de que me desprendí, el plantel en que había arraigado.

— Espero que esas palabras no se referirán a mí —dijo emocionado Arkadii—. Supongo que no pensarás apartarte de mí.

Miró Basarov con ojos atentos y casi penetrantes.

— ¿Te apenaría eso? Por mi parte, creo que tú ya te has apartado de mí... Eres tan tiernecito y puro...; no hay duda de que tu asunto con Anna Serguieyevna marchará a maravilla.

— ¿Qué asunto mío con Anna Serguieyevna?

— Pero ¿acaso no viniste aquí de la ciudad por ella, pajarito? Vamos a ver: ¿cómo van las escuelas dominicales? ¿Es que no estás enamorado de ella? ¿O es que ya te llegó!la hora de ser discreto?

— Yevguenii, ya sabes que siempre fui franco contigo, y puedo asegurarte, te juro que te engañas.

— ¡Hum! Una palabra nueva —observó Basarov—. Pero no tienes por qué acalorarte; a mí todo eso me es perfectamente indiferente. Un romántico diría: "Lamento que nuestros caminos empiecen a bifurcarse." Y yo te digo sencillamente que hemos llegado al punto en que nos debemos separar.

— ¡Yevguenii!...

— Pero, alma mía, ¡si eso no es ninguna desgracia! Así ocurre en el mundo. Ahora, ¿no te parece que debíamos despedirnos? Todo el tiempo que llevo aquí siento como si leyera la carta de Gogol a aquel gobernadorcillo de Kalucha. Y a propósito: no he mandado desuncir los caballos.

— ¡Eso no es posible!

— ¿Y por qué?

— No lo digo por mí: pero sería el colmo de la descortesía para con Anna Serguieyevna, que seguramente querrá verte.

— ¡Bah! En eso te equivocas.

— Estoy seguro de que no —replicóle Arkadii—. Y, además, ¿por qué

inges? ¿No viniste aquí por ella?

— Puede que así sea; pero, de todos modos, te equivocas.

No obstante, Arkadii estaba en lo cierto. Anna Serguieyevna deseaba avistarse con Basarov y mandó llamarle con el mayordomo. Basarov cambióse de traje antes de pasar a verla; dijérase que había dispuesto su traje nuevo como para tenerlo a mano.

Recibiólo Odintsova, no en aquella habitación en que de modo tan inopinado se le declarara, sino en el salón. Tendióle amablemente las puntitas de sus dedos; pero su rostro delataba involuntaria tensión de ánimo.

— Anna Serguieyevna —apresuróse a decir Basarov—, lo primero de todo debo tranquilizarla. Ante usted tiene un mortal que hace tiempo reconoció, y desea que los demás olviden su estupidez. Me voy en seguida, y convendrá en que, aunque no sea yo un sentimental, siempre me disgustaría irme con la impresión de que usted me pudiera recordar con antipatía.

Anna Serguieyevna lanzó un hondo suspiro, como quien acaba de trepar a lo alto de abrupta montaña, y su rostro animóse con una sonrisa. Por segunda vez, tendióle su mano a Basarov y respondió a su apretón.

— No hay que acordarse de lo pasado —dijo—, tanto más cuanto que, hablando en conciencia, también yo pequé entonces, si no de coqueta, sí de alguna otra cosa. Fue como un sueño, ¿no es verdad? ¿Y quién se acuerda de los sueños?

— ¿Quién se acuerda de ellos? Y, además, el amor... es un sentimiento prestado.

— ¿De veras? ¡Cuánto me gusta oírlo!

Así se expresaba Anna Serguieyevna, así se expresaba Basarov, y ambos se imaginaban que decían verdad. Pero ¿había verdad, verdad cumplida, en sus palabras? Ellos mismos no lo sabían, y mucho menos el autor. Pero habían iniciado su conversación cual si tuviesen absoluta fe uno en otro. Anna Serguieyevna preguntóle, entre otras cosas, a Basarov, qué había hecho en casa de los Kirnasovi. En poco estuvo que él no le contara

lo de su duelo con Pavel Petrovich; pero se contuvo ante la idea de que ella pudiera pensar que trataba de hacerse el interesante, y le respondió que todo el tiempo se lo había pasado trabajando.

— Pues yo —refirió Anna Serguieyevna—, a lo primero, estuve muy mustia, Dios sabrá por qué, hasta el punto en que pensé marcharme al extranjero. ¡Figúrese!... Pero luego se me pasó, vino su amigo Arkadii Nikolaich, y otra vez me encarrilé y me reintegré a mi papel verdadero...

— ¿Y qué papel es ese, si se puede saber?

— Pues el papel de tía, de institutriz, de madre, como quiera usted llamarlo. Y a propósito: ¿sabe usted que yo antes no comprendía bien su íntima amistad con Arkadii Nicolaich y le encontraba a éste harto insignificante? Pero ya he tenido ocasión de conocerlo más a fondo, y veo que es un chico inteligente... Y, sobre todo, joven, joven..., no como nosotros, Yevguenii Vasilich.

— ¿Sigue mostrándose tímido en su presencia? —preguntó Basarov.

— Acaso... —empezó Anna Serguieyevna, y, después de pensar un poco, añadió—: Ahora tiene más confianza, habla conmigo. Por lo demás, tampoco ya busca mi trato. Se ha hecho muy amigo de Katia.

Disgustóle aquello a Basarov. "Toda mujer tiene que enredar", pensó.

— Dice usted que él rehúye —dijo con fría sonrisa—; pero para usted, probablemente, no será un secreto que está enamorado de usted.

— ¡Cómo! ¿También él? —se le escapó a Anna Serguieyevna.

— También él —repitió Basarov con una tranquila inclinación—. ¿Verdaderamente no lo sabía usted y le he comunicado una novedad?

Anna Serguieyevna bajó los ojos.

— Se equivoca usted, Yevguenii Vasilich.

— No lo creo. Pero es posible que hiciera mal en hablar de esto. "En lo sucesivo no enredarás", añadió para sus adentros.

— ¿Por qué no hablar? Aunque supongo que usted le concede demasiada

importancia a una impresión de momento. Empiezo a sospechar que es usted dado a la exageración.

— ¿No sería mejor que no hablásemos de eso, Anna Serguievna?

— ¿Por qué? —dijo ella, y, sin embargo, encauzó la conversación por otros derroteros.

Sentía cierta turbación ante Basarov, a pesar de haber dicho ella misma, y creérselo, que todo pasa al olvido. Al cambiar con él las palabras más sencillas, incluso al bromear con él, seguía sintiendo una leve opresión de miedo. Así la gente a bordo de un barco en alta mar habla y ríe, despreocupada, como en tierra firme; pero en cuanto ocurre la más pequeña parada, no bien se manifiesta el más pequeño indicio de algo inusitado, ya está asomando a todos los rostros una expresión de personal inquietud que atestigua la constante conciencia del constante peligro..

No se prolongó mucho rato el coloquio entre Anna Serguievna y Basarov. No tardó ella en mostrarse preocupada y en responder de un modo distraído, hasta que al cabo propúsole salir al jardín, donde encontraron a la princesa y a Katia.

— Pero ¿dónde anda Arkadii Nikolaich? —preguntó la dueña de la casa, y al enterarse de que hacía una hora ya que nadie lo veía, mandó a buscarlo.

No lo encontraron en seguida; habíase internado en lo más hondo del jardín, y apoyada la barbilla en las cruzadas manos, estaba sentado y sumido en sus pensamientos. Eran estos profundos y graves, pero no tristes. Sabía que Anna Serguievna estaba a solas con Basarov, y no sentía celos, como antes; lejos de eso, su rostro brillaba tranquilo. Parecía como si se admirase de algo y se alegrase y hubiese tomado alguna determinación.

26

No gustaba el difunto Odintsov de innovaciones: pero buscaba "algún juego de noble gusto", y por ello levantó en el jardín, entre el invernadero y la alberca, un edificio por el estilo de un pórtico griego, de adobe ruso. En el muro trasero de dicho pórtico o galería labraron seis hornacinas para otras tantas estatuas que Odintsov mandó traer del extranjero. Esas estatuas representaban la Soledad, el Silencio, la Meditación, la Melancolía, el Pudor y la Sensibilidad. A una de ellas, la diosa Silencio, con el dedo en los labios, la trajeron y colocaron en su sitio: pero aquel mismo día los chicos de los colonos le rompieron la nariz, y aunque el vecino estuquista se comprometió a hacerle otra nariz —doble mejor que la primera—, Odintsov mandó que la cogiesen y la arrumbasen en un rincón del granero, y allí llevaba ya largos años, inspirando un terror supersticioso a las mujeres. La parte delantera del pórtico hacía ya tiempo cubriéranla espesos arbustos; sólo los capiteles de las columnas dejábanse ver por sobre el tupido verdor. En el pórtico, aun en el mediodía, hacía fresco. A Anna Serguievna no le agradaba frecuentar ese lugar desde una vez que se vieron por allí culebras; pero Katia solía ir a sentarse en el gran banco de piedra debajo de uno de los nichos. Rodeada de frescor y de sombra, leía, hacía labor o se entregaba a esa sensación de plena paz que probablemente todos conoceréis, y cuyo hechizo consiste en una profunda libertad vital, apenas consciente, tácitamente presentida, que sin cesar se difunde en torno a nosotros mismos.

Al otro día de la llegada de Basarov, estaba Katia sentada en su banco preferido, y otra vez tenía a su lado a Arkadii. Este habíale rogado que lo acompañase al pórtico.

Faltaba alrededor de una hora para el almuerzo.

La fresca mañana empezaba ya a cambiarse en un día caluroso. El semblante de Arkadii conservaba la expresión de la víspera. Katia parecía preocupada. Su hermana, inmediatamente después del té, llamóla a su gabinete, y luego de acariciarla, cosa que siempre asustaba un poquillo a

Katia, recomendóle anduviese con mucho tiento en sus relaciones con Arkadii y evitase, sobre todo, las conversaciones a solas con él, que, al parecer, habíanles llamado la atención tanto a la tita como a todos los de la casa. Además de eso, ya la noche antes Anna Serguieyevna mostrárase algo seria, y la propia Katia experimentaba la sensación como de reconocerse culpable para consigo misma. Al acceder al ruego de Arkadii habíase dicho que aquella sería la última vez.

— Katerina Serguieyevna —dijo Arkadii con cierta desenvoltura forzada—, desde que tengo la suerte de vivir bajo el mismo techo que usted, le he hablado de multitud de cosas, y, sin embargo, hay una... cuestión muy importante para mí, que hasta ahora no toqué. Ya hizo usted notar ayer que yo aquí había cambiado —añadió buscando y rehuyendo la inquisitiva mirada que en él posara Katia—. Efectivamente, he cambiado mucho, y usted mejor que nadie lo sabe...; a usted, en realidad, débole yo ese cambio.

— ¿A mí?... —asombróse Katia.

— Mire: yo no soy ya aquel chico presumido de la primera vez que vine —continuó Arkadii—; no en balde he cumplido ya los veintitrés. Antes anhelaba ser útil, consagrar todas mis fuerzas a la verdad; pero ahora no busco mis ideales donde entonces los buscara; ahora se me representan... mucho más cerca de mí. Hasta hoy no me había comprendido a mí mismo; yo era para mí un enigma que no estaba en condiciones de... Pero ahora se me han abierto los ojos, gracias únicamente a un sentimiento... No me explico con toda claridad; mas espero que usted sabrá comprenderme...

Katia no respondió nada, pero dejó de mirar a Arkadii.

— Supongo —prosiguió él diciendo, y alzaba la voz, pues un pinzón entre la fronda del arce revoloteaba, cantando desaforadamente—, supongo que es deber de todo hombre honrado expresarse con toda franqueza con aquellas..., con aquellas personas que...: en una palabra: con las personas a él allegadas, y por ello... tengo la intención...

Pero aquí fallóle la elocuencia a Arkadii; se aturrulló; se cortó y viose obligado a callar. Katia no levantaba sus ojos. Parecía como si no supiese adónde iba a parar el joven y esperase algo.

— Preveía que había de asombrarla —volvió a hablar Arkadii, recobrados ya sus ánimos—, tanto más cuanto que este sentimiento se refiere en cierto modo..., en cierto modo, fíjese bien..., a usted. Recuerde que ayer me reprochaba mi falta de seriedad —continuó Arkadii con el aspecto de un hombre que se ha metido en un tremedal y siente que a cada paso se hunde más en él, aunque marcha aprisa hacia adelante, con la esperanza de salir pronto del apuro—; reproche que suele dirigírseles..., hacérseles..., a los jóvenes, incluso cuando ya han dejado de merecerlo. Y si yo tuviera más amor propio... —"¡Oh! Ayúdeme usted, ayúdeme", pensaba, desesperado, Arkadii; pero Katia seguía sin levantar la frente—. Si yo pudiera esperar...

— Y si yo pudiera estar segura de lo que dice... —dejóse oír en aquel momento la clara voz de Anna Serguieyevna.

Inmediatamente Arkadii se calló y Katia se puso pálida. Bajo los arbolillos que rodeaban el pórtico, pasaba un senderuelo. Por él venía Anna Serguieyevna, seguida de Basarov. Katia y Arkadii no podían verlos; pero oían cada una de sus palabras y percibían el rumor de la falda de ella y hasta su respiración. Dieron unos pasos Y como adrede detuvieronse justamente ante el pórtico.

— ¿No ve usted —continuó diciendo Anna Serguieyevna— que ambos vamos equivocados? Ninguno de los dos estamos ya en la primera juventud, yo sobre todo; hemos vivido, estamos cansados los dos... (¿a qué andar con cumplidos?), tenemos talento. Al principio nos inspirábamos mutuo interés, curiosidad...; pero luego...

— Pero luego yo me evaporé —dijo Basarov.

— Demasiado sabe usted que no fue esa la causa de nuestra ruptura. Pero, sea como fuere, nosotros no nos necesitábamos el uno al otro, eso es lo principal; teníamos demasiada..., ¿cómo decirlo?..., afinidad. No crea que lo comprendí tan pronto. En cambio, Arkadii...

— ¿Lo necesita usted? —preguntó Basarov.

— No prosiga, Yevguenii Vasilievich. Dice usted que no le soy indiferente, y a mí también siempre me pareció que le gustaba. Claro que yo pudiera ser su tía; pero no le niego que me acordaba mucho de él. En ese juvenil y fresco sentimiento se cifra cierto encanto...

— La palabra "fascinación" sería más exacta —atajó Basarov; ciertos ribetes de celos traslucíanse en su voz serena, pero seca—. Arkadii me confió anoche algunos secretillos, y no me habló ni de usted ni de su hermana... Ese es un síntoma grave.

— A Katia la mira enteramente como a una hermana —dijo Anna Serguievna—, y eso en él me agrada, aunque quizá no debiera permitir un trato tan íntimo entre ellos.

— En usted habla... la hermana —dijo, arrastrando las palabras, Basarov.

— Naturalmente...; pero ¿adónde vamos a parar? Compréndalo. Nuestra conversación resulta bastante extraña, ¿no es cierto? ¿Cómo podía yo esperar que hablase así con usted? Ya sabe que le temo..., y al mismo tiempo me inspira confianza, porque, en el fondo, es usted bueno.

— En primer lugar, yo no tengo nada de bueno; luego, he dejado de significar nada para usted, y dice que soy bueno... Todo eso es igual y viene a ser como poner una corona de flores en la frente de un muerto.

— Yevguenii Vasilich, no es usted dueño de... —empezó Anna Serguievna; pero el viento aleteó, ruidoso, entre las hojas, y se llevó sus últimas palabras.

— Usted es libre —dijo, tras breve pausa, Basarov.

No fue posible oír más; los pasos se alejaron... Todo quedó en silencio.

Arkadii volvióse hacia Katia. Esta seguía en la misma actitud, sólo que con la frente más baja.

— Katerina Serguievna —dijo Arkadii con voz trémula y apretándole la mano—, yo la quiero a usted para siempre y de un modo irrevocable, y a nadie amo, sino a usted. Deseaba decírselo, conocer su opinión y pedirle su mano, puesto que no soy rico y me siento dispuesto a toda clase de sacrificios... ¿No me contesta usted? ¿No me cree? ¿Piensa que hablo irreflexivamente? Pero recuerde estos últimos días. ¿No decía usted misma que todo lo demás (compréndame usted..., todo, todo lo demás) había desaparecido ya sin dejar huellas? Míreme, pues; dígame una sola palabra... Yo la amo..., ¡sí la amo..., créame!

Lanzóle Katia una grave y luminosa mirada, y, tras largo reflexionar, con leve sonrisa, murmuró:

— Sí.

Arkadii saltó del banco.

— Sí, ¡ha dicho usted "Sí", Katerina Serguieyevna! ¿Qué significa esa palabra? ¿Que yo la amo y usted me cree?... ¿O que..., o que...? No me atrevo a terminar...

— Sí —repitió Katia, y aquella vez comprendió Arkadii.

Cogióle sus grandes pero bellísimas manos, y, respirando de orgullo, estrechólas contra su corazón. Apenas teníase en pie y balbucía: "¡Katia, Katia!"; pero ella, inocentemente, lloraba y sonreía, serena, por entre sus lágrimas. Quien no haya visto lágrimas semejantes en los ojos de la criatura amada no puede imaginarse hasta qué punto, sintiéndose morir de gratitud y pudor, puede ser feliz en la tierra el hombre.

Al otro día, muy de mañana, Anna Serguieyevna mandó llamar a su cuarto a Basarov y, con forzada sonrisa, entrególe una carta plegada. Era la carta de Arkadii, y en ella pedíale éste la mano de su hermana.

Basarov recorrió, ligero, la carta y hubo de contenerse para no manifestar la rabia que por un instante hirvió en su pecho.

— Ahí tiene usted —dijo—. ¿Y era usted la que ayer mismo decía que el amor que por Katia sentía era un amor de hermano? Bien; y ¿qué piensa usted hacer ahora?

— ¿Qué me aconseja usted? —preguntó Anna Serguieyevna, sin dejar de sonreír.

— Supongo —respondió Basarov con idéntica risa, aunque aquello no le hacía pizca de gracia y sentía las mismas ganas de reír que ella—, supongo que procede casar a esos dos jóvenes. Hacen buena pareja; Kirsanov tiene una posición desahogada, es hijo único. Su padre es buen hombre, y seguramente dará su consentimiento.

Odintsova paseaba por la habitación. Su rostro enrojecía y palidecía alternativamente.

— ¿Lo cree usted? —dijo—. ¿Por qué no? Yo no veo obstáculos... Me alegra por Katia... y por Arkadii Nikolaich. Naturalmente, aguardaré a que conteste el padre. Yo misma iré a verlo... Pero observe usted cuánta razón tenía yo ayer al decirle que nosotros dos somos ya viejos... ¿Cómo no vi yo esto? No salgo de mi asombro.

Anna Serguieyevna echóse otra vez a reír, e inmediatamente se volvió de espaldas.

— La juventud de hoy es muy cuca —observó Basarov, y también echóse a reír—. Adiós —dijo de nuevo tras una breve pausa—. Le deseo que arregle este asunto del modo más grato; desde lejos me alegraré.

Odintsova volvióse bruscamente.

— Pero ¿es que nos deja? ¿Por qué no se queda ahora? Quédese... Me gusta hablar con usted... exactamente como al filo de un precipicio... Al principio se tiene miedo; pero después se cobran ánimos. Quédese.

— Gracias por su invitación, Anna Serguieyevna, y por su lisonjera opinión de mis dotes de conversador. Pero encuentro que llevo demasiado tiempo moviéndome en una esfera que no es la mía. Los peces voladores pueden mantenerse algún rato en el aire; pero en seguida tienen que volver a zambullirse en el agua. Permitame, pues, que yo también me sumerja en mi Estigia.

Odintsova fijó sus ojos en Basarov. Amarga risita contrajo su pálido rostro. "¡Me ama!", pensó; sintió lástima y le tendió con interés la mano. Pero él también la comprendió.

— No —dijo, retrocediendo un paso—. Yo soy pobre; pero hasta hoy no pedí limosna. Adiós, y consérvese bien.

— Estoy segura de que no será esta la última vez que nos veamos —dijo Anna Serguieyevna con involuntaria emoción.

— ¡Qué no ocurre en el mundo! —arguyó Basarov, e inclinándose, se retiró.

— ¿De modo que pensabas en hacer tu nido? —decíale aquel mismo día a Arkadii, sentándose encima de su baúl—. Y ¿qué? Eso está bien. Con

todo, no tenías por qué usar de astucias. Yo me esperaba de ti otra conducta muy diferente. O ¿no será que esto a ti mismo te cogió de sorpresa?

— Sí; yo mismo no me lo esperaba cuando te dejé —confirmóle Arkadii—. Pero ¿por qué tú mismo usas de astucia y dices: "Eso está bien", como si yo ignorase lo que piensas del matrimonio?

— ¡Ay querido amigo ~exclamó Basarov—, cómo te expresas! Mira lo que hago: en el baúl queda un lugar vacío, y yo pongo, en él, heno. Pues, lo mismo ocurre con el baúl de nuestra vida; si lo llenas con algo, no hay en él vacíos. No te des por ofendido; pero probablemente conocerás la opinión que siempre tuve de Katerina Serguievna. Hay señoritas que sólo pasan por inteligentes porque respiran inteligencia; pero la tuya vale de por sí, y tanto vale, que te llevará de la mano..., bueno, como debe ser... —cerró el baúl y se levantó—. Y ahora vuelvo a decirte adiós, pues de nada sirve engañarse, y tú mismo sientes que te has conducido sabiamente. No estás hecho para nuestra amarga, dura, misera vida; no tienes desparpajo ni maldad, sino audacia juvenil, rayana en juvenil arrebato, y para nuestro asunto eso no va bien. Vuestro hermano, el noble, no puede ir más allá de una noble resignación o una noble cólera, y esas son bagatelas. Vosotros, por ejemplo, no lucháis, os imagináis jóvenes..., mientras que nosotros queremos luchar. Pero ¡qué más! Nuestro polvo se te metería en los ojos, nuestra basura te mancharía; no estás a nuestra altura; tú, sin querer, te amas a ti mismo, gustas de reprenderte, mientras que a nosotros eso nos asquea... Dominar a los otros, derribarlos; he ahí lo que queremos. Tú eres un buen chico; pero a pesar de todo no pasas de ser un señorito blando, liberal...

— ¿Te despedirás para siempre de mí, Yevguenii? —murmuró Arkadii pesaroso—. Y ¿no tienes para mí otras palabras?

Basarov se rascó la nuca.

— Sí, Arkadii; otras palabras tengo, y no las digo, porque eso es romanticismo... y equivale a dulzonería. Pero cásate volando, instálate en tu nido y haz muchos hijos. Saldrán inteligentes por el tiempo en que vendrán al mundo, no como nosotros. ¡Ah! Ya veo que los caballos están listos. Llegó la hora. Ya me despedí de todos. ¿Qué? ¿Nos damos un abrazo?

Arkadii echóle los brazos al cuello a su ex maestro y amigo, y los ojos se le arrasaron en lágrimas.

— ¡Lo que es la juventud! —comentó tranquilamente Basarov—. A pesar de todo, confío también en Katerina Serguieyevna. ¡Ya verás como ella te consuela!

— ¡Adiós, hermano! —dijole a Arkadii, ya montando en la *teliega*, y señalando a una pareja de lechuzas que estaban posadas en el tejado de las cuadras, añadió—: ¡Ahí tienes! ¡Aprende!

— ¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Arkadii.

— ¡Cómo! ¿Tan flojo estás en historia natural, o has olvidado que la lechuza es la más respetable y hogareña de las aves? Toma ejemplo. ¡Adiós, señor!

Arrancó la *teliega* y echó a rodar.

Basarov tenía razón. Hablando la tarde anterior con Katia, habíase olvidado Arkadii por completo de su maestro. Empezaba ya a someterse a ella, y Katia comprendía lo que sucedía y no se asombraba. Al día siguiente, tenía el joven que marchar a Marino, a casa de su padre. No quería Anna Serguieyevna cohibir a los novios, y, sólo por el que dirán, no los dejaba demasiado tiempo solos. Dando muestras de grandeza de alma, alejó de ellos a la princesa, que, al enterarse de la inminencia de la boda, hasta derramó lágrimas. Al principio, temía Anna Serguieyevna que el espectáculo de aquella dicha pudiera resultarle algo enojoso; pero no sólo no fue así, sino que la interesó y acabó por conmoverla, lo cual fue para ella motivo, a un mismo tiempo, de alegría y de pena. "Por lo visto, tenía razón Basarov —pensó—; curiosidad, sólo curiosidad y amor a la tranquilidad y egoísmo..."

— Hijos —dijo con voz sorda—, ¿será el amor un sentimiento reflejo?

Pero ni Katia ni Arkadii la comprendían. Rehuían su encuentro; aquel diálogo de marras, que sin querer oyeron, no se les borraba de la memoria. Por lo demás, no tardó en tranquilizarlos Anna Serguieyevna, lo

que no le fue difícil; se había tranquilizado ella misma.

27

Los viejos Basarovi alegráronse tanto más de la llegada del hijo cuanto que no se la esperaban. Arina Vasilievna iba y venía tan azorada por la casa, que Vasilii Ivanovich la comparaba con una perdiz, y en verdad que la breve cola de su blusa dábale cierta semejanza con un pájaro. Pero él mismo no hacía más que murmurar y mordiscar a hurtadillas el ámbar de su pipa, llevarse las manos al cuello y volver acá y allá la cabeza cual si quisiera comprobar si estaba bien atornillada, y de pronto abría su ancha boca y se echaba a reír sin hacer ruido.

— Vengo a estarme contigo nada menos que seis semanas enteras —dijo Basarov—. Tengo intención de trabajar; así que te ruego no me estorbes.

— Descuida, que no estorbaré —respondió Vasilii Ivanovich.

Y cumplió su palabra. Después de instalar a su hijo en el despacho, como la otra vez, no sólo no lo importunaba, sino que también reprimía toda demostración excesiva de ternura por parte de su esposa.

— Nosotros, mi *matuschka* —decíale—, la vez anterior molestamos un poquito a nuestro Yeniuschka. Ahora, tenemos que ser más listos.

Arina Vasilievna dábale la razón a su marido, lo que le hacía sufrir no poco; pues sólo veía a su hijo en la mesa y acabaría por no atreverse a hablarle.

— Yeniuschenka... —solía decir, y aún no se había vuelto a mirarla, cuando ya ella estaba balbuciendo—: No, nada.

Luego dirigíase a Vasilii Ivanovich y le decía, restregando las mejillas:

— ¿Cómo sabríamos lo que Yeniuscha quiere hoy para comer: coles o borscha?

— Pero ¿por qué no se lo preguntas?

— Por no molestarlo.

Por lo demás, el propio Basarov dejó bien pronto de estar recluido en su cuarto; aflojó su fiebre de trabajo y degeneró en un tedio triste y una sorda inquietud. Un raro cansancio traslucíase en todos sus gestos; cambió hasta su modo de andar, antes firme y osado. Suspendió sus paseos solitarios y empezó a buscar compañía; tomaba el té en el comedor, anduleaba por el huerto con Vasilii Ivanovich y fumaba con él *en silencio*. Una vez preguntó por el padre Aleksiei. Vasilii Ivanovich alegróse al principio de aquel cambio; pero su alegría duró poco.

— Me da pena Yeniuscha —lamentábase en secreto con su esposa—; no es que me parezca descontento o enfadado, pues sería lo de menos, sino que lo encuentro triste, melancólico..., y eso es lo terrible. Siempre está callado, y valdría más que nos riñera a los dos; adelgaza y tiene mal color...

— ¡Señor, Señor! —balbucía la vieja—. Yo le echaría los brazos al cuello; pero él no lo consiente.

Más de una vez Vasilii Ivanovich probó, con toda clase de miramientos, a interrogar a Basarov sobre sus trabajos, su salud o Arkadii. Pero Basarov respondióle de mala gana y con indolencia; y una vez, como notara que su padre encubría algo bajo sus palabras, dijole, desabrido:

— ¿Por qué andas siempre a mi alrededor de puntillas? Esto es todavía peor que lo de antes.

— ¡Bah..., bah!... No te figures... —apresuróse a responderle el pobre Vasilii Ivanovich.

Y en eso vinieron a parar sus discretas alusiones. Hablando otra vez de la inminente emancipación de los campesinos, del progreso, pensó despertar el interés de su hijo; pero éste, con toda indiferencia, exclamó:

— Ayer pasé por delante del corral, y escuché a los chicos cantar, en vez de las antiguas canciones, esta otra:

Ya viene el tiempo verdadero,

el corazón ya siente amor...

Ahí tienes el progreso.

A veces dirigíase Basarov a la aldea, y burlándose, como de costumbre, liábase de palique con algún *muchik*.

— Bueno —decíale—: expónme tu opinión sobre la vida, hermano. Porque, según dicen, en ti se cifran la fuerza toda y el porvenir de Rusia; de ti arrancará una nueva era en la historia... Vosotros habéis de imponernos vuestra verdadera lengua y vuestras leyes.

El *muchik*, o no contestaba nada, o profería palabras por el estilo de estas:

— Nosotros podemos... también porque esto significa... que lo que hacemos servirá de ejemplo...

— Pero explícame qué mundo es el vuestro —atajábale Basarov—. ¿Es el mismo mundo que se sostiene sobre tres peces?

— Eso, *batiuschka*, la tierra se sostiene sobre tres peces —explicábale el *muchik* con la mayor tranquilidad y con un tonillo de patriarcal campechanía—; pero en éste nuestro mundo impera, como es sabido, la voluntad del señor, porque vosotros sois nuestros padres y cuando más severo sea el señor, tanto mejor para el *muchik*.

Después de escuchar semejantes razonamientos, Basarov un día se encogió despectivamente de hombres y dio media vuelta, dejando estupefacto al *muchik*.

— ¿De qué te hablaba? —preguntóle a aquél al día siguiente otro *muchik* de mediana edad y facha adusta, que, desde el umbral de su *isba*, había presenciado su coloquio con Basarov—. ¿De los atrasos quizá?

— ¿Qué hablas de atrasos, hermano mío? —respondióle el primer *muchik*, y en su voz no vibraba esta vez ninguna musiquilla patriarcal; sino, por el contrario, cierta rudeza indiferente—. Hablaba otra cosa; quería aprender la lengua... Ya lo sabemos: un *barin*, ¿puede acaso comprendernos?

— ¡Qué va a comprender! —apoyó el otro *muchik*, y, sacudiendo sus gorros y apretándose los cintos, pusieronse a tratar de sus cosas y sus necesidades.

— ¡Ah! —Encogiéndose despectivamente de hombros y creyendo saber hablar con los campesinos, Basarov —según fanfarroneaba en su discusión con Pavel Petrovich no sospechaba que a sus ojos no era más que una especie de hazmerreír... Por lo demás, acabó por encontrarse una ocupación. Cierta vez, estando él delante, hubo Vasilii Ivanovich de vendarle el pie herido a un *muchik*; pero las manos le temblaban al viejo, y no acertaba a poner bien el vendaje. Ayudóle su hijo, y desde entonces tomó parte en su práctica, aunque siempre burlándose de los medios que aconsejaba él mismo, y de su padre, que en seguida los empleaba. Pero las cuchufletas de Basarov no mortificaban lo más mínimo a Vasilii Ivanovich; incluso le causaban placer. Remangándose su mugrienta bata con dos dedos hasta la cintura y chupando su pipa, oía con deleitación a Basarov, y cuanta más bilis ponía éste en sus exabruptos, de tanto mejor gana se reía, enseñando sus negros dientes hasta el último, su dichoso padre. Hasta solía repetir aquellas a ratos estúpidas o irreflexivas ocurrencias, y, por ejemplo, en el transcurso de unos días, viniese o no a pelo, no hacía más que decir: "Este es el asunto nueve", porque su hijo, al saber que iba a los maitines, hubo de emplear esa expresión.

— Gracias a Dios, ya se sacudió la murria —murmurábale a su mujer—. ¡Cómo me ha zarandeado hoy, qué maravilla!

Pero la idea de tener tal ayudante llenábalo de entusiasmo y colmaba su orgullo.

— Sí, sí —decíale a alguna mujer de blusa hombruna al recetarle agua de Juliard o un frasco de ungüento blanco—: mira, palomita: ya puedes darle gracias a Dios de que esté aquí mi hijo, pues vamos a tratarte por el método más científico y nuevo, ¿comprendes? Ni el propio Napoleón, emperador de los franceses, tiene mejor médico.

Y la mujer que empezara quejándose con muchos dengues, sentíase ya aliviada, y acababa por hacer una reverencia y buscarse en las axilas, donde llevaba cuatro huevos envueltos en una servilleta.

Basarov llegó incluso una vez a sacar una muela a un vendedor ambulante de lindas baratijas, y aunque aquella muela no tenía nada de particular, Vasilii Ivanovich la guardó como una rareza, y enseñándosela al padre Aleksiei, repetía sin cesar:

— Vea usted qué raigones. Pero ¡Yevguenii tiene una fuerza!... Una fila de

dientes así sería capaz de sacar de un tirón... Creo que podría arrancar de cuajo una encina...

— ¡Magnífico!... —ponderó, por último, el padre Aleksiei sin saber lo que contestaba, y alejándose del anciano, que se había sumido en éxtasis.

Otro día, un *muchik* de la vecina aldea llevóle a Vasilii Ivanovich un hermano suyo enfermo de tifus. Tendido de bruces sobre un montón de paja, el desdichado se moría; negras manchas cubríanle el cuerpo, y llevaba ya mucho tiempo privado de conocimiento. Vasilii Ivanovich manifestó su pesar de que a nadie se le hubiera ocurrido antes apelar a los auxilios de la medicina, y diagnosticó que no había ya remedio. Efectivamente, el campesino no tuvo tiempo de llevar de nuevo a su hermano a su casa, pues se le murió en la misma *teliega*.

Tres días después entró Basarov en la habitación de su padre y le preguntó si no tenía piedra infernal.

— Sí; ¿para qué la quieres?

— La necesito..., para una herida.

— ¿Para quién?

— Para mí.

— ¿Para ti? ¿Cómo ha sido eso? ¿Qué tal es la herida? ¿Dónde la tienes?

— Pues aquí, en un dedo. Estuve hoy en el pueblo, ¿sabes?, de dónde te trajeron aquel *muchik* con tifus. Se disponían a hacerle la autopsia, y yo hace mucho tiempo que no presenciaba ninguna.

— Y ¿qué más?

— Pues que le pedí al médico local que me dejara ayudarle..., y, vamos, que me corté.

Vasilii Ivanovich púsose todo pálido, y sin hablar palabra, pasó a su despacho, de donde volvió en seguida con un trocito de piedra infernal en la mano.

Basarov se dispuso a cogerla y marcharse.

— ¡Por Dios vivo —exclamó Vasilii Ivanovich—, déjame que lo haga yo mismo!

Basarov echóse a reír.

— ¡Qué afición le tienes al oficio!

— Hazme el favor de no bromear. Enséñame ese dedo. La cortadura no es grande. ¿Te duele?

— Aprieta más. No temas.

Vasilii Ivanovich se detuvo.

— ¿Qué te parece, Yevguenii? ¿No sería mejor cauterizarla?

— Eso habría estado bien antes; pero ahora, en realidad, ni la piedra infernal es necesaria. Si me he contagiado, ya hasta para eso será tarde.

— ¡Cómo!... ¿Tarde? —dijo a duras penas Vasilii Ivanovich.

— Claro. De entonces acá han pasado ya cuatro horas largas.

Vasilii Ivanovich cauterizó, no obstante, la heridilla.

— Pero, ¿es que el médico local no tenía piedra infernal?

— No.

— ¡Hay que ver, Dios santo!... ¡Un médico..., y no tener una cosa tan indispensable!

— ¡Si hubieras visto su bisturí! —dijo Basarov, y se alejó.

Hasta la tarde de aquel día y todo el día siguiente Vasilii Ivanovich inventó toda suerte de pretextos para entrar en el cuarto de su hijo, y aunque no hizo mención alguna de la herida y hasta se esforzó por hablar de cosas secundarias, mirábalo con tanta fijeza a los ojos, observábalo con tal inquietud, que Basarov perdía la paciencia y lo amenazaba con marcharse. Vasilii Ivanovich diole su palabra de no molestarlo, tanto más cuanto que Arina Vasilievna, a la que, naturalmente, nada le dijera, empezaba a importunarla, preguntándole por qué no dormía y qué era lo

que lo traía tan desatentado. Dos días enteros estuvo haciéndose el fuerte, aunque la vista del hijo, al que miraba continuamente a hurtadillas, no le gustaba mucho... Pero al tercer día, de sobremesa, ya no pudo contenerse. Basarov estaba cabizbajo y no probó ni un pastelillo.

— ¿Por qué no comes, Yevguenii? —preguntóle, dando a su cara la expresión más indiferente—. Me parece que la comida está bien hecha.

— No tengo ganas, y por eso no como.

— ¿No tienes apetito? ¿Y la cabeza? —añadió con voz tímida—. ¿Te duele?

— Me duele. ¿Por qué no habría de dolerme?

Arina Vasilievna se incorporó y aguzó el oído.

— ¡No te enfades, por favor, Yevguenii! —continuó Vasilii Ivanovich—. Pero ¿no me dejas que te tome el pulso?

Basarov se levantó.

— Sin necesidad de que me tomes el pulso, te diré que tengo fiebre.

— Y escalofríos, ¿tienes?

— También tengo escalofríos. Voy a acostarme; que me lleven allá un poco de tila.

— Esta noche te he sentido toser —dijo Arina Vasilievna.

— Me acatarré —explicó Basarov, y se retiró.

Arina Vasilievna púsose a preparar la tila, y Vasilii Ivanovich pasó al cuarto contiguo y en silencio empezó a mesarse los cabellos.

Basarov no se levantó en todo aquel día, y toda la noche se la pasó sumido en un letargo pesado, inconsciente. A primera hora de la mañana abrió con trabajo los ojos; vio a la cabecera de su lecho, a la luz de la lamparilla, el pálido rostro de su padre, y le mandó salir. Disculpóse éste, e inmediatamente dio media vuelta de puntillas; pero al llegar a la puerta de escape, entornada, no pudo menos de volverse a mirar a su hijo. Tampoco

Arina Vasilievna se acostó aquella noche y entreabriendo apenas la puerta del despacho, poníase a escuchar "cómo respiraba Yeniuscha" y a mirar a Vasilii Ivanovich. No alcanzaba a ver sino su inmóvil y encorvada espalda; pero sólo eso proporcionábale cierto consuelo.

Por la mañana, probó Basarov a levantarse; la cabeza le daba vueltas, la sangre le afluía a la nariz, y tuvo que volverse a acostar. Vasilii Ivanovich lo asistía en silencio. Arina Vasilievna llegó se a él y le preguntó cómo se sentía. Elle contestó: "Mejor", y volvióse de cara a la pared. Vasilii Ivanovich estrechó a su mujer con ambos brazos; ella mordióse los labios para no echarse a llorar, y se salió del cuarto. La casa entera ensombrecióse literalmente de pronto; echaron del corral a un gallo alborotador que tardó mucho en comprender por qué lo trataban de aquel modo. Basarov siguió en la cama, vuelto de cara a la pared. Vasilii Ivanovich trató de hacerle hablar, dirigiéndole distintas preguntas; pero con ellas fatigaba a Basarov, y el viejo siguió ya silencioso en su silla, cruzando solamente de cuando en cuando los dedos. A ratos, salíase por un momento al jardín y establece allí parado como un arbolillo, enteramente abrumado de indecible asombro, la expresión del cual no solía asomar a su semblante, y luego tornaba junto al hijo, y esforzándose por eludir las preguntas de su esposa. Hasta que ésta, por fin, cogióle de una mano, y nerviosa, casi amenazante, preguntóle: "Bueno; ¿cómo va?" Entonces él se dominó y se hizo fuerza para contestarle, sonriendo; pero, con horror de su parte, en vez de la sonrisa, salióle una risa extraña. Desde la mañana, llamaron al médico. Vasilii Ivanovich creyó necesario prevenir antes a su hijo para que no se enfadase.

Basarov, de pronto, dio media vuelta en el diván, miró con fijos y estúpidos ojos a su padre y pidió de beber..

Vasilii Ivanovich llevóle un vaso de agua, y de paso le palpó la frente. Basarov bebió.

— Viejo —empezó Basarov con voz débil y lenta—, mi caso es grave. Me contagié, y dentro de unos días me enterrarás.

Vasilii Ivanovich se tambaleó, ni más ni menos que cual si le hubieran dado un golpe en los pies.

— ¡Yevguenii! —balbuceó—. ¿Qué dices?... ¡Por Dios! Tú tienes, simplemente, un catarro...

— ¡Basta! —atajó Basarov con calma—. Un médico no puede hablar así. Tengo todos los síntomas del contagio, de sobra lo sabes.

— Pero, ¿dónde están los síntomas... del contagio, Yevguenii?... ¡Por el amor de Dios!

— Entonces, ¿qué es esto? —y remangándose las mangas de la camisa, mostró a su padre unas manchas rojas, prominentes, malignas.

Vasilii Ivanovich se estremeció y se quedó frío de espanto.

— Supongamos —dijo al fin—, supongamos que..., que sea algo por el estilo... de... una infección.

— Piohemia —precisó su hijo.

— Bueno...; por el estilo... de... una epidemia...

— Piohemia —repitió Basarov severa y exactamente—. ¿Es que has perdido ya los papeles?

— Bueno...: sí..., sí... como quieras... Pero, sea lo que fuere, te curaremos.

— Eso son coplas. Pero la cosa no tiene importancia. Ciento que no esperaba morir tan pronto; ha sido un accidente en verdad desagradable. Tú y madre debéis aprovecharos ahora de la honda fe que tenéis; esta es la ocasión de ponerla a prueba —bebíó aun un poco de agua—. Pero quería pedirte una cosa tan sólo... mientras todavía conservo la lucidez. Ya sabes que mañana o pasado mañana pasará mi cerebro a la reserva. Ahora, ya no estoy muy seguro de expresarme bien. En tanto estaba acostado, parecíame como que unos perros rojos daban vueltas a mi alrededor y tú te hacías conmigo el estoico, como con un gallo salvaje. Como si estuviera yo borracho. ¿Me comprendes bien?

— Claro que sí, Yevguenii: te expresas perfectamente, como es debido.

— Mejor que mejor; tú me hablabas de mandar por el médico. Eso te consolaría... Pues consúlame tú a mí; ve por...

— ¿Por Arkadii Nikolaich? —, dijo el viejo.

— ¿Quién es ese Arkadii Nikolaich? —exclamó Basarov, como haciendo memoria—. ¡Ah, sí..., ese pajarillo! No, no lo alarmes; ahora está con las cornejas. No pongas esa cara de asombro, que aún no deliro. A donde tienes que ir es a casa de Odintsova, Anna Serguieyevna, esa terrateniente..., ¿sabes? —Vasilii Ivanovich asintió con la cabeza—. "Yevguenii, o sea, Basarov, me envía a saludarla de su parte y me manda decirle que se está muriendo." ¿Lo harás?

— Lo haré... Sólo que ¿es posible, Yevguenii, eso de que te mueras?... ¡Piénsalo tú mismo!... Si así fuere, ¿dónde estaría la justicia?

— No sé. Pero tú ve allá en seguida.

— Ahora mismo, y le escribiré una carta.

— No, ¿para qué? Dile simplemente que le envío contigo un saludo; no hace falta más. Y ahora, otra vez con mis perros. ¡Cosa extraña! Hago por fijar el pensamiento en la muerte y no lo logro. Veo una mancha... y nada más.

Volvióse pesadamente de cara a la pared. Vasilii Ivanovich salióse del cuarto y tornando a la alcoba del matrimonio, hincóse de rodillas ante las imágenes.

— ¡Reza, Arina, reza! —gimió—. Nuestro hijo se nos muere.

Llegó el médico, aquel mismo médico que no disponía de piedra infernal, y, después de reconocer al paciente, aconsejó mantenerse a la expectativa, y hasta dijo algunas palabras sobre la posibilidad de curación.

— Pero ¿ha tenido usted ocasión de ver que los individuos en mi estado no se vayan a los Campos Elíseos? —preguntó Basarov; y de pronto, dándole con el pie a una pesada mesa que había junto al diván, la empujó y movió de su sitio.

— Fuerza, fuerza —dijo—; aún la conservo intacta, ¡y, sin embargo, tengo que morir! Viejo, ese por lo menos logró irse de esta vida; pero yo... Sí, anda, prueba a negar la muerte... Ella te niega a ti, y basta. ¿Quién llora ahí? —añadió, tras breve pausa—. ¡Madre! ¡Pobre! ¿A quién regalará ahora con su *borscha* sin par? Pero también tú, Vasilii Ivanovich, gimoteas, según parece. Bien; pues si no te vale el cristianismo hazte filósofo

estoico. ¿No te las dabas de filósofo?

— ¡Valiente filósofo! —gimió Vasilii Ivanovich, y las lágrimas le corrían por las mejillas.

Basarov se agravaba de hora en hora; la enfermedad seguía un curso rápido, según suele ocurrir en las infecciones quirúrgicas. Aún conservaba la memoria y entendía lo que hablaban; todavía luchaba.

— No quiero delirar —balbucía, apretando los puños—. ¡Qué desatino! —y agregaba—: Bueno; si de ocho quitas diez, ¿cuántos quedan?

Vasilii Ivanovich iba y venía como hostigado, proponía remedios a granel y no hacía más, en conclusión, que arroparle los pies al enfermo.

— Envolvedlo en paños fríos, un vomitivo, sinapismos de mostaza en el vientre, sangradlo —decía, desatentado.

El médico, que, accediendo a sus ruegos, habíase quedado allí, lo apartaba, dábale a beber al enfermo agua de limón y pedía para él ya una pipa, ya algo "tonificante y calefaciente", es decir, vodka. Arina Vasilievna permanecía sentada en un banquito bajo junto a la puerta, y sólo a ratos se retiraba para rezar; unos días antes escurriérasele de las manos el espejito del tocador, estrellándose contra el suelo, lo que siempre había considerado de mal agüero; la propia Anfisiuschka no sabía qué decirle.

La noche no fue buena para Basarov... Una fiebre cruel lo atormentaba. Por la mañana lo encontraron mejor. Pidió que Arina Vasilievna lo peinase, y le besó la mano y bebió un sorbo de té. Vasilii Ivanovich se animó un poco.

— Gracias a Dios —dijo—. Se inicia..., se inicia la crisis.

— ¿Qué dices? —preguntó Basarov—. ¿Qué quiere decir esa palabreja? —dio con ella, pronunció "crisis" y se quedó tan tranquilo—. Es asombrosa la fe que el hombre tiene en la palabra. Le dicen, por ejemplo, estúpido, y se apena; le llaman inteligente y no le dan dinero..., y se pone hueco...

Ese discursillo de Basarov, que recordaba sus antiguas "salidas", enterneció a Vasilii Ivanovich.

— ¡Bravo! ¡Muy bien dicho, mucho! —exclamó, haciendo ademán de

aplaudir.

Basarov sonrió tristemente.

— Bueno; en tu opinión —dijo—, ¿pasó la crisis o se inicia?

— Estás mejor; eso es lo que veo y lo que me alegra —respondió Vasilii Ivanovich.

— ¡Vaya, magnífico! ¡Alegrarse nunca es malo! Pero recuerdas... ¿Enviaste...?

— Envié, ahora mismo.

La mejoría no duró mucho. Los ataques hubieron de repetirse. Vasilii Ivanovich no se apartaba del enfermo. Parecía como si alguna pena especial torturase al anciano. Varias veces intentó hablar... y no pudo.

— ¡Yevguenii —llamó por fin—, hijo mío, mi querido hijo!

Aquel modo inusitado de nombrarlo hizole impresión a Basarov... Volvió un poco la cabeza y, pugnando visiblemente por vencer su sopor, respondió:

— ¿Qué, padre mío?

— Yevguenii —prosiguió Vasilii Ivanovich, y se hincó de rodillas ante Basarov, aunque éste no abría los ojos y no podía verlo—, Yevguenii, estás ya mejor. Gracias a Dios, te pondrás bien; pero aprovecha esta ocasión; consuélanos a tu madre y a mí, cumpliendo los deberes de un cristiano. Tenerte que decir esto es para mí algo horrible; pero todavía más horrible... porque es para la eternidad... Yevguenii..., ¿comprendes?

Quebrósele la voz al viejo; pero en el rostro de su hijo, con todo y seguir con los ojos cerrados, se dibujó una expresión extraña.

— No me niego a ello, si os puede servir de consuelo —dijo finalmente—; pero creo que no hay que andar con tanta prisa. Tú mismo afirmas que voy mejor.

— Mejor, Yevguenii, mejor; pero ¿quién puede asegurar...? Porque todo depende de la divina voluntad. Pero habiendo cumplido con los deberes

del cristiano...

— No; aguardaré —interrumpió Basarov—. Estoy de acuerdo contigo en que la crisis se inicia. Pero si nos engañamos, ¿qué le vamos a hacer?... También los que han perdido el conocimiento pueden comulgar.

— Por favor, Yevguenii...

— Aguardaré. Pero ahora, lo que quiero es dormir. No me molestes.

Y reclinó la cabeza en el sitio de antes.

Levantóse el viejo, sentóse en la silla y, cogiéndose la barbilla, púsose a morderse los dedos.

El ruido de un coche, ese ruido que tanta resalta en la paz pueblerina, hirió de repente sus oídos. Cerca, muy cerca, sonaba el rumor de unas ruedas ligeras; oíase ya el trotar de los caballos... Vasilii Ivanovich saltó del asiento y lanzóse a la ventana. En el corral de la casa habíase parado un coche de cuatro caballos y dos asientos. Sin detenerse a pensar qué pudiera ser aquello, en un arranque de irreflexiva alegría, corrió a la escalinata... Un lacayo de librea estaba abriendo en aquel momento la portezuela del coche y una dama, cubierta de un velo negro y una mantilla negra, apeóse del vehículo...

— Soy Odintsova —dijo—. Yevguenii Vasilievich ¿vive aún? ¿Es usted su padre? Traigo conmigo un médico.

— ¡Oh protectora nuestra! —suspiró Vasilii Ivanovich, y, cogiéndole la mano, acercósela convulsivamente a los labios, en tanto el médico que venía con Anna Serguieyevna, un hombrecillo con lentes y cara de alemán, apeábase sin precipitación, del coche—. ¡Vive, vive todavía mi Yevguenii, y ahora ya está salvado! ¡Mujer, mujer..., mira qué ángel del Cielo nos ha venido a visitar!...

— Pero ¿qué dice, señor? —balbució la anciana, saliendo desalada del salón, y, sin comprender nada echóse en el recibimiento a los pies de Anna Serguieyevna y como loca púsose a besarle la falda.

— ¿Qué hace usted, qué hace usted? —extrañó Anna Serguieyevna; pero Arina Vasilievna no la oía. y Vasilii Ivanovich no hacía más que repetir: "Un ángel, un ángel..."

— ¿Wo *its* der kranke? —preguntó finalmente el doctor, no sin cierta impaciencia.

Vasilii Ivanovich volvió en sí.

— Aquí, aquí; tenga la bondad de seguirme, *verehrster Herr Kollega* —añadió, recordando sus antiguos tiempos.

— ¡Ah! —exclamó el tudesco, y se inclinó ligeramente.

Vasilii Ivanovich condújole a la alcoba.

— El doctor que envía Anna Serguieyevna Odintsova —anunció, inclinándose hasta el oído de su hijo—. También ella está aquí.

Basarov abrió de pronto los ojos.

— ¿Qué dices?

— Digo que Anna Serguieyevna está aquí y te trae a este señor doctor.

Basarov paseó la mirada en torno suyo.

— ¿Qué está aquí?... Quiero verla.

— Ya la verás, Yevguenii; pero antes es preciso conferenciar con el señor doctor. Yo le expondré toda la historia de tu enfermedad, ya que se fue Sidor Sidorich —así se llamaba el médico del distrito—, y celebraremos una consultita.

Basarov fijó los ojos en el alemán.

— Bueno, despachen pronto; pero no hablen en latín, porque comprendo lo que quiere decir *jam moritur*.

— *Der Herr scheint des Deutschen mächtig zu sein* —empezó el nuevo alumno de Esculapio, dirigiéndose a Vasilii Ivanovich.

— *Ich... habe...* Pero hablemos mejor en ruso —dijo el anciano.

— ¡Ah, ah!... Muy bien... Empecemos...

Y comenzó la consulta.

Media hora después Anna Serguieyevna, precedida por Vasilii Ivanovich, entraba en el despacho. El doctor alcanzó a murmurarle al oído que no había que pensar en la curación del enfermo.

Miró ella a Basarov... y detúvose en la puerta; enorme impresión le hizo su rostro encendido y, no obstante, mortal, con aquellos ojos apagados afanosamente fijos en ella. Sobrecogióse, sin más ni más de un miedo frío y agobiante; en un momento cruzóle por la mente la idea de que no sentiría otra cosa si lo amase.

— Gracias —balbuceó Basarov, haciendo un esfuerzo—; no me esperaba esto. Está muy bien. Hemos vuelto a vernos, según me prometió.

— Anna Serguieyevna ha sido tan buena... —empezó Vasilii Ivanovich.

— Padre, déjanos. Anna Serguieyevna, ¿lo permite usted? Según parece, ahora...

Señaló con la cabeza su cuerpo decaído y sin fuerzas. Retiróse Vasilii Ivanovich.

— Bien; gracias —repitió Basarov—. Un rasgo imperial. Dicen que también los zares visitan a los moribundos.

— Yevguenii Vasilich, yo espero...

— ¡Ay Anna Serguieyevna! Díganos la verdad. Para mí todo se acabó. Caí bajo las ruedas. Y no hay que pensar en el porvenir. La muerte es una broma vieja que para todos resulta nueva. Hasta ahora fui valiente...; pero ahora vendrá la inconsciencia... —agitó débilmente la mano—. Bueno..., ¿qué voy a decirle a usted? La amaba... Antes no tenía la menor duda de esto; pero ahora sí, y con creces. El amor... es la forma y mi forma personal ya se deshace. Mejor diré: ¡qué magnífica es usted! Y ahora está ahí..., tan hermosa...

Anna Serguieyevna estremecióse sin querer.

— Bien; no se inquiete..., siéntese ahí... No se me acerque; mi enfermedad es contagiosa.

Anna Serguievna cruzó rápidamente la habitación y sentóse en una silla junto al diván en que estaba acostado el enfermo.

— ¡Qué grandeza de alma! —murmuró Basarov—. ¡Ah, qué cerca..., y qué joven, lozana y pura... en este inmundo cuchitril...! Bueno..., adiós... Que tenga larga vida, eso es lo mejor de todo, y aprovéchese mientras sea tiempo. ¡Ya ve usted qué espectáculo tan feo: un gusano medio aplastado y que todavía colea! Y eso que antes pensaba: "Tengo que hacer mucho en el mundo; no moriré". ¿Adónde? Ese era el problema, porque yo era un gigante. Y ahora todo el problema del gigante se reduce a cómo morir decentemente, aunque a nadie le importe Todo es igual; no hay escapatoria.

Calló Basarov y alargó la mano en busca de su vaso.

Anna Serguievna diole de beber sin quitarse los guantes y respirando con susto.

— Me olvidará usted —empezó él de nuevo—; los muertos no hacen buenas migas con los vivos. Mi padre le dirá a usted qué hombre se ha perdido Rusia... Es un absurdo; pero no trate usted de disuadir al viejo. Ya usted sabe..., de todo consuelan los hijos. Y sea cariñosa con mi madre. Personas como ellos en balde los buscaría usted en su gran mundo en pleno día... Rusia me necesitaba... No, a la vista está que no me necesitaba... Y, además, ¿quién es necesario?... Necesario es el zapatero, el sastre, el carníero..., que despacha la carne..., el carníero...; pare usted, que me hago un lío... Ese es un bosque.

Basarov llevóse la mano a la frente.

Anna Serguievna inclinóse hacia él.

— Yevguenii Vasilich, estoy aquí...

Cogióle él una mano y se incorporó.

— Adiós —dijo con súbita energía, y brillaron sus ojos con el postrer brillo—. Adiós... Escuche...: aquella vez no llegué a besarla... Sople sobre esta lucecita mortecina, y que se apague luego...

Anna Serguievna rozóle con sus labios la frente.

— ¡Basta! —repuso él, y dejóse caer sobre la almohada—. Ahora..., sombras...

Anna Serguievna salióse despacito,

— ¿Qué? —preguntóle en un susurro Vasilii Ivanovich.

— Se durmió —respondióle ella con voz apenas perceptible.

Basarov ya no había de despertarse. Aquella noche misma sumióse en una absoluta inconsciencia y al otro día murió. El padre Aleksiei le administró los sacramentos. Cuandio le dio la extremaunción y el santo óleo corrióle por el pecho, abrió un solo ojo, y la vista del sacerdote revestido de sus hábitos, y el incensario humeando, y el cirio encendido ante el icono, algo así como un estremecimiento de horror pareció contraer por un momento su rostro de agonizante. Luego, cuando ya hubo exhalado su último suspiro y la casa se llenó de un general clamor de duelo, acometió a Vasilii Ivanovich un frenesí extraño.

— Dije que protestaría —gritó con voz ronca, con la cara inflamada y demudada, agitando los puños cual si amenazara a alguien—, y protesto, ¡protesto!

Pero Arina Vasilievna, hecha un mar de lágrimas, echósele al cuello y los dos, abrazados, rodaron por el suelo.

— Así —contaba luego a la gente Anfisuschka—, los dos juntos, bajaban sus cabecitas como ovejuelas al mediodía...

Pero, pasó el ardor del mediodía, y vinieron luego la tarde y la noche, y la vuelta tranquila al refugio, donde se duerme bien bajo el cansancio y la fatiga...

28

Pasaron seis meses. Vino el blanco invierno, con sus crueles y silenciosas heladas sin nubes, sus densas y crujientes nevadas, sus rosadas escarchas en los árboles, su cielo de pálida esmeralda, sus gorros de humo sobre la chimenea, sus tufaradas de vapor saliendo de las puertas un momento entornadas, los frescos rostros literalmente mordidos de la gente y el desalado correr de los entumecidos caballos. Aquel día de enero tocaba ya a su fin; el frío vespertino comprimía más aún el aire inmóvil y rápidamente apagaba el crepúsculo color de sangre. En las ventanas de la casa de Marino encendiérонse las luces. Prokofich, de frac negro y guante blanco, con particular solemnidad, puso la mesa con ocho cubiertos. Una semana antes, en la reducida iglesia parroquial, sin ostentación y casi sin testigos, habíanse celebrado dos bodas: la de Arkadii con Katia y la de Nikolai Petrovich con Zenichka; y aquel mismo día dio Nikolai Petrovich una comida de despedida a su hermano que marchaba a Moskva a resolver unos asuntos. Anna Serguievna partió inmediatamente después de la boda, colmando de regalos a los novios.

A las tres en punto, reuniéronse todos en torno a la mesa, en la que acomodaron también a Mitia, junto al cual estaba su nodriza con su cofia de *alasé*; Pavel Petrovich tomó asiento entre Katia y Zenichka; los maridos sentáronse junto a sus respectivas mujeres. Nuestros amigos habían cambiado en los últimos tiempos; dijérase que todos ellos se hubiesen embellecido y reanimado. Pável Petrovich era el único que enflaqueciera, lo que, por otra parte, daba un aspecto todavía más distinguido y de gran señor a sus expresivas facciones... Zenichka también parecía otra. En su traje de flamante seda, con su ancha toca de terciopelo en la cabeza y su cadena de oro al cuello, manteníase en su asiento decorosamente inmóvil, respetuosa consigo misma y con todos los que la rodeaban, y sonreía de un modo como queriendo decir: "Perdónenme, que soy inocente". Y no era ella la única que sonreía..., pues también sonreían los demás y también parecían disculparse; todos mostraban cierta confusión, cierta tristeza, aunque en realidad todos se sentían a gusto. Cada cual atendía al otro con despreocupadas deferencias, como si todos se

hubiesen puesto de acuerdo para representar una ingenua comedia. La más tranquila de todos era Katia; miraba en torno suyo confiadamente, y fácil era advertir que Nikolai Petrovich cobrárale ya un afecto sin precedentes. Al final de la comida levantóse y, tomando una copa en su mano, dirigióse a Pavel Petrovich.

— Nos dejas..., nos dejas, hermano —empezó—. Claro que por poco tiempo; pero, así y todo, no puedo expresarte que yo..., que nosotros..., cuánto yo..., cuánto nosotros... ¡Es un dolor tan grande, que no sabemos brindar! Arkadii, habla tú.

— No, *papascha*; no estoy preparado.

— ¡Pues lo estaré yo! Bueno; sencillamente, hermano, deja que te abrace y te desee toda clase de bienes. ¡Y no tardes en volver con nosotros!

Pavel Petrovich los besó a todos, sin excluir, naturalmente a Mitia; a Zenichka besóle, además, la mano, que ella no acertó a ofrecerle como era debido, y después de beber otro sorbo de la copa, dijo, lanzando un profundo suspiro:

— ¡Que seáis felices, amigos míos! *Farawell!*

Esta coletilla en inglés pasó inadvertida; pero todos sentíanse emocionados.

— En memoria de Basarov —balbució Katia, al oído de su esposo, y chocó su copa con él. Arkadii en respuesta apretóle fuerte su mano; pero no se atrevió a pronunciar en voz alta aquel brindis.

¿Pondremos aquí fin? Pero es posible que alguno de nuestros lectores desee saber cómo vive ahora, ahora precisamente, cada uno de nuestros personajes. Dispuestos estamos a satisfacer su curiosidad.

Anna Serguieyevna, no hace mucho, se casó, pero no por amor, sino por reflexión, con uno de sus futuros agentes rusos, un hombre de mucho talento, abogado, dotado de un sentido práctico sólido, firme voluntad y notable elocuencia, hombre todavía joven, bueno y frío como el hielo. Ambos se llevan muy bien y se prometen felicidad... y hasta amor. La princesa X*** pasó a mejor vida, y el mismo día de su muerte ya la olvidaron todos. Los Kirnasovi, padre e hijo, asentáronse en Marino. Sus

asuntos empiezan a arreglarse. Arkadii ha resultado un buen hacendado, y la granja produce unos ingresos bastante crecidos. A Nikolai Petrovich le nombraron árbitro de paz, y trabaja en ello con todo entusiasmo; sin cesar recorre su distrito, pronuncia largos discursos —es de opinión que a los campesinos hay que "dárselo todo migado", es decir, que hay que repetirles una y otra vez las mismas cosas hasta metérselas en la cabeza—, y, sin embargo, a decir verdad, no deja contentos ni a los libertos instruidos, que hablan unas veces con *chic*, otras con melancolía, de la emancipación, pronunciando el *an* con la nariz, ni a los no instruidos, que sin remilgos critican "esta emancipación". Y, tanto para unos como para otros, resulta demasiado blandengue. A Katerina Serguievna nacióle un hijo, Kolia, y Mitia es ya un mocito y habla de corrido. Zenichka, Zedosia Nikolayevna, después de su marido y Mitia, a nadie adora más que a su hija política, y cuándo ésta se sienta al piano, en todo el día no se aparta de allí. Pero no nos olvidemos de Piotr. Este se muestra enteramente tieso de estupidez y gravedad, pronuncia la *e* como *iu* —*tiupiur* en vez de *tiepier*; pero, a su vez, se casó con una novia que le aportó una dote regular, la hija de un jardinero de la ciudad, la cual hubo de dar calabazas a dos buenos partidos, simplemente porque no tenían reloj, mientras que Piotr si lo tenía, y, además..., gastaba zapatos de charol.

En Dresde, en la terraza Briulevskaya, entre dos y tres de la tarde, a la hora más indicada para pasear, podéis encontrarlos con un hombre cincuentón, con el pelo ya enteramente blanco y como si padeciera degota, pero todavía guapo y con ese sello especial que imprime al hombre la larga permanencia entre las capas altas de la sociedad. Es Pavel Petrovich. Marchó de Moskva al extranjero con el fin de restablecer su salud, y quedóse a vivir en Dresde, donde se trata con muchos ingleses y con los viajeros rusos. Con los ingleses se conduce con sencillez y hasta con modestia, pero no sin dignidad. Ellos lo encuentran un poco aburrido; pero respetan en él al *gentleman* perfecto —*a perfect gentleman*. A los rusos los trata con más desenfado; desfoga con ellos su bilis y despótica sobre sí mismo y sobre los demás. No obstante, todo esto resulta en él muy simpático, despreocupado y distinguido. Sustenta ideas eslavófilas, pues sabido es que esto en el alto mundo se reputa *tres distingué*. No lee nada ruso, aunque sobre su mesa—escritorio se encuentra un cenicero de plata con la forma de una alpargata de *muchik*. Nuestros turistas le hacen la corte. Matviei Ilich Koliasin, mayestáticamente, lo visita, de paso para las aguas de Bohemia; pero los indígenas —con los que, por otra parte,

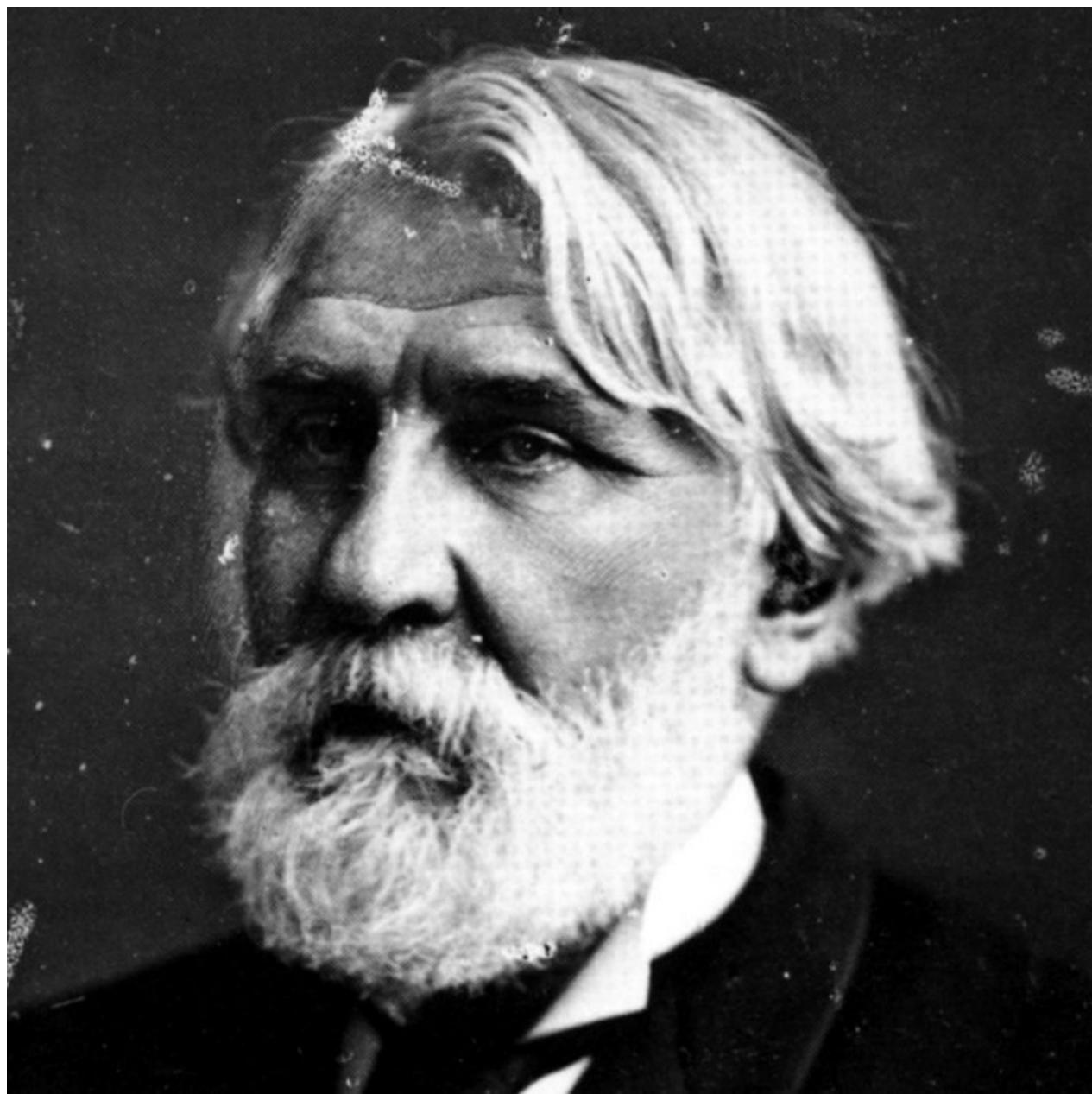
apenas se trata— poco menos que lo veneran. Obtener billetes para la capilla del palacio, para el teatro, etcétera, a nadie le es más fácil y rápido que al *Herr Baron von Kirnasoff*. Todo lo hace Bien en cuanto puede; todavía arma un poco de ruido; no en balde fue en su tiempo un "león". Pero la vida le resulta pesada, aún más pesada de lo que él se imagina... Hay que verlo en el templo ruso cuando, apoyándose retraído en la pared, se queda caviloso e inmóvil largo rato, apretando con amargura los labios, y luego, de pronto, se acuerda y se pone casi maquinalmente a santiguarse...

Kukschina marchó también al extranjero. En la actualidad se encuentra en Heidelberg, donde estudia no Ciencias Naturales, sino Arquitectura, en la que, según ella, ha descubierto nuevas leyes. Como siempre, sigue tratándose con estudiantes jóvenes, principalmente con físicos y químicos rusos, que abundan tanto en Heidelberg, y que, asombrando al principio a los profesores alemanes por su sagaz visión de las cosas, siguen luego asombrando a esos mismos profesores por su perfecta inercia y gandulería absoluta. Con dos o tres físicos de esos, incapaces de distinguir el oxígeno del ázoe, pero rebosantes de negaciones y amor propio, y con el gran Elisievich, Sitnikov, que también se dispone a ser grande, se agita en Petersburgo y está plenamente convencido de que continúa la "obra" de Basarov. Dicen que uno, no hace mucho, le sentó la mano; pero él no se quedó corto, y en un oscuro articulejo, publicado en un no menos oscuro periódico, vino a decir que el que le había pegado... era un cobarde. A eso llámalo él ironía. Su padre sigue poniéndolo por las nubes, como siempre; pero su madre lo tiene por un tonto... y un literato.

Hay un pequeño campo santo de aldea en un rinconcillo de Rusia. Como casi todos nuestros cementerios, muestra un aspecto lamentable; las losas que lo circundan ha tiempo se cubrieron de hierba; las cruces grises de madera rodaron y se escurrieron al pie de sus antaño rojos techos; las losas todas se mueven, cual si alguien las levantase por debajo; apenas si dos o tres entecos arbollitos dan una exigua sombra; las ovejas andan continuamente junto a las tumbas... Pero, entre éstas, hay una en que no repara nadie, a la que ningún animal se acerca; sólo los pájaros se posan en ella y cantan al amanecer. Una verja de hierro la circunda; dos jóvenes abetos se alzan en cada uno de sus extremos. En ese sepulcro está enterrado Yevguenii Basarov. A él, desde la próxima aldehuela, suelen venir con frecuencia dos viejos decréritos..., marido y mujer. Sosteniéndose el uno al otro, caminan con pesado andar; lléganse a la verja, se hincan de rodillas y largo rato lloran amargamente, largo rato

miran con atención la muda piedra bajo la cual reposa su hijo; cambian breves palabras, sacúdenle el polvo a la losa, enderezan las ramillas de los abetos y de nuevo pónense a rezar, y no pueden moverse de aquel sitio, en que les parece estar más cerca de su hijo, de su recuerdo... ¿Serán estériles acaso sus oraciones, sus lágrimas? ¿No es todopoderoso el amor, el santo, abnegado amor? ¡Oh, no! Por apasionado, pecador y rebelde que fuese el corazón que esa tumba encierra, las flores que en él crecieron nos miran plácidas con sus inocentes ojos, nos hablan no sólo de un eterno descanso, de ese gran descanso indiferente de la Naturaleza; nos hablan también de la paz eterna y la vida infinita...

Iván Turguéniev



Iván Serguéyevich Turguéniev, cuyo apellido es en ocasiones transcrita como Turguéniev (ruso: Ива́н Серге́евич Тургéнев) (Oriol, Imperio ruso; 9 de noviembre de 1818 - Bougival, Francia; 3 de septiembre de 1883) fue un escritor, novelista y dramaturgo, considerado el más europeísta de los narradores rusos del siglo XIX.

Después de completar la escuela elemental, Turguéniev estudió durante un año en la Universidad de Moscú y luego en la Universidad de San

Petersburgo, especializándose en los clásicos, literatura rusa y filología.

En 1838 lo enviaron a la Universidad de Berlín a estudiar filosofía, particularmente Hegel, e historia. Turguénev se impresionó con la sociedad centro-europea de Alemania y volvió occidentalizado, pensando que Rusia podía progresar imitando a Europa, en oposición a la tendencia eslavófila de la época en su país. Igual que muchos de sus contemporáneos con buen nivel de educación, se opuso especialmente al sistema de servidumbre.

Una familia vasalla le leyó los versos de Rossiáda de Mijaíl Jeráskov, celebrado poeta del siglo XVIII. Los primeros intentos literarios de Turguénev, incluyendo poemas y esbozos, mostraron su genio y recibieron comentarios favorables de Belinski, por entonces el principal crítico literario ruso. En el final de su vida, Turguénev residió poco en Rusia, prefiriendo Baden-Baden o París, desde que conoció en el teatro Mariinski de San Petersburgo a la cantante española Paulina García de Viardot o Pauline García-Viardot, por quien abandonaría Rusia para establecerse en Francia y por cuyo amor estuvo preso hasta el fin de sus días.

Escribió relatos breves como Primer amor, Humo, o la colección de cuentos Memorias de un cazador, que refleja con realismo la vida del campo y de los siervos. En sus novelas de ambientación rural los temas dominantes son la frustración vital, los amores fallidos, la crítica a la vida rusa o las nuevas ideologías. Destacan los títulos Rudin, Nido de nobles y Padres e hijos. Esta última es posiblemente su mejor novela, donde plantea la diferencia entre dos generaciones a causa del pensamiento nihilista, muy en boga en la época en que fue escrita. Aunque su reputación ha sufrido algunos retrocesos durante el último siglo, la novela Padres e hijos es reconocida como uno de los trabajos de ficción más importantes del siglo XIX.

Turguénev nunca contrajo matrimonio, si bien tuvo una hija con una de las siervas de su familia. Alto y robusto, su carácter se destacó por su timidez, introspección y hablar suave. Su amigo literario más cercano fue Gustave Flaubert. Sus relaciones con Lev Tolstói y Fiódor Dostoyevski fueron a menudo tensas, considerando la tendencia proeslavista de ambos.

Su complicada amistad con Tolstói alcanzó tal animosidad que en 1861 éste lo retó a duelo. Si bien luego se disculpó, estuvieron sin hablarse diecisiete años. Dostoyevski a su vez parodió a Turguénev en su novela

Los demonios (1872), a través del personaje del novelista Karmazínov. En 1880, el famoso discurso de Dostoyevski en la inauguración del monumento a Pushkin versó sobre su reconciliación con Turguénev.

Ocasionalmente visitó Inglaterra, y en 1879 la Universidad de Oxford le otorgó un título honorífico. Murió en Bougival, cerca de París, debido a un cáncer de médula. En su lecho de muerte exclamó, refiriéndose a Tolstói; «Amigo, vuelve a la literatura». Con tal inspiración, Tolstói escribió obras como La muerte de Iván Illich y La Sonata Kreutzer. Por expreso deseo de Turguénev su cuerpo fue trasladado a San Petersburgo y enterrado en el cementerio Vólkovskoie.